

*World of Darkness - Mundo de Tinieblas*

## **EL DÍA DEL JUICIO**

(Trilogía: "Vampiro. La Maldición de la Sangre", vol.2)

Gherbod Fleming

*The Winnowing*

Traducción: Carlos Lacasa Martín

### \_\_\_\_\_ 1 \_\_\_\_\_

La rabia inundó a Nicholas durante toda la noche. Su sed de venganza solo podía ser saciada con sangre, y era este pensamiento el que incendiaba su furia. Sangre que una vez, puede que mil años atrás, había corrido por las venas muertas de su antepasado al otro lado del mar. Sangre robada a Blaidd, el Gangrel asesinado. Sangre que Nicholas reclamaría para su linaje, para su clan.

Pero sería otra noche la que vena la satisfacción de su venganza, pues la luna ya había recorrido todo su trayecto por el cielo negro azulado. El poderoso Orion, el cazador, también había concluido su singladura, y leves retazos rosados comenzaban a hacerse evidentes en el horizonte oriental.

Sin perder un paso, Nicholas forzó los límites de su forma lupina, dejando atrás un kilómetro tras otro. Las amplias llanuras del Medio Oeste, vacías salvo por los cultivos de trigo invernal y por el viento que danzaba entre los tallos, no eran más que un recuerdo. Fue en aquellas llanuras, hacía menos de un día, donde la verdad le había sido revelada. Le había visitado otro de los sueños que le acosaban desde hacía algunas semanas, y había visto, a través de los ojos de un antepasado de su sire, cómo se cometía sobre Blaidd uno de los crímenes más horribles para los Vástagos. Y, aunque la muerte se había producido hacía casi un milenio, Nicholas había alcanzado a ver al perpetrador hacía menos de dos semanas. Cada paso, cada kilómetro que dejaba atrás, le acercaba un poco más al criminal. A la

justicia.

Incontables colinas bajas cubiertas de hierba quedaron atrás prácticamente sin darse cuenta. El país de los caballos. Se había detenido brevemente para alimentarse de un viejo rocín, una criatura que en épocas pasadas había sido una bestia orgullosa que vagaba por las llanuras, pero que ahora era la patética mula de carga de un pobre granjero. Era un animal tan grande que Nicholas pudo alimentarse lo suficiente sin llegar a afectar seriamente a su presa. Mientras bebía se lamentó por la bestia, encerrada en aquella mísera situación. De haber tenido menos prisa, o de haber visto muestras de maltrato en el animal, hubiera entrado en la cabaña del granjero para alimentarse de él y de su familia. ¿Pero de qué hubiera servido? El caballo, totalmente domesticado, no sabría cómo aprovechar el don de la libertad. Aun sin una valla y un bocado no hubiera hecho más que vagar hasta que otro mortal le echara una rienda al cuello. A Nicholas le dolía ver el espíritu de una gran bestia totalmente aniquilado por el hombre.

La alimentación le resultaba dolorosa en otros sentidos. Desde hacía ya semanas, desde el mismo comienzo de sus sueños, cada vez que bebía sangre no lograba aliviar su sed, sino que aumentaba su dolor. Ardía por dentro, como si su vitae estuviera en ebullición. Aquella noche, sólo la furia de su carrera había impedido que cayera al suelo y enloqueciera por la agonía.

La maldición de la sangre. Nicholas la había visto en la ciudad, había oído sobre ella en las historias de Edward Plumanegra. Había esperado que el regreso a la naturaleza le curara, pero aunque los amplios espacios abiertos le habían ayudado a controlar el hambre y la demencia, la maldición seguía afectándole como un olor imposible de eliminar.

Frente a él se alzaban las Montañas Humeantes, menos un obstáculo que un mero hito para Nicholas. Era una pena que el amanecer llegara tan frío y límpido. Las montañas, cuando se veían bañadas por la bruma de las que recibían el nombre, eran un espectáculo realmente asombroso, y en las noches más oscuras y cubiertas podía llegar a robarle hasta una hora al amanecer. Sin embargo, aquella vez apenas le quedaba tiempo para nada. Muy pronto no tendría más opción que hundirse en el suelo, en la amorosa tierra que le protegía de la luz del sol.

Mañana por la noche. Sería entonces cuando entraría en la ciudad maldita y se cobraría su venganza. Conseguiría justicia. Le

arrancaría la piel al asesino de Gangrel, Owain Evans. El viejo Ventrue se hacía pasar por una persona civilizada. Era elegante, educado y ofrecía aperitivos a sus invitados, pero en el pasado había enterrados secretos que, sin duda alguna, le condenaban. Aquel moderno empresario se había manchado hacía mucho las manos. Nicholas había visto en un sueño nacido de la maldición el cruel placer que Evans había sentido al destruir a su antepasado. ¿A cuántos otros Vástagos había asesinado del mismo modo en todos aquellos años? ¿Cuántos, Gangrel o no, habían caído ante aquel antiguo respetable? Nicholas sabía que los demás clanes se mofaban de los Gangrel, burlándose de sus "costumbres bestiales". ¿Pero quién era la auténtica bestia? ¿El que se relacionaba de forma sincera con sus iguales y que no estaba atado a un lugar, o el que se aferraba temeroso a su ciudad y se alimentaba de su propia gente, pretendiendo adherirse a un sofisticado código superior?

Gruñó. Estaba pensando demasiado. Había pasado demasiado tiempo con los Vástagos urbanos. En su interior algo comenzaba a arder. Estaba tan agotado por las dos noches a la carrera que no sabía si el dolor se debía a la protesta de sus músculos sobrecargados o a los tímidos rayos de sol que comenzaban a hervir su piel, como el tocino que su madre freía en su hogar en Kiev, hacía tanto tiempo. O quizá se tratara de su hambre reclamando atención, un ansia que no hacía más que acrecentarse cada vez que era satisfecha, un recordatorio de la maldición que contrajo la última vez que estuvo en la ciudad. ¿Cómo iba a poder soportarla ahora, rodeado por el ganado y sus edificios, carreteras y automóviles?

Pero aquel no era el problema más importante. Se lo recordó mientras comenzaba a fundirse con el suelo fértil. Había viejas deudas que saldar, ofensas que tenían diez veces la edad de Nicholas y por las que había que pedir retribución.

Juró que Owain Evans pagaría por sus crímenes. Lo juró por la sangre de su antepasado, por la que saborearía mientras vaciara el cuerpo destrozado de Evans. Mientras terminaba la desaparición en la tierra al tiempo que llegaban los rayos del sol, durante un breve tiempo el dolor remitió. Su furia no.

\* \* \*

Owain se había retirado a su estudio para buscar el bienestar de la soledad. No quería tratar con su inesperado invitado, ni con la

tempestuosa política de los Vástagos de Atlanta, a la que sin duda se vería arrastrado más completamente. Tenía otras muchas responsabilidades que había estado ignorando durante las últimas semanas, y sin su servidor ghoul Randal para encargarse de tales detalles, la mayor parte del peso descansaba sobre él.

*¡Maldición!, pensó. ¿Cómo voy a irme a España precisamente ahora?*

Con el recorte de libertades para los anarquistas decretado la noche anterior por el Príncipe Benison, sin duda se producirían problemas. Owain, como antiguo y miembro de la primogenitura en prácticamente todos los aspectos, podía ser llamado para mantener el orden. Y siempre estaba la posibilidad de lograr alguna ventaja de la más que probable confusión. La esposa de Benison, Eleanor, Ventrue como Owain, se encontraría en una difícil situación, ya que debería poner a prueba la lealtad a su marido y a Baylor, su sire justicar que sin duda reprocharía los edictos de Benison. Enfrentarse a los anarquistas no era precisamente la preferencia de la dirección de la Camarilla en aquellos momentos, ya que cualquier cosa que distrajera a la organización del objetivo de la supervivencia era un problema. Eleanor se vería obligada a alejarse de Benison, o, más probablemente, el propio Benison sería reprendido por la Camarilla por sus actos precipitados. El príncipe podía ser censurado o incluso depuesto. ¿Pero quién daría un paso al frente para tomar el manto de la autoridad en Atlanta? Desde luego, ni la estúpida Marlene ni Thelonious el Brujah. Tía Bedelia estaba demasiado alejada de la realidad, aunque menos de lo que aparentaba, sospechaba Owain. Aurelius nunca dejaba las alcantarillas el tiempo suficiente como para servir de algo, y aunque Hannah era una administradora eficaz, carecía de dotes de mando; además, era dudoso que la Camarilla permitiera a una Tremere lograr un avance tan importante.

Owain enarcó la ceja al comprender que en la ciudad no había ningún sucesor adecuado para Benison. Nadie, salvo... ¿él mismo?

Se dio varias palmadas en la mejilla. *¿Qué vampiro en sus cabales aceptaría el puesto de príncipe?*, se preguntó. *En sus cabales. Eso explicaría cómo Benison logró el trabajo.* No podía creer que estuviera pensando siquiera en aquella estúpida idea. No era lo bastante conocido en la Camarilla como para asumir una posición de tal relevancia. Era un extraño, un desconocido, y así lo quería. Ya había tenido su día bajo el sol, por así decirlo. Había sido la fuerza que controló el pequeño reino galés de Rhufoniog durante doscientos

años, pero al final había comprendido que podía ser mucho más eficaz manteniéndose tras el escenario, y había adoptado aquella estrategia durante los últimos setecientos años.

*No tiene sentido variar de comportamiento, decidió.*

Pero... ¿funcionaba? Había sobrevivido mucho más que la mayoría de los suyos, pero después de las últimas semanas, nada en su existencia no-muerta era seguro. La predecible rutina en la que se habían acomodado las noches, meses y años de Owain se había hecho pedazos; de eso se había encargado su sirena. Se recostó en la silla y apretó las manos contra la elegante mesa frente a la que se sentaba. La solidez y el peso del mueble eran reconfortantes, así como el tacto suave del nogal negro. Una madera muy dura. Era muy difícil trabajarla, y Owain había pagado mucho por ella, incluso para la época. Modificaciones posteriores, como la instalación de un intercomunicador, eran lamentables concesiones a la modernidad que le molestaban cada vez más. Deseaba no haber tenido que destruir aquella belleza prístina, pero se había negado a corregir la situación por miedo a afectar aún más a la integridad del mueble. Lo que estaba hecho no tenía vuelta atrás. El escritorio le recordaba en cierto modo todas sus decisiones desafortunadas.

El libro que se encontraba frente a él le recordaba otras cosas. La cubierta era mucho más clara que el nogal, y sobre el cuero suave no había marcas o inscripciones. Le había molestado mucho que la cubierta original se deteriorara más allá de cualquier posibilidad de reparación. Aún recordaba el diseño que adornaba la portada: un urogallo galés atado, símbolo de la Casa Rhufoniog, intacto cuando la dueña original se lo dio. *Angharad*. Había causado un gran mal al clan, pero se había mantenido leal. Igual que Owain, hasta años después.

Había odiado reemplazar aquella cubierta, pero el libro seguía teniendo para él un significado muy especial. Aun sin las marcas, sabía que nunca podría confundirlo con ningún otro. Situado en una biblioteca con otros mil idénticos, era capaz de reconocerlo al primer vistazo. Al contrario que muchos Vástagos antiguos, había pocas cosas que Owain valorara, pero las que conservaban su amor (aquel libro, su espada) eran irremplazables por motivos ajenos a su gran valor económico. Los contenidos de aquel tomo eran por lo general irrelevantes: fragmentos manuscritos de las escrituras, dichos, incontables anotaciones de dos puños y diversos idiomas. Pero Owain no podía relegarlo a una vitrina en la que, sin duda, podría alargar su vida.

¿Qué clase de vida sería aquella?, se preguntaba. Un libro como aquel servía para abrirlo, para tocarlo. Eso era lo que Owain necesitaba por encima de cualquier otra cosa, para recordarle la humanidad de los siglos pasados y conectarle con ella. El tomo no tenía mayor utilidad real. Encontrar hacía varios meses la referencia sobre la absenta era probablemente el primer uso que le había dado en muchísimos años. ¿Y cuándo había escrito por última vez? Intrigado, lo tomó y pasó las rígidas páginas de pergamino para que no se rompieran o afectaran a la envejecida encuadernación. Encontró la última entrada. La caligrafía, legible pero muy lejos de la perfección, era indudablemente la suya, aunque las palabras estaban en español. Después de todo, recordó tras ver el texto, ya llevaba viviendo más de cien años en Toledo cuando lo escribió.

.

*Antes estube sentado sobre las murallas cercanas a Bad Yehudin, la Puerta de los Judíos. A mi espalda los fuegos ardían en su barrio. En los días venideros se les culpará de los incendios; "criminales que ocultaban las pruebas de sus felonías", dirá la gente, o "tendiendo trampas mortales a los cristianos devotos". Pero son esos cristianos "devotos" los que no pudieron esperar siquiera a que los judíos fueran expulsados de sus hogares. No me queda sensibilidad religiosa alguna que me haga perseguirlos.*

*Frente a mí, mientras aguardaba sentado, una interminable procesión de refugiados huía en la noche, más allá de la Basílica de Santa Leocadia, más allá de los límites de mi visión. Fernando e Isabel han logrado lo que querían. Los judíos se marcharán de España y tanto su reino como su pueblo sufrirá por ello.*

*Sin embargo, son los judíos los que se llevarán la peor parte. ¿Adónde irán? ¿A Portugal, a Francia? ¿Encontrarán algo mejor que lo que acaban de abandonar? Lo dudo. Con sus posesiones en carros, caballos o a sus propias espaldas, los descendientes de Samuel no son nada. ¿Y para qué? Por el mismo motivo por el que fui expulsado de mi perdida Gales. Al menos tuve el lujo de contribuir a mi infortunio.*

.

La última frase le sorprendió. Viendo las palabras, recordó haber estado agazapado sobre la muralla la noche en la que los judíos

abandonaron la ciudad, todos ellos expulsados de España. ¿Pero cómo pudo pensar que había contribuido a su propia expulsión de Gales? Obviamente, poco más de doscientos años después de su éxodo no tenía la adecuada perspectiva, la amplia mirada histórica que le hiciera comprender que la culpa era exclusivamente de los normandos y de los conquistadores Ventrue que los acompañaron en la expulsión de todos los Ventrue de Britania.

En cualquier caso, se recordó, sus errores pasados no eran una gran preocupación. Hacía poco más de quinientos años que había escrito aquello. Aunque no había depositado aquel libro en un museo o en un contenedor hermético, durante más de cinco siglos no había añadido nada nuevo. *¿Porqué me he molestado entonces en conservarlo?* se preguntó. *¿Nostalgia? ¿Lástima de mí mismo?*

Aquel humor introspectivo comenzó a oscurecerse. *En realidad, ¿qué he hecho desde mi último despertar?* Habían pasado unos trescientos años desde que abandonara su último letargo, y aunque en aquel tiempo había cruzado el gran Atlántico y había construido un imperio financiero respetable, en muchos sentidos todos aquellos logros habían sido prácticamente automáticos. No sentía placer o satisfacción por todo eso. Aquel libro, la mesa sobre la que descansaba, los objetos que le eran queridos, no eran más que visiones del pasado. No tenían significado ni valor en sí mismos en aquella época. Mirando el tomo, comprendió súbitamente que había pasado los siglos en una caja de pino herméticamente sellada, como una reliquia de épocas pasadas, rodeado por el presente pero sin ser parte integrante de él.

Aquella era la previsible rutina que la sirena se había encargado de destruir. Aunque los objetos guardaban los recuerdos del pasado de Owain, la sirena había reavivado los *sentimientos* olvidados, emociones que hacía siglos que no experimentaba tan claramente. Había sido un verdadero muerto viviente.

*¡Se acabó!*

Con el libro frente a él, tomó su pluma de oro. Titubeó un instante, con la punta a meros milímetros del pergamino. Entonces bajó la mano y escribió:

*¿Que hubiera dicho Angharad?*

Las palabras, las últimas pronunciadas por Albert antes de que Benison atravesara con una estaca el corazón condenado del

Malkavian, habían estado resonando en la mente de Owain desde aquella noche. Qué irónico, pensó, que les diera forma en el libro que la propia Angharad le había entregado hacía tanto tiempo. Quizá al escribirlas en el pergamino dejaran de atormentarle en las incontables noches venideras. Quizá...

Tapó la pluma y tomó el secante, pero se detuvo y se limitó a observar la tinta empapando el papel. Las nuevas palabras eran mucho más oscuras que las escritas hacía siglos. La dicotomía era enervante, la mezcla de lo antiguo y lo moderno, pero Owain debería haberse acostumbrado a ello. El pasado se había abierto paso a la fuerza hasta el presente en las últimas semanas. Viendo la trama con perspectiva, comprendió que se habían producido demasiadas coincidencias. Recuerdos de Angharad en el canto de la sirena, en las últimas palabras de Albert... Y todo había coincidido con la extensión de la maldición.

Había presenciado la carnicería de la Muerte Negra durante sus años en Francia. Muchos habían declarado que se trataba del juicio de Dios, de la llegada del Apocalipsis. La maldición había causado los mismos efectos entre los Vástagos que la Muerte Negra en los mortales. Los Cainitas que aún no habían sucumbido tenían miedo a sus congéneres. Algunos decían que se trataba del comienzo del fin de los tiempos, la Gehena. Hasta el Príncipe Benison creía que se trataba de una represalia divina contra los súbditos descarriados de la noche. Sus decretos, básicamente un castigo contra los anarquistas, estaban encaminados en teoría a rectificar la situación y restaurar el favor sobrenatural. Owain sospechaba que, en realidad, solo servirían para hacer más daño al tejido social del mundo vampírico, que ya había sido gravemente afectado por la maldición.

Además, las extrañas visiones que le afectaban habían comenzado poco después de la extensión de aquel mal misterioso. ¿Había una auténtica relación entre todas las cosas, o, como un inepto historiador, atribuía erróneamente causas y efectos?

*No soy tu hermano*, quiso decir instintivamente, pero se frenó. No tenía sentido enfrentarse innecesariamente a aquel irritante (pero peligroso) vampiro.

–Se hace tarde –siguió Miguel, imperturbable ante el silencio de Owain–. Debemos partir pronto. ¿Has hecho las maletas?

Demostrando una calma forzosa, Owain, el elegante anfitrión, sonrió.

–Me temo que no puedo marcharme esta noche.



Miguel, que permanecía en el umbral, inclinó la cabeza a un lado con un gesto exagerado, llevándose la mano a la oreja.

–¿Qué? {\*}

{\* N.d.T: en castellano en el original}

Owain mantuvo su sonrisa rígida.

–Debo encargarme de ciertos asuntos antes de poder ir a ninguna parte. Pero no dejes que eso te detenga. Ya te alcanzaré.

Miguel rió con un sonido alto y desagradable.

–Pero *hermano mío*, ya he hecho los preparativos para los dos.

El sonido del reloj sobre un estante pareció hacerse más fuerte a medida que el silencio inundaba la estancia. Owain midió a su visitante. No había duda de que Miguel tendría sus órdenes y de que no iba a permitir incidentes, y al final no tendría más remedio que responder a la llamada del Greco. Lo más probable es que fuera el orgullo lo que regía a Owain, pero no podía rendirse a aquel pequeño español perverso. Aún no.

–Bien, *hermano mío* --se reafirmó el Ventrue con los dientes apretados--, me temo que tendrás que hacer nuevos preparativos.

Miguel comenzó a perder la paciencia y se acercó al escritorio, fulminando a Owain con la mirada.

–¿Rechazas la petición del Greco?

Owain se levanto lentamente y se estiró lo máximo posible, permitiéndose ahora él mirar hacia abajo a su oponente.

–Te confundes, *amigo*. Nuestro mutuo camarada me pide en este mensaje, con el que tan familiarizado pareces, que vaya a Toledo *lo antes posible*. No me es *posible* marcharme esta misma noche.

Los dos se enfrentaron a ambos lados del escritorio. Owain sabía que tenía la victoria, aunque solo fuera en el apartado del estilo. No tardaría en tener que viajar con aquel hombre detestable.

Miguel dio un paso hacia atrás.

–Muy bien --concedió--. ¿Cuándo te será *posible* acompañarme de vuelta a la maravillosa ciudad de Toledo? --Su tono era exigente.

Disfrutando momentáneamente de su ventaja, Owain exageró el gesto mientras meditaba sobre la pregunta.

–Normalmente diría que en cuestión de semanas, como mínimo. --Casi rió cuando vio a Miguel tensarse y abrir lo ojos--. Pero tratándose del Greco --siguió antes de que el español pudiera protestar--, podrá ser... mañana.

Por un instante Miguel no confió en lo que había oído. Esperaba algún truco o un reto, pero al comprender la respuesta de Owain no

pudo evitar una sonrisa satisfecha.

–Muy bien, pues –dijo el español con tono profesional–. Mañana. Haré los preparativos.

–Encárgate de todo –dijo el Ventrue, que permaneció en pie hasta que Miguel abandonó el estudio y cerró la puerta.

No podía hacer nada. No era capaz de ocultar su desagrado ante aquel hombre. *Esa pequeña sabandija invade mi estudio como si fuera su propia casa. ¿De qué vale llamar a la puerta si no vas a esperar respuesta?* Por supuesto, si Miguel hubiera esperado una invitación, Owain lo hubiera dejado esperando en la puerta toda la noche. Miguel siempre había sido nervioso, y el humor del Ventrue no había ayudado a que se llevaran especialmente bien. Se alegró de haber podido retrasar un poco su marcha; a pesar de sus protestas, nunca había habido dudas sobre el viaje a Toledo, sólo sobre su fecha.

Mientras desviaba sus pensamientos hacia Toledo y el Greco, volvió la mirada hacia el tablero en el nicho junto a la ventana. El viejo Toreador y él habían medido su capacidad desde hacía siglos, y exceptuando aquella última partida Owain siempre solía llevar la delantera; se acercó ausente a contemplar la posición. Ahora que sus energías se habían desplazado a asuntos más graves, era capaz de examinar el juego con menos pasión. Aún le sorprendía cómo el Greco, en un solo movimiento, había conseguido convertir la partida, una victoria segura de Owain, en un triunfo para él. Se rascó el mentón de su rostro juvenil. Aquella sutileza, ejecutada con total perfección, no era la norma para el Greco. Aspiraba a la finura, pero no solía disponer de la paciencia necesaria para triunfar. *Un anarquista que ha sobrevivido más de lo que le correspondía*, pensaba Owain de su rival, pero no había duda de que en aquella partida le había ganado la mano. Aunque ahora controlaba mejor su furia, observar el tablero aún le provocaba ira y no ayudaba a mejorar su humor en una noche que Miguel se había encargado de estropear a conciencia.

Volvió a su escritorio. Era cierto que tenía que disponer de ciertas cosas. No había molestado a Miguel por simple desprecio, aunque ésa fuera una importante razón. Aún no había respondido a la solicitud de información de Lorenzo Giovanni sobre diversos Vástagos de Atlanta. Era un favor sencillo que haría mucho por cimentar relaciones favorables con el representante local del clan. Además, aún no había decidido si hacer que su conductora y ghouls de mayor utilidad, Kendall Jackson, le acompañara a España o se quedara atrás para ocuparse

de los negocios. Suponía que aún desconocía los asuntos financieros para ser de mucha ayuda en Atlanta, de modo que haría bien en llevarla con él. Además, había demostrado su utilidad en situaciones comprometidas, y a Owain no le gustaba viajar junto a sus "aliados" del Sabbat sin un par de "ojos diurnos".

Había otros detalles de los que ocuparse, aunque por el momento disfrutó con la perversa idea de divertirse un poco con Miguel y retrasar su marcha otro día o dos.

\* \* \*

Plumanegra se dobló hacia dentro, con una pierna bajo su cuerpo y la otra abrazando su pecho. Marcaba el tiempo con un pie, señalando el paso de las nubes sobre la luna.

*Wa-kan-kan-ya-wa-on-we.*

*Vivo de forma santa.*

Por tercera vez aquella noche su presa había estado a punto de evadirse, al parecer desvaneciéndose por completo de la faz de la Tierra. Sin embargo, la bestia no podía andar lejos, y Plumanegra era un cazador incansable.

Alguien menor hubiera abandonado la caza al caer la noche, que enmascaraba las señales casi imperceptible del camino, las briznas dobladas de hierba, las hojas aplastadas, las piedras desplazadas, los cabellos caídos. Un cazador mortal hubiera pasado por alto todas aquellas señales. Su vista se concentró en el suelo, escrutando la tierra y pidiéndole respuestas.

Plumanegra no se había levantado hasta bien pasado el anochecer, pero no le molestaban en absoluto las sombras y silencios. Más bien al contrario. Era la intensidad de la luz y el bullicio diurno lo que le distraía, lo que le inquietaba y le hacía perder el rastro.

Sus sentidos sobrenaturales estaban delicadamente ajustados con la penumbra de las estrellas y la luna. Podía viajar más rápido que un caballo por terreno traicionero sin perder una sola pista que delatara a su presa.

Pero ahora las señas habían desaparecido y Plumanegra se detuvo a descansar. Se sentó en medio del camino, doblándose cuidadosamente y golpeando lentamente con el pie. No le preocupaba oscurecer las sutiles señales del paso de la bestia. Sabía perfectamente que no había nada que descubrir. Aquella presa no dejaba rastro alguno de su paso sobre la tierra.

Ignoró completamente el suelo. Echó hacia atrás la cabeza y desvió su atención hacia arriba. Su mirada estaba desenfocada, borrosa en los extremos, como si escudriñara los reinos de lo periférico.

Nada.

Ninguna señal de la bestia, su contrapartida, su némesis. Ni rastro de su presencia.

Detuvo los golpes del pie contra el suelo. El tiempo pareció extenderse ante él, compasando su ritmo con el del tamborileo.

Al principio el cambio fue imperceptible. La primera señal fue la nube que pasaba frente a la luna, que pareció detenerse en su travesía. Quedó suspendida, invertida, como si esperara que cayera de nuevo el pie.

Entonces el orbe pareció estirarse, alargarse. Se hizo oblongo, como un lustroso huevo colgado en lo alto, en el nido de la nube traslúcida. Una sombra cayó sobre el rostro de Plumanegra y pensó en el Pájaro de Trueno, Señor de los Cielos, cuyas garras provocaban relámpagos al chocar contra las montañas en las cuatro esquinas del mundo.

Alzó una breve plegaria para que la bestia no pudiera tomar la forma de Pájaro de Trueno aquella noche. Observó cuidadosamente el huevo, como un águila que vigilara su nido.

Muy pronto sus miedos demostraron no tener fundamento. La luna siguió su transformación y Plumanegra dejó escapar un suspiro de alivio. Para cuando recuperó el aliento ritual la luna se había transformado en un arco, formando una ancha avenida de luz en el cielo nocturno. Notó que las estrellas también se alargaban, expandiéndose en la distancia media. Mantenían el ritmo de la luna, siguiendo su paso de este a oeste.

A Plumanegra le pareció contemplar todo su recorrido nocturno en un solo vistazo. El tiempo había extendido su botín ante él. Tomó una única estrella al azar del banquete luminoso y la estudió atento. Rigel, decidió tras un momento, el radiante talón de Orion el Cazador. Un buen presagio.

Después eligió Betelgeuse y, tras coger el ojo del Cazador, no tuvo dificultad en distinguir las tres joyas de su cinturón. La constelación se enroscó sobre sí misma mientras se extendía en el cielo nocturno para perseguir a su esquiva presa. Cada una de sus estrellas ocupaba toda la bóveda celeste de un lado al otro del horizonte, apresuradas e inmóviles al mismo tiempo.

Abajo, Plumanegra se sentaba en el punto inerte, observando atento el juego de luces. Sus sentidos se extendieron hacia el cielo, y sintió cómo su propia esencia se alargaba. Las sombras comenzaron a extenderse con ella, hasta que pareció más una mancha oscura que un ser real, una aparición inquieta, convocada desde los brazos de la tierra para ser testigo de aquella extraña danza de luz estelar.

Sí, una aparición, pensó. Algo de la tumba se aferraba a él. Un toque sombrío que no era proyectado desde los cielos, sino extraído de él y hecho cada vez más aparente en el cielo de la noche.

Los rayos de luz arrojaron un aspecto más siniestro sobre los rasgos de Plumanegra, eligiendo la compleja red de líneas talladas en su piel parcheada. Su faz estaba tan hollada por las arrugas que recordaba a una vieja nasa, cruzada y azotada por el sol. Era posible perderse en aquellos pliegues, caer víctima del sutil patrón del laberinto. Observaba el mundo más allá del paisaje roto de la desolación. Un laberinto de barrancos, hoyas y arroyos dispersos por las tierras muertas de su viejo rostro.

Sobre su cabeza se formaban patrones aún más extraños, febriles matrices de fuego y noche. Como estrellas fugaces invertidas, los arcos de luz parecían nacer a lo lejos para perderse en el caos de la Vía Láctea.

Alzó una mano insustancial como mudo saludo y la dejó caer de nuevo. Repitió el movimiento, observando cómo la otra mano caía lentamente hacia la tierra. De repente se vio como si se encontrara de pie a su espalda. La curiosa figura sombría que se sentaba frente a él en el camino parecía un fantasmal malabarista solitario.

Brazos insustanciales como una sombra, traslúcidos como las nubes, se agitaron lentamente hacia el cielo, luego hacia la tierra, hacia el cielo, hacia la tierra. Los miembros se movían con voluntad propia, mecidos por una delicada brisa o por los movimientos imperceptibles de cuerdas invisibles.

Sobre su cabeza, miles de brillantes esferas de plata trazaban arcos en el cielo. En el punto más alto, la luna triunfante se alzó y se precipitó hacia el suelo.

Plumanegra se lanzó hacia delante para atrapar el orbe antes de la caída, pero su mano era intangible, y no había esperanza de aferrar la feroz luna, que golpeó el suelo con un sonido que sacudió la columna de Plumanegra, restallando como un látigo. La conmoción posterior lo lanzó al aire y le hizo ponerse a cuatro patas para recuperar un mínimo equilibrio.

Una gran nube de polvo surgió del sur, señalando el punto de impacto. Una a una, las estrellas se apagaron y cayeron del cielo con el sonido del cristal roto. El firmamento se vio de nuevo en las tinieblas, limpio de luz, primaveral, prístino, puro.

Plumanegra se puso en pie y corrió hacia el sur. Apenas tomaba nota del camino que recorría. Sus pies parecían seguros de sí mismos, encontrando la senda por cuenta propia. Sin embargo, ahora las pisadas sonabas distintas, como el inconfundible golpeteo del cuero contra unas planchas de madera. El camino se había torcido de forma inesperada, dando un giro no de dirección, sino de sustancia. Plumanegra se vio corriendo por una vía férrea en desuso, hacia un destino misterioso muy lejos al sur.

Mientras pensaba en ello supo que era falso. Conocía su destino. Parte de él comprendió de forma instintiva el punto hacia el que el ferrocarril le dirigía de forma inexorable.

Se decía que todos los caminos conducían a Roma. Sin embargo, cuando los hombres del tren hablaban del Fin de la Vía, tenían un destino muy distinto en mente: un lugar que una vez llamaron Terminus.

Frente a él, desde más allá de la creciente nube de cenizas, pudo empezar a distinguir las primeras señales parpadeantes de la conflagración, poco más que ascuas en el horizonte. Allí delante, en alguna parte, había campos ardiendo, y por el aspecto también algunos edificios. Muchos. También había hombres montados con antorchas entre estos edificios.

Plumanegra sacudió la cabeza para aclarar las ideas. No había duda de que ni siquiera su agudizada visión podía detectar tales detalles desde aquella distancia. Un caballo sin jinete pasó al galope a su lado, estando a punto de derribarlo. Estaba desbocado; se encabritó por el pánico y siguió su carrera alocada.

Podía oír el sonido de gritos confusos y sentir el terrible calor tensando su piel. Un hombre con uniforme azul armado con un rifle le insultó y le propinó un fuerte empujón. Como Plumanegra no reaccionó, volvió a gritarle.

"...maldito viento apareció y devolvió las llamas! ¡Si no desapareces de aquí a paso ligero, soldado, saldrás del ejército del General Sherman por la vía rápida!"

Entonces el hombre desapareció, desvaneciéndose en el caos de calor y ruido. Plumanegra oyó un gran rugido acercándose y se volvió hacia el origen del incendio. Allí, alzándose de la nube de ceniza que

cubría toda la ciudad, mil lenguas de llamas rosadas se unían para ascender hacia los cielos.

Cada una lanzaba un terrible alarido. La terrorífica cacofonía se alzó aún más fuerte, no como un gemido de desesperación, sino como el grito del nacimiento de una bestia, el fénix, la ciudad resucitando de sus propias cenizas. Atlanta.

La gran bestia, el pájaro de fuego, surgió hacia delante y reveló toda su gloria.

Plumanegra vio a su presa resplandeciente en toda su majestad, ascendiendo hacia los cielos como una estrella recién nacida. Dejó que la temible belleza de la bestia, su bestia, le inundara. Sintió cómo la determinación aumentaba en su interior. La caza milenaria comenzaba de nuevo.

No era posible derribar a la presa aquella noche, de modo que se echó hacia atrás sobre sus talones y sonrió, contento a pesar de saberse vencido. Sus pensamientos ya estaban adelantándose, anticipando las siguientes horas, en las que accedería a su estrella personal en el firmamento.

No quedaba mucho para que el amanecer le llamara de vuelta a la tierra. No había duda de que los primeros rayos del amanecer lo llevarían hasta las afueras de Atlanta. No era probable que volviera a perder el rastro, pero la noche se extendía ante él como la promesa de un amante. Aquella noche era la persecución, la caza, la búsqueda.

La bestia abrió sus fauces con el sonido de cien sabuesos famélicos y Plumanegra, cazador infatigable, la persiguió sin dudarlo.

\* \* \*

Habían pasado dos noches desde la reunión de prácticamente todos los Vástagos de Atlanta, y Eleanor aún no había hablado con Benjamín. Por supuesto, los dos debían estar razonablemente separados cuando los Cainitas se congregaban (no tenía sentido dar pábulo a los rumores, especialmente cuando podían ser ciertos), pero ¿qué daño podía hacerles una pequeña charla en privado? ¿Una cena?

Paseó por la salita, su provincia, su retiro contemplativo. Igual que le dejaba a Benison la biblioteca, salvo cuando necesitaba algún libro en particular, él le dejaba la salita a ella. Que estuvieran unidos por toda la eternidad, un arreglo totalmente inusual entre los vampiros, no significaba que no necesitaran intimidad. Aunque los dos deseaban su

mutua compañía, en realidad pasaban la mayor parte del tiempo solos. *Así se intensifican los momentos que estamos juntos*, razonaba Eleanor.

Sin embargo, en aquel momento era Benjamín, no Benison, quien ocupaba sus pensamientos, y no deseaba estar sola. La suya era una relación cerebral, libre de la ansiedad física de los mortales, aunque desde luego no exenta de pasión. Eleanor añoraba la compañía de Benjamín, su perspicacia, su agudo intelecto. Era muy cerebral, mientras que Benison era... lo era menos. ¿Qué pensaría Benjamín de los edictos del príncipe? ¿Respetarían los anarquistas los decretos y tomarían su puesto en los clanes respetables, o se producirían altercados? ¿Creía en la intervención de la Camarilla?

En realidad, Eleanor sabía mucho más de aquel tema gracias a sus contactos con su sire y a su antigua posición como arconte. A pesar de todo, no podía sino preguntarse. El Consejo Interior podría intervenir o tener asuntos más importantes en cualquier otra parte, respondiendo a la devastación de la maldición. Chicago, Miami, Washington D.C., Londres, Berlín, todas mantenían equilibrios de poder más precarios que los de Atlanta. Benison tenía a su favor su estabilidad (por el carácter de su ciudad, más que por el suyo). Le darían un cierto tiempo para recuperar el control, pero nadie podía saber cuánto exactamente.

¡Pero aquellos eran los pensamientos que quería compartir con Benjamín! Comprendió que estaba estrujando en su puño el paño de encaje del escritorio. Lo estiró cuidadosamente y se sentó. Aquella mesa, en otros lugares, había visto escribir algunas de las epístolas más influyentes del mundo de los Vástagos. Eleanor no creyó estar adulándose al pensarlo, pero había dejado el mundo de la política Cainita para estar con Benison. A veces se preguntaba si su marido lo recordaba. Aquella noche el príncipe estaba recorriendo la ciudad en busca de cualquier problema; era un trabajo importante, pero si Benison se encargaba personalmente de todo, ¿por qué había contratado ayuda? Ver al príncipe patrullando podía ser interpretado como una debilidad, y así se lo había dicho. ¿De qué había servido? Mientras tanto, allí estaba ella, sola. Sin Benison. Sin Benjamín.

¿Por qué su chiquillo no daba señales de vida? Aquel era un secreto que su marido nunca debía descubrir: había Abrazado a Benjamín porque el deseo intelectual que sentía por él no le había dejado otra salida, salvo destruirlo (una opción *claramente* inviable).

Eleanor miró el papel en blanco que tenía delante. ¿Por qué no



había respondido a su anterior mensaje? Su sirviente ghoul, Sally, aseguraba que le había entregado la carta. Volvió a coger la pluma. A menudo Benjamín le había asegurado que, aunque le arrancaba un pequeño trozo de su corazón, destruía todas sus cartas por prudencia. A pesar de todo, Eleanor solía intentar tejer sus frases de forma ambigua para que una misiva perdida no supusiera su fin. Aquella sería más directa de lo normal, ya que su enfado con Benjamín era mucho mayor.

¿Cuánto hacía que no oía una palabra tierna de él? ¿Cuánto había pasado desde que oyera *cualquier* palabra de su amante, aparte de los escuetos saludos en las reuniones sociales? Ninguna desde aquella desastrosa exposición de la zorra idiota de Marlene en el museo, ¡y de eso hacía ya varios meses!

La pluma se posó sobre el papel. Deseaba haber mostrado frialdad durante un tiempo, pero su paciencia se había agotado. En términos perfectamente claros le expuso a Benjamín lo poco que le gustaba que la ignoraran. *Chiquillo ingrato*, bufaba. Creía que los asuntos del corazón, al contrario que los del matrimonio, que era tanto un acuerdo político como emocional, requerían en ocasiones de una honestidad brutal, de modo que no se refrenó con Benjamín. Después de las amenazas de Owain Evans podía entender que su amante quisiera reforzar el velo de discreción bajo el que necesariamente se desarrollaba su relación, pero no pensaba tolerar que lo usara como una excusa para alejarse de ella y privarle de su estímulo intelectual. Pues eso era lo realmente importante: los encuentros y escapadas no eran más que un cambio de ritmo para mantener la emoción.

Notó que todo regresaba a Owain Evans. Si el empresario no hubiera intentado influir en Benjamín, ella no hubiera tenido que pasar por aquel tumulto personal. ¿Cuánto conocía Evans? Sólo Benjamín y ella sabían que el primero era su progenie, de modo que el Ventrue no podía saberlo. Pero había descubierto su... relación, a pesar de las precauciones. Un estallido de furia cruzó por su mente. ¿Se había limitado Evans a arriesgar un comentario ciego y Benjamín se había asustado, confirmando las meras sospechas de Owain? Si su chiquillo había sido tan torpe, ¿podía haber discutido sobre su linaje con algún otro? Quizá. Aunque su progenie secreta era intelectualmente superior a la mayoría, carecía de astucia.

Terminó la carta. Esperaba que la expresión de su malestar lograra que Benjamín recuperara el juicio. Desde luego, estaba segura de que su chiquillo nunca podría superarla ni intelectual ni

socialmente, y su posición estaba a salvo sin él. Más segura, de hecho. También se recordó que J. Benison eran un gran conversador. Sus argumentos podían carecer de sutileza, pero la suplía con convicción. Desde luego, podía permitirse pasar sin su chiquillo descarriado si era necesario. *Sí, el pequeño Benjamín hará bien en vigilar sus pasos si no quiere encontrarse caminando solo en esta oscura ciudad*, decidió.

Mientras plegaba la nota y aplicaba el sello, sus pensamientos regresaron de nuevo a Owain Evans. Necesitaba descubrir cuánto sabía, y, lo que era más importante, debía hacerle pagar por arrastrar su nombre a sus patéticos planes... a pesar de la precisión de sus alegaciones. Mantendría los ojos bien abiertos y encontraría un modo de lograrlo. Estaba convencida de ello.

\* \* \*

Kli Kodesh salió empapado del mar. Las aguas resbalaban sobre sus hombros y seguían su camino, rompiendo contra la orilla. Una larga coleta de pelo blanco, cubierta de algas, caía sobre su espalda como una red de pesca arrojada sobre la superficie de las aguas. Su sencilla túnica de lino blanco se pegaba a su cuerpo a medida que emergía. El paño se había vuelto gris por la exposición al mar y a la sal, y llamaba la atención sobre el inconfundible tono azulado de sus rasgos.

Las líneas de su rostro eran sorprendentes: agudas, clásicas, casi esculpidas. Arena y trozos de conchas cubrían su piel, que brillaba a la luz de la luna. El efecto le hacía parecer más una estatua de mármol y artefacto que una criatura de carne y hueso. Incluso su porte era regio, escultórico. Se alzó suavemente de las olas, como la quilla de un barco llegando a la playa.

Sintió cómo el agua huía de su cuerpo y probó a parpadear. Una vez, dos. Tenía la molesta impresión de que debía esforzarse para despertar de un sueño, un sueño delicioso.

Había soñado que cruzaba un vasto desierto. Las arenas bajo sus pies eran frescas y calmantes, incluso a mediodía, cuando las mismas sombras huían de las llanuras. El cielo era de un azul de profundidad infinita y cambiante, llenando la bóveda celeste de un extremo a otro. Kli Kodesh había vagado por aquel desierto durante cuarenta años, moviéndose con la elegancia lánguida de los dormidos.

Pero el mar le había despertado. En todos sus años errantes

había descubierto que los océanos, con mucho, eran los de mayor paciencia. Un océano podía pasar la mayor parte de un siglo preocupándose por la punta de un acantilado, o por un solo embellecedor de bronce en un barco hundido. Sin embargo, ni los mares más antiguos podían soportar mucho tiempo su presencia.

Sintió el aire nocturno en la cara, áspero y frío. Sonrió, haciendo que la capa de salmuera y arena que le cubría se cuarteara. Parte de esta máscara se rompió y cayó a la playa. Le gustaba regresar al mundo.

¿Pero dónde estaba? Lentamente, pero con seguridad, se acercó a la cima de la duna más cercana. Incluso el peso de su piel le parecía una carga a la que no estaba acostumbrado. Al llegar a la coronación un fogonazo de luz se derramó sobre él, ascendiendo hacia los cielos e inundando el firmamento.

Blancos, rojos, amarillos... una ciudad de luces que se alzaba hacia arriba, recortando la imagen de la urbe contra la pesada nube amarillenta que cubría perpetuamente a los habitantes. Aquella bruma grasienta brillaba como un halo.

Kli Kodesh cerró los ojos e hizo rotar las nubes como hojas de té, girándolas una y otra vez dentro de su mente, buscando cualquier retazo de historias, canciones o profecías.

Había pasado siglos observando las ciudades unirse y dispersarse, disolverse y reconstruirse. Era un experto tamizando los fragmentos rotos de la civilización entre las arenas inciertas del tiempo. Era un maestro de las posibilidades y las permutaciones.

Mientras observaba el juego de luces pudo ver ciudades ya olvidadas alzarse junto a otras aún inexistentes. Trazó su crecimiento y declive con un dedo ausente, como si siguiera una ruta traicionera sobre un mapa. Su mente recoma a toda velocidad las ramificaciones del pasado y el futuro que se extendían ante su escrutinio, desnudas.

Ah. Justo... ahí.

Un Faro en las Costas de la Noche Occidental. Una Ciudad de Ángeles. Ha comenzado.

Con mayor ansiedad, descendió hacia las luces. Todo a su alrededor eran lamentos y dientes apretados.

John Rotty supo que iba a haber problemas en cuanto vio a Thu aparecer por la puerta. Estaba chasqueando los nudillos, y la cadena que asomaba por su chaqueta no era parte del vestuario.

Atlanta estaba muerta aquellos días, o más precisamente, todos los anarquistas mínimamente importantes estaban muertos. Tobías, Aaron, Eddie, Cocke, Liza, Jolanda, Matt... la lista era interminable. Todos muertos, hinchados y ahitos. Los pocos a los que Rotty había visto eran realmente desagradables, sangrando por los ojos, los oídos y la nariz entre otros orificios, como si sus cuerpos tuvieran demasiada vitae. *Pero todo el mundo dice que si la maldición te alcanza te mueres de hambre*, recordó. *No tiene sentido*.

Pensó: si él aún no estaba contagiado puede que no fuera el tipo de aquella maldición, o puede que simplemente tuviera suerte. En cualquier caso, no iba a quedarse sentado en aquella habitación toda la noche. Ya llevaba casi diez años siendo un vampiro, y había decidido hacía mucho que debía mantenerse siempre en marcha. No le gustaba la idea de pasarse el resto de la eternidad sentado y aburrido hasta la muerte. Por eso había ido al Underground. Muerto. Había algún ganado, pero ningún Vástago. ¿Cuántas veces podía hipnotizar a una chavala para dejarla después seca? Para divertirse de verdad necesitaba a otros vampiros, por lo que había ido a Little Five Points. Tampoco había demasiada marcha. Se fue al Nueve Colas. Lo mismo. Música gótica a todo volumen: gemidos y maquinaria. *¿Ya nadie sabe tocar una guitarra?*, se preguntó. Más carne mortal. Ningún vampiro.

Hasta que Thu apareció por la puerta, claro. *Y no es la vampira a la que me gustaría ver*, pensaba. *Si hay algo peor que una chica moderna, es una chica moderna que puede darte una paliza*. Rotty ya la había visto en acción y no tenía intención de repetir el espectáculo.

Había suficientes góticos vestidos de negro y llenos de perforaciones en aquel club sadomasoquista como para escabullirse, alejándose de la puerta principal. No creía que Thu lo hubiera visto... todavía. Puede que solo estuviera de caza en busca de algo de carne, pero como era una puta loca era posible que quisiera bronca. Rotty agachó la cabeza y se quedó cerca de la barra, que no era el lugar favorito de los Cainitas. Mientras se dirigía a la zona trasera y los baños se mantuvo alejado de los bailarines, que no dejaban de agitarse espasmódicos. No quería atraer la atención. Una chica chocó contra él y le derramó la bebida encima, pero la dejó ir. Tampoco necesitaba una escena.

Decidió que la puerta lateral no era adecuada. Desde que los desagradables cuerpos de Liza y Aaron aparecieran en el callejón hacía un par de meses, todos vigilaban aquella salida con más cuidado. Logró llegar hasta la sala trasera y salió sin problemas por atrás. Lanzó un suspiro de puro alivio.

Fue entonces cuando recibió el golpe en la nuca. Quedó tendido boca abajo en el callejón, con la nariz aplastada contra el pavimento cuarteado. Un golpe así no era en absoluto normal. Aquella fuerza era descomunal.

Antes de que su visión se aclarara y se detuviera el pitido en los oídos, unas manos fuertes lo levantaron del suelo aferrándole la camisa.

–Gracias por ayudarme –musitó, preguntándose si las palabras serían lo bastante claras.

–¿Qué? –gruñó la voz, muy cerca de Rotty.

Mientras su visión se enfocaba pudo ver una cara a meros centímetros de la suya: boca torcida, nariz aplastada, ojos grandes, exagerado ceño de Neandertal. Xavier Kline. *Mierda*.

Kline sostenía a Rotty en el aire, a varios centímetros del suelo.

–¿Qué has dicho? –exigió de nuevo el matón.

–Nada.

–Hmp. –Kline, el enorme y musculoso Brujah, no parecía creerle, pero se limitó a agitarlo violentamente en el aire, lo que hizo que Rotty sintiera oleadas de dolor en la espalda y las sienes—. ¿Te estás haciendo el listo conmigo, siniestro? –le retó.

¿*Siniestro*? A pesar de su precaria situación, Rotty no pudo evitarlo.

–Solo porque venga por aquí, donde es fácil cazar... ¡Ah!

Una cadena le golpeó por detrás en la cabeza, justo sobre la oreja izquierda, interrumpiendo su respuesta. La sangre comenzó a manar.

–Eres lo que comes –dijo una voz con un fuerte acento vietnamita. Muchos acentos asiáticos, pensó Rotty, sonaban muy melodiosos. Creaban un ritmo sincopado de naturaleza casi lírica. Aquel no. Reconoció la voz de Thu, que era como un cuchillo sobre una tostada quemada.

Kline volvió a sacudirlo, y de nuevo el dolor subió hasta su cabeza.

–¿Qué estás haciendo aquí? –exigió.

–Me apetecía patear a algunos Brujah –respondió Rotty. La cadena volvió a golpear, esta vez en la nuca. *Vale, listillo, cierra la*

*bocaza. Siempre tardaste en aprender.*

Kline sonrió.

–Sigue hablando, siniestro, y de ti solo quedará un montón de huesos y sangre.

Rotty no lo dudaba. Kline y Thu eran famosos por su salvajismo, incluso entre los Vástagos. No era del tipo sensible y tierno.

–No estabas en la reunión del martes por la noche, ¿no, siniestro? –preguntó Kline. No esperó respuesta–. ¿Has oído hablar del decreto del príncipe? –Esta vez sacudió a su presa, aparentemente esperando una contestación. Rotty asintió, pero Kline no lo advirtió o no quedó satisfecho, por lo que lo sacudió con mayor violencia–. ¿Qué has dicho?

–Lo he oído. ¡Lo he oído! –Todo el mundo lo sabía, hubiera estado o no en la reunión. El príncipe no solo iba a comenzar a aplicar las Tradiciones de forma estricta, sino que también exigía a todos los Cainitas que no pertenecieran a un clan que se unieran a uno, pues en caso contrario se exponían al exilio... o a algo peor. Tenía un terrible dolor de cabeza y sabía que sangraba por diversos lugares. Deseaba que la cabeza se le cayera, pero decidió que era mejor tener cuidado con sus deseos estando aquellos dos cerca.

–Bien –dijo Kline–. Me alegra ver que te mantienes bien informado. –No mostraba señales de cansarse o de pretender dejar a Rotty en el suelo–. ¿Ya has decidido a qué clan vas a unirte?

–Estaba pensando en el K.K.K. –Respondió Rotty, incapaz de mantener la boca cerrada. La cadena golpeó esta vez su sien derecha, con fuerza suficiente como para lanzarle la cabeza hacia la izquierda. Su visión comenzó a oscurecerse de nuevo, aunque podía ser por la sangre. Estaba demasiado aturdido como para poder asegurarlo. Todos aquellos golpes comenzaban a cobrarse su precio. Thu no hacía más sonido que el restallar de su cadena.

–He oído cosas buenas acerca de los Brujah –sugirió Kline–. De hecho, los recomiendo abiertamente. ¿No te gustaría trabajar para mí? –Al fondo, Rotty oyó lo que creía una risa de Thu.

Trabajar para Kline. Le pareció una buena imagen del infierno, aunque Thelonious fuera el Brujah de la primogenitura. Era más del tipo intelectual, no como los Brujah callejeros como Kline. La prudencia y el dolor le hicieron por fin recapacitar, y se guardó sus comentarios. Disertar sobre los aspectos más sutiles de la jerarquía del clan no haría más que ganarle nuevos golpes.

Kline también notó el cambio de actitud.

—¿No tienes nada ingenioso que decir, siniestro? —Al no recibir respuesta arrojó a su presa al pavimento—. Recuerda: el clan Brujah. No te conviene equivocarte. —Rió mientras se alejaba. Thu le pateó el estómago a modo de despedida y siguió a Kline.

Rotty se quedó en el suelo, inmóvil, dando gracias por que no le hubieran dado más golpes con la cadena. Todavía podía oír el bajo atronando dentro del Nueve Colas... ¿o era su cabeza? Aún no podía enfocar la mirada en las estrellas. A pesar de sus heridas, sabía que había tenido suerte. Kline y Thu podían haber sido mucho más duros. Podían haberse bebido su sangre, destruirlo, dejar su cuerpo cerca de donde habían aparecido muertos Liza y Aaron. Con la carnicería de la maldición, ¿a quién le hubiera importado? Sin embargo, no era un gran consuelo para su cabeza, que, de ser mortal, hubiera necesitado de unos sesenta puntos. Para Rotty no hacían falta más que uno o dos humanos. La sangre se encargaría de todo.

Se recuperaría, pero decidió que en el futuro debía ser más precavido. Había tan pocos Vástagos en la calle aquellas noches que los que se exponían llamaban mucho más la atención. ¿Se uniría a un clan? Aún no lo sabía. Prefería mantenerse lejos de Kline a unirse a los Brujah, eso estaba claro. Pero si el príncipe pensaba de verdad imponer su decreto, Rotty no quería meterse en demasiados problemas. Tendría que consultarlo con los anarquistas restantes, los que aún no habían sido abatidos por la maldición. ¿Ceder a las exigencias del príncipe, intentar evitarlas o responder? Difícil elección.

En aquel momento no tenía ganas de luchar contra nadie. Intentó sentarse, pero el terrible dolor le convenció de que era una buena idea quedarse tumbado un poco más. Entonces notó algo bajo su codo. Tratando de no mover la cabeza, alcanzó un eslabón roto de la cadena con la que le habían golpeado. Comenzó a reír, pero le dolía demasiado. *¿No querías emociones?, pensó. Pues ahí las tienes.*

\* \* \*

Benison estaba agazapado sobre el tejado de la tienda tras el Nueve Colas, el mejor lugar que había encontrado para observar las actividades de Kline. *Un salvaje imbécil*, pensó. *No, no es imbécil*, se corrigió. *Predecible. Predecible pero taimado.*

El príncipe le había encargado encontrar a la media decena de anarquistas que no había acudido a la reunión de Vástagos de hacía dos noches, en la que Benison había promulgado los Decretos de Año

Nuevo, para que se dieran por enterados de las noticias. Aprobadas por la primogenitura a pesar de un estrecho margen, aquellas normas tenían la fuerza de leyes. La primera reclamaba el control de las calles. Las Tradiciones serían defendidas sin excepciones. Ya había demasiados peligros para la Mascarada sin Vástagos enloquecidos, y Benison tenía que cubrir las huellas para que la población mortal no descubriera la existencia de depredadores nocturnos. Además, a menudo se abusaba de los derechos del Dominio, la Progenie y la Hospitalidad. Todo eso había acabado.

El segundo decreto devolvía a los Vástagos de Atlanta a la senda de las enseñanzas imperecederas transmitidas por los escribas de la antigua Primera Ciudad a través de las generaciones. La sangre Cainita se había debilitado. Entre los recientemente creados había algunos en los que la fuerza del Padre Oscuro era tan minúscula que eran incapaces de crear progenie. Los fragmentos de *El Libro de Nod* que Benison había obtenido a lo largo de los años predecían aquel debilitamiento de la sangre. Otras profecías también se habían cumplido: los sin clan desatados, el caos posterior. Si los Vástagos de la Camarilla no actuaban, el Fin de los Tiempos se los llevaría por delante. Las enseñanzas también hablaban de ello, de la revolución física y espiritual, de la destrucción del mundo de los Vástagos y del ganado cuando los más antiguos entre los antiguos, los antediluvianos, regresaran de su reposo para reclamar todo lo que les pertenecía de forma directa o indirecta.

Benison no se quedaría sentado esperando a que todo aquello sucediera. Ya había purificado con llamas la iglesia profanada en la que una Hija de la Cacofonía sin reconocer había conspirado con demonios para hacer llover la ira divina sobre la ciudad, situando a todos sus Vástagos en la senda de la destrucción. No iba a permitirlo. Combatiría a la Gehena con la fuerza de su voluntad, o al menos lograría el apoyo necesario para retrasar el fin. Su Atlanta serviría como faro de salvación para el resto del mundo. Aquella era su cruzada mesiánica: transformar la ciudad que había comenzado como Terminus en una conocida como Primus, la nueva Primera Ciudad, en pensamiento y acto santificado por su relación con el Señor, que había otorgado su poder al Padre Oscuro y a toda su raza. Benison había llegado a creer que la recreación de la ciudad sería una conversión tan milagrosa como la transubstanciación del pan y el vino en cuerpo y sangre.

Se dio cuenta de que se había incorporado y de que ya no estaba



agazapado. Su cuerpo había intentado reflejar sus pensamientos sobre la exaltada y trascendental senda hacia la salvación. *Que me vean, decidió, como una figura de justa guía mientras miran a los cielos.*

Ni Kline ni Thu repararon en él. Terminaron de apalearlo al anarquista y lo dejaron sangrando en el callejón. Aquel ataque no le preocupaba demasiado. *La penitencia es buena para el alma*, creía, y no había duda de que ese vampiro tenía mucho de que arrepentirse, aunque dudaba de que la mejora espiritual fuera la motivación de Kline. Era evidente que aquel Brujah primitivo se había excedido en el cumplimiento de su segunda obligación: recordarle a todos los anarquistas que su posición indefinida los situaba, hasta cierto punto, más allá de las leyes de la Camarilla. También eso había terminado. Kline había combinado con aquel deber su tosca campaña de reclutamiento en un intento por mejorar su posición dentro del clan Brujah y de la sociedad Cainita en general. *No puedo culparle por su iniciativa*, concedió el príncipe. A Benison no le gustaba pensar en una ciudad llena de jóvenes Brujah, ya que era un clan del que podía prescindir perfectamente. Pero probablemente, sospechaba, las tácticas de Kline le estallaran en la cara. Aunque la intimidación podía ser útil para persuadir, normalmente no servía para inspirar lealtad. Cualquier Vástago estaña dispuesto a decir lo que Kline quería oír con tal de evitar ser apaleado brutalmente, pero todos recordarían aquella actitud. El Cainita agraviado podría temer y respetar los decretos del príncipe, pero detestaría al Brujah.

A Benison no le sorprendió ver que Kline mezclaba a partes iguales la política y la intimidación con sus deberes oficiales. El príncipe llevaba un tiempo utilizándolo para una misión u otra, y sabía que cumplir órdenes de forma sutil no era el punto fuerte del Brujah, pero era mejor tenerlo vigilado. *Mejor un buey con su yugo que un toro salvaje*. Benison recordó aquel refrán de sus días mortales.

Se agazapó de nuevo y observó desde su escondite al anarquista, tumbado sobre el pavimento. Había al menos una decena de Vástagos sin reconocer en Atlanta. Antes de la maldición había habido más, quizá dos o tres veces esa cantidad; era muy difícil seguirles la pista a todos. Tensó los músculos. El mero pensamiento en el mal que afligía a su ciudad le enfurecía, pero se obligó a mantener el control. *De todas las tragedias hay lecciones que aprender*, se recordó. *El Señor ha visitado mi ciudad con su maldición para retarme, para llevarme hasta mayores triunfos. Primus*. Pensó en su nuevo mantra.

–Primus.

Eleanor le había aconsejado que no saliera aquella noche. Le preocupaba que pareciera actuar desde una posición de debilidad. *¿Se creía que iba a aparecer y a suplicar los anarquistas que me obedecieran?*, se preguntó. Desde luego, su mujer no le tendría en tan baja estima. *Juega muy bien sus cartas políticas, pero eso no es lo mismo que gobernar. Los políticos manipulan. Yo construyo. Tiendo los cimientos de mi ciudad.* ¿Como podía esperar que se quedara en casa? ¿Cómo podía esperar que no hiciera nada mientras su ciudad se hacía pedazos? Benison sabía que estaba destinado a cosas mayores.

Era aquella nueva visión de inmortalidad, una gloria e inspiración descubiertas en las profundidades de la desesperación provocada por la maldición, lo que mantenía a Benison en marcha. Confiaba totalmente en que su tragedia personal, tener que ver cómo la ciudad que había ayudado a construir durante cien años se descosía, era el rescate exigido para poder ver emerger un bien mayor. Su propio chiquillo había caído presa de la locura de la maldición. Demencia, dolor, muerte. El príncipe había encerrado aquello en lo más profundo de su alma. Conocía la tragedia, pero no la había sentido. Su ciudad era ahora su chiquillo, y no había tiempo para lamentaciones. Solo para perseverar.

\* \* \*

*Maldición*, pensó el Dr. William Nen. *¿Cómo pudieron ser encontrados ahí esos cuerpos?* Depositó los archivos sobre su mesa y comenzó a atusarse ausente el extremo de su espeso bigote. Era un hábito que había adquirido durante sus estudios, hacía muchos años, antes de que tanto el bigote como la cabeza encanecieran.

Los documentos que estaba leyendo eran los últimos enviados a su mesa por los examinadores. Nadie en el Centro de Control y Prevención de Enfermedades estaba seguro de lo que hacer con aquellos casos, de modo que todos los informes enigmáticos llegaban hasta él. Tampoco sabía qué hacer con ellos. Aún no.

Cogió su taza de café, pero en vez de beber pasó la lengua por el borde. Aquel era otro hábito que había adquirido en la escuela médica. Cada hito en su carrera parecía haber dejado una huella indeleble, un rasgo de personalidad allí, una costumbre peculiar allá. *Síntomas de progreso*, los llamaba. Leigh, su esposa psicóloga, le había hecho

numerosos comentarios acerca de la importancia de su "taza fetiche", como la llamaba, pero William nunca le había dado mucho crédito al análisis freudiano.

Había sido al principio de su carrera, hacía casi veinte años, después de ayudar a determinar los vectores del estallido del ébola en Sudán, cuando había comenzado a lavarse las manos de forma compulsiva antes y después de cada comida, hasta tal punto que a veces se hacía sangre. Su estancia en Sudán había ayudado a contener el brote: solo hubo treinta y cuatro casos y veintidós muertes. Tres años antes, sucesos similares en Zaire habían dejado más de tres mil fallecidos.

Había sido llamado de nuevo en 1995, cuando la cepa zaireña del virus reapareció en Kikwit. Incluso en esa ciudad de cuatrocientas mil personas, una epidemia en potencia, las cuarentenas oportunas y las masivas campañas de información pública habían conseguido que las bajas fueran mínimas. Nen había regresado del viaje a África con un tic ocasional en la esquina del ojo izquierdo. Lo sentía cuándo le ocurría, pero aparte de tumbarse en el sofá con un paño húmedo y caliente sobre la cara no podía hacer nada por detenerlo.

Aquellos últimos casos que habían confundido a los examinadores no eran ébola, o al menos no de una cepa que Nen hubiera encontrado antes. Había algunas similitudes superficiales que permitían señalar a una fiebre hemorrágica: sangrado incontrolable interno y externo, ausencia de coagulación, deterioro hepático y renal, pero los análisis no correspondían con los síntomas ni con los informes. Nen quena encargarse de aquello por su cuenta. No es que no confiara en sus colegas del laboratorio, pero al enfrentarse a datos contradictorios su primer impulso era volver a examinar todos los análisis. Había detectado errores en el pasado, y teniendo en cuenta las consecuencias de una epidemia de fiebre hemorrágica, con un índice de bajas de entre un cincuenta y un noventa por ciento, volver a comprobar una prueba no parecía un precio demasiado alto.

Dejó la taza sobre la mesa. El que los análisis no corroboraran las evidencias de la autopsia era inquietante, pero más extraños aún eran los datos sobre los propios cuerpos. Miró hacia abajo y se dio cuenta de que estaba frotándose las manos, lentamente pero de forma continua, como si tuviera agua y jabón y estuviera liberándose de los contagios que estudiaba. Se obligó a parar y tomó los informes.

Aquellos cuerpos en particular habían sido encontrados en la ciudad, en Atlanta, en el callejón de un local nocturno de gran

actividad. Las muestras de sangre recogidas eran relativamente frescas, y no habían pasado más de unas pocas horas desde las muertes. Por otra parte, las condiciones de los tejidos indicaban que aquellas personas llevaban muertas *semanas*. La información ante sus ojos estaba señalada con un círculo rojo. Alguien, *probablemente algunos*, creía, ya se habían extrañado ante ese resultado. Por mucho que Nen relejera el informe, las palabras siempre eran las mismas, igual que su conclusión: imposible.

Comprendió que había algunas posibilidades siniestras. Por algún motivo, alguien podría haber dejado sangre fresca sobre los cuerpos muertos hacía tiempo. Pero algunas de las muestras sanguíneas, en realidad la mayoría, notó Nen, habían sido tomadas en el depósito, no en la calle. ¿Podía alguien haber llenado las cavidades corporales con sangre fresca? *Improbable*. Además, uno de los dos cuerpos estaba prácticamente vacío. Arrojó los informes sobre la mesa y comenzó a tirarse del bigote otra vez. El trabajo perfecto.

Durante un instante el tic en el ojo regresó, y creyó poder oler la putrefacción y la muerte que conoció en Sudán. Pero aquellas eran las oficinas antisépticas del CCPE. Debía tratarse del olor del café frío. Tendría que lavar la taza. Se encogió de hombros y tomó de nuevo los informes.

\* \* \*

Nicholas olía la ciudad desde varios kilómetros. Las autopistas se extendían en todas direcciones desde su corazón negro, arterias que transportaban el veneno del progreso humano a través de la vasta naturaleza. Asfalto, monóxido de carbono, subdivisiones... Cada vez que se marchaba intentaba olvidar lo lejos que había llegado todo, cuánto había sido destruido. Y Atlanta era una ciudad relativamente verde, no como Chicago, Detroit o Indianápolis.

Meses atrás había llegado simplemente para entregar un mensaje, un favor que hacía al amigo de un amigo, a cambio de otro favor muy importante. De haber sabido que aquel viaje iba a costarle su cordura, nunca hubiera aceptado. Ninguna ayuda merecía ese precio. Si pudiera rehacer sus pasos y elegir un nuevo camino... Pero la ciudad le había marcado, y ahora la maldición lo consumía igual que los mortales consumían a la naturaleza.

No se quedaría mucho tiempo. Liberaría su furia, haría justicia y regresaría a los bosques purificadores, a las llanuras medicinales.

Pues uno de los Vástagos de aquella ciudad había mancillado hacía mucho el linaje de Nicholas. ¿Y qué era el tiempo para los condenados? Aquella era una idea propia de los mortales. Para los bosques que crecía, ardían, crecían, eran arrollados y volvían a crecer, ¿qué significaba *mucho*? ¿Y para él?

Se mantuvo siempre que pudo en las zonas verdes, cruzando las negras sendas automovilísticas solo cuando no podía evitarlas. En su forma lupina estaba habituado a oler la ruta menos mancillada por los mortales y su progreso. Había recorrido gran parte de dos continentes, y sus pasos nunca se habían visto guiados por el encanto de las maravillas elaboradas por el hombre. Sin embargo, cuanto más se acercaba a la ciudad más difícil era. Los límites de las propiedades se alzaban ante él con mayor frecuencia, y las zonas sin desarrollar eran cada vez más escasas.

Con cada kilómetro recorrido su sensibilidad cedía paso poco a poco a la rabia que ardía en su interior. Cada obstáculo retrasaba segundos o minutos el momento en el que alcanzara el muro de la finca, aquel falso oasis de verdor dentro de la maldita ciudad. Cada cambio de dirección le arrebatava por un breve instante el momento en el que sus garras y colmillos despedazarían a Owain Evans, el momento en el que Nicholas reclamaría la vitae robada a los Gangrel.

A medida que las afueras de la gran urbe se espesaban a su alrededor, se apartó cada vez menos del camino más directo hacia su presa. Los pocos mortales que encontrara a aquellas horas no detectarían su paso. Un motorista podría ver, como mucho, un borrón indistinto. ¿Quizá un ciervo? ¿Una ráfaga de viento soplando entre la maleza? A medida que las granjas y las arboledas daban paso a las subdivisiones y edificios, Nicholas sintió cómo la paz de la naturaleza se evaporaba. Cada vez le preocupaba menos evitar las zonas mancilladas, enmascarar las señales de su paso. Su atención se concentraba cada vez más en su destino.

Sangre. Podía oler la sangre. Ya era capaz de saborearla, la vida de sus antepasados. Sus orejas lupinas estaban echadas hacia atrás, con los colmillos desnudos y sus poderosos músculos impulsándolo hacia delante. Los suburbios decadentes no notaron su paso.

No se había alimentado aquella noche. No quería detenerse y retrasarse más, pero había deseado sentir el hambre, no el dolor de la maldición que le asaltaba cada vez que no obtenía sustento. La vacuidad solo se llenaba con un odio insaciable.

Parecía que las horas de oscuridad pasaban a toda prisa, pero

Nicholas estaba seguro de tener tiempo suficiente. La silueta urbana ya estaba más cerca, el gran faro, la figura de lo que otras noches casi había logrado olvidar. No eran más que edificios iluminados, la mano corruptora del hombre alzándose hacia un cielo mancillado, otro paraíso indefenso ante la destrucción. Giró hacia el sur. No tardó en llegar hasta las altas casas, los monumentos a la riqueza humana tan cercanos y lejanos al mismo tiempo de la podredumbre urbana. Los caminos que tomaba le eran familiares, y estaban tallados en su mente como quizá lo estuvieran todos los pasos que había dado en su errar a través de las décadas. Todos los hogares estaban rodeados por hectáreas de hiedra, matorrales y árboles, rutas convenientes con solo alguna valla de piedra o una verja metálica como obstáculo. Eran los más transitados por los mortales que vivían en aquellas casas, y Nicholas sabía que era su dinero lo que alejaba la imparable pestilencia, las excavadoras y el hormigón. Como Owain Evans, viviendo en secreto entre aquellos parásitos, y que le había inculcado la enfermedad. La noche en que entregó el mensaje había sido el comienzo de la corrupción de la sangre, el inicio del hambre y el dolor. Aquello era otra cosa por la que Evans tendría que responder, algo por lo que Nicholas le haría pagar con sangre y carne.

Tras saltar otra valla y recorrer una avenida arbolada, llegó a su destino. Se encontraba frente a la finca del antiguo Ventrue que había insultado tan gravemente a Nicholas y a su clan. Se obligó a detenerse un instante para recuperar la forma humana que mejor le serviría en el conflicto que se avecinaba. Incluso en aquella guisa conservaba las orejas ligeramente puntiagudas, la mirada animal y las garras en las puntas de sus dedos que pronto catarían la sangre. Gruñó desde lo más profundo de su garganta, un sonido que ningún humano podía imitar.

Se acercó lentamente al muro exterior. Había estado allí varias veces, primero para entregar el mensaje y más tarde intentando esperar y seguir a Evans hasta la iglesia abandonada de la que emanaba aquella música inquietante. Esta vez no habría presentación ni intercambio de frases elegantes. Encontraría a su presa y la despedazaría.

Al saltar el muro sintió cómo sus antepasados se alzaban, notó cómo los recuerdos se convertían en más que eso y tomaban el control. Sabía dónde estaban los dispositivos de vigilancia y lo que tenía que buscar, pero no hizo esfuerzo alguno por evitarlos. La sed de sangre, de venganza, era lo que le llevaba hacia delante. Nada le

detendría. Esperaba la carnicería, la ansiaba. Tendría lo que quería: sangre.

\* \* \*

Plumanegra despertó acunado en los brazos de la tierra. Los ojos aún le ardían por las imágenes de la persecución estelar, así que los mantuvo fuertemente cerrados, como si se aferrara a los últimos vestigios de su visión.

Se estiró, cavando con los brazos surcos invertidos en la tierra. Sus manos buscaban instintivamente el humus sólido y poco compactado. Los dedos funcionaban como las agujas de una brújula, tratando de dar con la única dirección significativa en aquel mundo subterráneo: arriba.

Allí.

Se acercó a la superficie, quitándose la tierra de la espalda y los hombros mientras se alzaba. Reprimió las ganas de bostezar, un hábito que ni siquiera las décadas de no-vida habían conseguido eliminar.

La resistencia desapareció de repente cuando sus manos rompieron la superficie. Aquel era siempre el momento de mayor inquietud.

Nunca estaba seguro de dónde le había dejado exactamente la persecución de la noche anterior. No había hecho más que correr hasta que el amanecer le alcanzó, obligándole a regresar al abrazo de la tierra. Conocía perfectamente los problemas que podían surgir si emergía para descubrir que no estaba solo.

No podía hacer nada al respecto. Tratando de expulsar dolorosos recuerdos del fulgor de faros a toda velocidad, cascos de ganado aterrado y aquella fiesta *revival* en una tienda de campaña, plantó las manos firmemente en el suelo y se impulsó hacia arriba.

Silencio.

Parecía que estaba en un parque, aunque un segundo vistazo le indicó que quizá fuera una finca bien cuidada. Sí, podía distinguir un muro de piedra a su derecha, y aquella sombra oscura al final del paseo de magnolias tenía todo el aspecto de una casa de campo.

Se limpió el polvo de los ojos y la cara, aliviado por no ver a nadie en las inmediaciones. Captó actividad, un rápido movimiento en dirección a la casa. Tuvo un extraño ataque de aprensión.

Allí sucedía algo inquietante. Podía notar el retumbar en su

pecho, y tardó menos de un segundo en comprender que no podía ser el latido de su corazón. Ahora su sangre se movía y circulaba obedeciendo a una marea distinta.

No, la vibración en su pecho tenía la reverberación de otro trastorno. Se llevó las manos a los oídos, retirando la tierra compactada con una mano y algo pequeño que se movía con la otra.

Los sonidos que procedían de la casa eran inconfundibles. Gritos, carreras, un rugido bestial, cristales rotos, madera cediendo... un disparo.

Corrió a toda velocidad antes de que el ruido le llegara rebotado desde el muro de piedra.

Casi había atravesado la columnata floral antes de que el martillo descendiera por segunda vez. Justo cuando salía de los árboles oyó un ruido a su espalda, en los matorrales, y detuvo su carrera. Al girarse pudo ver un enorme cerdo negro con ojos rojos. El animal sostuvo un instante su mirada y después, desdeñoso, volvió a su trabajo, buscando bellotas entre las raíces de un gran roble.

Plumanegra sacudió rápidamente la cabeza y las magnolias volvieron a enfocarse a medida que el robledal desaparecía. El Velo entre aquel reino y el siguiente era muy delgado en ese lugar, una situación como poco precaria que podía convertirse en algo más peligroso que una distracción. Elevó una plegaria silenciosa para que los gemidos moribundos procedentes de la casa no atrajeran atenciones no deseadas desde más allá del Velo.

Dobló una esquina y sus pensamientos regresaron al cerdo negro. No era una amenaza directa, aunque la enorme bestia podía pesar más de trescientos cincuenta kilogramos. No, no era un cazador, sino un carroñero: un mero heraldo de la muerte, portavoz de profecías.

El tercer disparo resonó como la voz de un profeta.

Abandonó la protección de las magnolias totalmente alerta, pero en modo alguno preparado para la carnicería que tenía frente a él.

Casi a sus pies había un mastín negro con los colmillos babeantes y brillantes. Tenía el cuello doblado en un ángulo imposible. Era evidente que el animal seguía vivo, aunque la única indicación era el gemido sobrenatural que surgía de sus fauces.

El primer impulso de Plumanegra fue terminar con el sufrimiento de la bestia. No, admitió, su primer pensamiento fue la náusea, seguida por un vago nerviosismo ante la simetría inquietante de la columna rota. Solo después comenzó a pensar en que debía hacer algo con el animal.



Sin embargo, cuando se decidió no estaba muy seguro de cómo proceder. El mastín ya había sufrido más de lo que podía padecer con cualquier *coup de grâce* que pudiera administrar con sus manos desnudas. Tenía la fuerte sospecha de que solo el amanecer terminaría con el fiel servicio de aquel animal.

Decidió respetar a la criatura, alejándose prudentemente de aquellas mandíbulas de potencia sobrenatural. De repente, mientras rodeaba al mastín caído, un edificio frente a él se derrumbó.

Plumanegra saltó a un lado y se alejó girando de forma instintiva del punto de impacto. Terminó su movimiento agazapado y dispuesto para saltar.

El edificio se había colapsado sobre sí mismo. Un gran horno de forja, indicación de que se trataba de las cocinas de la mansión principal, sobrevivía impávido entre los escombros. La chimenea ennegrecida apuntaba como un dedo acusador hacia los cielos.

Pero entre el caos de los muros caídos había una sombra aún más oscura. Plumanegra sintió, más que vio, la ola de furia que emanaba de ella. La inmensidad de aquella rabia derrumbó el hogar con un rugido metálico. La frustración destruyó la chimenea, convirtiéndola en un arma de destrucción, un inmenso y tosco garrote.

*Su ira es como la de un martillo, un tosco garrote. Domeña el relámpago a su paso.*

Podía oír, por encima de los rugidos, el sonido sutil pero inconfundible de las sombras congregándose. Los moradores del reino más allá del Velo, atraídos por la luz y el color que surgía del lugar y entraba en su reino crepuscular, comenzaron a acercarse con precaución.

Pronto detectarían el olor de las emociones y la sangre derramada a través del Tejido roto y nada podría refrenarlos.

La chimenea silbó al trazar un arco descendente y caer sobre Plumanegra, dándole una fracción de segundo. Rodó hacia un lado, temblando ante el impacto del arma, que se hundió en la tierra la mitad de la altura de un hombre.

La inmensa maza invirtió rápidamente su dirección, esparciendo fragmentos de césped bien cuidado en todas direcciones. Plumanegra se tumbó mientras el metal silbaba sobre su cabeza, fallando por un mero palmo. Se incorporó inmediatamente, retrocediendo con cuidado hacia el edificio destrozado.

Estuvo a punto de caer sobre el cuerpo del guardia. Fue solo el fuerte y dulzón aroma de su preciosa vitae lo que le llamó la atención,

evitando que tropezara con el cadáver en la oscuridad. El uniforme del guardia estaba empapado hasta la cintura de sangre, que aún manaba de los restos destrozados de su frente. La culata de una pistola sobresalía de su cráneo. Tenía el cañón alojado dentro del cerebro.

Había otro olor fuerte e imposible de confundir: el aroma embriagador y delicado de la vitae vampírica mezclada con la sangre del propio guardia. Plumanegra pensó en los disparos que había escuchado y supo que al menos uno había alcanzado su objetivo.

El extremo de la tubería le golpeó directamente en el estómago, doblándolo y lanzándolo por los aires contra los escombros. El vuelo fue abruptamente detenido por el horno de hierro, y pudo sentir la sangre caliente acudir a su cabeza. Los colores se mezclaron y, lo que era más inquietante, las sombras táctiles negras y grises de los que aguardaban más allá del Velo se acercaron a él.

Sus tiernas caricias eran asfixiantes. Decenas de manos maternas lo empujaban y sacudían. El peso de los cuerpos le vencía, bloqueando la luz y los colores de su propio mundo, sellándolo como si fuera la tapa de un ataúd.

Con un supremo esfuerzo de voluntad, Plumanegra se abrió paso entre aquella maraña. Se aferró a la sensación del metal frío en su espalda malherida y ascendió palmo a palmo por ella hasta el mundo de la vigilia. Lo lamentó inmediatamente. La conciencia del dolor y la pérdida de sangre habían esperado pacientemente su regreso. Ahora le aferraban por completo, monopolizando cada gramo de atención. Era vagamente consciente de que un agudo sonido cortaba a través de la bruma de las exigencias de su cuerpo.

En el último instante, los gritos de sus sentidos le despertaron y sus miembros fueron capaces de obedecer a su advertencia.

Más que esquivar se dejó caer pesadamente a un lado. El estruendo de la maza metálica destrozándose contra el horno de forja rompió algunos cristales en la casa cercana. Plumanegra tuvo la impresión de que el impacto le había podido hacer saltar varios dientes. Estaba sangrando por la boca y los oídos, y no tenía ni tiempo ni ganas de hacer un inventario completo.

Una lluvia de garras y colmillos cayó sobre él y un rostro bestial se acercó amenazador al suyo. A través de la bruma de dolor llegó la comprensión, un reconocimiento que trató de llevar a su mente consciente. Sin embargo, el velo de sangre le nublabla la mirada.

La Bestia Interior luchaba contra sus cadenas. El instinto de supervivencia se apoderó de Plumanegra, alejando las demandas de

los nervios, la pérdida de sangre. Golpeó con toda la ferocidad de un animal acorralado.

Los dos combatientes rodaron y atacaron entre las ruinas del edificio. Los escombros perforaron la espalda de Plumanegra. Una lejana zona de su mente registraba alivio ante cada clavo oxidado o cada trozo de metal que encontraba su destino, agradeciendo que no se tratara de algún resto puntiagudo de gran tamaño de las paredes o el techo. La lucha podía terminar en cualquier momento, y no con el éxtasis cálido de los colmillos de su antagonista, sino con el gélido letargo de una estaca atravesando su corazón.

A pesar de las heridas, Plumanegra resistía. Actuaba por instinto. Cada nueva ofensiva de su oponente tenía una sutil nota de familiaridad. Plumanegra sobrevivía gracias a la anticipación. Su escudo era una mera fracción de segundo, pero lo interponía con habilidad ante las garras enemigas.

Con cada ataque, finta o bloqueo familiar, una palabra se acercaba cada vez más a la superficie de su conciencia, un nombre. Ya estaba muy cerca. Lo único que quedaba era hacerlo salir por las fauces de la Bestia Interior, que aguardaba como un Cerbero tricéfalo, guardián de las puertas de la conciencia y el olvido.

–Nicholas.

Aquel susurro golpeó a su oponente como un puñetazo. La sombra de la Bestia que enmascaraba sus rasgos dudó, titubeó.

*Es Nicholas, pensó Plumanegra. Pero su sangre está muy cerca de la superficie y la Bestia le cabalga.* Se retiró un poco, recuperando el equilibrio. Recordó su primer encuentro, hacía pocas semanas.

Lo había encontrado vagando enloquecido por los bosques, presa de una furia asesina. El Gangrel más joven estaba desorientado, confuso, destruyendo todo lo que le rodeaba, desraizando y destrozando árboles de muchos arios.

–Destructor de árboles –dijo Plumanegra en voz alta. No había asomo alguno de burla en su voz. Hablaba como si estuviera llamando a alguien por su nombre de pila. Sus ojos nunca abandonaban los de su oponente. Podía ver el conflicto, el primer destello de comprensión. Nicholas se acercó.

La otra vez también habían peleado, recordó Plumanegra. Nicholas, profundamente en manos de la Bestia, se había lanzado contra él de inmediato, pero lo había derrotado empleando contra él su furia ciega.

Aquella noche Plumanegra no estaba tan seguro de su victoria.

Había algo en su oponente que se negaba a encarar directamente. El cazador incansable no dejó de reconocer aquella mirada.

La había visto muchas veces en el momento más peligroso de la caza, cuando la presa se vuelve hacia el perseguidor. Había un cierto abandono que cortejaba al poder de la Bestia, atrayéndola como la sangre mortal atrae a las sombras. Mantuvo la distancia.

Nicholas respondió con un gruñido que Plumanegra no pudo entender, pero las palabras estaban cargadas de edad, distancia y significado. Sonaban con un tono reverente normalmente reservado para citar las Escrituras.

No reconoció la lengua, pero creyó sabio mantener a su oponente hablando.

—¿Lo recuerdas, tu batalla contra los árboles?

Nicholas replicó con una risa desdeñosa, respondiendo después con la misma lengua extraña y musical. Eran palabras que rezumaban ritual, poesía, antiguos retos.

Plumanegra captó "Blaid". Recordó.

*Blaid*. Las palabras de Nicholas le llegaron a través de las noches. *Blaid*, que en la lengua de la gente de las colinas era llamado *el Lobo*.

—Blaid. Sí, te conozco, Nicholas chiquillo de Jebediah, chiquillo de Beauvais, chiquillo de Ragnar, chiquillo de Blaid.

Nicholas se retiró, tratando claramente de controlarse. Plumanegra insistió con palabras formales, prescritas por siglos de tradición.

—La última vez que nos encontramos me gritaste. Dejé mi marca en ti. ¿Con qué derecho me retas de nuevo esta noche? —Se acercó un poco—. ¿Has traído las cabezas de nuestros enemigos tomadas en la batalla? ¿Has traído comida a nuestros niños famélicos? ¿Llevas contigo las palabras de poder de los altos lugares?

Extendió sus brazos y desnudó su garganta a las estrellas, hablando como si se encontrara muy lejos de allí:

—*Soy un ciervo de siete astas.*

—*Soy una riada por la pradera.*

Por el rabillo del ojo pudo ver a las sombras acercándose, inquietas. La Recitación de las Hazañas era la tradición más sagrada de los Gangrel. El reto era la más antigua de las Siete Tradiciones de la Camarilla, y era aún más importante para la supervivencia del clan.

Era un combate ritual, un conflicto para demostrar el dominio. Sus consecuencias no eran menos decisivas o mortales.

Plumanegra esperaba que Nicholas no estuviera tan en manos de su furia como para no poder llegar hasta él. Si lograba desviar su rabia aún era posible satisfacer el honor sin dejar uno o más cadáveres a saludar el amanecer.

Nicholas comenzó a responder, se detuvo y comenzó de nuevo con mayor decisión. Obligó a sus pensamientos a tomar forma en un inglés tosco, con evidente resentimiento.

–En la Batalla de los Árboles, ahí estuve. Cada vez que Nicholas derramaba tu sangre, ahí estuve. Cuando el señor de la casa envió a Blaidd a la Muerte Definitiva, ahí estuve.

*–Soy una tormenta sobre un profundo lago.*

*–Soy una lágrima que el sol deja caer.*

Las sombras se acercaron más a Nicholas, casi impidiéndole verlo. Bebían profundamente de su orgullo, de su furia, de su venganza centenaria. Comenzaron a hacerse más atrevidas, probando las aguas inciertas del mundo de la vigilia. Una ya se había alejado para alcanzar el cuerpo del guardia.

–Mi sangre corre más profunda de lo que tus garras pueden seguir –respondió Plumanegra, encontrando la mirada de su oponente–. Estaba en esta tierra cuando la luna era joven. Fue en esta tierra donde los tuyos flotaron sobre el agua. ¿Y qué si mi sangre regresa a la tierra? Cuídate de que la tuya no se derrame sobre las aguas y se pierda.

*–Soy una espina que atraviesa la carne.*

*–Soy un halcón sobre un acantilado.*

Las sombras profirieron un aullido casi audible y se dedicaron furiosas a cuidar de las heridas de Nicholas, como si temieran que una sola gota de su preciosa sangre pudiera perderse. Sus manos fantasmales se cubrieron de vitae y comenzaron a tomar sustancia.

Nicholas, ignorante de su presencia, siguió con su reto.

–No cabalgo sobre las olas, sino que recorro un río de sangre cantora. ¿Qué es tu tierra para mí? No más que tu sangre. Si quisiera alguna de las dos las tomaría. Los hombres me llaman *exilio* pues no soy de sus tierras. Me llaman *enemigo* pues no soy de su sangre. Pero

estoy en sus tierras y soy de su sangre. Me cazan, me acosan, pero los tengo frente a mí.

*–Soy el terror sobre la planicie.*

*–¿Quién si no yo inflama la cabeza más fría?*

La sombra que había estado alimentándose del guardia dio dos pasos vacilantes hacia delante. Titubeó incierta tratando de encontrar el equilibrio, como si no estuviera acostumbrada al peso extraño de la carne y la sangre. Animadas por su éxito, más sombras se dirigieron hacia el guardia, acercándose poco a poco por la tenue línea vital de la sangre derramada.

Plumanegra avanzó lentamente, tratando de mantener tanto a Nicholas como a la rasgadura del Velo a la vista. Ésta parecía haberse hecho mayor. Numerosas manos se aferraban a sus bordes agudos y grises, tratando de encontrar la entrada al mismo tiempo.

Por el agitado estado de los que se agolpaban en el portal, era evidente que su ansia por pasar estaba motivada por algo más que la simple hambre. El miedo era evidente en sus rostros. Algo al otro lado del Velo se estaba alimentando del miedo.

*–Quizá seas un cazador entre los hombres --replicó Plumanegra--*, pero no te he visto, ni las señales de tu paso, por la senda de la noche más profunda. ¿Has dado caza a la bestia de la pregunta, que ladra con la voz de cien perros? ¿Has rastreado al ciervo blanco hasta las aguas silenciosas?

*–Soy una lanza empapada de sangre.*

*–Soy un salmón en un estanque quieto.*

Plumanegra ya había perdido de vista a la aparición que se había alejado tambaleante de su festín con el guardia, cuyo cuerpo había desaparecido bajo el peso de las sombras. Se produjo un fuerte crujido cuando la pistola se liberó del cráneo destrozado. Plumanegra vio cómo la luz se reflejaba en el cañón, mientras uno de los muertos gimoteantes agitaba triunfante el arma sobre su cabeza.

Desde la Rasgadura llegaba una luz cada vez mayor. Las criaturas que se amontonaban trataron de escapar, pero solo lograron estirarse como las sombras al amanecer, aullando en la lejanía.

Nicholas se incorporó totalmente. Los espíritus estaban aferrados a él como una capa. Aunque no había viento, aquel ropaje parecía

ondear en la brisa, ya que las sombras se alejaban de la luz que surgía de la Rasgadura.

–Las sendas que describes no son más que confusiones de la mente, laberintos del pensamiento. Tienes los ojos en la nuca. No ves más que paisajes internos, fantasmas, quimeras. ¿Cómo puedes guiar a tu pueblo si trastabillas en las sombras?

–*Soy un jabalí despiadado y rojo.*

–*Soy un destructor amenazando con la muerte.*

La masa de sombras parpadeantes sobre el cuerpo del guardia se había hecho más clara. Manos manchadas de sangre y fauces intermitentes eran perfectamente visibles. Un grupo de apariciones tambaleantes se acercaba lentamente hacia la casa. Su jefe, aún agitando la pistola sobre la cabeza, disparaban al azar. Su risotada apenas era audible, como el sonido del viento a través de las hojas secas. La propia Rasgadura parecía ahora brillar. Su luz bastaba para que Plumanegra no pudiera mirarla directamente, y tenía que entrecerrar los ojos para distinguir la silueta de Nicholas.

Las sombras que no lograban escapar por la apertura parecieron congelarse, quedándose inmóviles, capturadas como una fotografía. La luz surgía a su alrededor, dando un audaz relieve a sus expresiones de dolor y miedo.

El tiempo se estaba acabando. Plumanegra no tenía nociones románticas sobre el sellado de la Rasgadura, ni ninguna heroica intención de expulsar a las sombras destructoras. Desde luego, no tenía la menor intención de enfrentarse al ser que aguardaba tras la entrada. La tarea que se imponía era mucho más modesta. Necesitaba alejarse con Nicholas de allí antes de que el Otro emergiera del Velo.

Maniobraba con suma cautela. Estaba en un precario equilibrio entre las consecuencias de fracasar en el reto y la amenaza de provocar un nuevo ataque de Nicholas. Estaba muy cerca.

Siguió cediendo terreno muy lentamente.

–Quizá no haya más paisajes que los internos. Quizá nuestro pueblo solo cace en llanuras mentales, guerree contra sí mismo y no hable más que la lengua de las ideas. Quizá nuestros hermanos no sean más que sombras de más allá del Velo de la Muerte, alimentándose de la calidez y la pasión de los vivos. ¿Me estás diciendo que eres más real, más vivo que nuestros antepasados? ¿O

eres algo menos, sangre debilitada a través de las edades y las generaciones, la mera sombra de una sombra?

- Soy una luz desde más allá del Velo.*
- Soy una madriguera donde andan los poetas.*

La luz era cegadora. Plumanegra ya no podía discernir la silueta de Nicholas, ni distinguir la forma de los muertos. Ni siquiera podía mirar en la dirección de la Rasgadura. Avanzó hacia donde pensaba que estaba su amigo, siguiendo el sonido de su voz.

Sin embargo, en vez de amilanarse la voz era más áspera, sintiendo la victoria.

–Mi sangre es real. Mi ira es real. Si no somos más que sombras, ponte bajo mis garras. Se extienden hacia ti desde las edades y las generaciones, y cuando te marquen lo sabrás por toda la eternidad. Tu dolor también será muy real. Ya te tambaleas como un medio muerto. Ven, déjame terminar.

- Soy una marea que arrastra hacia la muerte.*
- ¿Quién si no yo observa desde el tosco dolmen?*

Plumanegra se tambaleó ciego hacia delante. Podía sentir, más que ver, la luz de la Rasgadura, latiendo. Arrojaba imágenes distorsionadas por sus párpados cerrados, proyectándolas directamente en el interior de su cráneo.

–Sí –logró susurrar, aunque tenía los dientes apretados–. Hay dos mundos, uno de luz y otro de sombras. El que llamas real y el que consideras un sueño. Son lados de una misma moneda, despiertos y dormidos, girando una y otra vez, atrapando la luz. Pero lo que no sabes es esto: que los límites entre los dos reinos no están tan fortificados como uno podría esperar. La gran muralla no tiene más que el espesor de un párpado, y a veces se rasga. ¿Cómo liderarás a la gente cuando la feroz mirada del Más Allá nos detenga con su ira? ¿Cómo les avisarás siquiera del peligro? ¿Cómo los recuperarás, sanos y salvos, del otro lado del dolmen prohibido?

- Soy el fuego en cada colina.*
- Soy el útero de cada liebre.*

Extendió el brazo. Sus manos se cerraron alrededor de Nicholas,



justo por encima de los codos. El gesto era un abrazo, una invitación, una llamada.

Sintió unas garras hundiéndose en sus bíceps cuando Nicholas imitó su gesto. El abrazo se apretó mientras Nicholas empujaba hacia abajo, obligándole a arrodillarse.

–Ya no tienes que preocuparte de mi gente. Mi brazo los guiará a la batalla. Mi voz los dirigirá en la caza. Ante mi palabra cruzarán el dolmen oscuro para entrar en el reino prohibido que es la muerte definitiva. Pero los esconderé en lugares secretos de mi corazón para que no pueda acaecerles mal alguno, salvo que antes demuestren ser mi destrucción.

*–Soy el escudo de cada cabeza.*

*–Soy la tumba de toda esperanza.*

Plumanegra sintió cómo un puño se cerraba sobre su pelo, cómo su cabeza era echada hacia atrás, exponiendo su garganta.

No se resistió, no habló. No perdió la energía que le quedaba en lo que ya era un conflicto innecesario.

Concentración.

Poco a poco, Plumanegra inspiró. No era algo que hiciera a menudo. Respirar no le era especialmente fácil ni remotamente agradable, ya que sus músculos estaban atrofiados tras décadas de desuso. A pesar de todo, era mucho mejor que lo que estaba a punto de hacer.

Se concentró e inspiró dolorosamente otra vez, y otra. Ya no era consciente de lo que le rodeaba. Toda su concentración estaba puesta en aquel sencillo acto (inhalar, exhalar), algo que hasta un recién nacido podía hacer sin esfuerzo. Plumanegra puso cada gramo de su voluntad en mantener aquel movimiento básico y fundamental de la vida.

La diminuta respiración en que se había convertido era apenas consciente de la presencia de Nicholas sobre él. Se encontraba encima, como una manta apagando las llamas, y no dejaba de hacer fuerza.

*Tiene que ser ahora.*

Inspiró una vez más lo más profundamente que pudo y retuvo el aire. Un latido. Dos. Tres.

Sintió el cálido dolor de los colmillos entrando en su garganta.

Ahora.

Con el estruendo de un muro de nieve cayendo por una ladera, el corazón de Plumanegra comenzó a latir.

Pudo sentir cómo Nicholas se alarmaba, liberándose. Una rociada de sangre, respiración forzada. Latido.

Con un giro de una mano, aferró los extremos de aquellos tres hilos vitales: sangre, aliento, latido. Sus uñas se clavaron profundamente en las palmas. Con el mismo movimiento lanzó el talón de la mano hacia arriba con toda su fuerza, justo hacia el centro del Chi de su oponente. El golpe alcanzó a Nicholas debajo del esternón. De haber sido un golpe físico no había duda de que le hubiera destrozado la caja torácica, lanzando astillas de hueso hacia el corazón y los pulmones.

Pero no hubo nada físico en aquello. Nicholas no sintió más que un ligero empujón cuando Plumanegra le empaló el pecho con su energía vital. Todo el peso del impacto recayó sobre su Chi, su energía espiritual.

La mano de Plumanegra seguía descansando delicadamente sobre el pecho de su oponente. Sintió cómo el joven Gangrel se quedaba rígido, saltaba y caía hacia delante. Lo levantó.

Nicholas trató de recuperar el equilibrio. Sus ojos, abiertos y brillantes como la luna, estaban fijos en algo situado sobre el hombro de Plumanegra. Una caótica mezcla de imágenes fluyó del joven al viejo, como si la sobrecarga sensorial no tuviera claro dónde acababa uno y dónde comenzaba el otro.

La mirada de Nicholas vagaba distraída de un lado a otro, como si su mente no lograra encontrar un asidero en aquel paisaje extraño. El suelo estaba cubierto de muertos codiciosos. Una aparición translúcida alzaba la cabeza decapitada del mastín. Con un aullido satisfecho, se la puso sobre su propia cara como una máscara. Las fauces mortales se abrieron y cerraron de forma experimental, como si comprobaran la unión.

Tres figuras danzaban alrededor del viejo horno de fundición, atizando el fuego con palas. Otra sombra trabajaba furiosa, buscando herramientas entre los materiales disponibles: carne y huesos humanos.

Cadáveres aullantes se arrojaban desde las ventanas de la planta superior, se ponían en pie como podían y regresaban a la casa tambaleantes para intentarlo de nuevo.

Plumanegra pudo sentir cómo Nicholas desaparecía, cayendo en espiral hacia la carnicería. No iba a perderlo ahora.

–Nicholas –dijo con voz áspera y urgente–. No caerás aquí. Tu muerte ya no te pertenece. Debes vivir para guiar a nuestro pueblo. Lo has jurado y no puedes echarte atrás.

La mirada de Nicholas bajó hasta encontrar la de Plumanegra, anclándose a ella. Lentamente, el Gangrel más joven se alejó de las profundidades. Tomó al vidente por los hombros y lo levantó.

–Y tú vivirás para guiarlos. –Su voz era regia, y carecía del anterior tono amenazador–. He estado...

Su voz murió abruptamente y sus manos cayeron.

Plumanegra sintió cómo el contacto se cortaba. Fue como quedar repentinamente ciego de un ojo. Parte de su rango de visión había quedado perdido de forma irrevocable. Nunca lograría saber exactamente lo que Nicholas había visto emerger de la Rasgadura.

El grito de los labios del Gangrel más joven no tenía nada de humano. Se trataba de un alarido bestial de terror, dolor e incompreensión. El estallido emocional atrajo inmediatamente la atención del Otro.

Plumanegra no se volvió. Oyó un sonido ardiente, como el de un arco eléctrico sostenido, y el suelo tembló y fluyó hacia él ante el peso de lo que tomó por una pisada monstruosa.

Lanzó todo su peso sobre Nicholas, pero éste no necesitaba más ánimos. Huyeron juntos, despavoridos, hacia las primeras trazas del amanecer.

### 3

Owain se reclinó sobre el asiento y trató una vez más de ponerse cómodo. Debería haber sido muy sencillo. Todo en aquel pequeño compartimento sugería no solo comodidad, sino opulencia.

Los Giovanni no habían reparado en gastos a la hora de decorar su reactor privado, el orgullo de su línea. Para ellos era una gran satisfacción que su clientela única no tolerara más que lo mejor.

Pensó que quizá se habían excedido a la hora de poner cómodos a sus invitados. Aquel espacio oscuro y forrado de seda roja le recordaba demasiado a un ataúd para su gusto.

Sin embargo, todos los demás detalles eran perfectos. El efecto general era el de estar en la biblioteca de todo un caballero. La

derecha e izquierda de los muros estaban forradas de ricos volúmenes encuadernados en cuero. El muro opuesto estaba dominado por un antiguo mapa del mundo que se extendía desde el sillón hasta el techo abovedado. Owain tocó los controles ocultos en la superficie de la mesa de caoba que tenía frente a él. El mapa pareció apagarse, disolviéndose en grandes pantallas proyectoras.

La única luz era la pálida lámpara azul sobre la mesa a la izquierda. Con un tirón de la delicada cadena de oro, la apagó y eligió un canal de televisión público que sabía que no estaría emitiendo a aquella hora. Dejó que la cabina se llenara de estática.

Era un sonido tranquilizador, un esfuerzo sin orquestación. No había señales de artificio, ni nota alguna de conciencia. No sentía que nada hubiera sido cuidadosamente dispuesto en su beneficio.

Era el sonido que podría haber existido antes de que el hombre hollara la tierra, una fricción primordial, una onda siempre creciente que transportara el sonido de las estrellas recién nacidas. La música de las esferas.

Dejó que los tumultuosos pensamientos sobre lo que le esperaba (Toledo, el Greco, el Sabbat) se alejaran y se perdió en las complejidades de aquella grandiosa música sin partitura. Al final cerró los ojos, rindiéndose a los sueños.

No fueron sueños lo que le llegó, sino visiones.

Había una sombra sentada frente a la mesa de caoba de Owain. La superficie del escritorio se había convertido en cuadros alternos de madera clara y oscura, un tablero de ajedrez. La sombra se inclinó sobre los trebejos. Owain no podía distinguir sus movimientos furtivos mientras desplazaba las piezas, cambiándolas, alterando de forma sutil su posición inicial.

El lado del tablero más cercano al Ventrue estaba vacío. Frente a él había trece piezas blancas, pero no se veía señal de sus compañeras. Owain no estaba dispuesto a empezar una partida con aquella desventaja material.

Sin embargo, su oponente no parecía preocupado. Comenzó a avanzar sus piezas en formaciones ordenadas, acercándose inexorable a la última fila de Owain.

Éste comenzó a depositar rápidamente trebejos en el tablero, preparando una defensa. Se detuvo de repente, asombrado por un inquietante detalle en la pieza finamente decorada que sostenía en la mano. El rey oscuro tenía levantado un garrote, y había sido capturado en el acto de descargarlo sobre el rostro alzado de una figura en su

base.

*Caín, el Primer Nacido, el Padre Oscuro.*

Depositó la pieza con cuidado. Tomó otra y la estudio de cerca con aprensión. Un caballero negro aparecía de rodillas, sacándose sus propios ojos con un alfiler.

*Edipo, sin duda. Pero ¿por qué...?*

La sombra habló provocadora. Su voz era una que Owain no había olvidado a pesar de los siglos transcurridos. Era su hermano.

–¿Sucede algo, asesino de la estirpe? –dijo venenoso, golpeando a Owain como algo físico–. *Es el fin de los tiempos, la muerte de la sangre.*

El Ventrue sintió cómo la vitae cálida le caía por la muñeca. Observó alarmado la figura de Edipo, aferrada fuertemente en su puño. Tenía la innegable sensación de que la pieza sangraba por sus manos de mármol negro. Owain la soltó y la figura cayó sobre la mesa. Solo entonces comprendió que la presión era lo que había clavado la pieza en su palma, haciéndole sangrar.

El adversario aprovechó la ventaja.

*–La sombra del Tiempo no es lo bastante larga como para cobijarse debajo. Y por estas señales sabrás que digo la Verdad que no oculta tiniebla alguna. He visto la Isla de los Ángeles temblar, como si hubiera sido golpeada por un gran terremoto. Miguel, el más exaltado de aquella Gloriosa Compañía, quien derribó al Oscuro desde lo alto, ha sido arrojado a la Tierra. Los hombres miran al cielo tenebroso sin comprender y los Hijos de Caín despiertan al amanecer.*

La figura sombría remarcó sus palabras avanzando una exquisita torre blanca. Cada pliegue de su toga era un audaz alivio. La figura estaba extrayendo una daga oculta.

*Bruto.*

Owain trató de observar al rey blanco para saber más sobre la naturaleza de su adversario, pero su oponente mantenía la pieza bien oculta entre las sombras de sus mangas. Owain avanzó un alfil hasta una posición vulnerable.

Su rival saltó.

*–He visto una cruz, he pisado la sangre de nuestro Señor, la he visto convertirse en nueva vida. La he visto concentrarse en las Santas Espinas para que los impuros no se acerquen y prueben la fruta prohibida. He visto una gran águila blanca sobre sus ramas. Abre su pico y lo cierra, y habla con la voz oculta de las montañas. Y para los Hijos de Caín tiene palabras de destrucción.*

La sombra cayó sobre el alfil expuesto con una risa despectiva, pero mientras se extendía por la mesa, Owain alcanzó a vislumbrar al olvidado rey blanco.

La cabeza estaba inclinada hacia un lado. Un nudo colgaba del cuello y a sus pies había una bolsa de monedas.

*Treinta talentos de plata, pensó. Traición.*

Retiró su dama a una posición más defensiva.

La sombra se detuvo e inclinó la cabeza, como si oyera acercarse a otro.

*–Y a sus pies se agazapa un León escupiendo llama y vitriolo, su piel del color de la sangre. Alza una gran garra con el sonido de todas las tumbas de la Tierra partidas por la mitad. Bajo sus pezuñas terribles se encuentra el Libro, y yo, José el Menor, contemplé lo que fue escrito en la cubierta del libro del León y sentí pavor. Llamé al Señor, pero mi voz se perdió entre los lamentos de los afligidos. Y mientras observaba, los gemidos tomaron sustancia, retorciéndose sobre ellos mismos, y vi que eran una carretera grande y terrible que se extendía ante mí y se perdía en la noche. Y el nombre de ese camino era Gehena, pues está pavimentado de sueños moribundos.*

Owain se veía seriamente presionado. Falló al ir a coger una torre, como si intentara emplearla para controlar el desarrollo de aquella extraña revelación. Sin embargo, cuando tomó la pieza para moverla descubrió que era incapaz de ello. Cuando retiró la mano no vio el brillo frío de su castillo de ébano, sino un mármol rojo lleno de profundas vetas.

Todas las piezas del extremo izquierdo del tablero adoptaron de repente un aspecto similar, como si un tercer jugador se hubiera unido a la partida. La sombra flaqueó, preocupada por aquel giro de los acontecimientos. Las piezas rojas parecían amenazar sus delicadas posiciones.

La voz de la sombra se detuvo, insegura.

*–Oculté mi rostro, y de nuevo habló el Águila. Su voz llenó los Cielos y la Tierra diciendo: "Que sea así. Que así sea".*

La sombra barrió con su manga todo el tablero, tirando las piezas rojas, negras y blancas al suelo. Owain trató de alcanzarlas para reconstruir un cierto orden y adivinar algún patrón en su vuelo. Los trebejos quedaron dispersos más allá de toda esperanza alejándose de Owain, que era arrastrado de vuelta al mundo de la sangre y la carne.

Oyó el zumbido del tren de aterrizaje desplegándose y sintió cómo

el avión comenzaba su descenso hacia Madrid.

\* \* \*

Las pilas de libros rodeaban a Eleanor, una fila tras otra, estante tras estante. Era una mujer delgada que se podía haberse perdido entre aquella colección de saber mortal. Cuánto habían descubierto a lo largo de los siglos, pero qué poco conocían... Sabía que algunos Vástagos se habían propuesto reunir el conocimiento de las edades, poseer todos y cada uno de los libros producidos en cualquier lengua a lo largo del mundo. Nunca había conocido personalmente a ninguno de aquellos seres quijotescos, pero sí había oído informes de primera mano al respecto. Los coleccionistas habían comenzado su tarea, y quizá la completaran mucho antes de que Johann Gutenberg convirtiera sus vidas en un infierno con su pequeño juguete. Algunos siguieron, negándose a reconocer su derrota. Tenían una eternidad para trabajar, una eternidad que perder esclavizados en las tinieblas, con una vela trémula y el olor del papel antiguo como únicos compañeros.

*Todo el mundo necesita aficiones, pensó.*

Para ella los libros significaban algo totalmente diferente. No eran tanto el conocimiento secreto de las edades como una llave para la liberación. Se sentía poderosa cuando supervisaba los volúmenes en la biblioteca Morris Brown, aumentando esta sensación por la ansiedad de esperar a su amante. Benjamín había respondido a su carta con una nota propia, y las palabras le habían traído de nuevo a aquel lugar. La palabra escrita le había servido bien, como había hecho muchas veces a lo largo de los años.

Los libros eran lo más cercano a unos amigos que Eleanor había tenido nunca; eran compañeros a los que podía confiar sus pensamientos, aliados que podía usar para lograr lo que necesitara. Había destacado leyendo y escribiendo desde su niñez mortal. Apartada de las depravaciones de la ficción, así como de las historias y los textos políticos del mundo masculino que le rodeaba, había sentido una llamada superior, incluso en el voluminoso consumo de tratados de etiqueta e historia natural a los que se le daba acceso. Cuando reparó en el adinerado dueño de una plantación, las articuladas cartas que escribió, totalmente decentes pero igualmente emocionantes, hicieron del cortejo una mera formalidad. Diez años después, cuando su marido, por entonces coronel del ejército

Confederado, murió en los primeros compases de la Guerra entre los Estados, Eleanor fue capaz de administrar con eficacia la plantación.

Todo eso fue antes de que Baylor la Abrazara, antes de que la moldeara como su protegida en el traicionero mundo de la política de la Camarilla, y antes de que, a pesar de sus intentos y propósitos, la desheredara por casarse con Benison. También fue antes de que conociera a Benjamín, el amante cuya presencia ahora aguardaba.

Había enviado a Sally, la delicada y pálida sirvienta, a que llevara la iracunda carta a Benjamín hacía tres noches. Un día, después otro pasaron sin respuesta. Se preguntó si no habría sido demasiado áspera al expresar sus pensamientos. Después de todo, había dejado a un lado su habitual elegancia y tacto para comunicar su furia. ¿Se habría ofendido tanto Benjamín que no quería responder? Pero igual de fuerte que su ansiedad había sido su irritación al ser ignorada, su ira al ser despreciada de aquel modo. Vaciló entre la inquietud y el agravio, consolándose solo con que Benison estaba ocupado en otras partes y no complicaba aún más las cosas con sus súbitos cambios de humor.

En la tercera noche, para su tranquilidad, llegó una respuesta de Benjamín. Sally, después de cumplir con sus tareas, le entregó la nota: *E, he dado instrucciones a Edgar para que te entregue la presente a ti o a tu servicio en la primera ocasión. Por favor, la noche posterior a la recepción reúnete conmigo en la biblioteca. Como siempre, tuyo.*

Edgar, el ghoul ayudante ejecutivo de Benjamín (aunque Eleanor dudaba de que su trabajo real tuviera nada que ver con el título), debía haber seguido a Sally cuando ésta salió de la casa para entregarle la nota en la calle, donde nadie pudiera verles. El mensaje era lo que la vampira consideraba un Benjamín puro, afectuoso y cauto a partes iguales. La "E" inicial era encantadoramente familiar, pero al mismo tiempo protegía la identidad de su amada. Se refería formalmente a su "servicio", pero le pedía "por favor" que se reuniera con él. La despedida habitual, que tanto maravillaba a Eleanor, era intensamente personal sin ser explícitamente apasionada. Contemplar aquellas palabras le levantó el ánimo. No sería la primera vez que se veían en la biblioteca.

Unos treinta años atrás, Eleanor había observado en la distancia cómo el mortal Benjamín convertía sus formidables habilidades legales en una exitosa práctica de la abogacía. También había visto cómo abandonaba esa profesión para ofrecer sus servicios a activistas del movimiento de derechos civiles. Desde el comienzo le había atraído su



intelecto despierto, así como el idealismo que le gobernaba. Aquellas acciones desinteresadas eran nuevas para ella, involucrada como estaba en la política de la Camarilla. Lo siguió mientras se movía entre los libros. Como aquella misma noche, había sido uno de los pocos no afroamericanos en la biblioteca Morris Brown, pero Eleanor siempre había sabido pasar desapercibida cuando lo deseaba, al menos para los mortales.

Tras observar a Benjamín durante horas, habló con él. La proximidad hizo que las cosas se descontrolaran. Se vio incapaz de reprimir sus deseos por más tiempo y bebió de él entre las pilas de libros. Dejar un cuerpo en la biblioteca hubiera sido un asunto desagradable, y en cualquier caso no era probable que hubiera podido destruir al objeto de su enamoramiento. Pero cuando intentó quitarle a Benjamín de la cabeza el recuerdo del ataque fue incapaz de hacerlo. Su voluntad era demasiado fuerte. El recuerdo era permanente. No contenta con hechizar a aquella mente tan brillante simplemente como ghoul, lo había Abrazado. Durante más de tres décadas su chiquillo secreto había demostrado ser su igual intelectual, y en las raras ocasiones en las que Eleanor había deseado una estimulación más física, un recuerdo nostálgico de los días mortales más que el placer obtenido por su cuerpo vampírico, también la había satisfecho.

Eleanor no dudaba de que sus destinos estaban entrelazados, y a juzgar por la respuesta de su amante, también él parecía pensar igual. Ella lo había arrastrado al mundo de los Vástagos y él había enriquecido su no-vida más allá de toda medida.

¿Pero dónde estaba? Llevaba esperando tres horas, desde las diez en punto, y aunque pasear entre los libros le había hecho recordar tiempos agradables, su alivio al saber de él comenzaba a dar paso de nuevo a la irritación por hacerla esperar. No le hubiera costado tanto decidir una *hora* a la que verse, pensaba.

Sin embargo, justo cuando su mente se desviaba hacia aquellos pensamientos amargos, apareció. Sintió su presencia antes de verlo, rígido y de pie frente a los volúmenes recopilados de jurisprudencia, con un cárdigan desabrochado y corbata suelta. Eleanor volvió a sentir cómo se le levantaba el ánimo. Toda la ansiedad y el enfado desaparecieron por completo de su alma. Al avanzar hacia él, su largo vestido, la cima de la moda en 1893, rozó suavemente sus tobillos.

–Benjamín.

Le pareció que había pasado una eternidad desde la última vez que pudo hablar con él así, revelando la profundidad de las emociones

que sentía.

Benjamín se quedó donde estaba. Tomó mecánicamente las manos de Eleanor con las suyas y se inclinó para que Eleanor pudiera besarle. Sus labios eran fríos, y la mujer notó una mínima respuesta. Su ansiedad regresó como una avalancha de duda y miedo. Dio un paso atrás, preguntándose quién había allí caracterizado como su chiquillo y amante.

–Eleanor. –El modo en que pronunció su nombre le dolió. Habían desaparecido la emoción y la ansiedad del pasado. La palabra que se formó en sus labios muertos no transmitía más que tolerancia, en absoluto pasión—. Eleanor –atacó de nuevo su nombre.

La vampira retiró las manos de las de él para no enfrentarse a la realidad de su tacto sin vida.

–Me has tenido esperando.

En los ojos de Benjamín se veían enterrados el pesar y el dolor. Aquello dio esperanzas a Eleanor, el conocimiento de que aún tenía un cierto poder sobre él, pero también alimentó sus miedos más siniestros. Apartó los ojos de su cara.

–Lo siento –dijo él.

¿Se refería, pensó Eleanor, a su tardanza, o a asuntos más terribles? Le dio la espalda.

–No podemos seguir así –susurró.

–Lo sé –respondió el chiquillo.

Eleanor sintió cómo se desgarraba por dentro, aplastada por el peso de la resignación en aquella voz. La estaba destruyendo lentamente. Con solo media decena de palabras y un tono ambiguo había sellado el destino de tres décadas de relación. Benjamín había tomado su decisión, eso estaba claro. Pero Eleanor había convencido a príncipes y a arcontes en sus tiempos. No se lo iba a poner tan fácil.

–¿Recuerdas la primera vez que estuvimos aquí juntos? –preguntó.

–¿Cómo olvidarlo?

–¿Qué sentiste la primera vez que bebí de ti, las últimas horas de tu vida mortal? –siguió, aún dándole la espalda.

–Eleanor, ya sabes...

–¿Qué *sentiste*? –exigió, girándose para encararse con él–.

¿Qué pasaba por tu mente, por tu corazón?

Benjamín agachó la cabeza y suspiró.

–Sentí cómo me robabas la sangre, la misma vida. –Su voz era cansada. Aquellas eran palabras que había pronunciado hacía

muchos años. Oyéndole, Eleanor se enfurecía cada vez más. Aunque le respondía, aunque cumplía la letra de sus órdenes, no estaba más que haciendo tiempo. Pero aún había una posibilidad de recuperarlo, y no iba a dejarla pasar—. Pero no sentí miedo –siguió Benjamín–, sino curiosidad. Supe de algún modo que se me presentaba la oportunidad de aprender más de lo que nunca hubiera imaginado. Sabía que no me matarías.

–¿Cómo lo supiste?

El vampiro titubeó. Su mirada se encontró con la de su sire, pero la apartó.

–No lo sé.

–¿Y qué hay de los años desde entonces, Benjamín?

–Desde entonces... –comenzó, mirándose los pies–, desde entonces me has presentado en la sociedad Cainita. Me has enseñado a la gente a la que debía conocer y a la que debía temer.

Eleanor se permitió una sonrisa satisfecha. No había duda de que Benjamín sabía que no sería nada de no haber sido por ella, nada salvo un pobre abogado viejo involucrado en causas sociales, con el espectro de la jubilación y una muerte lenta oscureciendo su futuro. ¡Cuánto le había dado! Le había abierto el mundo, le había permitido emplear sus habilidades naturales, su influencia y sus poderes vampíricos para ayudar a su gente. Esperaba que no se arrastrara frente a ella. Prefería mantener una relación digna.

Pero su chiquillo no había terminado.

–Desde entonces he sido obligado a alimentarme de la sangre de los que aún son humanos para poder sobrevivir. En realidad me he convertido en la peor caricatura de la profesión legal. –Ahora sí mantuvo la mirada de su sire. Su voz tenía la convicción de la que había carecido desde su llegada–. Desde entonces he aprendido por mi cuenta diez veces, *cien veces* lo que tú me has enseñado. Aunque te hubiera gustado llevarme a remolque, he tomado lo que me has enseñado y me he recreado *a mí mismo*.

Mientras hablaba, Eleanor quedó totalmente confusa. Comprendió sus palabras poco a poco, y aun entonces tardó en ser consciente del increíble alcance de su ingratitud. ¿Estaba diciendo de verdad lo que oía?

–Benjamín, sin mí no serías nada –dijo con honestidad, no como una bofetada, como un golpe.

Él la observó desde detrás de sus gafas metálicas.

–Sin ti también hubiera sido un hombre. Un hombre diferente, sí,

pero libre. Nunca en estos treinta años mi mundo ha girado exclusivamente a tu alrededor, como parece creer. Ha habido noches en las que no te he visto, noches en las que no he *pensado* en ti. Sería más humano sin ti, pero no por ello sería yo mismo.

Eleanor no podía creer que se esforzara tanto en insultarla, en ofenderla. A medida que la profundidad de la rebelión se hacía aparente, una inmensa ira se adueñó de ella. Siseó ante su chiquillo, desnudando sus colmillos. Necesitó toda su educación y su elegancia social para no saltar sobre él y arrancarle la garganta, recuperando el don que tan claramente había despreciado.

–Olvidas, Benjamín, quejo soy el ama. ¡*Tú* eres mi chiquillo!

–Soy el chiquillo, sí, pero también mi propio amo. Siempre lo he sido, Eleanor. ¿Quieres saber cómo supe que no me matarías aquella primera noche hace tanto tiempo? Lo supe porque pude sentir tu pasión. Fue más tarde cuando comprendí que aquella pasión no era tanto por mí, sino por la idea *de poseerme*. –Su voz aumentó de volumen. Estaba demasiado inflamado como para preocuparse por los mortales que pudieran oírle–. Era tu chiquillo. Era tu muchacho, o eso creíste. –Sus propios colmillos eran ahora visibles–. *Y te odiaba por ello*.

Eleanor se tapó los ojos con las manos. No podía soportar tanta insolencia. Revelaría aquella traición a Benison. Vería a Benjamín destruido, empalado para que el sol de la mañana le abrasara la carne que antiguamente había obedecido su voluntad. Pero cuando bajó las manos para decírselo, había desaparecido. Temblando por la furia, se quedó sola entre los libros. Miles y miles de volúmenes la rodeaban, observando, riendo ante su impotencia enfrentada a su propio chiquillo.

\* \* \*

Los dos vehículos corrieron hasta el comienzo de la urbanización desde direcciones diferentes y se detuvieron con un chirrido, a meros centímetros de las protecciones. El aire se llenó con el olor de la goma quemada. Mohammed al-Muthlim salió de uno de los coches.

–¿Es aquí?

Su ghoul Rodney bajó del mismo vehículo. Marvin apareció del segundo con un rifle de asalto, pero antes de que pudiera responder a su *domitor*, el fuego de armas automáticas inundó los coches y el terreno que les rodeaba. Mohammed se arrojó bajo su vehículo, y

Marvin y Rodney saltaron por encima del capó para unirse a él.

–Creo que es aquí –señaló el segundo.

Marvin tenía una expresión de dolor y abría y cerraba la mano izquierda, atravesada por un agujero de bala.

–¡Maldición! ¡Mira que me jode!

Más balas se estrellaron contra los coches, destrozando los parabrisas y perforando los neumáticos.

–¿Dónde está Kenny? –preguntó Mohammed.

–Atrás –respondió Marvin, aún doblando la mano–. Está con Pancho y los otros. Nosotros aquí. El suyo es el único camino de salida... salvo que no hay salida.

Mohammed asintió sombrío. Nunca le había impresionado Marvin, al menos no antes de que la guerra de bandas estallara abiertamente. Ante las bajas de la maldición entre sus filas y el desgaste de las sangrientas hostilidades, Marvin fue transformado primero en ghoul y después ascendido a una posición de mando dentro de los Hijos de la Cripta, donde había demostrado ser un importante valor táctico. Tanto que Mohammed estaba pensando en Abrazar a aquel enorme ghoul y reclutarlo para su círculo secreto de seguidores del Sabbat, que había sido prácticamente aniquilado por la maldición.

–Entonces hagámoslo.

Marvin sonrió, olvidando el dolor de su mano. Tomó un teléfono móvil de sus amplios bolsillos y marcó.

–Sí, Pancho, nos largamos. Ahora mismo. –Guardó el teléfono y comprobó su rifle. Satisfecho, se volvió hacia Mohammed y Rodney–. ¿Me cubrís?

Asintieron y comprobaron sus propias armas, dos pistolas semiautomáticas. A la de tres se incorporaron y devolvieron el fuego contra el apartamento desde el que les habían disparado. Sin titubeos, Marvin salió de detrás de los coches y comenzó a correr hacia la puerta principal, disparando al mismo tiempo.

Mohammed y Rodney se agacharon cuando las balas volvieron a caer sobre los coches.

–¿Crees que lo conseguirá? –preguntó el segundo.

–Ya veremos. –Sabía que aún había mucho que ver. Las luchas territoriales entre los Hijos de la Cripta y la Hermandad siempre habían sido un modo de no-vida en Los Ángeles, pero desde que estallara la guerra abierta hacía dos semanas, los Cainitas de Whittier y Covina se habían alineado con la Hermandad. Aunque Mohammed resistía, puede que incluso ganara terreno, el coste era muy elevado. Sus filas

estaban diezmadas por la maldición, y cada vez que se daba la vuelta sus ghouls y matones mortales volaban por los aires. Cada emboscada, cada venganza, le costaba uno o dos de sus hombres. Siempre había más para tomar su lugar, eso no era un problema, pero el liderazgo no era una cualidad tan fácil de reemplazar, y casi todos sus lugartenientes habían caído. No había duda de que la Hermandad pasaba por las mismas dificultades, pero lo que preocupaba a Mohammed era que sus enemigos lucharan sin su carismático líder. Si Salvador aparecía, más Cainitas de Los Ángeles saltarían al tren de la Hermandad e inclinarían la balanza. Por eso Mohammed quería aprovechar su ventaja lo más violentamente que pudiera, tratando de alcanzar la victoria o al menos de lograr un acuerdo favorable de Jesús Ramírez, líder rival en ausencia de Salvador.

Más disparos resonaron dentro del apartamento, y algunas balas escaparon a la noche. El vampiro quería terminar rápidamente con aquello. Aunque Compton estaba relativamente libre de la interferencia de las autoridades locales, una batalla prolongada con armas de fuego en plena calle nunca era inteligente. Además, Ramírez había logrado algún éxito comprando a policías que habían estado a su sueldo, aunque probablemente el ejemplo que Mohammed dio con un oficial y su familia disuadiría a más traidores.

Asomó rápidamente la cabeza y no vio a Marvin en el suelo. El ghoul debía haber llegado dentro. Justo cuando aquel pensamiento cruzaba por la mente del líder de los Hijos de la Cripta, se oyó el ruido de cristales rotos y una ventana saltó de sus goznes. Un cuerpo cayó volando desde el cuarto piso, y parecía que no se trataba de Marvin. Demasiado pequeño. El fuerte golpe contra el asfalto reverberó por todo el lugar, y Marvin sonrió desde la ventana rota. Se había ocupado del francotirador. En ese momento la sonrisa del ghoul desapareció.

Mohammed reparó inmediatamente en otro automóvil que se dirigía hacia ellos a toda velocidad. *¿Policía?*, fue su primer pensamiento, pero lo que vio resultó ser algo mucho peor. Una pequeña furgoneta abierta se acercaba hacia ellos con dos hispanos detrás apuntando con ametralladoras.

El vampiro saltó mientras las balas se estrellaban contra el lado intacto del vehículo. Marvin devolvió el fuego desde la ventana, pero la furgoneta aceleró y desapareció.

Mohammed se puso en pie y se limpió el polvo. Lo que más le molestaba era la indignidad de ser atacado en su propio territorio. Esperaba que una de sus patrullas detuviera a la furgoneta, y que al

menos uno de aquellos miembros de la Hermandad fuera capturado con vida. *Solo uno.*

Entonces reparó en Rodney, tirado en el suelo. No había conseguido apartarse, y al menos una bala le había alcanzado directamente en la cara. La mayor parte de su cráneo estaba repartida en un área de cinco metros de pavimento. Mohammed miró en la dirección de sus atacantes.

\* \* \*

Desde la azotea opuesta la violencia parecía casi orquestada, un drama improvisado interpretado para un único espectador. Kli Kodesh supervisó impassible la carnicería.

Aunque no daba señal externa de preocupación, calculaba sin parar. Había trazado cuidadosamente la trayectoria de cada bala perdida, y era perfectamente consciente del tiempo y la distancia exactas que cada cuerpo recorrería antes de golpear el suelo. Conocía el ángulo preciso de cada fragmento de hueso explotando desde el cráneo fracturado.

Siempre era igual. Los actos individuales de violencia, las muertes en sí, no le importaban. Era el patrón superior lo que llamaba su atención.

El viento le azotó en vano, incapaz de mover una sola hebra de su largo cabello blanco o de afectar al menor pliegue de su túnica. Era como un pilar, una estatua tallada en mármol. Era un coloso precariamente situado en el mismo borde del mundo.

Los de abajo no podían verlo, pero no porque se ocultara. No podían porque su mundo no tenía lugar para seres como él. Sus pobres pensamientos no podían aprehenderlo, y sus mentes no podían esperar abarcar los miles de kilómetros que había recorrido, los cientos de miles de actos violentos que había presenciado a lo largo de las edades.

Las palabras de la antigua profecía eran un leve solaz enfrentado a aquella procesión de muerte y traición: *También sirven a los que aguardan y esperan.*

Pero su espera estaba terminando. Un gran juicio se avecinaba. Miró la Ciudad de los Ángeles, contemplando por última vez la gran extensión de asfalto y neón.

Ya había comenzado a retroceder. Durante mucho tiempo después Kli Kodesh se aferró al eco lejano de los gritos de la ciudad, a

los gemidos mecánicos de la gran máquina girando, devorándose a sí misma. Aquel sonido fantasmagórico le agradaba, susurrando que la liberación estaba cerca.

Pero reconoció, en la promesa de despedida de la ciudad, el llanto de un recién nacido que no sobreviviría a la noche.

\* \* \*

Sally llamó a la puerta de la salita.

–Señora Eleanor, el caballero al que me pidió que buscara, Pierre, está aquí.

Eleanor alzó la vista de su diario.

–¿Dónde está?

–Lo he llevado al salón. –Sally era una mujer menuda, cinco o diez centímetros más alta que la vampira, pero escuálida y frágil. Como Eleanor, su piel era pálida, y llevaba el cabello largo y negro recogido en un moño. La ghouls era todo lo que Eleanor deseaba de una sirvienta: deferencia y fiabilidad; además, aunque parecía débil, Sally era uno de los dos ghouls (de los cinco que tenían) que no había sucumbido a la maldición.

–Muy bien –dijo Eleanor–. Dile que bajaré ahora mismo.

–Sí, señora.

La Ventrue oyó los pasos ligeros de Sally bajando por las escaleras. Sobre la mesa aún se encontraba su diario. Durante casi tres noches completas había reunido y organizado los pensamientos producto de su desdichada reunión con Benjamín. Había recapacitado en sus palabras, había intentado sacarles sentido, ver los años pasados desde su perspectiva... pero había fracasado. Cuanto más indagaba en sus argumentos más se convencía de que su chiquillo había caído presa de la demencia delirante de la maldición. Había visto con sus propios ojos cómo el chiquillo de Benison, Roger, había sucumbido a la locura y había muerto poco después. Así parecían las cosas. Por todo el país, por todo el mundo si las noticias eran ciertas, los Vástagos sufrían destinos similares. Por supuesto, las facultades mentales de Benjamín, normalmente impecables, habían dado paso a un trastorno. ¿Tardaría mucho en sobrevenir la muerte?

A lo largo de las noches pasadas se había resignado abatida a lo inevitable. A pesar de todo, tenía dificultades para abandonar de forma tan insensible a su hijo pródigo. Existía la posibilidad, por pequeña que fuera, de que en realidad no estuviera afectado por la terrible



infección, sino que hubiera llegado a sus absurdas conclusiones por su cuenta.

Intentó cerrar el diario con delicadeza, pero la lámpara de aceite sobre la mesa se tambaleó precaria. *Si no ha enloquecido por la maldición, ¿cómo puede haber pergeñado ideas tan absurdas?* Sentía que el camino que le había llevado a renunciar a su amor no podía ser resultado de su pensamiento, normalmente preciso. Alguien había influido en él, y sin mucho esfuerzo adivinó la identidad del culpable:

*Owain Evans.*

Aquella idea confirmaba las sospechas que ya sentía desde hacía un tiempo. Todo encajaba demasiado bien como para ser una coincidencia. Evans había chantajeado a Benjamín hacía meses por un asunto legal sin importancia. La información que hubiera comprometido a su chiquillo de hacerse pública era clara: su relación con ella, esposa del príncipe. También había la posibilidad, aunque la consideraba increíblemente remota, de que Evans fuera consciente de la naturaleza específica de la relación entre ella y Benjamín: éste era no solo su amante, sino también su chiquillo secreto.

Eleanor podía reconstruir fácilmente la línea del pensamiento de Benjamín. El único modo de asegurar que su relación no fuera descubierta era ponerle fin. Habían sido tan cautos que era prácticamente imposible que nadie les descubriera, de modo que si no volvían a encontrarse estaban libres de acusaciones. Eso dejaría a Benjamín libre para combatir cualquier futuro chantaje con completa confianza y nada tangible que ocultar.

Visto de ese modo, Eleanor sabía que Benjamín lo había hecho por ella. Estaba intentando protegerla, escudarla de cualquier posible daño. Había entendido que de hacerse públicos esos rumores, por poco fundamento que tuvieran, tendrían un efecto mucho mayor en ella, considerando su importante posición. Las motivaciones de su chiquillo y su deseo de protegerla eran tan idealistas que había simulado la ruptura de la relación para no arriesgarse a trabajar con ella en la solución de aquel peligroso asunto. *Qué encanto.* Tras reflexionar sobre ello, todo le pareció claro.

Por supuesto, él no se arriesgaría a herir sus sentimientos salvo que pretendiera salvaguardar la estabilidad a largo plazo de su amor. Ahí era donde ella podía ayudar. Owain Evans era el único que había revelado saber lo que no debía. Era posible que recibiera información, en realidad rumores, a través de espías. Sería necesario descubrir a esos espías para encargarse de ellos de forma adecuada. Eliminar a

la fuente de la filtración sería perfecto. Si, además, Evans era borrado del mapa, no quedaría nadie influyente para amenazarlos.

Así que las noches pasadas investigando en sus sentimientos no habían quedado sin fruto. Eleanor había construido tres escenarios alternativos para explicar la incómoda situación en la que se encontraba. Primero, que Benjamín había caído presa de la maldición, que ésta había provocado su locura y su rechazo y que pronto moriría. Segundo, que estaba intentando protegerla de las extorsiones de Owain Evans, en cuyo caso eliminar a Evans de la escena aliviana el problema y Benjamín sería suyo de nuevo. Tercero, que Benjamín realmente, por algún retorcido delirio, quisiera terminar con su relación. Si ese era el caso, se haría evidente si Evans era eliminado y Benjamín se negaba a reanudar la relación. Si eso sucedía, Eleanor se aseguraría de que su chiquillo deseara haber caído presa de la maldición, más que de la venganza que le tendría preparada.

Sabía que nada de todo eso sucedería si se quedaba sentada en el salón noche tras noche escribiendo en su diario. Ordenó metódicamente el libro, la pluma, la tinta y la lámpara, cuidando de no dejar caer ni una gota de tinta sobre el encaje. Había aprendido hacía mucho que, incluso en las situaciones más desesperadas, una dama debía comportarse de forma adecuada y calmada. Era algo que Eleanor no lograba siempre, pero a lo que aspiraba incluso en aquellas noches modernas. Solo tras alisarse el vestido y arreglarse el pelo bajó al salón.

La primera noche después de su altercado con Benjamín apenas había abandonado la salita, ya que estuvo consumida por la desesperación. Si firme resolución de seguir adelante sólo había llegado después de la reflexión y la introspección de las noches posteriores. Hacia dos noches, el martes, tras decidir prácticamente su curso de acción, había enviado a Sally a hablar con Roben Gillus, un Ventrue más joven al que Eleanor siempre había tratado con amabilidad. Por desgracia, Gillus había enloquecido y muerto hacía varias semanas. Dos veces más envió a su sirvienta en busca de Ventrue más jóvenes, recibiendo en ambas ocasiones la misma respuesta. Solo entonces comprendió la primogénita el verdadero alcance de la devastación entre los vampiros de la ciudad. No se trataba de un mal reservado para los anarquistas y los Vástagos sin establecer, aunque al principio parecían ser ellos los que habían recibido la peor parte.

Se acercó al salón y saludó a Pierre el Toreador, al que había

recurrido a falta de alternativas viables.

–¡Eleanor! –Parecía contento de verla y se levantó cuando entró en la estancia, dando un paso adelante para tomar su mano, pero retirándose inmediatamente, como si temiera estar yendo demasiado lejos con alguien de la posición de su anfitriona. El cuerpo delgado de Pierre estaba coronado por un sombrero negro decorado en los lados con largas y estrechas quemaduras. Al tomar su mano y sonreírle, Eleanor pudo ver los huesos de la mano, la muñeca y el antebrazo. Imaginó que si tiraba con mucha fuerza del brazo se lo arrancaría, pero los Vástagos de aspecto frágil eran sus únicas herramientas disponibles en aquellos tiempos desesperados.

–Pierre, qué amable por tu parte haber respondido tan rápido –dijo con elegancia.

El Toreador puso su mano sobre las de ella, como una abuela haría con su nieto.

–No es molestia, Eleanor. No es molestia alguna por nuestra amiga, la esposa del príncipe.

Eleanor asintió.

–Qué amable. –Tomó asiento en un sillón y observó cómo Pierre descansaba delicadamente sobre el borde del sofá–. ¿Qué tal van las cosas?

–Como cabría esperar –suspiró el vampiro–. Hay tanta incertidumbre en estos... tiempos inciertos, valga la redundancia... –La miró solemne, como si hubiera expresado un profundo pensamiento. Hablaba con las manos, gesticulando en cada palabra, pero existía un pequeño retraso. Cuando callaba, sus brazos seguían agitándose durante unos segundos, como si no supieran que ya había terminado.

–Tienes razón –dijo Eleanor. Nunca le habían interesado los Toreador como clan (por lo general eran cotillas e insufribles petimetres), y con el tiempo había descubierto que individualmente le caían aún peor. Marlene, la dirigente del clan en Atlanta, era un ejemplo perfecto, pretendiendo ser escultora mientras pasaba la mayor parte del tiempo encargándose de los locales de *striptease* de la carretera de Chesire Bridge. Además, el sábado pasado había alegado indisposición, y junto a Hannah no había atendido a su partida semanal de bridge, dejándola sola para entretener a la senil Tía Bedelia, sire de Benison.

Estudió a Pierre, sus botas negras y su camisa de estilo renacentista, midiéndolo con la tarea que le iba a encomendar. Prácticamente no había Vástagos accesibles en la ciudad en aquellas

noches. La mayoría de los que no habían sucumbido a la maldición evitaban a todos los demás Cainitas como a la peste, por miedo al contagio. Eleanor creía que su propia fortaleza moral la protegía.

–Pierre –comenzó–, tengo un importante favor que pedirte. –El Toreador se incorporó en el sofá, atento, como un pequeño soldado listo para recibir órdenes–. Es un asunto que requiere de una cierta discreción.

–Ya veo –asintió vigoroso. Eleanor temió que se le partiera el cuello.

–Es un asunto con el que no quiero molestar al príncipe –explicó–, de modo que te pido que me informes exclusivamente a mí. –A la Ventrue le preocupaba la convicción con la que Pierre encaraba su tarea, sin saber aún de qué se trataba. Por regla general los Toreador eran maquinadores, no tan arteros como los Tremere o imprevisibles como los Malkavian, pero no por ello menos taimados. Pierre, que no disfrutaba de una gran posición, parecía realmente emocionado por poder servir a la esposa del príncipe y, por extensión, asumía, al propio Benison. También era posible que estuviera interesado en aumentar su posición dentro de su clan, quizá traicionando de algún modo a Eleanor. En ese caso, su entusiasmo evidente lo dejaba claro. No era probable que fuera tan transparente, pero Eleanor aún no había descartado la ineptitud total. También era posible que Pierre fuera un habilidoso infiltrador que proyectara intencionadamente el aspecto de un cretino. Por lo poco que sabía de él, lo dudaba.

–Necesito que vigiles a un determinado vampiro de la ciudad –explicó–. No es complicado. Sigue sus movimientos, apunta a quién ve. Prefiero que no sepa que lo haces, pero en caso de ser descubierto, ni mi nombre ni el del príncipe deben aparecer. ¿Entendido?

La sonrisa de Pierre era ahora un poco más nerviosa. Sus manos comenzaron a moverse, anticipando la respuesta.

–Parece que "no es complicado", pero los problemas pueden surgir de la identidad del vampiro en cuestión.

–Es cierto –aceptó Eleanor–. Primero debo pedirte que, aunque decidas no conceder este favor, lo que nos defraudaría enormemente al príncipe y a mí misma, aunque sería una opción válida, esta conversación debe ser confidencial. No deberás hablar de nada con nadie. ¿Tengo tu palabra?

Pierre tragó, sintiendo que estaba metiéndose cada vez más

adentro sin conocer todos los detalles, pero la petición de Eleanor parecía inocente.

–Tienes mi palabra.

–Muchas gracias –sonrió la vampira cálidamente–. El Vástago en cuestión es Owain Evans. ¿Lo conoces?

Pierre pensó un instante.

–¿Ventrué? –Eleanor asintió–. ¿De aspecto joven, de aspecto plumizo? –Eleanor volvió a asentir–. Sé de él –dijo Pierre–, pero no nos han presentado formalmente.

Eleanor esperó hasta que las manos del Toreador completaron sus giros y quedaron quietas.

–Me temo que no puedo darte mucho tiempo para que pienses en tu respuesta –le dijo presionándolo ligeramente–. A cambio, estaba pensando en que sería posible preparar una exposición de tu trabajo, de tus...

–Pinturas –señaló.

–Sí, de tus pinturas. ¿Quizá en el High Museum? –Eleanor se encogió de hombros antes de seguir–. Pero si no puedes ayudarme tendré que encontrar a otro...

–No creo que sea necesario –la interrumpió Pierre, casi antes de saber lo que estaba diciendo. Hasta sus propias manos fueron sorprendidas por la repentina respuesta, y corrieron para llegar a tiempo–. Creo que podré ayudarte.

Eleanor sonrió calurosa.

–Maravilloso. –Sabía que la posibilidad de exponer en un museo, aparte de cualquier otra motivación que Pierre hubiera podido tener, sería una tentación difícil de resistir para el joven Toreador. Siempre existía la posibilidad de que fuera directamente a hablar con Marlene, pero no veía que eso pudiera ser negativo. ¿Qué podía hacer esa estúpida zorra? Además, si Pierre se cruzaba con Eleanor, no haría más que inventar una historia para Benison y Xavier Kline se encargaría del chivato.

Pierre parecía nervioso ahora que había tomado la decisión. Sus dedos no abandonaban su solapa.

–Maravilloso, Pierre –repitió Eleanor–. Sé que has tomado la decisión correcta.

\* \* \*

El bote de pintura sonaba como unos nudillos en manos de

Plumanegra. Quitó la tapa y lanzó algunas ráfagas cortas debajo del puente. Satisfecho con el funcionamiento de la boquilla, volvió junto a Nicholas, que esperaba sentado con las piernas cruzadas sobre el hormigón.

Antes de que Plumanegra le diera la espalda al símbolo apresuradamente trazado, comenzó a pensar. Después de todo, dudaba seriamente de que nadie fuera capaz de comprender aquel signo arcano entre todas las pintadas. Aunque alguien la distinguiera, solo había una decena de personas en aquel continente que pudiera reconocer la runa arácnida como un símbolo del (afortunadamente) olvidado idioma de los Sacerdotes Aullantes de Mu. Probablemente solo hubiera tres seres en todo el planeta que pudieran intentar traducir aquella críptica runa, que más o menos significaba: "No mires ahora, pero hay un Dios Primigenio en tu cerveza".

A menudo, Plumanegra tenía la sensación de que nadie apreciaba sus esfuerzos.

Nicholas le observaba expectante. Mientras se acercaba se volvió a sorprender por los visibles cambios que se habían producido en el Gangrel más joven. No había pasado más de una semana desde su encuentro en el Velo, y aunque los dos parecían físicamente repuestos, las señales de la pelea aún eran claras en el ademán y la expresión de Nicholas.

Estaba encorvado, como si soportara una gran responsabilidad. Plumanegra no podía alejar la imagen de Nicholas en la mansión, resistiendo desafiante a pesar de la horda de sombras que le atacaban y herían. La comparación no era aduladora. Aunque Nicholas nunca se había doblado ante aquel peso, estaba claro que los espíritus habían dejado una profunda huella.

Cualquier encuentro con los poderes de más allá del Velo, pensó, era como situarse a merced de un escultor torpe. Los moldeadores del espíritu no estaban acostumbrados a trabajar con materiales tan efímeros como la carne y la sangre.

Nicholas había estado en manos del poder antes de que Plumanegra acudiera a él en la mansión. A juzgar por la carnicería, no se trataba de un poder gentil. Sabía perfectamente que el espíritu oscuro que cabalgaba al Gangrel más joven nunca lo hubiera liberado por propia voluntad.

A lo largo de los años, Plumanegra había visto operar a fuerzas similares en aquellos que se habían perdido irrevocablemente a las depredaciones de la bestia. Hacía poco había sido testigo de cómo

aquellos espíritus detestables aguardaban en el hombro de los alcanzados por la maldición de la sangre. Incluso el clan de las Mujeres Llorosas había sido incapaz de expulsar a las criaturas depredadoras.

*La muerte de la sangre*, susurraban las Mujeres, trazando el símbolo contra el mal. *El mal se ceba en el maíz maduro*.

Plumanegra había pasado demasiado tiempo en las sendas espirituales como para ignorar señales tan obvias. No había duda de que se preparaba un gran juicio, no solo para su clan, sino para toda su raza. *El Día del Juicio*, pensó, *la separación del grano y la paja*.

Aquellos pensamientos no le tranquilizaban, pero le calmaban y le daban un fuerte foco en el que concentrar su voluntad. Si se acercaba un juicio, el reto que tenía frente a él estaba claro: acercarse a los Caídos, identificar a los que aún lograban aferrarse a lo auténtico, lo bello, lo compasivo, y hacerles resistir.

Dio tres vueltas, trazando mientras tanto un amplio círculo con la pintura marrón. Una circunferencia perfecta.

No quería asumir riesgos. El caos de la semana pasada aún estaba fresco. No podía saber qué criaturas de más allá del Velo podría haber cerca, ya que habían pasado algunos días en la bodega y en la cripta familiar de la mansión. Algunas de las apariciones, fortalecidas por la sangre y el sufrimiento, podían incluso haber tenido la capacidad de pasar entre los dormidos.

Pero Plumanegra y Nicholas estarían a salvo allí. El círculo era inviolable. El truco no era, como algunos sospechaban, la magia del Patrón de las formas platónicas perfectas, ni las maravillas gnósticas de los sueños euclidianos cumplidos. El círculo de Plumanegra era un encantamiento más humilde, el milagro diario de la artesanía perfecta, de un trabajo bien hecho. El propio círculo era una clara expresión de su encantamiento mundano. Plumanegra hubiera estado igualmente a salvo en la ecléctica casita que había construido con sus propias manos, en el coche que había salvado del desguace y que había reconstruido, en el jardín nocturno que cuidaba.

En aquel jardín, los Tejedores de raíces del clan habían restaurado poco a poco la salud de Nicholas. Cuando huyeron de los problemas en la mansión, Nicholas apenas era consciente de lo que les rodeaba. Había sido cabalgado y descartado por el poder oscuro, y no era más que arcilla caída del torno del alfarero.

Aquello era todo lo que Plumanegra podía hacer por arrastrar al incoherente Nicholas hasta el Parque Piedmont. El Gangrel más joven

no dejaba de hundirse involuntariamente en la tierra, obedeciendo a un instinto primario de huir de las primeras trazas del amanecer. Plumanegra intentó poner toda la distancia posible entre ellos y cualquier perseguidor.

Los Cazadores del Sueño los alcanzaron al anochecer. Una delgada capa de tierra de apenas quince centímetros era todo lo que había entre la pareja y los mortales rayos del sol. Los dos estaban agotados por el conflicto, y también tenían graves quemaduras por la exposición. Los Cazadores los devolvieron con el resto del clan en las montañas del norte.

Hasta tres días después Nicholas no dio muestra alguna de conciencia. Todos los días entraba en el jardín, paseando con la mirada fija. Cuando el clan interrogó a Plumanegra sobre el recién llegado, éste solo respondía: "debemos traerlo de vuelta".

En el tercer día, un Tejedor de Raíces se acercó corriendo a Plumanegra para informarle de que el joven había despertado brevemente, aún presa del delirio, y que había vuelto a su sonambulismo.

–¿Qué dijo el joven señor? --preguntó Plumanegra.

El Tejedor quedó atónito por la pregunta.

–Solo farfullaba, Guardián.

–¿Puedes recordar lo que dijo en su delirio?

–Sí, Guardián. Dijo que debía reunir a su gente. ¿Sabes de quién habla? Creo que estaba asustado. Dijo algo sobre una pesadilla, un terror tallado en mármol que emergía de las aguas.

–No lo dejes --respondió Plumanegra-- ni de día ni de noche. Responderás de su sangre. Tú eres su gente.

Plumanegra se sentó dentro del círculo protector, mirando a Nicholas a través de la basura que había reunido. Después de limpiar trabajosamente la zona que el círculo ocuparía, Plumanegra insistió en que todas las hojas, latas de refresco, jirones de ropa, envoltorios de hamburguesas y demás restos se reunieran en el centro. No podían dejar ni una colilla.

Plumanegra metió la mano en el bolsillo y sacó un mechero de plata.

–*Wa-Kan-Kan Ya-Wa-Con-We* --recitó. Las palabras tradicionales sonaban con la misma reverencia con la que un paracaidista grita "Jerónimo". El mechero se encendió con una chispa. Una llama azul turquesa de más de medio metro saltó hacia el cielo.

Nicholas se retiró rápidamente al ver al adversario, pues el fuego



y la luz solar eran dos de los más viejos y respetados enemigos de los Gangrel. Se compuso rápidamente, esperando que Plumanegra no lo hubiera notado.

El montón de basura húmeda cobró vida inexplicablemente. Nicholas podía sentir el calor de la conflagración tensando la piel de su rostro. No era una sensación agradable. Era dolorosamente consciente de que su rostro, su cuello y sus brazos aún estaban muy afectados por su batalla en el amanecer.

Era extraño estar de vuelta en la ciudad. Los detalles de la noche en la finca aún le resultaban confusos. Era otra vez la fiebre, la maldición de la sangre que asolaba aquella ciudad condenada. No por primera vez se encontró maldiciendo a Atlanta, maldiciendo al diletante Evans, a los malditos Nosferatu, a Ellison, que le había puesto la idea de Atlanta en la cabeza, y al ominoso tubo con el mensaje.

Pero los pensamientos de venganza se alejaron de él, ya que no tenían propósito. Con resignación, admitió que no era posible que viviera lo suficiente como para vengar aquellas afrentas. Los ataques se hacían más frecuentes.

Cada vez que la memoria de sus antepasados regresaba, éstos lo atrapaban con mayor ferocidad y se resistían a abandonarlo. Al principio se trataba de simples recuerdos, imágenes fantasmales, pensamientos perdidos, retazos de conversaciones. Sin embargo, al poco las escenas comenzaron a tomar detalle y sustancia.

Ya no recordaba acontecimientos, sino que los revivía, interpretando escenas de antigua violencia, la herencia y legado de su línea de sangre. Y siempre estaba el hambre. Los latidos de la sed eran arrolladores y exterminaban el pensamiento, despertando a la bestia famélica.

Aturdido por la fiebre y el hambre, se encontró cayendo de nuevo cada vez más en la estrecha franja entre ambos mundos. La transición le era tan sencilla como cambiar de perspectiva abriendo un ojo y cerrando el otro.

La semana pasada, en la mansión, la situación había tomado un dramático giro. Sintió como si fuera un sonámbulo observando ambas realidades, el pasado y el presente, al mismo tiempo. Se sentía superado por las impresiones que le bombardeaban desde ambos sentidos. Era como mirar hacia atrás y hacia delante al mismo tiempo.

La inmersión había sido completa y casi irrevocable, y había perdido todo el sentido del yo al verse presa del pasado. No sabía si

hubiera podido escapar por sus propios medios, sin ayuda de Plumanegra. Sabía que había estado a punto de matar a su amigo.

Observó a través del fuego, pero no buscó la mirada de su compañero. Aquella era la segunda vez que Plumanegra aparecía cuando Nicholas peleaba con fantasmas, con molinos de viento. En ambas ocasiones su amigo le había traído de vuelta de su furia asesina, con gran riesgo personal.

Sabía que la maldición que llevaba en las venas no era solo una amenaza para él, sino para todos los que le rodeaban. Decidió que se alejaría de Plumanegra a la menor ocasión.

Si el Guardián era consciente del conflicto de su protegido, no daba señal de ello. Estudiaba paciente al Gangrel más joven y aguardaba.

Nicholas rompió el silencio.

–Voy a por él.

Plumanegra siguió observándolo sin mostrar expresión alguna.

–Voy a volver a la mansión –siguió Nicholas–. Voy a encontrar a Evans, o como quiera que se llame ahora. Quiero respuestas.

Plumanegra sacudió la cabeza.

–No servirá de nada. Se ha marchado.

–Entonces daré con él. Lo conozco, a él y a los de su calaña.

–Nicholas, esta venganza tuya será tu... –No siguió.

–¿Mi muerte? –No podía evitar la amargura en su voz–. No, amigo mío, no puedes negar lo evidente. Ya estoy muriendo. Has visto a las víctimas de la plaga en la ciudad, muertas de hambre, ahogadas en charcos de su propia sangre.

–¿Y tratas de acelerar el fin? –La voz de Plumanegra era precavida–. Aquí está el fuego. Dame tu mano.

Sin esperar respuesta, el Guardián aferró la muñeca de Nicholas, que no hizo nada por defenderse. Plumanegra acercó el puño cerrado a las llamas. Nicholas se tensó, apretó las mandíbulas para evitar un gemido de dolor y se mantuvo firme.

Sus ojos estaban fijos en los de Plumanegra, atravesándolo. Éste podía ver claramente la agonía y la furia. La cara de Nicholas se convirtió en la de un animal.

Con un estallido de llama blanca, la mano de Plumanegra se prendió, ardiendo como una antorcha dentro de la hoguera. Alzó lentamente la mano del fuego hasta que el puño de Nicholas rompió el contacto visual.

La mano cerrada rezumaba sombras líquidas que caían por su

antebrazo, negras y viscosas. A su paso la carne brillaba, intacta.

Plumanegra lo liberó y apagó rápidamente su propio fuego.

Nicholas se miraba asombrado el puño. Se lo acercó al pecho y lo tocó ausente con la otra mano. Quedó en silencio durante un tiempo.

–Aquella noche *viste* –dijo Plumanegra, vendándose el muñón calcinado–. No sé si lo recuerdas, y probablemente sea mejor así. ¿Qué viste cuando sacaste la mano de las llamas?

Nicholas tardó en responder.

–Estaba envuelta en sombras, en sombras vivientes. El líquido se interponía entre las llamas y mi piel.

Plumanegra habló con tono intencionado.

–¿Y de dónde proceden esas sombras?

Nicholas estaba atónito. Por supuesto, en el corazón del fuego no había sombra alguna. Era ridículo. No podía imaginar por qué alguien podía decir algo así. Debía ser de nuevo la fiebre, otro ataque por culpa del dolor.

–No lo sé –tartamudeó–. Lo siento. Pasará. El delirio, el hambre. No soy yo mismo.

–¿Pero de dónde procede la sombra?

Nicholas sintió la imperiosa necesidad de alejarse. Sintió el estúpido círculo pintado con el rociador acercándose hacia él, como los muros de una ciudad que crecían a su alrededor.

Plumanegra capturó la mirada acorralada. Acercó la mano sana al cinturón y extrajo un largo cuchillo de caza con la empuñadura de hueso. Lo sostuvo por la hoja e hizo un gesto al Gangrel más joven con la guarda.

–¿Quieres ver de dónde sale la sombra? Coge el cuchillo.

Nicholas miró al suelo. No obedeció.

La voz de Plumanegra le llegó desde muy cerca, como si su amigo estuviera tras él, susurrándole.

–Nicholas, la maldición está en tu sangre. La sombra corre por tus venas. La furia se transmite por tu línea de sangre. La rabia late bajo la superficie de tu piel. Si te clavara este puñal –dijo mientras Nicholas sentía el susurro frío del acero bajo su oreja–, la sangre y la sombra se derramarían juntas. Tu venganza, los antiguos odios, son los que te consumen.

Nicholas alzó la cabeza y, sin titubeos, la giró hacia el cuchillo. El filo se alojó contra los pliegues de su garganta, pero no mordió. Miró a Plumanegra.

–Sabría por qué he sido llevado aquí, cruzando continentes y

océanos, para traer un mensaje a un hombre, a una criatura, que mató a mi antepasado. Si es por eso por lo que he sido atraído a mi muerte, pondré fin a este condenado linaje antes de que la maldición me venza.

El cuchillo cayó y el tono se suavizó.

–No temas por mí, viejo amigo. Espera aquí y regresaré. Mañana por la noche.

Nicholas se puso en pie, palmeó a su compañero en la espalda y, sin mirar atrás, se alejó de la protección del círculo.

#### 4

Antoinette volvió a sonreír a Maxwell Ldescu, que estaba sentado en la mesa. Habían estado esperando en la sala de conferencias de la Academia de las Artes durante casi una hora, y aún no había señal alguna de Wilhelm o de Gustav. Maxwell asintió educadamente en respuesta a la sonrisa de Antoinette antes de volver a sus pensamientos. Estaba allí como representante del primogénito occidental, pero lo que era más importante, era uno de los pocos Vástagos de Berlín a quien tanto Wilhelm como Gustav tenía algo de respeto.

Antoinette actuaba como mediadora hasta cierto punto. A petición de Wilhelm, había asegurado el lugar de reunión en el distrito Tiergarten. Aunque el clan Toreador era oficialmente neutral en el conflicto entre los dos príncipes, la predilección de Antoinette por Wilhelm era conocida. A pesar de todo, Gustav no rechazó el lugar del encuentro.

El sonido de pasos en el pasillo fue un alivio para ella. Aunque admiraba a Ldescu, cuya compañía no era desagradable, se sentía nerviosa por tener que disponer aquella conferencia; tenía ganas de que comenzara cuanto antes.

Peter Kleist, el guardaespaldas de Wilhelm, abrió la puerta y supervisó la estancia. Desapareció un instante por el pasillo y volvió a abrir para que Wilhelm entrara. El recién llegado, Maxwell y Antoinette intercambiaron educados saludos. La Toreador estaba sorprendida por la calma que demostraba Wilhelm. Gustav había jurado una y otra vez acabar con él y recuperar el control indiscutible sobre la ciudad,

mientras que el príncipe occidental había prometido por su no-vida impedir que eso sucediera. Aquel encuentro frente a frente entre los dos sería el primero en muchos años... si Gustav acudía. Existía la posibilidad de que usara el conocimiento del paradero de Wilhelm para preparar alguna clase de ataque, un escenario para el que Kleist no estuviera preparado. El guardaespaldas había examinado todo el edificio de la Academia hacía horas, y de nuevo escudriñaba la sala de conferencias. Antoinette comprendió que, sin duda, Peter y Wilhelm habían llegado tarde para no ofrecer un blanco fijo más tiempo del necesario. Sin embargo, si ese era su plan Gustav lo había anulado llegando aún más tarde.

Kleist completó su inspección de la sala.

–Esperaré en el pasillo, Wilhelm. –El príncipe reconocido de la zona occidental de la ciudad asintió.

Ldescu volvió a sentarse, con profundas arrugas cruzando un rostro que de otro modo hubiera parecido muy joven. Wilhelm, cuyos ojos claros parecían amigables, comenzó a pasear alrededor de la mesa y sonrió a Antoinette.

–Gracias por preparar esta reunión.

–Me alegro de haber sido de ayuda –respondió formal.

Wilhelm no dedicó más elogios y Maxwell no parecía inclinado a ello, de modo que esperaron en silencio, Antoinette pacientemente en pie, el príncipe paseando despacio y Ldescu inclinado, sosteniendo el mentón en una mano mientras cruzaba sus labios con el dedo índice.

Antoinette se alegró de no tener que esperar demasiado al regreso de Kleist.

–Gustav ha llegado. Y de Lutrius. No hay nadie más.

Parecía convencido de que los dos habían llegado solos.

Antoinette se preguntó cómo podía estar tan seguro de que no había otros aguardando.

Ldescu se incorporó cuando Gustav y Thomas de Lutrius entraron en la estancia. El primero se detuvo nada más cruzar la puerta y observó a Wilhelm. Antoinette no sabía cuándo habían estado tan cerca por última vez. Se observaron con la mesa entre ellos, sin ofrecerse la mano y en absoluto silencio. Gustav, con su sólida complexión y el cabello gris muy corto, daba la impresión de ser una roca inamovible, una fuerza de la naturaleza. Antoinette notó que Wilhelm no parecía impresionado. Aunque era menor, resistía perfectamente la presencia de su antiguo amigo.

Thomas de Lutrius, de pie junto a Gustav, llevaba unos

pantalones y un jersey de cuello alto, todo de color negro. Su fuerte mandíbula parecía una versión más joven y atractiva de la imponente boca de Gustav. Al contrario que todos los demás, de Lutrius mostraba una amplia sonrisa.

La mera visión de su rival Toreador bastó para disparar los nervios ya alterados de Antoinette, pero trató de ignorar su incomodidad y proceder con la mediación de la más extraña de las reuniones. Sabía que sus esfuerzos serían necesarios, ya que ninguno de los aspirantes al título único de "Príncipe de Berlín" se había movido o había dicho una palabra desde que Gustav llegara. Estaban quietos, observándose. El metro escaso que los separaba era, sin duda, la distancia más corta que habían conocido en décadas. Antoinette no se hubiera sorprendido si alguno de los dos se hubiera lanzado contra la garganta del otro. El odio inundaba la estancia. *¿Y esperan llegar a algún tipo de acuerdo?* No se lo podía creer, pero el querido Wilhelm se lo había pedido como un favor, de modo que había accedido.

—Caballeros. —Sus palabras sonaban pequeñas, ridiculizadas por la vehemente animosidad entre el príncipe occidental y el oriental—. Estamos aquí esta noche para hablar de forma civilizada. No creo que sean necesarias las presentaciones.

Ninguno de los dos príncipes respondió.

—Quizá, *Fraulein* mediadora —interrumpió Thomas de Lutrius, aún con su sonrisa burlona—, podrías presentarte a ti misma y explicarnos cómo alguien tan claramente decantado puede pretender elegir un lugar de reunión *neutral*.

Antoinette apenas pudo controlarse. No solo enrojeció, sino que le enfurecía que aquel depravado sin talento pudiera distraerla con tanta facilidad. Obviamente, aquel era el motivo por el que Gustav lo había traído, para molestarla, para impedirle que ayudara a Wilhelm en modo alguno. Como los dos aspirantes dentro del clan Ventrue, Thomas y Antoinette mantenían una amarga y larga rivalidad. Antoinette era la dirigente oficial del clan Toreador en Berlín, pero Thomas la difamaba con regularidad a ella y a su medio artístico, el cine, cada vez que se presentaba la ocasión. Antoinette no dudaba en defenestrar lo que denominaba "los intentos" de Thomas con el carboncillo.

Extrañamente, fue Maxwell Ldescu quien acudió en defensa de Antoinette.

—Thomas, no dudo de que ya hay elementos de discusión

suficientes --dijo el Tremere, normalmente comedido.

De Lutrius le dedicó su desagradable sonrisa.

--¿Cómo puede *ella* --dijo haciendo un gesto despectivo hacia Antoinette-- pretender más posición que la de partisana?

--Evaluar o clasificar a Antoinette no es el motivo por el que se consideró necesaria esta reunión --le recordó Ldescu. Hablaba con suavidad, pero durante un instante sus ojos tomaron un fulgor rojizo--. Tú y yo estamos aquí para aconsejar, no para complicar las cosas.

La confianza de Thomas desapareció visiblemente ante aquel reto mudo. Comenzó a responder, pero al verse sin palabras se limitó a tocarse el mentón.

Fue Gustav quien habló al final.

--Sí, es correcto, Maxwell. --El tono amenazador del antiguo dirigente vampírico de Berlín traicionaba sus palabras. No había variado ni su postura ni su mirada. Sus ojos estaban fijos en Wilhelm y apenas reconocía a los demás ocupantes de la estancia--. ¿Por qué se considera necesaria esta reunión? Soy un hombre razonable, he venido aquí para hablar.

Wilhelm tampoco había dejado de observar a su enemigo. De su expresión de estudiada concentración surgió una sonrisa, ligera y educada.

--Te agradezco que hayas accedido a mantener esta reunión, Gustav. Siempre he sabido que eras un hombre sabio, y es sabiduría lo que en estos momentos necesita la ciudad. --Se relajó un tanto mientras hablaba. Gustav recuperó su postura rígida.

--Te agradezco, Antoinette --dijo Wilhelm asintiendo en su dirección e incluso abandonando un instante la mirada de Gustav-- que hayas preparado esta reunión, y os agradezco, Maxwell y Thomas, que asistáis. --Ldescu inclinó la cabeza como reconocimiento. Thomas no miraba a nadie.

--¿Cuál es el propósito de la reunión? --preguntó de nuevo Gustav, aunque Antoinette se lo había comunicado en repetidas ocasiones antes de que aceptara participar.

Tras satisfacer los dictados del protocolo, Wilhelm se volcó en Gustav.

--Berlín está siendo azotada, como el resto de Europa y del mundo, por una maldición de origen desconocido. Lo que necesitamos, si queremos sobrevivir, es cooperación. Maxwell y sus hermanos han hecho grandes esfuerzos para combatir esta amenaza, pero queda mucho por hacer. No podemos distraernos con... --hizo

una pausa y un gesto ausente—, rencillas personales. Debemos apartar, de momento, cualquier desavenencia política que resulte contraproducente. Debemos concentrar nuestras energías en ayudar a los Tremere en sus esfuerzos, si es que queremos sobrevivir.

Gustav, que había escuchado pacientemente, se encogió de hombros.

—Soy un hombre cooperativo. ¿Qué propones?

—Propongo --respondió el otro inmediatamente-- una tregua.

Antoinette pudo sentir la intensidad con la que hablaba. Sabía cómo se había estrujado la cabeza y cómo había peinado la ciudad a medida que las muertes se multiplicaban en los últimos meses, en busca de cualquier pista sobre el motivo de la maldición. Pero siempre, cada vez que un vampiro de Berlín desaparecía, tenía que tener en cuenta a Gustav, tanto para vigilarlo como para protegerse de él. Wilhelm no había tenido un solo instante que dedicar a ayudar a Ldescu.

—Una tregua --repitió Gustav evasivo. La palabra pareció quedar suspendida en el aire, preñada de posibilidades.

—Propongo --siguió Wilhelm con pasión-- que los dos volquemos nuestra atención en ayudar a los Tremere. Creo que son nuestra mejor esperanza para determinar la causa de la maldición y detenerla. Déjame hablar con franqueza.

—Oh, por favor --dijo Gustav.

—La Guerra Fría entre los mortales ha terminado, pero aún prosigue entre tú y yo. En estos momentos hay una necesidad más acuciante que ninguna de nuestras ambiciones personales. Esta maldición es más inmediata y letal que cualquiera de nuestras disputas. Debemos hallar un modo de ponerle fin. Encontraremos la forma, y tanto la parte oriental como la occidental de nuestra ciudad quedarán sanadas. --El fuego ardía en los ojos azules de Wilhelm. Creía fervientemente que lo que proponía era el único curso de acción.

Gustav quedó en silencio y cruzó los brazos.

Antoinette comprendió que habían comenzado a negociar sin siquiera sentarse. Maxwell observaba con interés y Thomas seguía cuidando su orgullo herido. Peter Kleist se mantenía cerca de Wilhelm, atento a cualquier posible problema.

—Pones mucha fe en los Tremere --dijo Gustav--. No pretendo ofender a Herr Ldescu, pero no creo compartir tu confianza en que lo mejor para todos los Vástagos sea en realidad lo que tienen en mente los Brujos.



Wilhelm estaba preparado para aquella respuesta.

–He sido totalmente franco con Maxwell y con sus superiores al decirles que tratar de obtener beneficio político alguno de esta situación desesperada no haría sino alejar a su clan de todos los demás y provocar la ruina para sus capillas en todo el mundo. Aunque estoy seguro de que nunca recurrirían a tal duplicidad y oportunismo, les he asegurado que, de traicionarnos, dirigiría personalmente el ataque contra ellos. Trabajaré junto a los Tremere, pero no les entregaré la ciudad. Esto es Berlín, no Viena.

Gustav seguía pareciendo escéptico.

–Así es --añadió Ldescu.

Gustav, repentinamente iracundo, ignoró al Brujo y se dirigió a Wilhelm.

–¿Hablaste con sus superiores? ¿Con Schrekt? ¡No permitiré que entre en mi ciudad!

Antoinette se encogió ante el estallido de Gustav. Siempre había creído que se encontraba a punto de atacar a cualquiera que estuviera en su presencia. También había oído rumores sobre el terrible enfrentamiento entre Gustav y Schrekt hacía varios siglos. Kleist, alertado, se acercó un poco más a Wilhelm.

El príncipe occidental se sintió confuso por aquel repentino giro de la conversación, pero se repuso rápidamente.

–No podemos dar órdenes al justicar Tremere como si fuera una chica del servicio --dijo sonriendo y hablando con tono razonable--, pero Maxwell y yo haríamos todo lo posible para que no entrara en la ciudad.

Gustav lanzó una mirada ladeada primero a Wilhelm y después a Maxwell.

–¿Mantendréis a Schrekt fuera de Berlín?

–Haremos lo posible --asintió Ldescu.

Gustav gruñó. Parecía satisfecho con aquella concesión.

–Muy bien. Habrá una tregua en la que no interrumpiré tu trabajo con los Brujos para contrarrestar la maldición.

Se produjo un instante de atónito silencio. Antoinette no podía creer lo que estaba oyendo: ¡Gustav y Wilhelm estaban de acuerdo en algo! Tanto el príncipe occidental como Maxwell parecían sorprendidos, pero los que tenían expresiones en verdad estupefactas eran Thomas de Lutrius y Peter Kleist.

–Y a cambio de esta tregua --añadió Gustav--, por supuesto, me reconocerás públicamente como príncipe de Berlín. Renunciarás a tus

pretensiones y abandonarás la ciudad para no regresar jamás. Y seré un vencedor agradecido, Wilhelm. Te perdonaré la vida.

El optimismo del príncipe occidental desapareció por completo. La breve esperanza de cordura terminó abruptamente, mientras Antoinette comprobaba cómo la sonrisa irónica de Thomas regresaba. *¿Cómo hemos podido llegar a creer que Gustav sería razonable?*, pensó.

–Gustav –dijo su rival, que no estaba dispuesto a rendirse todavía–, no te propongo que resolvamos definitivamente nuestra situación. Estamos demasiado alejados. Es posible que nunca reconciliemos nuestras diferencias, pero al menos pospongámoslas para otra noche, de modo que de momento podamos dedicarnos a combatir la maldición.

–Ya has oído mi precio –saltó Gustav–. Si te parece demasiado alto es que no te importa tanto salvar a la ciudad.

Wilhelm contuvo una risa despectiva.

–Sé razonable.

La implicación de que no era razonable enrojeció las mejillas del príncipe oriental. Sus ojos grises se oscurecieron.

–¿Razonable? ¡Razonable! ¡Tú! –gritó señalando a su enemigo con un dedo tembloroso–. Tú manipulas. Alimentas egos. Traicionas. Haces todo eso porque quieres gobernar, porque eres así. Yo... –dijo golpeándose el pecho con la palma de la mano –siento pasión por esta ciudad. Para ti no es más que una posesión, algo que mirar. Para mí es mi *hija*. ¡Yo la he convertido en lo que es! Y he visto cómo me la robaban, cómo se la daban a los extranjeros, cómo la violaban.

–Escupía vitriolo. Cada una de sus palabras se forjaba en el horno del odio–. ¿Y pretendes que te ayude? ¿A ti, que te volviste contra mí y te hiciste con mi querida ciudad? ¿Por qué? ¿Para que puedas entregársela a los extranjeros, a los Tremere? ¡Su palabra vale casi menos que la tuya!

Mientras Gustav hablaba y Antoinette veía alejarse rápidamente cualquier posibilidad de acuerdo, Wilhelm se calmó poco a poco. Ya había oído antes todo eso: recriminaciones, amenazas veladas. No podía acabar con aquella guerra por su cuenta. Kleist, que esperaba que la arenga desembocara en violencia, observaba atentamente a Gustav y a Thomas.

El príncipe oriental estaba frente a ellos, con la cara enrojecida y una mueca feroz en su rostro.

–¡Esa es mi propuesta! –Se quedaron mirándose en silencio,

Gustav con los ojos cargados de odio, Wilhelm demostrando pena y resignación—. Justo como pensaba --terminó diciendo el príncipe oriental—. Quieres que Berlín sea tuya, pero la propia ciudad no te importa en absoluto. --Con esto, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta, deteniéndose antes de abandonar la estancia—. Ah, sí, Wilhelm --dijo con una mueca de preocupación mal fingida--, mis condolencias por las recientes dificultades de tu chiquilla.

Wilhelm se tensó. Sus mejillas, normalmente pálidas, quedaron totalmente blancas. Antoinette no pudo evitar un sofoco. Semanas atrás, Wilhelm había enviado mediante su bella y joven chiquilla, Henriette, un mensaje a Gustav para solicitarle un encuentro como aquel. La elección del mensajero era deliberada, una muestra de buena voluntad por parte de Wilhelm con la esperanza de establecer las bases de una cooperación. También deliberado había sido el modo en que Gustav había destrozado a Henriette. Más allá de las heridas físicas, la había vinculado con sangre y la había enviado de vuelta para que atacara a su sire. Gustav había cubierto sus huellas, sin duda con la ayuda de algún Tremere oriental renegado, sospechaba Antoinette. No había pruebas evidentes que relacionaran a Gustav con Henriette y el ataque sobre Wilhelm, pero la Toreador sabía que no había otra explicación.

Que Gustav se refiriera a aquel asunto en un encuentro diplomático, presumiendo despectivo ante su rival, era una muestra de la mayor crueldad. La risa bailaba en los ojos del príncipe oriental mientras abandonaba el lugar.

--Yo hubiera destruido a cualquiera que hubiera hecho daño a *mi* chiquilla --dijo con un asentimiento.

¿*Chiquilla*? Antoinette se preguntó por el significado. ¿Se refería a la progenie o a la ciudad, a la que consideraba hija suya? Para Gustav no había muchas diferencias.

Wilhelm se había quedado totalmente quieto. No se movía ni hablaba. Antoinette se maravilló ante la rabia que estaba conteniendo. Thomas, ahora resplandeciente, siguió a Gustav y guiñó un ojo a la Toreador antes de cerrar la puerta.

\* \* \*

Pierre dio unos golpecitos en la puerta de Rhodes Hall. Solo habían pasado dos noches desde que Eleanor le encargara su misión, pero creía que debía informar de la extraña visita que había recibido la

mansión de Owain Evans. La calle Peachtree estaba bastante tranquila. Algunos mortales pasaban con sus coches de vez en cuando, pero no había señal de otros Vástagos cercanos. Pierre era uno de los cuatro Toreador reconocidos de la ciudad, y corrían rumores de que Marlene, la primogénita, no estaba en su mejor estado. Noticias ominosas para aquellos tiempos inciertos.

Sally, la sirvienta ghoul de Eleanor, abrió al fin la puerta. No invitó a Pierre a entrar, y miró por encima de su hombro antes de saludarlo.

–Pierre, ¿qué le trae aquí esta noche?

El vampiro se sorprendió de que no se le invitara a entrar, y se sintió ofendido. No iba a hablar con sirvientes menores.

–Debo ver a la señora Eleanor –dijo fríamente.

Sally volvió a mirar por encima de su hombro, con la incertidumbre nublando sus facciones. Pierre oía voces procedentes del salón.

–Me temo que en estos momentos la señora Eleanor tiene compañía –dijo–. ¿Debo entregarle algún mensaje?

Aquello no era en absoluto lo que Pierre esperaba. Estaba cumpliendo un favor personal para la esposa del príncipe, un asunto de cierta delicadeza. Ser rechazado en la puerta, y por una simple sirvienta nada menos, era inaceptable.

–Debo entregar un mensaje en persona, me temo. –Ahora Sally estaba claramente preocupada, incómoda al estar hablando con la puerta abierta, pero resistiéndose a dejar entrar a Pierre. El vampiro decidió presionarla–. Si no le dices a la señora Eleanor que estoy aquí me quedaré en la puerta y la golpearé hasta que aparezca.

Aquello aterrizó a la muchacha. Observaba temerosa a Pierre, como si fuera a entrar por la fuerza dando gritos. Miró por tercera vez por encima de su hombro mientras una risa aguda llegaba desde el salón. Miró preocupada a Pierre.

–Espere aquí, por favor. –Cerró la puerta con cuidado, pero el vampiro estaba convencido de que no se arriesgaría a que comenzara a la aporrearla.

Efectivamente, instantes después la puerta se volvió a abrir, y esta vez el Toreador se encontró frente a Eleanor, que le saludó con una sonrisa tan educada como fría.

–¿Sí, Pierre? ¿Vuelves tan pronto?

Aquello se parecía más a lo que el vampiro había esperado. Quizá le ofrecieran algún refresco. Habían sido noches agotadoras entrando a escondidas en la finca de Evans, observando en secreto

cómo el bestial Gangrel aparecía. Era posible que hasta discutieran sobre las obras más adecuadas para la exposición en el museo.

–Lamento molestarte, Eleanor. Tengo noticias importantes.

–¿Noticias importantes sobre Evans en solo dos noches?

Podía comprender que estuviera impresionada, pero entonces comprendió que en realidad todavía no había llegado a ver al propio Ventrue, aunque aquello carecía de importancia.

–No sobre el propio Evans, no directamente –explicó–. Pero son noticias importantes. Si pudiera disponer de una pequeña parte de tu tiempo, quizá media hora...

–Me temo que en estos momentos no dispongo de ese lujo –le interrumpió Eleanor–. Tengo compañía.

Procedente del salón, Pierre oyó una voz que no podía ser sino la de la Tía Bedelia, sire del Príncipe Benison.

–¿Eleanor? ¿Eleanor, dónde te has metido? ¿Quién está ahí?

–Pierre comprendió que se trataba de toda una reunión de la alta sociedad. Si al menos tuviera ocasión de mostrarles algunos de sus cuadros...

–Es un mensaje de Marlene –respondió Eleanor a Bedelia–. Me temo que tampoco hoy podrá reunirse con nosotros. –Miró impaciente al Toreador–. ¿Qué tienes que contarme? –preguntó lenta pero insistentemente.

Pierre estaba consternado por aquella indignidad, pero no podía hacer otra cosa que responder.

–Un Gangrel, uno que no pertenece a los Vástagos de Atlanta, ha entrado en la finca de Evans –le dijo.

–¿Por qué?

–¿Perdón?

–¿Por qué? –repitió Eleanor–. ¿Qué hacía ahí un Gangrel? ¿Qué estaba buscando?

–Yo... yo... –Pierre, por supuesto, se había hecho las mismas preguntas, pero no había seguido investigando–. No lo sé.

Eleanor puso los brazos en jarras.

–¿Por qué me traes información parcial? –preguntó áspera–.

¿Por qué me interrumpes con noticias inútiles? –Pierre estaba sin habla. Aquello no tenía nada que ver con la recepción respetuosa y cálida que había esperado–. Tienes mucho trabajo –le señaló la Ventrue–. Y si ese Gangrel regresa, síguelo. Descubre qué interés puede tener en Evans.

Aquel encargo cogió desprevenido al vampiro.

–¿A un Gangrel? –preguntó, asumiendo que había oído mal–.  
¿Quieres que yo siga a un *Gangrel*?

Eleanor le observó como si estuviera confirmando la lista de la compra.

–Por supuesto –dijo–. Ahora márchate, y no me molestes con cosas absurdas.

Antes de que el atónito Pierre pudiera dar con una respuesta, la puerta se cerró y se quedó de nuevo solo. *Seguir a un Gangrel*. ¿Por qué no me pide que le escupa al príncipe, o que tome el sol? *Seguir a un Gangrel*. ¿En qué se había metido? ¿Qué ocurría?

\* \* \*

El hambre estaba devorando a Rebecca. Habían pasado un par de noches desde la última vez que se alimentara, pero no podía dejar de pensar cada vez que sentía el dolor... no después de ver lo que le había sucedido a Tonya. Rebecca sacudió la cabeza para no pensar en ello. *Las chicas tienen que comer*. Con maldición o sin ella.

–Salgamos, Greg.

Gregory estaba donde sabía que estaría, en el sofá del salón del pequeño apartamento, fumando sin parar y viendo la televisión, *Los mejores videos caseros*, nada menos. Odiaba aquel programa.

–Mira esto, cariño –le dijo Gregory. Contra su voluntad, Rebecca contempló cómo el hombre de la pantalla se inclinaba sobre la borda de un barco. Se inclinaba un poco más, cada vez más, hasta que resbalaba y caía al agua. Gregory no podía dejar de reír.

–¿Cómo puedes ver esa gilipollez? –preguntó Rebecca. El otro aún no había dejado de reír cuando un niño pequeño con un murciélago de plástico golpeó a su padre en la entrepierna. Gregory se dobló, aullando mientras señalaba la pantalla–. Al menos quita el volumen, para que no tengamos que escuchar al subnormal del presentador –sugirió Rebecca. Disgustada, se acercó al baño y comenzó a cepillarse el cabello oscuro. Iba a salir, con o sin Gregory. Podía quedarse a fumar y ver la televisión si quería. *Podía caerse riendo, volcar el cenicero y prender fuego al sofá y a sus ropas*, pensó. *Eso sí que iba a ser un vídeo de la hostia*.

Por encima del sonido del televisor oyó unos golpes en la puerta. También oyó a Gregory, que en vez de responder subía el volumen y simulaba que no había oído nada. *Genial. Probablemente sean los vecinos quejándose otra vez del ruido*. Por supuesto, pensó, si se

bebía a los vecinos y les borraba los recuerdos, no sería la primera vez. Puede que el ruido de Gregory fuera más sencillo que la caza. *Pero al menos el muy vago podía levantarse y abrir.*

Más sonidos, más fuertes para hacerse oír por encima del televisor. Rebecca se dirigió echando pestes a la puerta.

–No, no te preocupes, ya abro yo. –Greg la ignoró–. Y vístete. Salimos. Tengo hambre.

–Pide una pizza –sugirió–. Siempre te ha gustado el repartidor.

Mientras abría se puso a pensar en los méritos de hacer que la comida te fuera a casa en vez de salir a por ella, pero en cuanto giró el picaporte la puerta se abrió en su cara de una patada. Tropezó y cayó hacia atrás, con la nariz rota y ensangrentada.

Xavier Kline entró en el apartamento con un hacha en la mano y su ayudante Ron a un lado. Sin pensárselo dos veces, Gregory salió disparado hacia la puerta corredera de la terraza. La abrió y se topó de bruces con Thu, la otra asistente Brujah de Kline. La vampira le golpeó en la cara con una cadena y lo devolvió al apartamento. Aterrizó sobre el sofá, volcando el cenicero lleno.

–Ha sido muy galante comprobar cómo estaba tu chica antes de largarte, Greg –dijo Kline, cerrando la puerta a su espalda. Rebecca estaba sentada en el suelo, tapándose la cara con ambas manos. Gregory miraba temeroso a Kline y a Thu–. Ya sabéis que tenéis que elegir un clan para ser vampiros respetables como mis amigos y yo –Ron se inclinó–, y desde luego se os ha acabado el plazo –dijo Xavier negando con la cabeza, como un padre haría al desaprobar a su hijo–. Tendremos que hablar del asunto. –Tomó uno de los cigarrillos encendidos sobre el sofá. La punta ardía, y por un momento Kline sonrió antes de ponerse serio y acercarse a Gregory–. Thu, sube el volumen. No hay que molestar a los vecinos.

\* \* \*

Pierre se acurrucó en las sombras cuando el Gangrel al que había estado siguiendo se perdió en la noche. Quizá debiera ir tras él, pero quena ver lo que había encontrado tan interesante entre las ruinas de aquella iglesia quemada. Además, el Toreador aún no estaba convencido de que seguir a un Gangrel fuera la decisión más inteligente. En realidad, estaba convencido exactamente de lo contrario. Pocas cosas podían ser más insensatas, o más suicidas. Por tanto, si el Gangrel se perdía mientras Pierre examinaba la

importante escena, mala suerte. Si Eleanor pensaba que el vampiro era tan importante, que lo siguiera ella. *Eso es lo que debería haberle dicho*, decidió.

–Ahora márchate –la imitó en voz alta–. Aplausos, por favor.

Tras su humillación en el umbral de Eleanor, Pierre había vuelto a su escondite en la calle frente a la finca de Owain Evans. Esperaba una noche tranquila, especialmente carente de todo Gangrel, y se había sofocado al ver aparecer a la figura lupina en el muro, saltando ágilmente al interior. Poco después el vampiro había salido, esta vez con una forma más humana, capaz de pasar por mortal entre los ignorantes. Sin embargo, tanto para Pierre como para cualquiera que tuviera un mínimo conocimiento de los Vástagos, la verdadera naturaleza del Gangrel era evidente; la curva y la punta oculta de las orejas y el leve rastro de un hocico lupino le delataban.

El Gangrel parecía agitado, deteniéndose constantemente para arañar la tierra y olfatear el aire. Cuando la criatura comenzó a alejarse de la finca, Pierre, aún dolido por el trato de Eleanor, le siguió contra su buen juicio. Le había sorprendido lo fácilmente que había mantenido el ritmo. El Gangrel marchaba a un paso constante pero tolerable, llevando a Pierre de un barrio a otro de la ciudad. Al final habían llegado hasta Reynoldstown, donde el vampiro se había detenido entre los restos de una iglesia quemada. El Toreador observó desde las sombras, fijándose en una zona que atraía especialmente la atención de su presa. Para cuando la criatura pareció dispuesta a marcharse, Pierre ya estaba cansado de correr por toda Atlanta. También había decidido que cada paso era una nueva oportunidad de ser descubierto, por lo que eligió juicioso no seguir con la persecución.

Esperó lo bastante como para estar seguro de que el Gangrel ya estaba lejos. Los miembros de su clan no solo tenían el olfato de un sabueso, sino que su actitud era similar. *Cada vez que veas a un Gangrel da un buen rodeo* era una de sus principales reglas de supervivencia.

–Y aquí estoy yo siguiendo a uno –suspiró, incrédulo.

En la vieja iglesia no quedaba mucho en pie. Parecía que había ardido recientemente, puede que en las últimas semanas. Mientras avanzaba entre los escombros trató de alejarse de las zonas más sucias. *No hay necesidad de mancharme de polvo y ceniza el resto de la noche*. No todo el campanario había ardido. Incluso había una parte que, con un poco de imaginación, seguía intacta. Probó a escalar a la zona en la que el Gangrel había pasado más tiempo. Tardó varios



minutos, ya que estuvo buscando asideros limpios y seguros.

*¿Qué pude encontrar un Gangrel fascinante en este lugar?*, se preguntó mientras miraba cuidadosamente. *Polvo. Suciedad. Lo normal para esos animales.* No había nada más. Quizá el vampiro tuviera curiosidad sobre el origen del incendio, o puede que hubiera olido algo en particular, aunque su olfato no captaba más que ceniza. Qué graciosos eran los Gangrel. *Puede que solo estuviera revolcándose un poco.* Animalitos. Nada. Nada de interés.

Sin embargo, justo cuando se volvía para alejarse de aquel desagradable montón de escombros, un brillo metálico entre los restos del suelo partido le llamó la atención. Fuera lo que fuese, estaba prácticamente cubierto de ceniza y hollín. *Imagínate qué sorpresa.* Cogió un pañuelo de seda de su bolsillo. Miró alrededor en busca de otra cosa, pero para su desgracia no vio nada adecuado. Al final se decidió a cogerlo con el pañuelo, para no mancharse las manos. Para su sorpresa, recuperó una daga de entre las sombras. La sostuvo por la misma punta para manchar el pañuelo lo menos posible. Se podía ver una pequeña zona de acero, así como un destello dorado en la empuñadura. Como el pañuelo ya necesitaba un lavado lo usó para limpiar algo más la daga. No parecía ser de oro macizo, solo tener un recubrimiento, pero a pesar de todo la manufactura, al menos por lo poco que podía ver, era impresionante.

Estaba tan concentrado en el arma que estuvo a punto de perder el equilibrio, y para impedir una caída se vio obligado a restregarse contra una zona del muro especialmente sucia. El resto intacto del campanario estaba inclinado, de modo que no era posible encontrar un suelo estable, y sus botas negras de plataforma estaban diseñadas por su elegancia, no por su funcionalidad. Decidió que no tenía sentido seguir en aquel precario equilibrio para examinar su hallazgo. Envolvió como pudo la hoja en el pañuelo sucio y la introdujo en el bolsillo de su chaqueta.

Se volvió con cuidado y se encontró frente a frente con el Gangrel agazapado.

Pierre gritó y saltó hacia atrás. Perdió el equilibrio ante aquel terreno inclinado y cayó al suelo, aterrizando como un saco. Se quedó así un instante, con los ojos cerrados y los brazos cubriéndole la cabeza, esperando que el Gangrel lo destrozara en cualquier momento. No sucedió nada parecido. Pasado un rato se atrevió a mirar.

El vampiro seguía agachado, preparado para saltar, suponía el

Toreador. La nariz olfateaba la nube de ceniza dejada por la caída de Pierre. Un cabello largo y enmarañado enmarcaba un rostro que pertenecía a los bosques antiguos, no a la Atlanta civilizada. El Gangrel se lamió los labios y gruñó. Pierre volvió a cubrirse la cara, pero no se produjo ataque alguno.

–Me has seguido –dijo el feroz vampiro estableciendo un hecho. No pidió explicaciones, y Pierre supuso que le daba igual. ¿No bastaba con saber que la liebre había seguido al zorro?

Como el Gangrel seguía aguardando sobre los escombros, Pierre pudo recuperarse poco a poco de la sorpresa, que no del miedo. Pensaba a toda velocidad, y las ideas se agolpaban sin control en su cabeza. Podía invocar la protección del príncipe. Después de todo, prácticamente le estaba sirviendo. ¿Pero no había dicho Eleanor algo sobre no revelar su misión? Los detalles parecían confusos en aquella situación aterradora. Estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que impidiera que esa bestia le arrancara la garganta.

–No te has presentado al príncipe Benison –dijo el Toreador, deseando que su voz no se hubiera roto en mitad de la frase. Su mente seguía pensando en la protección derivada del príncipe, o al menos en el uso de su nombre. No sabía si aquello era cierto, pero la acusación le daría un poco de tiempo para planear algo.

El Gangrel no respondió. Pierre no estaba seguro de si le daba igual o de si no le había oído. Su oponente seguía mortalmente quieto, concentrando toda su atención en el Toreador, que se mostraba claramente incómodo ante aquel depredador escrutinio. Al final el Gangrel habló.

–No vuelvas a seguirme. –Después saltó... directamente hacia su rival.

Cuando Pierre volvió a abrir los ojos el vampiro había desaparecido. Ni siquiera había sentido la brisa de su salto, aunque debía haber pasado a centímetros de él. Cuando comenzó a comprender que estaba intacto miró frenético alrededor. El Gangrel había desaparecido.

Se puso rápidamente en pie y se alejó lo antes que pudo de los escombros. No se detuvo para limpiarse las manos, la ropa o la cara. Ni siquiera se fijó en sus pantalones, rotos por debajo de la rodilla. Lo único que hizo fue correr, y siguió haciéndolo para alejarse de la iglesia, y, esperaba, del Gangrel.

William Nen se lavó las manos por quinta vez, frotándoselas como si acabara de abandonar un pueblo contaminado en Sudán, y no la cafetería del CCPE. Algunos de sus colegas dirían que no había muchas diferencias, pero era inevitable que una cafetería en un centro de estudio de enfermedades infecciosas fuera objeto de ciertas críticas inmerecidas. Se secó las manos con una toalla blanca y limpia (tenía que ser siempre blanca y recién cambiada) y se aplicó loción para impedir que la piel se secara y cuarteara, como solía hacer en invierno por sus lavados.

Mientras volvía a la mesa supo que tenía que recordar algo. Comenzó a tirarse de la esquina del bigote. Aquello siempre le había ayudado a pensar, o puede que siempre que empezaba a pensar hiciera eso. No estaba seguro. Mientras cavilaba sobre la vital relación entre el huevo y la gallina, su mirada se posó en el archivo que descansaba en lo alto de la pila sobre su mesa. Le podía haber dibujado un gran símbolo de interrogación. Desde hacía dos días había comprobado personalmente las pruebas de laboratorio de los casos JKL 14337 y JKL 14338, repitiendo los análisis de sangre y tejidos. No había encontrado nada esperanzador.

No solo había confirmado la información contradictoria de los primeros informes, que había sangre fresca en cuerpos que llevaban semanas muertos, sino que en sus análisis había descubierto más problemas. La sangre en JKL 14337 estaba indicada como cero positivo. Las primeras pruebas arrojaron un resultado de A positivo; extraño, pero no imposible. Repitió las pruebas: A negativo. Dos resultados más volvieron a dar A negativo y cero positivo. Parecía haber tres tipos sanguíneos en aquel cuerpo, lo que llevó a Nen a pensar en algún error en la recogida de muestras. O eso, o había tenido lugar un extraño ritual en el que se había mezclando gran cantidad de sangre de distintas fuentes. Encontró dos tipos sanguíneos diferentes en JKL 14338, el cuerpo que había quedado prácticamente seco.

Se frotó la cara y comenzó de nuevo a atusarse el bigote.

*¡Llamar a Leigh!*, recordó al instante. Eso era lo que se suponía que tenía que hacer. Necesitaba decirle que llegaría tarde a casa, más de lo habitual. Aquellos casos necesitaban más trabajo. Existía la posibilidad de un ritual localizado, aunque también podía ser un ejemplo de grave negligencia en la recogida de pruebas. A veces sucedía.

En cualquier caso, Nen tenía muchas cosas que comprobar, y veía que el asunto se iba a alargar hasta bien entrada la noche, algo que le hacía la misma gracia que a su mujer. En ocasiones le costaba incluso mantener los ojos abiertos. Últimamente no había dormido bien, y aquella mañana en especial había despertado totalmente agotado. Sus sueños se poblaban con el rostro de aquellos a los que no había conseguido salvar: sudaneses, zaireños, y ahora incontables estadounidenses que podían morir si fracasaba. Le acusaban de no intentarlo, de no preocuparse por sus hijos enfermos que lloraban desconsolados, irradiando calor de sus cuerpos febriles. Él intentaba defenderse, pero no entendían sus palabras o no querían escuchar. Los detalles variaban, pero sus súplicas apasionadas nunca lograban más que despertar a Leigh, a su lado. Le preocupaba interrumpir tan a menudo el sueño de su mujer.

Pero quizá aquella investigación pudiera salvar miles de vidas. Quizá lograra dormir a las sombras, dejando que su agotada esposa pudiera descansar. Y él.

\* \* \*

Thelonious, con su traje de negocios y su corbata negra, paseaba por la Avenida Euclid, en plena vida nocturna de Little Five Points. Algunas de las tiendas *new age* estaban cerradas. Todos los salones de tatuaje y los *sex shops* seguían abiertos para los numerosos mortales que iban de local en local. Normalmente había un buen número de Vástagos mezclados entre los humanos; normalmente él no se encargaría en persona de cosas así, pero desde la aparición de la maldición los Cainitas, especialmente los anarquistas que frecuentaban aquella parte de la ciudad, eran pocos y estaban muy alejados los unos de los otros.

Durante mucho tiempo Thelonious había sido el único Brujah reconocido de Atlanta. Ni al Príncipe Benison ni a Eleanor les gustaba su clan, y aunque había habido algunos Brujah ilegales, él había sido el único que había tratado de conseguir cambios sociales, intentando al tiempo no agravar los prejuicios existentes contra su clan en la élite Ventrue. Había empleado el sigilo, la astucia y la paciencia. Mensajes secretos codificados en los anuncios personales del *Journal-Constitution* y del *Creative Loafing*, periódicos que él controlaba, indicaban a sus Brujah y sus contrapartidas anarquistas lo que debían hacer.

Sin embargo, estos últimos se habían visto especialmente afectados por la maldición. Habían sido la primera línea de bajas, aunque cada semana se demostraba que la maldición no había remitido, y que elegía como víctimas a elementos cada vez más elevados en la sociedad vampírica. Quizá solo lo pareciera porque quedaban muy pocos anarquistas, relativamente hablando. Antes de la maldición había habido casi cincuenta Cainitas sin reconocer en la ciudad, un número tremendamente exagerado si se unía a los cuarenta vampiros reconocidos. Thelonious no creía que nadie supiera en realidad cuántos anarquistas vivían allí. Benison y los suyos nunca se habían molestado en llevar la cuenta, pero él conocía el nombre de cada desamparado, cada *ancilla* despreciado y humillado por los poderosos de la ciudad. Muchos de ellos habían confiado en él y muchos habían muerto, reclamados por la maldición.

Quizá, como Benison aseguraba, aquel mal fuera una especie de retribución de Dios, pero no estaba muy convencido. Había conocido al príncipe lo suficiente como para no creer que tuviera conocimientos privilegiados sobre la voluntad divina. Lo más probable era que Benison decidiera creerlo porque era políticamente oportuno. ¡Qué conveniente era que tanto el Todopoderoso como el Padre Oscuro estuvieran enfadados con los que no seguían los dictados del príncipe!

A medida que se acercaba a la Avenida Moreland miró alrededor en busca de los anarquistas con los que, supuestamente, se debía reunir en el exterior del bar Little Five Points. Era un local muy conocido, y Thelonious y su traje deberían haber destacado entre los *punks* y los góticos, pero nadie parecía reparar en él. Tras un momento vio acercarse a Elliott.

El delgado gótico, con la nariz perforada y las cejas y el pelo verde, saltó cuando Thelonious le tocó el hombro, pero se tranquilizó al ver al Brujah de la primogenitura.

—Me has dado un susto del carajo —suspiró—. No creía posible que alguien me sorprendiera así.

—No era mi intención. —La voz calmada y débil de Thelonious estaba fuera de lugar entre el estruendoso gentío, pero Elliott no parecía tener problemas para oírle, y nadie se enteraba de su conversación—. ¿Dónde está Didi?

Elliott saltó ante la pregunta. Inspiró profundamente, pero no fue capaz de formar palabras.

Thelonious no necesitaba más respuesta. Era una historia que se había repetido una y otra vez por toda la ciudad en los últimos meses.

Puso una mano en el hombro de Elliott.

–Lo siento.

El gótico asintió.

Thelonious sacó un trozo de papel del bolsillo y se lo entregó.

–Éste es el nombre y la dirección de un amigo en Atenas.

Quédate con él. Te avisaré cuando las cosas cambien.

Elliott volvió a asentir y se guardó el papel. A pesar del daño provocado por la maldición, eran los decretos de Benison y su persecución lo que estaba expulsando a los anarquistas de la ciudad. Thelonious se había sentido tentado de desarrollar una resistencia pasiva ante los Decretos de Año Nuevo, pero aunque el mundo mortal podía ser convencido con los medios de comunicación, los vampiros eran una raza especialmente sanguinaria, en todos los sentidos de la palabra. Sí, una muestra abierta de desafío y una reacción de extrema violencia del príncipe podían llamar la atención de la Camarilla, pero eso era menos probable ahora, con la maldición asolando todo el mundo. Los Cainitas tenían dificultades por todas partes. Lo más probable era que el Consejo Interior de la Camarilla no fuera capaz de responder al desorden civil en Atlanta, y Thelonious estaba exponiendo a sus seguidores a un duro castigo e incluso a la Muerte Definitiva sin muchas esperanzas de lograr cambio alguno.

Quizá fuera la falta de coraje lo que había atemperado su mano. Dudaba de sí mismo constantemente en aquel asunto, pero de momento esperaba y observaba, tratando de ayudar a todos los que podía a escapar de la persecución.

Elliott se marchó, desapareciendo en la noche. Ni siquiera era seguro que lograra llegar hasta su amigo en Atenas. En el exterior de la ciudad los lupinos eran más fuertes, y parecían capaces de oler a los Vástagos que atravesaban sus territorios, aunque se encontraran en un vehículo que recoma la autopista a toda velocidad. Más de una vez se habían encontrado coches destrozados sin señal alguna de conductores o pasajeros. Solo los errantes Gangrel y los ricos podían permitirse viajar o volar con una cierta seguridad.

Le deseó suerte a Elliott. De momento no podía hacer nada más por él.

El avión descendió con brusquedad. El mundo había parecido una noche eterna cubierta por nubes y tinieblas, pero de repente el aparato se vio rodeado de luces. Las ruedas chocaron contra la pista de aterrizaje, ansiando reunirse de nuevo con la tierra, igual que Owain deseaba fundirse con el suelo. El viaje aéreo era un concepto que nunca le había llegado a gustar. Desde sus primeros días como mortal el vuelo había sido el reino de los pájaros, las flechas y los dioses. ¡Qué inquietante era que meros mortales dominaran también esa magia con aquellos gigantescos monstruos de metal!

Owain había experimentado un escepticismo similar años antes, cuando la construcción de barcos evolucionó. La nave de madera, parte de su vida desde su juventud, tenía sentido, pero, ¿barcos de metal flotantes? Suponía que el paso de una armadura de metal a la cobertura de un barco totalmente metálico era pequeño, pero aunque había dedicado tiempo a estudiar y comprender la dinámica del desplazamiento del agua y la distribución de cargas, seguía pensando que la madera flotaba y el metal no.

Al menos los primeros aeroplanos habían sido artefactos toscos, monstruos de lienzo y barras metálicas, con los pilotos doblegando al viento y a los cielos con su voluntad, deseando al mismo tiempo no atraer la atención de los elementos que reinaban supremos. Owain no se había fijado en cómo las décadas de cambios imponían un caos feroz, y cuando se quiso dar cuenta el cielo se había llenado de monstruosidades metálicas. Aunque había terminado aceptándolo, en realidad nunca lo había creído. Cada vez que oía noticias sobre un avión con cientos de pasajeros estrellarse y desintegrarse en una cascada de cadáveres, recordaba en silencio que el dominio de los mortales sobre los elementos nunca sería completo.

No eran ideas agradables cuando se estaba cruzando el Atlántico a bordo de un avión privado de los Giovanni, y las inquietantes visiones tampoco habían mejorado su humor. Los sueños que había asociado con la sirena asesinada se habían mezclado con sus limitaciones como estrategia de ajedrez para formar imágenes de presagios realmente ominosos. Ya habían desaparecido las visiones de árboles vivientes que buscaban su sangre y de la capilla sobre la colina que se derrumbaba a su alrededor. Las habían reemplazado el sombrío ajedrecista y el intruso invisible, que convertía las piezas blancas y negras en escarlata. *La sombra del Tiempo no es lo bastante larga como para cobijarse debajo.* Owain devolvió las

palabras e imágenes a las profundidades de su mente. Ocultaban algo que era vagamente familiar, pero que no quería descubrir. Asuntos más inmediatos reclamaban su atención: España, el Greco, el Sabbat, distracciones que podían resultar letales. Un humor siniestro se había apoderado de él desde que el avión descendiera y contemplara las luces de Madrid, la horrible sensación de que era transportado tanto por aquella criatura mecánica, para la que era Jonás, como por los acontecimientos de las últimas semanas.

El descenso le recordó a un barco alzado sobre una gran ola, pues ya no había más escapatoria que estrellarse contra el suelo. Aun cuando las ruedas tocaron el suelo esperó que todo el aparato estallara en una feroz bola de fuego, esparciendo su sangre y su cuerpo por una tierra que ya había reclamado a tantos amigos y antepasados.

Se unió a Kendall Jackson en la parte trasera, donde la mujer se dedicaba despreocupada a los crucigramas. Vestía un elegante vestido gris que ocultaba su cartuchera y un arma que, gracias a los Giovanni y a su red de transportes, no tendría que pasar por las aduanas.

Miguel se había acercado a la cabina cuando el avión comenzó a descender sobre Madrid, sin duda para dar al piloto alguna información vital o para demostrar su control total de la situación. Owain se alegraba en cualquier caso de no tenerlo delante. Se habían odiado desde el día en que se conocieron, y el Ventrue deseaba poderle haber odiado desde antes todavía.

Las sacudidas del aterrizaje parecieron prolongarse, pero al final, para la cínica sorpresa de Owain, tanto él como el aparato quedaron intactos. Aún no se habían detenido del todo cuando Miguel entró desde la cabina.

–El otro avión está esperando. Subiremos a bordo inmediatamente.

–¿Otro avión? –preguntó Owain–. Toledo no está tan lejos de Madrid.

–No vamos a ir directamente a Toledo.

–¿Y adonde vamos *exactamente*?

La sonrisa de Miguel reveló sus dientes mellados. Disfrutaba con el control, con la administración de la información al ritmo que él deseaba.

–Llegaremos a Toledo, *hermano*, pero no directamente. Demasiados ojos podrían verte aquí y sumar dos y dos. Los



confundiremos.

–¿Cuándo llegaremos a Toledo? --preguntó secamente Owain.

–Dentro de algunas noches.

–Un momento --suspiró el Ventrue. Al menos había conseguido quitarle aquella sonrisa idiota a Miguel—. ¿Era urgente que llegara a Toledo lo antes posible, pero antes vamos a hacer una excursión de varios días?

–Es urgente --aclaró Miguel-- que llegues a Toledo *de forma discreta*. Era importante que nos marcháramos rápidamente de los Estados Unidos, porque este proceso lleva tiempo. --La sonrisa volvió con un mudo *te lo dije*.

Owain dejó de discutir. No había duda de que Miguel había planeado todo aquello con el Greco, y no quería darle a Miguel la oportunidad de demostrarle lo listo que había sido explicándole su plan. Se limitó a guardar silencio cuando se detuvieron y Miguel indicó que el siguiente avión estaba preparado. Kendall caminaba un paso o dos detrás de Owain mientras atravesaban el breve espacio entre los dos aparatos, atenta a cualquier posible amenaza. Miguel también estaba vigilante y caminaba por delante. Owain sabía que el lacayo del Sabbat se enorgullecería de que su objetivo llegara a salvo a Toledo. A pesar de todos sus defectos, Miguel servía bien a su maestro.

A los pocos minutos los tres ya habían embarcado en el segundo avión. Miguel confirmó la identidad del piloto, y menos de veinte minutos después del aterrizaje ya estaban otra vez en vuelo. Solo entonces preguntó Owain por su siguiente destino.

–Barcelona.

El Ventrue estaba confundido. Estaban a menos de cien kilómetros de Toledo, pero dentro de poco se encontrarían a cientos. Todo por mantener el secreto. La situación en España debía ser realmente volátil. Owain, en su letargo de las últimas décadas, no se había mantenido bien informado sobre las idas y venidas de los Cainitas al otro lado del Atlántico. Aparte de pasar alguna información ocasional sobre las actividades de la Camarilla, generalmente sobre la zona en disputa de Miami, durante años no se había relacionado mucho con el Sabbat. Eso era lo que quería. Dentro de la Camarilla tenía menos dificultades para ocuparse de sus asuntos, para evitar verse enredado en alianzas que le llevaban a conflictos que no había elegido. Dentro del Sabbat las maniobras eran más constantes, menos sutiles. Suponía que era irónico que el Sabbat, una secta formada sobre un principio de libertad absoluta, fuera la más incómoda de

todas las facciones Cainitas. O al menos lo había sido, porque ahora tanto el Sabbat como la Camarilla parecían cebarse en él con pasión.

Decidió investigar.

–Miguel, me adula que valores tanto mi seguridad, ¿pero de qué me estás protegiendo exactamente?

El español rió ante la pregunta.

–Siempre fuiste artero, *hermano*. ¿No crees que es importante mantener en secreto la visita de un antiguo de la Camarilla a un priscus del Sabbat?

–Pero España es territorio del Sabbat, al menos en su mayoría. ¿Tanto tenemos que temer? ¿Hacen falta tantas precauciones como para llegar a cruzar todo el país?

Miguel negó con la cabeza, pero ya no reía.

–Tengo órdenes de llevarte a Toledo, y de que nadie se entere. Si quieres saber algo deberás preguntarle al Greco.

No diría nada más por mucho que Owain insistiera, y para desmayo de éste vio que tendría muchas oportunidades para hacerlo, pues pronto descubrió hasta dónde llegaban las precauciones de Miguel. No tardaron demasiado en aterrizar en Barcelona, donde les esperaba un Mercedes negro que los alejaría del Prat de Llobregat. A medida que el aeropuerto quedaba atrás, Owain pudo ver la silueta gris de las montañas al oeste, además de oler el cercano Mediterráneo. Él y la señorita Jackson iban en el asiento trasero. Miguel, que parecía más tranquilo ahora que habían dejado Barcelona atrás, compartía la parte delantera con el conductor.

Siguieron hacia el sur, abrazando la costa sin parar hasta que llegaron a una finca al norte de Tortosa. Aún quedaban varias horas para el amanecer. El dueño, tras hablar brevemente con Miguel, se retiró a una zona de la casa de la que no salió. Sus invitados no le necesitarían por la mañana, y en realidad todos estarían más seguros de ese modo. Owain, Kendall y Miguel descansaron durante el día en una sala subterránea bastante cómoda y sospechosamente desprovista de fuente alguna de luz exterior. Miguel les explicó que el conductor esperaría arriba, asegurándose de que nadie abandonara la casa. Cuando el atardecer se convirtió en noche, los viajeros se pusieron de nuevo en camino.

Pasaron los siguientes días viajando del mismo modo. Ocupaban la mayor parte de la noche en la carretera, sin acercarse directamente a Toledo, en cuyo caso la travesía no hubiera sido demasiado larga. El conductor tomaba rutas que a Owain le parecían absurdas, llegando

incluso a deshacer tramos ya recorridos. Dividían el tiempo entre la llanura costera y la zona interior, más montañosa, deteniéndose solo para repostar combustible.

Los refugios en los que pasaban el día parecían tan aleatorios como la ruta elegida. Pasaban un día en una cabaña abandonada en las colinas y el siguiente en un lujoso hotel de Valencia. Todos eran casas seguras de un tipo u otro, mantenidas por Miguel y el Greco precisamente para aquellos casos.

A falta de más datos sobre el peligro específico del que Miguel le protegía, Owain asumió una actitud de indignación preocupada. La molestia y la duración del viaje, combinadas con el desagrado que ya sentía hacia su "guía", bastaban para justificar su malestar, si alguien le hubiera preguntado. Dejó que Jackson se encargara de comunicarse con Miguel y se negó a hablar con el mensajero del Greco salvo con los gruñidos más breves.

El paisaje español no le resultaba desconocido, aunque había cambiado mucho en los setenta años que habían pasado desde que se mudara al Nuevo Mundo. El desarrollo incontenible de la humanidad se había extendido por todas las zonas habitables de la península. Aún había pequeñas aldeas que no habían progresado mucho desde la Guerra Civil, pero incluso allí los pertinaces anuncios de Coca Cola o las antenas parabólicas ocasionales recordaban que los tiempos habían cambiado. A medida que las noches de viaje se fundían las unas con las otras, Owain se fijaba cada vez menos en lo que podía ver a través de las lunas tintadas del Mercedes. Había pasado casi toda su existencia volviendo a capturar su pasado o escapando de él. Aquella tierra era parte de su pasado, y no deseaba recordarlo. Había viajado a España, a Toledo, en 1375, después de que las *debacles* en Gales y Francia le demostraran las ventajas de la emigración. Las colinas españolas se habían convertido en su residencia, pero nunca en su hogar. Hasta muchos años después de despertar de su prolongado letargo no se dio cuenta de que había vivido más tiempo en España que en su Gales natal. Esa noche murió otra parte de él.

Se negó a permitir que aquella nostalgia, los recuerdos, se apoderaran de su mente. Podría ser la misma tierra, pero los habitantes mortales eran diferentes. Incluso el señor y la señora Rodríguez, a los que Owain se había llevado a Atlanta hacía menos de un siglo, pertenecían a una edad diferente. El mundo cambiaba y lo hacía más rápidamente que él. No podía permitirse el lujo de pensar

de otro modo.

Asuntos más inmediatos reclamaban su atención, y Owain desvió voluntariamente sus pensamientos hacia ellos. El Greco había sido un amigo del pasado. Habían sido su idealismo y su entusiasmo los que hicieron que Owain se uniera al Sabbat poco después de salir del letargo en el siglo XVIII. Había predicado una doctrina de libertad total, y sus palabras habían reflejado la llamada que Owain siempre había oído en su alma. *Libertad. Lealtad. Inmortalidad* (N. del T.: en castellano en el original). Pero, como sucedía con todos los grupos a los que se había unido, descubrió que el Sabbat le exigía cosas de las que no se le había hablado. No había diferencias entre reyes, arzobispos y príncipes. El Greco le había ayudado hacía casi un siglo, pero ahora no sabía qué podía esperar. Los años hacían cosas extrañas con las amistades. El afecto a menudo engendraba deseo de control, y Owain no podía, no quería aceptar eso. Había sido llamado a Toledo contra su voluntad. ¿No reconocía el Greco la inmensidad de la imposición, o acaso su necesidad era tan grande? Se reservó el juicio.

Sin embargo, no lo hizo con Benison, el príncipe de la Camarilla de Atlanta. Comprendió que era extraño que ya pensara en él de forma tan distante. Durante los años en los que no había mantenido contactos con el Sabbat había terminado por pensar en sí mismo como en un vampiro de la Camarilla. Nunca había sido un ardiente defensor de la secta, pero a pesar de todo se había identificado con ella. Ahora, con la reafirmación de sus viejos lazos con el Sabbat, ya comenzaba a pensar en Benison como en parte de *ellos*. Aquel era otro poder que la secta tenía sobre él, un asidero que prefería mantener libre de control alguno.

Independientemente de los méritos relativos de ambos grupos, Owain comprendió que Benison se había convertido en un problema que había que solucionar. Por lo general, en el pasado había sido un príncipe bastante tolerante, aunque temperamental. Tenía sus demandas, como cualquier príncipe, pero aparte de esperar que sus *súbditos* (Owain odiaba que se le aplicara aquel término) asistieran a las ocasionales plegarias y exposiciones, se había manejado de forma bastante benévola. Sin embargo, la aparición de la maldición de la sangre y los intentos de Benison por luchar contra ella habían herido profundamente a Owain. Muchas veces durante aquellas noches en el Mercedes viajando por España, por colinas y costas, campos y ciudades, el Ventrue anduvo perdido en sus recuerdos. No oía el

sonido del motor, sino el canto magnífico de la sirena. La música le transportaba a su vida mortal en Gales, con su familia, con su único amor verdadero. Como su vida anterior, el recuerdo del canto era lo único que le quedaba. Gracias a Benison. Gracias a la reaccionaria respuesta del príncipe ante lo que no comprendía. Benison patrocinaba el abominable "arte" de Marlene en el Museo, pero destruía sin dudarlo la mayor belleza que Owain había conocido en siglos. El Ventrue había encontrado un débil vínculo con su humanidad perdida y se lo habían arrancado.

Benison había extinguido aquella alegría, y otra también. Había matado al pobre e indefenso Albert, que no había cometido más crímenes que el propio Owain. Al menos no hasta sus últimas palabras. *¿Qué hubiera dicho Angharad?* No toleraba que el nombre de su único amor fuese invocado en el cadalso, arrojado a las masas como una perla ante una piara. No era tanto la pérdida del Malkavian lo que le dolía, sino que Albert, con aquella frase, uniera de forma indeleble el nombre con la tragedia de su muerte, en la que Owain era cómplice. En aquel breve instante Albert había logrado ensuciar el nombre que Owain había llevado más cerca de su corazón a lo largo de tantos siglos. Aquel había sido el verdadero crimen del Malkavian, uno que nunca podría borrarse, ni con la ejecución ni con el paso del tiempo. Albert y Benison, los hijos de la locura, eran culpables, y hasta ahora solo el primero había pagado por ello.

Owain había emergido de un mundo de bancarrota emocional para aparecer en una no-vida rebosante de odio. Aquel era el don que, al final, tanto la sirena como Albert le habían dado, y en ambos casos Benison había sido su cómplice. Decidió que, cuando regresara a Atlanta, se encargaría de castigar aquellos crímenes. Vería a Benison arrastrándose, al príncipe desgraciado, humillado. Su ciudad le expulsaría. Que Owain tomara o no su lugar era algo que todavía debía pensar. Ya había catado el liderato, había pagado el precio del gobierno y lo consideraba demasiado alto. ¿Podría alguna vez volver a rehacer aquellos pasos hacia el poder? No lo sabía.

Aunque Owain apenas dijo una palabra en todas aquellas noches, su mente estaba llena de odio y su corazón rebosaba venganza. Con esta actitud saludó a la ciudad de Toledo, casi ochenta años después de dejarla por última vez. Debido a la compleja ruta que el conductor había tomado para llegar a su destino, se acercaron desde el norte. Atravesaron la Puerta de la Bisagra y se encontraron tras la vieja muralla. Los edificios de piedra y ladrillo cocido que delimitaban las

callejuelas estrechas y retorcidas no habían cambiado demasiado a lo largo de los siglos. La pacífica yuxtaposición de arcos moriscos y arbotantes góticos era un leve recordatorio de los tumultos religiosos y sociales que aquella ciudad había visto. Las calles se habían adaptado todo lo posible a los automóviles modernos, pero no habían sido diseñadas para ellos. Los caballos y carros todavía abundaban el día que Owain se marchó, e incluso entonces aquel laberinto de callejuelas y caminos ciegos había sido traicionero. El conductor del Mercedes no prestaba demasiada atención a los motoristas o peatones, llevando el vehículo a la misma velocidad que había mantenido en carretera. Aparte del rugido del motor, la ciudad estaba en silencio aquella noche. La austera fachada de los edificios no revelaba nada sobre sus habitantes, y Owain sintió la sensación familiar de que lejos de su mirada, tras puertas cerradas, la ciudad estaba llena de vida y actividad.

El coche atravesó a toda velocidad las intersecciones y las callejuelas. Al frente se veía el Alcázar, la gran fortaleza que había sido destruida y reconstruida más veces de las que Owain podía recordar, la última en su ausencia, durante la Guerra Civil Española. El edificio, con sus torres en las esquinas, dominaba el horizonte.

Owain y Kendall, en el asiento trasero, saltaron cuando el conductor dio un volantazo y el coche se dirigió hacia el sur. No muy lejos se encontraba la catedral. Era modesta para los estándares europeos, y la única torre completa, con su cubierta techada con teja y sus coronas puntiagudas, parecía agacharse y asomar tras los altos edificios que la rodeaban. Por fortuna, no era el destino del Mercedes; Owain ya había visto suficientes iglesias últimamente. El coche voló hacia una serie de callejuelas, acelerando aun cuando no había espacio para que pasaran dos vehículos. En realidad, en algunos puntos no estaba claro si los edificios dejaban lugar para uno solo. Milagrosamente, el conductor recorría aquel laberinto sin más incidentes que alguna lata de frescos aplastada o un perro asustado. Sin previo aviso cruzó la entrada de un edificio que, al cerrarse las puertas tras ellos, Owain reconoció como un garaje.

Mientras abandonaba el interior acondicionado y recibía el espacio abierto hasta hacía un instante, los ricos olores de la ciudad llegaron hasta él. No muy lejos se encontraba la Plaza de Zocodover, con el aroma de los animales que se vendían durante el día en su mercado. También captaba el olor de las comidas preparadas anteriormente en las tiendas y cocinas de la zona: pimientos, azafrán,

alcachofas, marisco, mazapán. Los alrededores eran más exigentes, pedían más atención que Atlanta, donde Owain se había escondido fácilmente del mundo. Las visiones y aromas eran totalmente familiares. Ni siquiera había pasado un siglo fuera de allí. Se preguntaba si su amada Gales le resultaría tan familiar de volver. ¿Sería como regresar en el tiempo, acercándose a sus días mortales, a su familia y a su amor?

—Por aquí. —Miguel abrió la puerta de la casa, sin dejarle tiempo para pensar en aquella dolorosa pregunta.

Kendall y él fueron llevados a una salita y quedaron solos mientras Miguel hablaba con los sirvientes en otra habitación. La casa era bastante modesta y no tenía nada que ver con la grandeza de Owain hubiera esperado del Greco, su viejo amigo, con su delicado gusto para el confort. Quizá aquella no fuera más que una de sus numerosos casas seguras. Tras un viaje de casi una semana para recorrer la distancia entre Madrid y Toledo, no le sorprendería demasiado.

Al poco tiempo Miguel, visiblemente molesto, volvió a la salita.

—No está aquí —dijo secamente.

La señorita Jackson respondió, como ya estaba acostumbrada para entonces, actuando como intermediaria entre su señor y el español, aunque se encontraran en la misma estancia.

—¿El Greco? ¿Se suponía que estaba aquí? —También ella pensaba que aquello no era sino el fin de una cadena de casas seguras.

—Claro que se supone que estaba aquí —saltó Miguel—. Éste es su refugio. —Su tono molesto daba a entender que Kendall debería haberlo sabido—. Le llamaron anoche. No lo hemos alcanzado por un día. Ha sido culpa de tu retraso en Atlanta, *hermano* —dijo fulminando a Owain.

Éste se resistió a levantarse y golpearlo, pero Kendall no pudo guardar silencio.

—Quizá una noche menos de turismo por España hubiera marcado la diferencia.

Miguel se tensó ante la sugerencia de que aquel error de coordinación fuera culpa suya.

—Debo recordarte —le dijo— que los ghouls no están tan bien vistos en el Sabbat.

Fue entonces cuando Owain se levantó. Se acercó cuanto pudo a Miguel y con un tono bajo se dirigió por primera vez en varias noches

al lugarteniente del Greco.

—Y yo debo *recordarte* que la señorita Jackson es mi servidora personal, y como tal es una invitada en la casa de mi amigo. Consideraré cualquier falta para con ella una falta para conmigo.

Los dos vampiros se miraron durante unos instantes, hasta que Miguel se dio la vuelta sin más palabras y abandonó la estancia.

\* \* \*

Los golpes en la puerta principal eran insistentes. Eleanor los oía claramente, incluso desde el vestíbulo. El sonido le recordó la fatídica noche en la que Roger, el único chiquillo de Benison, había aparecido en los escalones de Rhodes Hall llevando en sus brazos a su madre humana muerta. Delirante, enloquecido por la maldición, le había confundido con Benison, y tras un breve altercado con el príncipe se había derrumbado, sucumbiendo por fin a su aflicción. Aquella noche había cambiado a su esposo. Aunque no expresó un gran pesar por la pérdida de Roger, se había visto afectado. Eleanor le conocía lo suficiente como para verlo. Creía que la desaparición de su chiquillo era una representación del pesar que su marido sufría por toda la ciudad. Poco después de aquella noche Benison había decidido su nueva estrategia para recuperar el favor divino, transformando a Atlanta en un modelo de propiedad espiritual para lograr evadir la maldición. Desde entonces apenas había hablado con ella, excepto de pasada. Le había oído murmurar sobre la trascendencia, y no dejaba de repetir la palabra *Primus*, fuera lo que fuese, con gran urgencia. El príncipe ocupaba las noches vagando por la ciudad y prácticamente no pasaba ningún tiempo en casa con ella. Eleanor comprendía sus responsabilidades, su compromiso con Atlanta por encima de todo, pero deseaba que le dejara ayudarle, liberar parte del peso que descansaba sobre sus hombros. Pero no era su costumbre, de modo que las noches de la mujer del príncipe eran solitarias, sin su marido, sin Benjamín. Pero aquello no duraría siempre.

Los golpes en la puerta continuaban. Con Benison fuera y Vermeil atendiendo algún recado del príncipe, solo quedaban ella y Sally en la casa. Pensó en otro Cainita enloquecido intentando entrar. Probablemente debiera ayudar a la pequeña sirvienta, que solía verse fácilmente superada por todo lo que se salía de lo normal.

Bajó las escaleras mientras la doncella abría la puerta. Una voz familiar, impaciente e impertinente, le llegó desde la entrada.



–Debo hablar *inmediatamente* con tu señora. Es un asunto de la máxima importancia.

–Déjale pasar, Sally –ordenó Eleanor mientras llegaba al último escalón. La chica pareció aliviada al no tener que seguir encargándose de aquel problemático Cainita. Abrió la puerta del todo, dejando pasar a Pierre. Parecía inquieto al ver a Eleanor de pie, esperándole, como si hubiera estado preparado para una discusión más intensa con la sirvienta–. Entra, Pierre –dijo señalando el salón–. Eso es todo, Sally.

Pierre no se sentó, sino que comenzó a andar de forma extraña, un paso allí y otro allá, hasta que Eleanor ocupó su butaca. No esperó a que le invitara a hablar.

–Me temo que he hecho todo lo posible. Soy incapaz de hacer nada más –dijo agitando las manos y evitando la mirada de Eleanor. Parecía ser consciente de lo grosero que estaba siendo con la esposa del príncipe. La idea le producía inquietud, pero prosiguió–. Cumplí fielmente con mi deber, pero no puedo seguir. No pretendo faltar al respeto –dijo mirándola nervioso.

La Ventrue no lo observaba con dureza, sino con curiosidad. Había ocurrido algo, eso estaba claro. Para que aquel advenedizo social desdeñara la cortesía con alguien de la posición de Eleanor, debía estar realmente alterado. Sintió un cierto pesar por él. Después de todo, había enviado a un Toreador a hacer el trabajo de un hombre.

–Ya veo –dijo secamente, no mostrando ni tolerancia ni decepción.

Pierre, como si lo recordara de repente, metió la mano en el bolsillo y sacó algo envuelto en un pañuelo sucio de seda.

–Toma –dijo depositando el objeto sobre la mesa de café, evidentemente tratando de ensuciarse lo menos posible–. Seguí al Gangrel –dijo sin poder reprimir un escalofrío– y encontré esto en una iglesia quemada en Reynoldstown. –Al parecer aquello era todo lo que tenía que decir, como si eso explicara algo. Dio un paso hacia la puerta, pero de repente recordó sus modales y se detuvo.

–Ya veo –repitió Eleanor. Pierre había dejado de serle útil–. Te agradezco tus servicios.

Sin más palabras, sin siquiera preguntar por su recompensa, Pierre asintió nervioso y desapareció por la puerta.

*Qué extraño*, pensó Eleanor. Estaba más preocupado por terminar con su acuerdo que por buscar alguna compensación. *¿No le interesa una exposición? Qué raro en un Toreador.* Pero las propias acciones de Pierre, incluyendo su grosero comportamiento aquella

noche, no tenían más importancia que la información que Eleanor pudiera sacar de ellas. El Toreador estaba asustado, eso estaba claro. Solo el miedo provocaba un comportamiento así en alguien como él. La explicación podría ser tan simple como que el Gangrel le había asustado por seguirlo. Ya le había pasado a más de un gallardo Cainita. En ese caso, ¿estaba empleado el Gangrel por Owain Evans? Eleanor había dispuesto otras antenas con la esperanza de descubrir cuanto pudiera de su compañero Ventrue, que durante tantos años no había hecho prácticamente nada para llamar la atención en la comunidad vampírica. Eleanor, normalmente enfrentada a asuntos más urgentes, nunca le había prestado demasiada atención... hasta ahora; hasta que le había alejado de su amado Benjamín.

Pero nadie parecía saber mucho de Owain Evans, y nadie lo había visto desde la reunión de hacía una semana, en la que Benison había presentado sus decretos. La ausencia de Evans era más frustrante que extraña. Las preguntas se amontonaban más rápidamente de lo que llegaban las respuestas. ¿Qué conexión había entre aquel Gangrel y Evans, y por qué se encontraba en la iglesia quemada de Reynoldstown? Sin duda, se trataba de la misma en la que Benison había detectado a la intrusa, el templo profanado que más tarde el devoto príncipe había destruido.

Reparó en el paquete que Pierre había dejado sobre la mesa y retiró los extremos del pañuelo. Dentro se encontraba una daga, parcialmente cubierta de... ¿hollín? La iglesia quemada, tenía sentido. Parte del arma había sido limpiada con el paño. Se podía ver el recubrimiento dorado en la empuñadura y el pomo, pero a pesar de todo se trataba de una daga práctica, no de una pieza ornamental.

Eleanor pensó en el descubrimiento, cuyo significado no comprendía en aquel momento. La presencia de la daga y del Gangrel en la iglesia debían estar relacionadas. Sin embargo, como interrogar al Gangrel sin la ayuda de Benison, lo que alertaría al príncipe de su misión secreta contra Evans, era prácticamente imposible, no le quedaba más que indagar todo lo posible sobre el puñal. A veces, cuando un camino de investigación se cerraba, existía uno paralelo que llegaba al mismo destino.

\* \* \*

Pasaron cinco noches más sin señal alguna del Greco. Owain preguntaba repetidamente a Miguel, pero el español era obstinado. No

pensaba revelar nada sobre porqué había tenido que salir o dónde estaba, aunque el Ventrue sospechaba que el lacayo se había sorprendido desagradablemente por la marcha de su superior. Los dos servidores humanos, María y Fernando, demostraron ser igual de poco comunicativos, y Miguel advirtió a Owain y a Kendall de que no les interrogaran.

La ausencia del Greco obligó al español a actuar como anfitrión, un papel que con toda seguridad preferiría evitar. Atendía a las necesidades básicas de sus huéspedes: un refugio seguro durante el día, y hasta una joven debutante toledana para Owain, aunque éste no estaba hambriento y no lo había solicitado. A lo largo de los siglos el Ventrue se alimentaba cada vez menos, y ya no recordaba la última vez que había sentido placer al hacerlo. Aparte de aquello, Miguel se mantenía lo más lejos posible de los dos extranjeros.

Éstos respetaban a regañadientes sus instrucciones de no abandonar la casa. Mientras Owain recorría los pasillos y examinaba los cuartos que no estaban cerrados, se sentía inquieto por una permanente inconsistencia. La decoración era uniformemente modesta, con gusto pero sin alardes, con alfombras, mobiliario moderno pero conservador y cuadros que podrían haberse encontrado en cualquier hotel respetable. Aquella era en realidad la sensación que Owain tenía del edificio: se encontraban en una casa alquilada, con muebles lo bastante "blandos" como para no ofender a nadie. Aquella actitud no era propia del Greco que conocía... o que había conocido. Aquella cómoda pero diminuta casa no tenía nada que ver con las amplísimas cámaras bajo el Alcázar que Owain había ocupado la primera vez que lo conoció, en el siglo XIV. El Greco se había rodeado de obras de arte sin precio, se había alimentado de forma ostentosa de las esposas de los hombres más poderosos de la ciudad, sin dejar intactos ni sus recuerdos ni su honor. ¿Podía ser el mismo Cainita que había terminado viviendo en aquella humilde morada? Aparte de los cuartos personales de María y Fernando, y de otra habitación cerrada en la planta alta, Owain lo inspeccionó todo, llegando incluso a husmear discretamente en el sótano en busca de túneles o salas ocultas, trucos que el Greco había usado con gran eficacia en el pasado. No encontró nada extraordinario, y hacia el final de la tercera noche sus pensamientos se desviaron cada vez más hacia lo que podría haber escondido tras la puerta cerrada de arriba.

Miguel no vivía en la casa. Al parecer tenía un refugio secreto en alguna otra parte de la ciudad. Al anochecer y antes del amanecer se

pasaba para informar a Owain de que no había nuevas noticias, recordándole que no debían abandonar la casa. En Atlanta, el Ventrue había llegado a pasar meses sin abandonar su finca, pero allí disponía de una venerable mansión y de hectáreas de jardines y bosques por los que vagar. Estar encerrado en aquella casa, especialmente después de una semana de confinamiento en aviones y coches, era enloquecedor.

Kendall pasaba el tiempo leyendo, meditando o haciendo ejercicio. Owain nunca se había fijado antes en cómo dedicaba cada momento de su tiempo a mantener su cuerpo y su mente, dispuesta a servirle. No confiaba solo en la vitae vampírica con la que le alimentaba para lograr sus habilidades. Owain siempre había preferido la reflexión a la meditación, y se preguntaba si era el yoga lo que permitía a su ghoul mantener su imperturbable calma. En cualquier caso, se sintió afortunado por haberla encontrado.

Cada noche que pasaba en casa del Greco había un momento de la madrugada, justo antes de las cuatro, en el que María y Fernando se retiraban pero en el que aún quedaba tiempo para la última visita de Miguel. En aquel instante Owain y Kendall estaban prácticamente solos. La segunda noche, durante este periodo los pensamientos del vampiro se fijaron en la puerta cerrada. La tercera pensó seriamente en investigar, pero sus modales le vencieron. Aunque había sido llamado al otro lado del Atlántico contra su voluntad, era un invitado del Greco. La cuarta noche pasó más de media hora frente a la puerta, aburrido por los estériles confines de la casa, preguntándose por qué había sido convocado urgentemente a España después de tantos años.

La quinta noche, poco después de que María y Fernando se retiraran a sus cuartos, Owain llamó en voz baja a Kendall.

–Mantén guardia en lo alto de las escaleras. Si los sirvientes se levantan o Miguel llega pronto, avísame. –La mujer asintió, sin necesidad de preguntar qué iba a hacer.

Owain nunca había tenido muchos problemas con las cerraduras sencillas, sobre todo desde su presentación en el mundo de los muertos. Se sintió gratamente sorprendido al descubrir que su preocupación porque el Greco hubiera dispuesto un complejo sistema de seguridad era infundada. Con poco más que un gesto de la mano, la cerradura se abrió y el vampiro pudo entrar en la sala prohibida.

Viendo en la penumbra el mobiliario sencillo, Owain volvió a preguntarse si de verdad aquella casa pertenecía a su viejo amigo,

que había vivido de forma tan extravagante y escandalosa, que sentía más placer tocando un mueble o una estatua delicadamente elaborados que un glotón en el mejor banquete. La sala estaba adornada con gran austeridad. Un escritorio sólido, pero vulgar, y una mesilla con un tablero de ajedrez bastante normal. La disposición de las piezas no le era familiar. Era evidente que el Greco había comenzado una nueva partida, pues aquella no era la situación agónica en la que le había dejado con su último movimiento. Quizá, como Miguel, el Greco tuviera otro refugio en la ciudad, y era posible que cuando regresara fuera llamado a las lujosas cámaras bajo el Alcázar. En la partida que Owain tenía frente a él las blancas estaban acorraladas en una esquina, y solo les quedaban tres peones y el rey. No había duda de que su posición llevaba varias jugadas siendo desesperada.

Sin embargo, era el escritorio lo que más le llamaba la atención. Otra cerradura, más compleja, y sin duda alguna con trampas, protegía la cubierta deslizante. Pero no. Para sorpresa del Ventrue, no era así. Otro movimiento de la mano le permitió inspeccionar los contenidos. Aquel pequeño espacio correspondía más con el Greco que Owain había conocido. Había montones de papeles dispersos por la mesa, muchos de ellos simples bocetos de gentes y lugares. Incluso los papeles financieros, totalmente desordenados, tenían imágenes en los márgenes y en el propio texto. Había trozos de poemas tachados y cambiados, algunos en pedazos de papel que, sin duda, habían sido tirados a la papelera y salvados más tarde.

Owain miró los papeles, tratando de alterar las cosas lo menos posible. *No es necesario que el Greco sepa que he estado espiando sus cosas.* Abrió los pequeños cajones, que contenían todo tipo de bolígrafos, clips y sellos; bastante mundano. Los cerró y comenzó a inspeccionar la madera de la tapa curva, encontrando rápidamente lo que estaba buscando: un compartimento secreto. No estaba laboriosamente escondido, pero era lo bastante discreto como para no verse normalmente. Owain se hubiera sentido defraudado de no haber algo así. El papel que había dentro le era familiar. Lo tomó y vio que era del mismo color hueso y de la calidad que a él le gustaba. De hecho, cuando inspeccionó los contenidos de la carta comprendió que la letra era la suya.

*Greco:*

*Mi suerte está puesta en asuntos aún más importantes que el*

*ajedrez, de modo que no ensalzes demasiado tus propias habilidades. Aunque los Cainitas de todo el mundo tiemblan en sus refugios y temen salir a la noche aun para alimentarse, pues les aterra ser víctimas de la maldición, he descubierto la verdadera causa de esta aflicción y creo que estarás muy interesado en ello.*

Owain inspeccionó con más cuidado las palabras. No había duda de que la letra, cada marca, cada trazo técnicamente imperfecto, era suyo. Incluso el papel y la irregular distribución de la tinta de su vieja pluma eran perfectos.

Pero él nunca había escrito aquello.

Incapaz de creer lo que estaba viendo, siguió:

*Creo que, en una o dos ocasiones, has mencionado a un tal Carlos, obispo de Madrid. ¿No sería una verdadera lástima para él que aquellos que tienen autoridad sobre su destino descubrieran que es el responsable de la extensión de la maldición que ha diezmado terriblemente nuestras fuerzas estas últimas semanas? Estoy seguro de que no hay nada más lejos de tu intención que desear el infortunio a un camarada.*

*Quizá, después de todo, esto no te interese. Quizá no te sorprenda descubrir que Carlos es un Cainita de ambiciones desbocadas, como lo son tantos de nuestros colegas. Se me ha hecho saber que algunos de sus subordinados, siguiendo sus órdenes, desarrollaron experimentos con la vitae Cainita, experimentos mágicos con sus artes oscuras en un intento de transformar la sangre, de fortalecerla. ¿Por qué querrían hacer algo así? Entre los nuestros existe una cierta correspondencia entre edad y poder, ¿no es así? Por lo general, los más viejos son los de una generación más cercana a la fuente original de nuestro poder, el Padre Oscuro. Cuanto más vieja es la vitae, más potente. Aumentar la fuerza de la sangre de un Cainita y lo harás más poderoso. Eso es lo que Carlos estaba intentando lograr mediante su "Proyecto Angharad".*

Owain tensó todo su cuerpo. *Angharad*. ¡Allí estaba de nuevo aquel nombre! Su amor, su recuerdo evocado primero por la sirena,

después profanado por Albert, y ahora aquello. Se sentó en la mesa y se sintió enfermo, mareado. La cabeza comenzó a darle vueltas y las visiones regresaron a su mente consciente: el árbol viviente, la torre... pero combatió contra ellas. Se obligó a terminar la carta:

*Eso es lo que Carlos estaba intentando lograr mediante su "Proyecto Angharad". Quizá no quisiera más que reforzar nuestra secta, pero ¿no hay otras posibilidades?*

*Si de repente los Cainitas más jóvenes fueran poderosos, especialmente careciendo de la vasta sabiduría de los que llevamos tanto tiempo vivos, ¿quién resultaría amenazado? ¿No quedaríamos en una posición amenazada? ¿Tu? ¿El arzobispo? Si Carlos fuera el que proporcionara ese poder, ¿no tendría mucho que ganar?*

*Afortunadamente, no ha logrado sus objetivos. La maldición es nuestra prueba, pero ¿cuánto tardará en lograrlo?*

*¿Cómo sé todo esto? Porque la maldición fue liberada en mi propia Atlanta. Un secuaz de Carlos, otro ambicioso Cainita de nombre Grimsdale, escapó con una muestra de sangre experimental aún sin perfeccionar. Deseaba vender los secretos de la vitae en el Nuevo Mundo. ¿No es acaso la tierra de las oportunidades? Pero los otros seguidores del obispo siguieron al pobre Grimsdale, que al verse rodeado bebió la sangre, sin duda esperando emplear sus poder para sobrevivir. No lo logró, y al ser su vitae robada por los que le dieron caza, la maldición se extendió.*

*No creo necesario extenderme sobre las repercusiones para nosotros...*

—Saludos, Owain.

Sorprendido por la voz a su espalda, el Ventrue se giró en la silla hacia la puerta. Allí se encontraba el Greco, sosteniendo en una mano el cuerpo inerte de Kendall Jackson. Sus ojos brillaban rojos en la penumbra. Los pliegues de su rostro ocultaban sombras más oscuras que la noche.

\* \* \*

Nicholas regresó bajo el puente al caer la noche del día siguiente,

pero no vio a Plumanegra por ninguna parte. El círculo pintado aún era claramente visible en el hormigón empapado. Se acercó, limpió parte de la basura que lo había cubierto y se sentó a esperar.

Le costaba no pensar en el hambre que le arañaba las entrañas, como si estuviera impaciente por escapar. Hasta cierto punto lamentaba no haber matado a aquel miserable Toreador que le había estado siguiendo.

No había duda de que el petimetre había hecho un completo informe para el Príncipe Benison de su presencia y sus actividades en la ciudad. El príncipe no tenía paciencia, y estallaba ante cualquier cosa que considerara un insulto.

Le interesaban especialmente los visitantes no anunciados que no se presentaban formalmente en la corte. Si se quedaba mucho más tiempo en la ciudad, sin duda recibiría una invitación para explicar aquella ruptura de la etiqueta.

Su situación no era mucho mejor que cuando se separara de Plumanegra la noche anterior. No había encontrado rastro de Evans, y la mansión no mostraba señal alguna de estar habitada. Tampoco había nada que indicara que su dueño fuera a regresar en un futuro inmediato.

Había tenido esperanzas de poder capturar el rastro en la iglesia abandonada, pero había sido un callejón sin salida. A juzgar por las condiciones del lugar, había habido algún conflicto y nadie la había visitado desde entonces. Ciertamente, la daga olía a Evans, pero era un aroma de hacía semanas.

El rastro se había enfriado y Nicholas había vuelto, igual de lejos que antes de la venganza que tanto ansiaba. Sin embargo, se encontraba una noche más cerca del desagradable final que corría por sus venas.

–Si el amor es ciego, el odio es totalmente sordo –dijo una voz familiar justo a su espalda. Nicholas resistió el deseo instintivo de girarse y atacar, e incluso logró evitar la acalorada respuesta que asomaba a sus labios.

Estaba más enfadado consigo mismo por haberse dejado coger por sorpresa que por el tono ligeramente burlón de la voz. Se controló, se puso en pie y saludó a su amigo.

–Se ha ido –se limitó a decir–, y yo también debería haberlo hecho hace mucho. El príncipe me puso un agente detrás, sin duda después de la noche en la mansión. Me sorprende que no hayan...

–Lo han hecho –respondió Plumanegra antes de que Nicholas



terminara—. Me estuvieron vigilando. Vieron el círculo y el fuego y se retiraron para reagruparse. Si hay alguien poderoso entre ellos, vendrá esta noche. Si no es así --dijo encogiéndose de hombros-- *muchos* de ellos vendrán esta noche.

Nicholas escudriñó las sombras, maldiciéndose por su anterior falta de atención.

--Entonces tenemos que largarnos de aquí. No muy lejos, lo justo para abandonar los suburbios. No nos seguirán más allá.

--¿Y adonde irás? --preguntó Plumanegra, valorándolo.

Nicholas no respondió inmediatamente. La presencia de Plumanegra le hacía sentirse precavido, encerrado. No estaba convencido de que fuera una buena influencia.

--Tras Evans --dijo al fin--. En cualquier caso, todo acaba con Evans.

Plumanegra no estaba seguro de lo que significaba "en cualquier caso". Por esa senda no veía más que muerte y venganza.

Pero sí captó la decisión en las palabras de su compañero. Por mucho que discutieran, no conseguiría apartar aquella idea del joven Gangrel.

--¿Y cómo darás con él? --replicó, atacando con cuidadosos argumentos--. Tú mismo has admitido que no hay señal de él en toda la ciudad.

Nicholas sonrió abiertamente al oírlo.

--Tú lo encontrarás para mí.

Por primera vez, Nicholas comprobó con satisfacción que había cogido a Plumanegra por sorpresa. El Guardián musitó algo, dio la espalda a su compañero y se acercó al mismo borde del círculo. Se detuvo allí, como si estuviera retenido por una fuerza invisible, rozando el límite con los dedos de los pies.

Nicholas habló con suavidad, casi disculpándose.

--Por supuesto, lo comprendo. Si eso está más allá de tus habilidades tendré que encontrar por mi cuenta a otro cazador, quizá a un vidente...

Plumanegra no cayó en la provocación.

--Me pides que acelere tu muerte. Tratas incluso de hacerme más agradable la decisión --dijo volviéndose con una sonrisa--. Pero quiero que pienses en algo más que en ti mismo --siguió con mayor solemnidad--. Más que en tu línea de sangre y en las exigencias del honor con las que te atas. Quiero que pienses en nuestro clan, en nuestra gente. Hablo con su voz. Hace diez noches estabas dispuesto

a combatir hasta la muerte por demostrar tu derecho a gobernar. Esta noche me pides ayuda para que puedas darle la espalda y seguir con tu venganza personal. No hay honor alguno en eso. Vuelve conmigo a las montañas. Allí hay solaz entre los pinos, bajo las estrellas, dentro del círculo intacto del clan.

Nicholas se mantuvo firme.

—¿Quieres que camine entre ellos como un viento oscuro, una pestilencia, la sombra de la muerte? No, no soy compañía adecuada ni para hombres ni para bestias. Libérame. Déjame seguir mi camino.

Plumanegra lo estudió un tiempo. Sabía que Nicholas tenía razón; nunca podría regresar. La maldición que assolaba la ciudad se había adueñado de él, lo cubría irremediablemente con las sombras que crecían de su interior.

—Ven —dijo—. Buscaremos consejo.

Llevó a Nicholas a su lugar acostumbrado cerca de los restos de la hoguera de la noche anterior. Tomó un palo frío y ennegrecido del fuego y, apartando el pelo de la frente de Nicholas, le marcó con un símbolo críptico: Urdun, el buey. Quizá no fuera muy halagador, pero aquellos que supieran ver se apartarían de su camino. No era posible alejar al buey del camino que había elegido, y tampoco le preocupaba aquello que pudiera ser aplastado.

Después tomó un poco de hollín y cubrió su propia piel expuesta, salvo sus manos.

—Limpia los restos del fuego.

Mientras Nicholas se afanaba en ello, Plumanegra desató una bolsa de cuero de su cintura. Se trataba de una pieza increíble, cubierta por complejos patrones y dibujos que Nicholas no alcanzaba a distinguir en la penumbra. Pensó en que nunca antes había visto a Plumanegra abrir esa determinada bolsa.

El guardián desató la correa y comenzó a sacar toda clase de curiosos objetos.

Recitaba en voz baja el inventario a medida que extraía cada cosa. Para Nicholas, aquel pequeño ritual parecía un cántico, una fórmula mística recitada de memoria: *billetes de autobús, entradas de cine, tarjeta American Express, cartas de tarot, llaves de un coche robado dos veces, medio dólar de Keneddy, Camel sin filtro, cuchilla, disquete, tornillos phillips, tubo de pegamento vacío, radiocasete portátil, rólex, pilas doble A, guantes quirúrgicos, tarjeta de embarque, hilo dental, trece peones iguales, cartuchos de escopeta, fotografías, teléfono móvil...*

Plumanegra sacaba cada nuevo tesoro como si pudiera contener el número de la lotería de la semana siguiente. Se detuvo en algunos determinados, acariciándolos con la mano, saboreando su tacto, su cercanía.

Reparó en que Nicholas seguía cerca, mirando asombrado y estupefacto. Le hizo un gesto para que se sentara y habló.

Sus palabras tenían la misma cualidad musical y misteriosa, pero no había duda de que se dirigían a él. Estaba intentando explicar algo con paciencia.

*–Estas cosas y más las he reunido y llevado, y como las plumas y los dientes de leche, son símbolos que conjuran recuerdos e historias. Los tejo a mi alrededor. Me cubro con ellos. Los visto como armadura. Los devoro en busca de coraje. Los lanzó para conocer el futuro.*

Nicholas aguardaba ansioso a que Plumanegra revelara los secretos ocultos en aquella extraña mezcla. Su mente trataba en vano de extraer un significado de los objetos, de los símbolos que asociaba con ellos o de las relaciones de distancia o proximidad. No servía de nada.

Simplemente no hablaba aquel mismo idioma oscuro de los signos, premoniciones y adivinaciones. Sin embargo, Plumanegra parecía esperar algo de él. Titubeante, tocó alguno de los objetos.

Eligió la cuchilla, la comenzó a abrir, se detuvo y la devolvió rápidamente. Plumanegra le observaba impasible.

–Pero yo no... –comenzó Nicholas.

El guardián estiró el brazo y tomó lentamente los cigarrillos. Nicholas estaba tan confuso que apenas consiguió coger la cajetilla cuando Plumanegra se la lanzó.

–Tienes que relajarte –dijo–. Lo intentas demasiado. –El mechero color turquesa se abrió y se encendió.

Nicholas contempló un instante la llama, pensando en la prueba de la noche anterior. Entonces pareció recordar dónde estaba. Abrió torpe los Camel, se metió uno en la boca y le pasó otro a Plumanegra.

No recordaba la última vez que había fumado, y ni siquiera estaba seguro de poder hacerlo. Le costaba respirar, y siempre que lo intentaba se sentía como si todo el mundo le estuviera mirando.

La llama azul bailó antes sus ojos y retrocedió, dejando a su paso el aroma del tabaco encendido. Aspiró lentamente, sintiendo la cercanía de la diminuta llama. Ahí había algo que comprendía.

–Mejor –dijo Plumanegra mientras seguía–. *Los sitúo frente a ti, para que tras nuestra partida su poder sea tuyo, su historia la tuya, y*

*para que en las horas oscuras te resulten familiares.*

Nicholas seguía sin entender, pero al menos ya no le preocupaba. Apartó con decisión los ojos de los objetos y miró fijamente a Plumanegra.

—¿Dónde está?

El guardián rió y comenzó a devolver los objetos a la bolsa. Durante un tiempo, Nicholas pensó que se negaba a responderle.

Plumanegra observó el fondo de los objetos dispersos.

—Llaves de coche. American Express. Tarjeta de Embarque --dijo depositando con un golpe cada cosa rápidamente frente a Nicholas--. El coche está aparcado al otro lado de la calle. El barco sale de Savannah mañana por la noche. Evans estará en Madrid cuando embarques.

Nicholas guardó los regalos de su compañero. Se levantó y lanzó un gran suspiro.

—Dejaré el coche donde puedas encontrarlo, fuera de la ciudad.

Plumanegra se incorporó y devolvió la bolsa a su cintura.

—Nicholas --comenzó, callando luego un instante. Tras una larga pausa, prosiguió--. No tiene por qué terminar con sangre.

Nicholas no sabía si hablaba de su enfrentamiento con Evans, de la maldición o de algún conflicto mayor.

No conocía otro fin. Todo comenzaba con sangre y tenía que terminar del mismo modo. No dio voz a sus pensamientos.

Plumanegra se quedó mirándolo un tiempo, incluso después de oír el rugido del motor encenderse y perderse a lo lejos. Encendió otro cigarrillo, observó cómo el humo ascendía lentamente hacia el cielo y dejó que sus pensamientos vagaran hasta su hogar.

\* \* \*

Kli Kodesh cabalgaba una tempestad de violencia, traición y terror. Era vagamente consciente de que se movía hacia el este a velocidad endiablada, alejándose de la Ciudad de los Angeles para entrar en el vasto desierto americano.

La enloquecedora progresión de ciudad, suburbios, ciudad y suburbios que atravesaba no le dejaba impresión alguna. Para él, todo era un inmenso desierto continuo, dunas de asfalto, hormigón y casas prefabricadas alejándose hacia el horizonte.

Sin embargo, había ciertos detalles que no podía ignorar. La irritación de la luz de un fluorescente parpadeante sobre un cuchillo

desnudo. El estruendo de los disparos en los andenes del metro. El delicado rastro de la sangre perdiéndose por el desagüe de un lavabo.

Se movía rápidamente y no era capaz de poner nombre al lugar en el que aquellas atrocidades y ritos sangrientos invadían su conciencia, Llegaban a él de forma repentina e irresistible, como el destello de los relámpagos en la tormenta que lo llevaba hacia delante.

Imaginó cada acto de violencia como una sola gota de sangre en un aguacero. Las palabras de la antigua profecía Cainita llegaban claramente a su mente.

*Ante su palabra los cielos se abren, lloviendo sangre sobre los surcos que ha preparado. Sus hijos alzan expectantes su rostro hacia el firmamento, pero se atragantan y ahogan con el torrente de la vida derramada. Ese es el precio de su hambre.*

Las palabras de *El Libro de Enoch* lo envolvían como el trueno en los silenciosos pasillos de su mente. El libro, uno de los legados más antiguos y siniestros de los Vástagos, más viejo quizá que *El Libro de Nod* (¿quién podía estar seguro con aquellas cosas?) era una ecléctica mezcla de profecía, saga y saber que trataba sobre el gran juicio que aguardaba: el Fin de los Tiempos.

La llamada del padre para que una lluvia de sangre cayera sobre sus hijos era, sin duda, una referencia a Caín, el Padre Oscuro, pero aquel pasaje en particular podía leerse como una predicción o como historia pasada.

Otros párrafos eran menos ambiguos, y hablaban directamente de un juicio venidero. Kli Kodesh se perdió en el trazado de laberínticas sendas entre los versos. Esquivaba y tamizaba crípticas profecías, sopesándolas cuidadosamente y disponiéndolas en pilas ordenadas, comprobando si encajaban las unas con las otras. No tardó en perderse en aquella sistemática preconstrucción del futuro.

Tardó un tiempo en comprender que ya no se veía asaltado por la tormenta de actos violentos que le había aturcido. Pensó que debía haber dejado el litoral oriental atrás, y que se encontraba en el océano.

En los mares, Kli Kodesh encontraba un solaz que no hallaba en ninguna otra parte, una libertad de las constantes demandas de los terribles crímenes de los demás, una previsión de su liberación definitiva.

Se permitió caer en el olvido, repitiéndose suavemente el mantra de su última adquisición, el fragmento de verdad que recientemente

había extraído de las traicioneras arenas de la profecía, el oráculo y el saber:

*Solo entonces Caín quitará el yugo a su buey de ojos rojos, cuyo nombre es Gehena, pues nadie podrá resistir su semblante; y lo liberará para que padezca en la Llanura de Mediggo.*

## 6

La gente que aquella noche paseaba por Little Five Points no era precisamente del tipo al que William Nen estaba acostumbrado: *punks* con el pelo de diversos tonos fosforescentes, *hippies* de segunda generación con ropas a punto de caerse en pedazos, indigentes viviendo en los bancos, jovencitas con camisas ajustadas que habían renunciado a los sostenes. No podía sino preguntarse por las infecciones que provocarían tantas perforaciones corporales, tan numerosas como molestas. La música a todo volumen surgía de los locales que salpicaban la Avenida Moreland, uno de los cuales atraía especialmente la atención de Nen. Se atusó el bigote mientras revisaba la dirección anotada en un papel. El Nueve Colas era uno de los locales más ruidosos y animados, y estaba adyacente al callejón en el que se había encontrado a los casos JKL 14337 y JKL 14338.

*Déjalo estar*, le había dicho su superiora, la Dra. Maureen Blake. A Nen le extrañaba que Maureen se hubiera sentido primero intrigada por el caso, para después prácticamente ordenarle que abandonara la investigación. Pero lo que era más importante, al menos para él, era la necesidad de impedir una posible epidemia. Había visto de forma demasiado personal lo que una fiebre hemorrágica desatada podía hacer en un lugar poblado. Por tanto, como la Dra. Blake *prácticamente* le había ordenado que lo dejara, por sin hacerlo de forma *decisiva*, siguió investigando.

Eso era lo que le había llevado a aquel callejón tras el Nueve Colas. Mientras salía de la luz de la calle principal y entraba en las sombras del callejón, consideró por primera vez que curiosear en un lugar muy oscuro en una zona de la ciudad insegura quizá no fuera lo más inteligente. ¿Quién sabía lo que podría estar acechando? Pero era muy complicado salir de la oficina durante el día, y aunque no era totalmente racional, después de haber sobrevivido a zonas de

contagio saturadas de África en varias ocasiones le costaba creer que un simple matón fuera una amenaza seria. Sin embargo, mientras entraba cada vez más en el callejón y las sombras se cerraban sobre él, se rindió a la pequeña voz que le advertía de que a los matones probablemente les diera igual a qué había sobrevivido en África.

El músculo en el ojo comenzó con su tic. Podía oír el retumbar de la música dentro del local. *Los clientes deben estar sordos*, pensó. Se detuvo en la mitad del callejón, volviéndose y mirando la Avenida Moreland. Podía ver claramente a la gente que pasaba. En la dirección contraria el callejón conducía a otra calle con casas y apartamentos. Era probable que, durante el día, aquel lugar fuera muy concurrido por los peatones que vivían en la zona. No era demasiado probable, pensaba, que dos cuerpos hubieran estado allí varias semanas sin ser vistos, que es lo que debía haber pasado a juzgar por el deterioro de las muestras de los tejidos. Aún existía la posibilidad de que alguien hubiera dejado los cuerpos en el callejón, pero ¿porqué hacer eso y luego cubrirlos de sangre fresca? No tenía respuestas, pero ya había descubierto todo lo posible en aquel lugar. Al menos tenía una imagen en la cabeza para intentar reconstruir lo que había sucedido.

Mientras rehacía sus pasos para abandonar el callejón, no reparó en la figura que aguardaba en la pared a su derecha. Debería haberlo hecho, teniendo en cuenta que el hombre vestía de forma conservadora, en claro contraste con todos los demás viandantes de Little Five Points; llevaba un traje y corbata, pelo corto y arreglado y gafas de alambre. Sin embargo, se trataba de Thelonious, primogénito Brujah de los Vástagos de Atlanta, y sabía pasar desapercibido entre los mortales si así lo deseaba. Se quedó en silencio y observó cómo Nen caminaba a su lado y volvía a su coche.

\* \* \*

El Greco aguardaba en el umbral, bañado en las sombras. Owain solo alcanzaba a distinguir el brillo en los ojos de su antiguo amigo. Era alto, pero algo más encorvado de lo que recordaba. Sin volver la espalda, Owain depositó con suavidad la carta sobre la mesa. El Greco no se movió. Estaba totalmente quieto, observando al invitado al que había descubierto curioseando entre los efectos personales de su anfitrión. Tras unos instantes, Owain pudo discernir más de aquellos rasgos enjutos, casi frágiles. Los ojos y mejillas del Greco estaban hundidos, aumentando la intensidad de las sombras de su

rostro.

Sin más preámbulo, el Greco arrojó al suelo el cuerpo inerte de Kendall Jackson, que cayó con un fuerte golpe.

–Creo que esto es tuyo –dijo.

Owain no podía leer su tono ni su expresión; ¿rabia, diversión?

–Greco –dijo–, te presento a Kendall Jackson. Creo que tendré que presentarte a ti más tarde.

–Eso me temo –dijo el otro pasando sobre el cuerpo y acercándose a una mesa en una esquina, donde encendió una lámpara de aceite.

La cerilla arrojó inquietantes luces y sombras rojizas sobre el rostro casi esquelético del Greco. Por un instante, Owain creyó estar contemplando al mismo Diablo: mandíbula estrecha, pómulos hundidos, mentón puntiagudo, fino bigote y ojos penetrantes como la muerte. De hecho, el Greco le había llamado allí como Satanás hubiera hecho para pedir cuentas a alguien que le había vendido su alma.

–Ha pasado mucho tiempo –dijo el español acercándose lentamente al escritorio. Apartó cuidadosamente una segunda silla y se sentó–. Recibí una llamada inesperada. Ya sabes cómo son los negocios.

–Por supuesto –respondió Owain–. Todo es normal y, de repente, los viejos favores exigen compensaciones.

–Un favor es una cosa –replicó el Greco–. El *deber* es otra muy diferente. ¿No estás de acuerdo?

El tono de Owain permaneció neutro.

–Las diferencias son escasas.

–No lo creo. –Los dos viejos Cainitas mantuvieron su mirada tanteando, pero sin revelar nada. Al final, el Greco lanzó un fuerte suspiro–. Agradezco que *la señorita* y tú hayáis ayudado a Miguel a cuidar del lugar –dijo cordial–, aunque no era necesario revisar la correspondencia.

–Echo de menos mi tediosa rutina –dijo Owain secamente. No importaba que no hubiera abierto su propio correo desde hacía más de cuarenta años.

–*Deberes* –repitió el Greco–. Qué americano, Owain.

Los dos volvieron a observarse atentamente. El Ventrue tenía que admitir que, seiscientos años atrás, los dos habían sido amigos. Hacia finales del siglo XIV había recalado en España. En aquel momento llevaba menos de un siglo exiliado de su Gales natal, había terminado



de jugar con los Templarios en Francia y carecía de propósito; se preguntaba si quería seguir con su infernal existencia, su condena sobre la tierra. Fueron la energía del Greco y su ansia por todas las cosas vivas lo que le animó y lo mantuvo durante setenta y cinco años, hasta que la muerte de su viejo ghoul y compañero Gwilym a manos de la Inquisición lo llevó a la desesperación y al letargo.

Cuando se reunió con los vivos más de doscientos años después, el mundo era un lugar muy diferente. El Sabbat había sido formado por aquellos que no quisieron rendirse cuando la Camarilla terminó con la Gran Revuelta Anarquista, y el Greco estuvo a la cabeza de aquel movimiento como uno de los pocos Toreador que se interesó directamente en el conflicto. Su entusiasmo, su pasión, habían sido un imán para Owain, que para entonces carecía de fuego alguno. Todas las charlas sobre la *libertad* habían sido embriagadoras; el Ventrue se unió al Sabbat.

Pero eso había sucedido hacía mucho tiempo, y Owain se había distanciado del grupo a lo largo de casi trescientos años. Y ahora estaba sentado frente al Greco, uno de los pocos seres vivos o muertos que conocían su afiliación a la secta en cuya fundación el español había sido tan importante. Owain había hecho ciertas promesas y había realizado juramentos de sangre que, aunque con el tiempo habían dejado de tener importancia para él, sin duda eran vitales para su antiguo amigo. El Ventrue solo podía estar seguro de algo: el Greco le haría cumplir su palabra.

Era evidente que el español había cambiado a lo largo del último siglo. La anemia que mostraba era la de la tumba. Incluso para ser un Cainita de piel pálida, tenía mal aspecto. Ocurría a veces, incluso entre los no-muertos. Los años pasaban factura. El deterioro podía ser mental, físico o espiritual. Mientras Owain le observaba veía a un hombre consumido y descompuesto, de hombros cargados y espalda cansada. Pero sus ojos... atrapados en aquella forma decadente, aún conservaban el mismo fuego. Eran conscientes del deterioro de su prisión física. No-muerto no significaba inmortal.

—Tienes buen aspecto —dijo el Greco inmediatamente, como si estuviera leyendo sus pensamientos. Sin embargo, las palabras no eran más que una observación, no un cumplido ni una muestra de preocupación. Habló de forma abrupta, con palabras tan frías con su anterior comentario—. Debemos hablar, Owain, pues mañana por la noche deberás dejarme y nadie debe saber de nuestra relación.

El Ventrue quedó sorprendido ante aquellas palabras. ¿Había

cruzado el Atlántico a petición del Greco, y ahora eso? Quería preguntarle por qué se había molestado en acudir, por qué le había sacado de Atlanta, arriesgándose a que los descubrieran, pero no lo hizo.

–Miguel estará desolado.

El Greco rió, un sonido frío y hueco, la débil semilla del humor estrangulada por las raíces de la podredumbre.

–Miguel y tú siempre habéis sido grandes amigos, ¿no es así?

--Seguía sonriendo, pero sin calidez alguna--. Al menos él es leal.

--Las palabras mordían como un puñal.

–Dijiste que debíamos hablar --dijo Owain, irritado por el comentario, fuera o no cierto. No había venido desde tan lejos para ser objeto de provocaciones--. Habla, pues.

El Greco rió con voz queda mientras pasaba los dedos por el escritorio.

–Los años no te han enseñado el valor de la paciencia ni de respeto, ¿no es así? --Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás--. Ah, la amistad es como un buen vino, ¿no crees, *amigo*? Con los años crece y se enriquece --dijo abriendo los ojos de nuevo--, o se convierte en vinagre.

Owain no respondió. Podía descubrir más escuchando que alimentando la creciente ira del Greco... de momento.

El español, alzando los ojos ante el control de Owain, asintió.

–Hablaré entonces. Como dije, fui llamado hace varias noches. De otro modo hubiera estado aquí el día de tu llegada como había planeado. Tuve una reunión con Mondada. --Hizo una pausa--. Entiendo que no te has mantenido informado de los acontecimientos dentro del Sabbat, pero supongo que sabrás quién es Mondada...

Owain asintió. Conocía al Arzobispo de Madrid de la secta, Ambrosio Luis Moneada, que hacía algunos siglos había tirado de los hilos que manipulaban gran parte de la Europa Occidental.

–Bien. --El Greco estaba complacido--. Fui a Madrid para hablar con él. Me sentí halagado por el honor que me dispensaba hasta que descubrí que Carlos también había sido llamado para verle. Sé que eres consciente de mis... *sentimientos* hacia Carlos.

Antes de leer la misteriosa carta hacía unos minutos, nunca había oído hablar de él. Ahora solo sabía que era rival del Greco, pero eso debería bastar. Asintió de nuevo.

–Moneada también es consciente de mis opiniones --explicó--, así como de las de él, especialmente desde que varios seguidores del

obispo, que habían intentado establecerse en Toledo, tuvieron desgraciados accidentes.

Owain no tuvo muchos problemas para imaginar la situación. Recordaba perfectamente lo que el Greco había hecho en el siglo XVIII con los que se le habían cruzado.

–Moneada me exigió que cesaran nuestras riñas. –Sin más aviso, golpeó la mesa con el puño–. ¡Riñas! –Su rostro se torció en una mueca feroz, escupiendo saliva entre los colmillos desnudos–. ¿Puedes creerlo? ¡Llamarlo riñas cuando ese chacal traicionero de Madrid trata de invadir mi territorio! –Durante unos instantes estuvo siseando. Owain no le interrumpió. No era imposible que el Greco estallara en una furia asesina, y no tenía intención de comprobar hasta qué punto se había deteriorado el viejo Toreador. Tras unos instantes, el español recobró la compostura–. Irónico, ¿no? –preguntó de nuevo con tono calmado–, que Mondada dijera algo así justo después de que llegara tu carta.

–Así es. –Owain no tenía modo de saber exactamente cuándo había recibido el Greco la falsa epístola, pero debía haber sido al menos en las semanas pasadas, que era cuando la maldición había asolado el mundo Cainita.

–¿Te sorprendió que Miguel no participara en la *Vaulderie*, que no compartiera la sangre cuando llegó a Atlanta? –preguntó el Greco, cambiando secamente de asunto.

Owain caviló durante un instante.

–En realidad no había pensado en ello. Ha pasado mucho tiempo desde que realicé los ritos, casi un siglo...

–Así que ninguno de los dos se sorprendió de que yo no te ofreciera la sangre. "*Libertad, Lealtad, Inmortalidad*".

–No.

El Greco, de repente cansado y con aspecto envejecido, rió sin ganas, un gesto agotador que requirió de toda su atención.

–Ah, Owain, has pasado fuera demasiado tiempo. Te dejé solo durante demasiados años.

–Creo que fue exactamente al revés –respondió Owain.

La débil sonrisa del español desapareció y su furia regresó renovada.

–Me cansas, Owain. Mi paciencia tiene un límite.

El Ventrue se tensó. Habían pasado muchos, muchos años desde que alguien le hablara de forma tan condescendiente. Al menos Benison había sido respetuoso. Owain no recordaba a mucha gente

que le hubiera hablado *nunca* de ese modo, y todos ellos habían compartido un destino similar. Guardó silencio con un supremo esfuerzo de voluntad.

–La maldición de la sangre, Owain –dijo el Greco– ha golpeado duro a la Camarilla, pero ha sido *devastadora* para el Sabbat. La mitad de nuestras fuerzas, tres cuartas partes en algunas zonas, ha desaparecido o ha caído en enloquecidos frenesíes. –Su mirada era increíblemente intensa, y los ojos vidriosos parecían salirse de las órbitas–. Solo los fuertes sobreviven, *como debe ser*.

El español, con los dedos clavándose en la mesa, se inclinó hacia Owain, pero éste no se fijó en el énfasis de aquella brutal sentencia darwiniana. Algo en aquellas palabras le hizo retroceder cientos de años, aún antes de llegar a aquella antigua ciudad.

*Solo los fuertes sobreviven.*

En el pasado, en otro lugar, Owain había pronunciado aquellas mismas palabras, y otras más. *Solo los fuertes sobreviven. Solo los más fuertes gobiernan.* Se las había dicho a su sobrino Morgan. Su sobrino y ghoul. Owain ya era lo bastante viejo como para haber vivido tres vidas mortales, pero era lo suficientemente joven como para creerse invencible. Había pronunciado aquellas palabras y había enviado al pobre Morgan a su muerte.

Sintió un escalofrío. Su mente regresó al presente cuando comprendió que el Greco, con una sonrisa astuta, le observaba. Owain quedó sin palabras, con la concentración totalmente destrozada por el asalto de aquellos recuerdos desatados de Gales, hacía siete siglos.

El español sí tenía palabras.

–Los años no han pasado en balde, ¿no, Owain? –El encorvado Toreador parecía disfrutar con aquello–. Puedes no parecer ni una noche más viejo que el día en que fuiste Abrazado, pero no se sobrevive un siglo tras otro sin cicatrices, ¿eh? Algunas heridas son más evidentes, nada más.

Los dos vampiros se quedaron mirándose en el estudio. En una esquina la lámpara de aceite bailaba discreta, ajena a la conversación que bañaba con luces y sombras vivientes. Owain podía ver en el Greco los restos de la pasión que antaño había considerado tan atractiva. En la sonrisa burlona de su viejo amigo también detectaba crueldad, algo a lo que había estado ciego seiscientos años atrás. Desde entonces Owain había aprendido a reconocerla, tanto en sí mismo como en los demás. La crueldad era una manifestación externa de control, de poder. Había pasado mucho tiempo pensando en su

propia autonomía. Desde sus días como mortal siempre había protestado al tener que doblegarse a más voluntad que la suya. A medida que se involucraba activamente en el mundo los Cainitas, se enfrentó de nuevo con los retos de aquellos que querían ejercer el control sobre él. No rendiría su libertad al Príncipe Benison de Atlanta, y tampoco al Greco en Toledo. Antes los vería destruidos. Antes prefería ser exterminado.

No le importaba el escrutinio al que le sometía el español. ¿Qué más le daba, se preguntó, que su mente divagara en ocasiones? ¿Quién, mortal o inmortal, podía asegurar realmente que el paso del tiempo no le había infligido determinados pesares y añoranzas? ¿Era el Greco diferente?

–Hablabas de la Vaulderie.

El Greco rió educadamente, consciente de que Owain cambiaba el centro de la conversación al tiempo que daba a entender que era su mente la que fallaba, que era el Toreador quien no podía terminar sus pensamientos. Incluyó la cabeza concediendo un *touché*.

–Sí, estaba hablando de la Vaulderie. He dado instrucciones a mis seguidores para que no participen en los ritos mientras persista la maldición de la sangre.

–Hablas como si pensaras que el mal desaparecerá.

–Todo pasa.

–Quizá lo que haya pasado sea el tiempo de los Cainitas.

–¿El Fin de los Tiempos? --dijo el Greco enarcando las cejas, riendo luego despectivo--. Hay vampiros en cada esquina predicando precisamente eso, Owain. ¿Y sabes lo que tienen todos en común? Que no tienen nada. No tienen nada que perder y todo que ganar del fin del mundo. Pueden estar en lo cierto, pero en ese caso no hay mucho que tú o yo podamos hacer, de modo que yo procederé asumiendo que están equivocados. --Se recostó en la silla--. Pero respecto a la Vaulderie, ya ves, vuelvo a distraerme, he dado instrucciones de que se ignoren los ritos.

–¿Por...?

–Porque, como decías en tu carta, la maldición es de naturaleza mágica, y solo las más poderosas magias son permanentes.

La carta. Owain pensó en lo que había leído, en lo que supuestamente había *escrito*. Había estado jugando con aquel equívoco y necesitaba tiempo para pensar antes de admitir que no era el autor. No había podido terminar toda la carta antes de que apareciera el Greco, de modo que tenía que tener cuidado. No podía

permitirse una pregunta que su "propia" carta respondiera. De otro modo, hubiera protestado ante algunos de los razonamientos del español. Quizá la maldición se controlara a sí misma. Quizá se alimentara de la sangre de todos los vampiros a los que tocaba. No había modo de estar seguro. ¿Cómo podía el Greco actuar basándose en premisas tan débiles?

–Pasaré –reiteró–. Hay un poder, una energía en la transferencia de la vitae. Todos la hemos sentido, Owain, durante el Abrazo, durante la Vaulderie. Creo que es ese poder el que alimenta al mal. –Parecía perplejo–. Por lo que decías en la carta, suponía que habías llegado a la misma conclusión.

La garganta de Owain se tensó, pero no ofreció respuesta. Su mente corría a toda velocidad, reuniendo cada hecho y rumor que había oído sobre la maldición en caso de que el Greco hiciera alguna pregunta comprometida.

El español se encogió de hombros.

–Pero, como sugerías, me intriga la idea de que Carlos, tres veces maldita sea su alma, sea el responsable. Sabes que no puedo presentar habladurías ante Moneada y esperar que actúe. Dime cómo te propones lograr pruebas de esta alegación tuya.

*Pruebas.* Owain intentó reconstruir lo que había leído. *Pruebas de que, inadvertidamente, Carlos había liberado la maldición, el Proyecto Angharad. Grimsdale. Aumentar la potencia de la vitae. ¡Pruebas!* Sabía de la maldición, pero no había prestado atención a los desvaríos del príncipe Benison. Había estado preocupado por asuntos más personales (la sirena, sus deseos despertados), pero todos habían terminado alcanzados por el mal. ¿Quizá provocados por él? No sabía lo suficiente. ¿Cómo responder? El Greco aguardaba expectante.

–He oído –dijo con fuerza, dando orden a las palabras mientras abandonaban su lengua– que... algunos de los malditos mueren de hambre... aunque se alimenten regularmente... quedando sus cuerpos inundados de sangre.

–¿Sí? –Era evidente que el español ya sabía todo aquello y que no comprendía adonde quería llegar Owain con su explicación.

Por desgracia, tampoco él lo sabía. ¿Cómo podía esperar explicar la maldición cuando hordas de hechiceros Tremere no habían logrado descubrir nada? Estaba en blanco.

–Otros... –dijo deteniéndose–, enloquecieron... más rápidamente.

–¿Sí? –dijo el Greco inclinándose en la silla–. ¿Y tu plan?

Desde el umbral, Kendall Jackson dejó escapar un gemido. Owain

se aferró a aquel sonido. Tratando de que su alivio no fuera demasiado evidente, rodeó la mesa y se arrodilló junto a la mujer. Con cada paso trataba de diseñar un plan, algo que pudiera utilizar para mantener contento al Greco, al menos hasta que decidiera qué hacer al respecto. Sujetó con cuidado la cabeza y el cuello de Kendall mientras la incorporaba hasta sentarla.

–¿Estás bien, Jackson?

La ghoul se llevó una mano a la cabeza y abrió los ojos. Volvió a gemir, confusa, mientras su mirada se enfocaba en Owain. Sin embargo, casi inmediatamente trató de ponerse en pie alerta, intentando desenfundar el magnum .45 que llevaba en la cadera. Se congeló al ver al Greco sentado a menos de tres metros, sonriendo ligeramente pero sin representar una amenaza evidente e inmediata.

–Señorita Jackson –dijo Owain formal–, permítame presentarle al Greco, Priscus del Sabbat señor de Toledo.

–Señor, yo... –Seguía confusa.

El español intervino.

–Señorita Jackson, ¿sería tan amable, por favor, de esperarnos abajo?

Owain asintió dando su aprobación mientras Kendall no apartaba la mirada del Greco. El Ventrue la vio marcharse dando la espalda al otro vampiro mientras pensaba en qué diría a continuación. El supuesto autor de la carta preparó un apresurado plan que de momento debería servirle.

–Es admirablemente obediente, Owain –dijo el Greco–, y no carece de atractivo.

Por segunda vez en una hora, los pensamientos de Owain saltaron de nuevo al pasado remoto. *Blodwen es una mujer que no carece de atractivo*. También le había dicho aquellas palabras a Morgan, poco antes de que éste matara a su propio hermano, antes de que Morgan se convirtiera en rey de Rhufoniog. Esta vez Owain salió de la ensoñación más rápidamente. Aún le daba la espalda al Greco, por lo que su anfitrión podía no saber que había vuelto a perder el contacto con la realidad. ¿Lo hacía a propósito el viejo Toreador o no eran más que coincidencias? ¿Estaba su pasado tan enlazado que cada frase era un portal a recuerdos que era mejor olvidar?

–¿Qué hay de tu plan, Owain...?

Se volvió lentamente.

–Como dijiste –comentó como si el plan llevara diseñado semanas, y no segundos–, el Arzobispo Moneada querrá pruebas. No

actuará contra Carlos basándose en habladurías y rumores.

Mientras Owain se explicaba, el español se levantó de la silla rígido, casi dolorido, y se acercó a su asiento. Owain se preguntó cómo había podido vencer a Jackson sin haber hecho un solo ruido. Pero no había mucho tiempo para pensar en aquello, no con el Greco esperando impaciente.

–Las pruebas circunstanciales no serán nada para el arzobispo en un asunto tan grave como éste --siguió—. Aunque tuvieras el vial de la sangre contaminada que Grimsdale robó... --Hizo una pausa, de repente convencido de que había dicho mal el nombre de la carta, aunque el Greco no tuvo ninguna reacción negativa--, no sería prueba suficiente. Debes encontrar el laboratorio en el que los lacayos de Carlos desarrollan sus experimentos mágicos. Debes dar con él y poder mostrárselo a Mondada.

El español pensó solemne unos instantes y asintió lentamente.

–Tienes razón. ¡Tienes toda la razón! --Su repentino estallido de entusiasmo murió rápidamente—. Ya había pensado en ello pero, por supuesto, con el reciente "consejo" de "su santidad" --escupió el Greco como si el tratamiento fuera vinagre--, tengo las manos atadas. Además, tendría el mismo éxito entrando en el dominio de Carlos que Hitler paseándose por Jerusalén.

–Tienes sirvientes --le recordó Owain.

Aquello trajo una sonrisa genuina a los rasgos hundidos y cenicientos del vampiro.

–Por supuesto --sonrió con más intención de la que Owain desearía.

El Ventrue adivinaba hacia dónde conducía todo aquello, y comprendía por qué el Greco le había invitado a España. Sonrió con calma.

–Me encantaría poder ayudarte en este asunto --dijo sacando un reloj de bolsillo del chaleco y observando unas manecillas que no funcionaban desde hacía tres décadas--, pero me temo que tengo que marcharme. Tengo muchos asuntos que atender en Atlanta. --No había dado ni medio paso antes de que el Greco ignorara su evidente mentira.

–Owain --dijo señalando la silla que él acababa de dejar--, siéntate, por favor.

Owain se sintió atado por viejas lealtades, juramentos realizados cuando no había estado tan hastiado. Lo quisiera o no, pertenecía al Sabbat y el Greco era su *señor*, aquel que le había presentado en la



secta. No lo soportaba. Mientras se acercaba a la silla, su mente comenzó a llenarse de planes mediante los que podría liberarse de sus responsabilidades para con el Greco y el Sabbat. Comprendió que aquel asunto había que meditarlo con mayor cuidado, pues el español, que le había dejado más o menos en paz durante doscientos cincuenta años, reclamaba promesas legítimas. El Greco no olvidaba, por lo que Owain debía dar con un modo de cortar los lazos que los unían.

Mientras se sentaba, notó lo viejo y agotado que parecía su antiguo amigo. Las bolsas bajo los ojos eran grandes y oscuras, y el rostro enjuto parecía demasiado frágil.

–Se acerca el amanecer –dijo el español–, de modo que hablaré claramente. Encontrarás el laboratorio y cualquier otra prueba necesaria para convencer a Moneada de que Carlos es el responsable de la maldición que ha aniquilado a gran parte del Sabbat. Comenzarás esta misma noche. Miguel no tardará en venir y te dirá todo lo que debas saber. Tu relación conmigo, por supuesto, debe permanecer en secreto, y si fracasas negaré tener cualquier conocimiento de tu presencia en España y de tu misión.

Lo que Owain había sospechado.

–¿Y si me niego? –preguntó burlón.

Al Greco no le hizo mucha gracia.

–Entonces revelaré tus vínculos con el Sabbat a tus hermanos de la Camarilla y, desde entonces, durante todas las noches de tu vida, partidas de guerra y justicar por igual te perseguirán como traidor, y no encontrarás más paz que una estaca en el corazón y el beso del amanecer.

Owain se incorporó lentamente.

–Ya veo. –*Ahí están los lazos de amistad*, pensó. *Las amenazas son mucho más persuasivas*. Dejó la habitación sin decir más palabras y sin mirar atrás. No tenía duda alguna de que se libraría de aquel molesto Cainita. Las únicas preguntas eran cuándo y cómo.

## \_\_\_\_\_ 7 \_\_\_\_\_

El fuerte viento azotaba las calles de Kreuzburg, pero para Wilhelm no era más que una brisa veraniega. Vestía únicamente una chaqueta ligera sobre el jersey de cuello vuelto. Cogida de su brazo,

Henriette, con su camiseta ajustada, llamaba la atención de los viandantes mientras abandonaban el Museo de Berlín. Wilhelm no les reprochaba las miradas furtivas, pues su chiquilla era una criatura bella. Su perfección física, unida a la profunda espiritualidad de sus pálidos ojos azules, era lo que le había atraído al principio, y había terminado por disfrutar de la envidia que provocaba en los demás. Era casi una prueba tangible de su éxito, de la posición y del prestigio que había alcanzado.

Con las preocupaciones por la maldición de la sangre que asolaba la ciudad, últimamente no había tenido mucho tiempo para deleitarse en aquellas demostraciones.

En el museo le había enseñado a Henriette las maquetas a escala de Berlín, de su crecimiento a lo largo de los años, desde el modesto *stadt* del siglo XVI hasta el centro internacional del presente. Él recordaba la ciudad desde antes incluso, y le había indicado a su chiquilla algunos de los errores de las maquetas. Aquella visita también le había servido para recordar que era príncipe de una gran ciudad, y que vencería cualquier dificultad que surgiera. Como el espíritu del pueblo alemán, no era posible romperlo.

Aquellas noches había muchas cosas que ponían a prueba su fortaleza. Como si la maldición no bastara, Gustav estaba demostrando ser tan obstinado y agresivo como siempre. Acarició protector la piel inmaculada del antebrazo de Henriette. Las cicatrices de la tortura de Gustav no eran apreciables para el ojo desnudo, pero Wilhelm podía verlas al mirarla a la cara, al ver la duda y el temor en sus ojos. *¿Cómo pude arriesgarla de ese modo? ¿Por qué la envié como mensajera?*, se preguntaba. Pero ponerla en peligro podía haber salvado a la ciudad, si al menos Gustav, por una vez, hubiera demostrado ser razonable; sabía que volvería a tomar de nuevo la misma decisión, y Henriette también. Lo demostraba el dolor en su mirada.

Sin duda, algunos de los transeúntes que vieron al príncipe y a su chiquilla abandonar el museo se preguntarían cómo habían conseguido entrar a aquellas horas, pero Wilhelm sabía que el poder tenía sus recompensas. Probablemente algunos de esos mismos testigos, cautivados por la hermosura de Henriette y la sonrisa encantadora de Wilhelm, no notaran la presencia de Peter Kleist, varios pasos detrás de la pareja a la que tan admirablemente protegía. Sin llamar la atención, Kleist supervisaba contantemente los alrededores. Nadie en la vecindad del príncipe escapaba a su

percepción. En ocasiones se movía a un lado o a otro o se situaba al frente, protegiendo con su mera presencia y ahuyentado de forma subliminal a cualquier mortal molesto. Los Vástagos de Berlín sabían que no era recomendable intentar nada raro mientras él anduviera cerca.

Mientras Henriette y Wilhelm cruzaban la calle, la muchacha apretó cálida el antebrazo de su sire.

–Ha pasado tanto tiempo desde la última vez que tuvimos una velada agradable...

Wilhelm le palmeó delicadamente la mano. Había pasado mucho desde que habían podido hacer *nada* agradable, pero estar con su bella chiquilla casi lograba apartar de su mente sus omnipresentes responsabilidades. Había abierto la boca para responder cuando Kleist pasó como una exhalación a su lado. Al mismo tiempo, el príncipe notó la atención de los mortales en la calle, una manzana más abajo. Doblando la esquina apareció un hombre corriendo. No estaba haciendo deporte ni llegaba tarde a una cita. Era un turco con vestuario informal, pero inapropiado para aquella carrera. Mientras Wilhelm y Henriette observaban el hombre pasó junto a Kleist, que se había situado ante ellos.

–Está aterrorizado –dijo la chiquilla.

–Me pregunto por qué –pensó Wilhelm.

Lo mortales cercanos también observaban curiosos y confundidos, ya que el hombre seguía sin aliento su carrera, sin detenerse a hablar con nadie. Todos pensaban que si corría era porque alguien lo perseguía. ¿La policía, un marido celoso? Nadie lo sabía.

El príncipe estaba más intrigado que preocupado. En aquella ciudad era un depredador, no una presa.

–¡Mire! –Kleist fue el primero en advertir a parte de la turba que se reunía alrededor de la esquina por la que había aparecido el turco. Eran hombres jóvenes, de piel clara en su mayor parte, algunos con la cabeza afeitada, muchos con botas militares y todos gritando furiosos. Blandían porras o botellas de cerveza, y se extendieron para ocupar todo el ancho de la calle. El tráfico se detuvo y los alborotadores se dispersaron alrededor de los coches en su camino. Agarraban a cualquier conductor de piel mínimamente oscura y lo sacaban del vehículo, propinándole golpes y patadas.

La primera respuesta de Wilhelm fue de furia. Su instinto inicial fue lanzarse contra ellos para detener la violencia racista. Le

preocupaba menos la salud de las víctimas que el daño para la imagen de su ciudad. Aquellas algaradas solo servían para ensuciar la imagen de Berlín en todo el mundo.

Pero eran demasiados. Muchos portaban tatuajes y brazaletes con la esvástica. El príncipe vio cómo dos de ellos destruían un parabrisas. Cerca, el escaparate de una tienda estalló en mil pedazos. La turbamulta bajaba por la calle, al parecer devorando todo lo que se ponía en su camino, tanto automóviles como peatones. Los mortales cercanos a Wilhelm, hasta entonces paralizados por la sorpresa, comenzaron nerviosos a retroceder. Uno tras otro, se dieron la vuelta y huyeron a la carrera.

—¡Por aquí! —dijo Kleist cogiéndolos del brazo. Ya estaban demasiado lejos del museo, de modo que el guardaespaldas los llevó hacia una calle perpendicular. Una vez comenzaron a moverse, Wilhelm y Henriette no necesitaron más estímulo para abandonar la calle principal. Avanzaron veinte metros antes de detenerse y girarse.

—¡Malditos sean! —susurró el príncipe. No solía criticar abiertamente, no era su política. Incluso aquellos con los que no estaba de acuerdo tenían objetivos que descubrir y usar en su beneficio. Cada enemigo era un recurso potencial, pero aquellos disturbios, aquellos actos de violencia y destrucción sin sentido dañaban a la ciudad. Había elementos de la sociedad alemana que aborrecían a los inmigrantes a los que Wilhelm recibía con los brazos abiertos, ya que aportaban variedad de habilidades a Berlín. *¡Deja que los disidentes protesten, pero no que liberen su barbarismo! ¿Cómo hemos logrado los alemanes alcanzar la cima de la civilización occidental con ciudadanos tan estúpidos como esos?*

La cabeza del gentío pasó de largo la calle en la que Wilhelm, Henriette y Kleist habían buscado refugio. Llegaron más ruidos de cristales rotos. Los cánticos racistas de la banda tomaron un tono rítmico y febril. Turcos, judíos, paquistaníes, todos eran objetivos de aquel odio desatado.

Mientras observaba, Wilhelm se enfurecía cada vez más. Estaba convencido de que la mayoría de los alemanes apoyaba las políticas liberales de inmigración como él, pero aquella mayoría no se mostraba, no dejaba oír su voz con tanta fuerza y contundencia.

—¡Dios santo! —gritó Henriette.

Mientras la furia del príncipe se canalizaba hacia la teoría sociopolítica, parte de la turba se separó de repente del grueso y corrió por la calle en la que se encontraban. O habían perdido de vista

al turco o, lo más probable, la algarada había superado su objetivo original de prender a alguien en particular y aquellos querían extender lo más posible la destrucción. Con inusual velocidad, el primero de los matones cubrió la distancia que separaba a los vampiros del tumulto.

–¡Por aquí! –volvió a gritar Kleist mientras empujaba a Wilhelm y a Henriette hacia el extremo de la calle. Dieron la espalda a los edificios. Con sus poderes vampíricos para influir en las mentes no deberían haber tenido problemas para doblegar a los alborotadores, pero aunque los primeros pasaron de largo, al parecer ignorando su presencia, algunos de las siguientes filas se formaron rápidamente alrededor del príncipe, su chiquilla y el guardaespaldas.

–Esto no debería estar pasando –dijo Kleist.

–No si se tratara de una turba normal --asintió Wilhelm, pero al tiempo que hablaba sintió entre los atacantes a varios ghouls y al menos a un vampiro, probablemente un anarquista a juzgar por la debilidad de su aura. Pero el número podía igualar las tornas.

Tras un ligero titubeo, los atacantes saltaron. Kleist sacó una Luger de la chaqueta y comenzó a disparar. Wilhelm tampoco parecía dispuesto a tomar prisioneros, y aplastó el cráneo rapado del primero que se le acercó. Estaba algo distraído por la preocupación sobre su chiquilla, pero un rápido vistazo reveló que, de momento, la vampira se bastaba sola, esquivando a los atacantes que trataban de derribarla. Respondía con patadas y garras, partiendo miembros y sacando ojos. En modo alguno estaba indefensa.

El caos se adueñó de Kreuzburg. Los alborotadores estaban destruyendo coches y prendiendo edificios. Kleist vació rápidamente su cargador y fue engullido por una marea de mortales y ghouls que corrían hacia él. Wilhelm rechazaba los golpes como mejor podía, pero la presión del ataque limitaba sus movimientos y la eficacia de sus puñetazos. Una porra en la nuca, un impacto lo bastante fuerte para acabar con un mortal, le hizo sangrar. Alguien le golpeó las rodillas, y el príncipe no pudo evitar caer. Se encontró en el suelo mientras los atacantes se arrojaban sobre él, aplastándolo con su peso. Oyó y sintió cómo sus costillas cedían.

Aquello no era una revuelta casual. Ni siquiera el Reich Definitivo, el grupo de Brujah y Malkavian fascistas, podía reunir a tantos soldados. Sintió la presencia de otros vampiros en la multitud. Se acercaban. El olor de la muerte los atraía con fuerza. La algarada hedía a Gustav por todas partes, ya que usaba el odio y el miedo para manipular a los que le rodeaban.

No podía seguir luchando. Aun con su fuerza sobrenatural, sus movimientos se veían tan limitados por la horda que lo aplastaba que no podía presentar una defensa eficaz. No tenía idea de cómo le iría a Kleist y a Henriette.

Alguien le pateó la cabeza a un lado y vio cómo el círculo de atacantes se abría. Un hombre con uniforme Nazi se acercó a él y arrojó algo. Instantáneamente el mundo se convirtió en un estallido de fuego y dolor. *Un cóctel Molotov*. Las llamas engulleron la piel de Wilhelm y el aire se llenó de gritos agónicos y del olor a gasolina y a carne quemada.

\* \* \*

Kli Kodesh abrió sus ojos, inexpresivos y de un color negro y brillante. Parecía que el artista que había tallado sus rasgos de mármol hubiera, después de terminada su obra, dado dos brochazos de pintura sobre las cuencas pulidas.

Rápidamente tomó medida de aquella ciudad dividida contra sí misma. Su rasgo más característico era una cicatriz púrpura y reciente que parecía hendirla. Se diría que la metrópolis se había construido alrededor de una gran costra, maltratándola hasta que la herida volvió a abrirse.

Berlín.

No necesitaba un atlas para poner nombre a aquel lugar o a sus gentes. Entre los jóvenes hombres de negocios reconoció muchos de los rostros que había visto agitando antorchas en el Foro, en los últimos días de la República.

Se preguntó cómo aquellos que habían quemado los tesoros de Roma eran ahora los campeones de una comunidad económica que abarcaba casi toda Europa. Los pueblos, como las ciudades, pensó Kli Kodesh, eran continuos en el tiempo, pero en ocasiones se interrumpían a propósito.

Apartó tales conjeturas de su mente. Los recuerdos sobre la Ciudad de las Siete Colinas siempre le ponían de mal humor. Imágenes de César, acuñado en plata, a menudo turbaban su reposo.

Para alejar las dudas que le quedaban se puso manos a la obra. La violencia que se extendía bajo él era como el rostro de un espejo roto. Había pistas para aquellos con ojo para verlas, señales de un patrón de gran sutileza.

Con total precisión, Kli Kodesh trazó las familiares líneas del

patrón que ya había discernido desde una distancia de miles de kilómetros, en la Ciudad de los Ángeles. Como los augures de la ciudad maldita sobre el Tíber, no tenía problemas para leer aquellos presagios destilando el arco de un cuchillo, las salpicaduras de sangre y el derramamiento de las entrañas.

No era posible sumergirse tanto tiempo en la violencia y la traición sin lograr un conocimiento íntimo de los rituales que adornaban tales crímenes. Sí, las profecías eran ciertas. No había duda de que se acercaba un gran juicio.

Parpadeó y volvió a mirar. El patrón había cambiado ligeramente. En algún lugar en el corazón de aquella confusa tormenta alguien estaba manipulando las delicadas hebras de la verdad emergente.

Concentró su corazón en el disturbio. La anomalía se extendía en círculos lánguidos, originándose desde algún lugar situado muy profundamente, bajo las calles de la ciudad. Sin embargo, Kli Kodesh no lograba reconocer el poder que se ocultaba tras el caos. Era alienígena, ajeno a su raza.

El arte de tejer las antiguas profecías se había perdido mucho antes de que Kli Kodesh despertara por primera vez a aquella pesadilla. Solo podía observar maravillado cómo una oscura hebra del patrón se doblaba una y otra vez sobre sí misma, reuniendo poder, tensando el muelle.

De repente, en silencio, surgió disparada hacia la noche como una estrella fugaz invertida. Kli Kodesh dudó de que hubiera sido capaz de capturarla de no haber estado observándola directamente.

Sin embargo, su mente estaba preparada por los siglos de espera para ese trabajo. Antes de que la nueva estrella hubiera alcanzado su cénit y ardiera en la masa de la Vía Láctea, ya había calculado el ángulo exacto de su descenso.

Sin pensárselo dos veces, dio la espalda a la carnicería que aún se desataba sobre las calles de Berlín. Con un giro de su voluntad, atrapó la cola del cometa que se desvanecía y cabalgó sobre él hacia el oeste, hacia Iberia y hacia el hombre que aguardaba en el extremo del hilo de una siniestra profecía.

\* \* \*

Pasear por las estrechas y retorcidas calles de Toledo trajo a Owain incontables recuerdos de años pasados. No tanto en las primeras horas de la noche, cuando los turistas vagaban por la ciudad,

sino más tarde, cuando las tiendas y restaurantes ya habían cerrado, le costó determinar si Toledo pertenecía al siglo XX o al XIV. La arquitectura morisca aún le llamaba la atención. Las salpicaduras góticas, renacentistas, barrocas y los edificios modernos le resultaban anómalos, el trabajo centenario de gentes que habían ocupado Toledo, pero que nunca habían capturado realmente su corazón. La austeridad árabe, los arcos circulares, las fachadas relativamente lisas, todo aquello era para el Ventrue la verdadera medida de la ciudad, la sensación de pensamientos ocultos, de maquinaciones tras muros anónimos, de trampas tendidas para el descuido. Si ignoraba la presencia de los automóviles y otros molestos recordatorios modernos, podía imaginar que se encontraba en 1380 o en 1830, pero ni siquiera esos habían sido años dorados. Maquinación, política, muerte. Desde el día de su nacimiento no le habían abandonado. No podía recordar una sola época en diez siglos y dos continentes en la que el dolor y el sufrimiento no le siguieran como sombras.

La mayoría de los Cainitas a los que había conocido habían sucumbido a lo largo de los años. Todos salvo el Greco y Miguel. No le sorprendía que el último siguiera vivo. *Una cucaracha entre hombres.*

La noche anterior, o más bien casi por la mañana, Miguel había llegado y había cambiado unas palabras con el Greco después de que Owain le dejara. Después el lacayo le había informado de que ni siquiera tendría que acercarse a Madrid para encontrar a Carlos. El enemigo del Greco estaba mucho más cerca.

—¿Qué hace en Toledo? —había preguntado Owain incrédulo al oír las noticias. Miguel no le dio más información.

—Mañana por la noche te marcharás de aquí —le informó— y no regresarás. Si debes comunicarte con nosotros, hay una pequeña tienda de cerámica frente a la iglesia de San Nicolás. Pregunta por mí, Te darán instrucciones.

—¿Y si quiero hablar con el Greco...?

—Hablarás conmigo, y *solo si es imprescindible*. No volverás a comunicarte con él hasta que este asunto haya terminado —dijo Miguel secamente—. Ya hemos asumido muchos riesgos al mantenerte aquí. —Le entregó un pequeño sobre sellado—. Ésta es la dirección y la llave de una pequeña casa en la que podrás quedarte.

El amanecer se acercaba rápidamente, por lo que la conversación terminó allí. *Además, había pensado Owain, la eternidad es demasiado breve para perderla discutiendo con Miguel.* Había conseguido permiso para que Kendall Jackson, de momento, se



quedara con el Greco.

–Hasta que encuentre a Carlos no será más que un estorbo. Después es posible que la necesite. –Miguel, acuciado por la necesidad de regresar a su refugio, había accedido a regañadientes.

Owain dio breves instrucciones a su ghoul.

–Mantén los ojos y los oídos bien abiertos. Cada noche, a medianoche, espérame en la Puerta del Sol. Ve y márchate siguiendo rutas diferentes, y asegúrate de que no te sigue nadie. No te quedes más de quince minutos. Si te necesito acudiré allí.

Aquella noche, sin más preparativos para su búsqueda mortal, Owain había abandonado la casa gris que, extrañamente, era y no era del Greco al mismo tiempo. *Lo conozco, o al menos lo conocía. No puede estar contento en ese refugio. Carece de todas las comodidades, de los toques estéticos que le eran tan importantes.* Después de todo, no había pasado ni un siglo desde la última vez que lo vio. ¿Podía un Cainita cambiar de forma tan drástica en tan poco tiempo?

Su camino lo llevó hacia el este, pasando por la catedral, y hacia el sur, hasta el Río Tajo. La corriente rodeaba completamente a la ciudad, salvo por el norte. Las riberas, normalmente empinadas y rocosas, habían sido una defensa natural que no había impedido que, a lo largo de los siglos, Toledo cambiara muchas veces de manos: romanos, visigodos, árabes, cristianos. Las luchas por su control no se limitaban en absoluto al mundo mortal. Los clanes de los no-muertos también habían tenido una historia larga y sangrienta. Los jóvenes Brujah españoles habían combatido tanto a sus propios antiguos como a la restrictiva jerarquía Ventrue. Los diabólicos Tzimisce, así como los Lasombra y los temidos Assamitas, se habían unido a los Brujah. La Revuelta Anarquista, como había dado en llamarse aquel conflicto, había fracasado, pero de sus cenizas surgió el Sabbat, que llevó hasta hoy en día la batalla contra la tiranía de la Camarilla.

Qué irónico, pensó, que fuera el Sabbat, con su doctrina de libertad, el que le estuviera sometiendo. Igual que con el breve experimento que había sido la Rusia soviética, había teoría y práctica. Los ideales utópicos de la teoría comunista no eran más inmunes a los abusos de la corrupción y la megalomanía que otras estructuras sociales. De un modo similar, el Sabbat había terminado pareciéndose a su némesis, la Camarilla, en sus peores aspectos. Dirigentes con ínfulas de grandeza pretendían actuar en bien de la secta, cuando en realidad lo único que hacían era mantener su control sobre el poder.

Los subordinados peleaban y traicionaban para escalar a posiciones de prestigio, solo para caer víctimas de las frecuentes purgas orquestadas por los antiguos. El caos y la violencia habían vencido a la libertad.

Nada de todo aquello era nuevo para Owain. Había visto aquel ciclo de decadencia a través del prisma de una longevidad que pocos Cainitas podían igualar. Había sido parte de la charada. Siglos antes de la Revuelta Anarquista, antes de que el Sabbat sumara su sed de sangre a la noche y la Camarilla su Mascarada, había perpetrado las peores crueldades supuestamente en nombre de la libertad. Pero había aprendido que las sendas de la libertad y el poder seguían rutas similares, y hasta que divergían el viajero no sabía dónde se encontraba. Puede que ni siquiera entonces.

Owain recorrió rápidamente el curso del río hacia el noroeste. ¿Protegía el Tajo a Toledo, pensó, o lo constreñía, impidiendo la expansión y el crecimiento? No sabía cómo responder. No tardó en llegar a la Puerta del Cambrón, alterada numerosas veces desde la noche en la que, sentado sobre ella, vio cómo los judíos eran expulsados de la ciudad. Dos nuevas torres se habían añadido a la fachada. Aquel lugar había sido conocido como Puerta de los Judíos, pero desde la expulsión no tenía mucho sentido.

Con elegancia y facilidad, escaló el muro de la torre y encontró un lugar cómodo desde el que contemplar la ciudad de su pasado. Le costaba creer que entre los Estados Unidos, España, Francia y su nativo Gales hubiera pasado la mayor parte del tiempo allí, aun descontando los dos siglos y medios de letargo. A pesar de todo se sentía extranjero. A pesar de la familiaridad y de la nostalgia, nunca había sentido a España como su hogar. La gente, el idioma, la tierra... No eran fáciles de dominar, pero lo mismo sucedía con su amado Gales.

Se negó a seguir pensando en aquello. No era tan fácil sumirlo en el romanticismo de lo pasado. ¿Cuántos años en Atlanta los había pasado enterrado en los recuerdos? El mismo canto de la sirena que había despertado su capacidad para rememorar el pasado, en vez de simplemente añorarlo, le había permitido de nuevo experimentar totalmente el presente. Aquel era el don de la vida de un vampiro. Estancarse en el pasado era pudrirse y morir, era idéntico a sucumbir a la maldición de la sangre.

La realidad del presente, sin embargo, también era sombría. El Greco tenía todas las cartas, o eso parecía. Si Owain se negaba a

acceder a su petición, a su *orden*, lo delataría. Sería considerado un traidor tanto en la Camarilla como en el Sabbat, y sería cazado hasta el fin de sus noches. Nunca más volvería a disfrutar de un momento de paz, y su no-vida consistiría en huir de un refugio temporal a otro, preguntándose siempre cuánto tiempo le duraría la suerte. Aunque su aspecto era el de un mortal de poco más de veinte años, era demasiado viejo para ese tipo de vida. Prefería encontrar la muerte definitiva, algo que podía no andar muy lejos, dada la naturaleza de su misión.

Decidió que, si quedaba algún rastro de su amistad con el Greco, éste no le hubiera forzado a tomar aquel curso de acción. Juntos podían haber elaborado un plan más razonable, pero el español sabía perfectamente lo que quería antes de que él llegara. *Podía haber admitido que no había escrito la carta*, pensó. *¿Me hubiera creído?* Hubiera parecido muy conveniente, como si Owain se limitara a intentar eludir el servicio que había jurado proporcionar hacía tantos años. Además, a pesar de lo que hubiera conseguido admitiendo que no había escrito aquello, tenía la ventaja de saber algo que el Greco desconocía. Era consciente de que alguien había falsificado perfectamente no solo su letra, sino también el tono y la elección de cada una de sus palabras. Leyendo la misiva, incluso él hubiera jurado que era suya. ¿Quién podía conocerle tan bien?

De modo que había seguido el juego y allí estaba, encargado de infiltrarse en la facción de Carlos, de encontrar el laboratorio secreto en el que supuestamente se había elaborado la maldición y de lograr pruebas que permitieran una venganza que, para empezar, había sido prohibida expresamente por el Arzobispo Moneada. Lanzó un suspiro y observó cómo el agua fluía serena bajo el puente de San Martín, al sur. Se preguntó si alguna vez había existido un Cainita que hubiera alcanzado la serenidad. Quizá aquella fuera la peor maldición del vampirismo. Aunque la vida de los mortales también estaba consumida por el temor, al menos ellos disfrutaban de la liberación de la muerte. Para Owain y los suyos no había liberación en la destrucción, solo más miedo, más ansiedad.

Ya fuera el miedo o el odio, o ambos, lo que motivaba al Greco, no había duda de que intentaba deshacerse de su enemigo. Owain comprendía ese deseo, pero no le gustaba nada el modo en que había logrado su ayuda. Al menos el español podía haber intentado que Owain ofreciera su ayuda por propia iniciativa. Por lo que había podido leer, la carta no era una oferta para solucionar el problema, sino más

bien la exposición de una información. No, como en cualquier interacción entre Cainitas, bajo el tema evidente, la destrucción de Carlos, se ocultaba el subtexto del control, y Owain ya había decidido que no iba a tolerar que lo controlaran. Si conseguía completar su misión, si se comunicaba con Carlos y vivía para contar el encuentro, debía ser de un modo que asegurara que el Greco nunca volviera a tener poder sobre él. Sospechaba que no sería fácil que el español, por su buen corazón, le liberara de sus obligaciones. Aquello solo dejaba el engaño, la violencia o ambos para eliminar la venganza de su antiguo amigo.

Creía poder destruir a Miguel, algo que haría con gran placer. También era posible acabar con el Greco, pero eso no sería tan fácil. Y aunque la traición tuviera éxito, ¿cuántos sirvientes o aliados del Toreador serían conscientes de lo que había hecho? El conductor del Mercedes, los ghouls María y Fernando... ¿Había otros? En tal caso, ¿se alegrarían de la caída de su señor o buscarían venganza, extendiendo la noticia de los actos de Owain? No había forma de saberlo, y el Ventrue no era de los que hacían ese tipo de cosas a medias.

Decidió que aguardaría. Encontraría a Carlos. Sabía que la oportunidad se le presentaría tarde o temprano. Permanecería vigilante y se libraría del Greco.

Sin embargo, para encontrar al obispo tenía que actuar, no quedarse sentado sobre una puerta hacia la historia y los recuerdos del pasado. Bajó al suelo y se dirigió hacia el corazón de la ciudad antigua. Antes no había visto Cainitas, pero tampoco había prestado demasiada atención. Se había hecho pasar por un turista, caminando por las calles y empapándose del ambiente, pero sin fijarse en los detalles.

Ya era tarde y en las calles había muy pocos mortales. Volvió a escalar, subiendo a los tejados de los bajos edificios. Paseando por la calle era más probable ser observado que observador. Regresó de ese modo a la catedral, pasando de un edificio a otro con saltos poderosos y silenciosos. Ningún mortal, ni en la calle ni en las casas, notó su presencia. El viento del norte se llevaba el sonido de sus pasos, y la misma oscuridad amortiguaba las pisadas. Incluso para los Vástagos, Owain era un experto desplazándose en secreto; un extraño don en un Ventrue, pero que le había sido de gran ayuda.

Así, después de unas dos horas de búsqueda sintió una inconfundible sensación, la conciencia innata que alertaba a los

Cainitas de la presencia cercana de otro de su especie. No se sorprendió cuando llegó al extremo de una tienda sobre un callejón estrecho y miró hacia abajo, con cuidado de no presentar una silueta clara contra el cielo.

Al principio solo vio sombras. La posición de la luna no permitía que su reflejo penetrara en el callejón. La oscuridad, sin embargo, no era rival para los ojos vampíricos de Owain. Allí vio a aquel al que había sentido. El Cainita estaba agachado sobre un cuerpo inmóvil (no había duda de que se alimentaba de él), y no daba señal alguna de haberle oído. La intensidad de las sombras en el callejón sugería que el vampiro no deseaba ser visto. Solo sus sentidos agudizados le habían permitido atravesar aquellas tinieblas sobrenaturales.

—Saludos, amigo —dijo Owain desde el tejado, confiando en su habilidad para ocultar su paradero exacto.

El vampiro en la calle se giró rápidamente, goteando sangre de sus colmillos. Miró alrededor y después arriba, pero sus ojos, brillando rojos mientras escudriñaba la noche, pasaron sobre Owain sin detenerse. El Cainita español aparentaba unos veinte o treinta años, y su cabello en retirada había detenido eternamente su caída en la mitad de la cabeza. El muchacho del que se alimentaba era más joven, quizá de quince años, y sin duda había pagado el precio por violar el toque de queda vampírico.

—*¡Ven aquí!* —dijo el vampiro.

Owain reconoció el tono de voz y sintió el poder de las palabras, pero para alguien de su edad las órdenes de un joven impulsivo eran ridículas.

—No lo creo.

El Cainita en la callejuela siguió escudriñando los alrededores. No había duda de que no tenía ni idea de dónde se encontraba Owain. Todavía no.

—¿Dónde estás? —exigió el joven, sin recibir respuesta—. ¿Quién eres?

—Guárdate tus preguntas y responde a las mías —le provocó el Ventrue, enmascarando todavía su presencia para que su voz no le delatara—. Estoy buscando a Carlos. ¿Lo conoces?

El vampiro sonrió. Pasó por encima del chico inconsciente, más interesado ahora en la extraña voz incorpórea.

—¿Qué si lo conozco? —rió. Ahora hablaba hacia arriba. Iba acercándose—. Ésta es su ciudad. Le sirvo.

*¿La ciudad de Carlos?* Owain se sorprendió ante aquello. *¿Y qué*

*hay del Greco?* Toledo había sido desde hacía mucho tiempo el reino del Toreador.

–No eres de aquí --acusó Owain.

El vampiro parpadeó, confundido por la respuesta. Ahora observaba atentamente un punto no muy lejos de Owain.

–Carlos no tolera intrusos en su ciudad. ¿Quién eres?

–Dile a Carlos que Morgan ha llegado, y que le ofrece un trato.

–¿Me puedes repetir el nombre, amigo?

–Lo has oído --volvió a provocar Owain--. Obedecerás.

El vampiro se lanzó hacia arriba, golpeando con garras como cuchillas cuando aterrizó en el tejado, pero para entonces Owain ya estaba tres edificios más allá. En silencio, el Ventrue descendió a la calle y se perdió en la noche.

*Carlos. Ésta es su ciudad*, había dicho. Las palabras resonaban en su mente. ¿Cómo era posible? El Greco no le había dicho nada de aquello. *Ésta es su ciudad*.

\* \* \*

Nicholas apenas notó cómo la ciudad se iba haciendo visible. Se mezclaba con las colinas bajas, secas por el invierno; muchos de los edificios de piedra compartían el color del suelo rocoso en las dos riberas del río que abrazaba Toledo. Nunca antes había visto aquella ciudad. Estaba familiarizado con gran parte de Alemania, Francia y su Rusia natal, pero apenas había recorrido España. Su desconocimiento de la región solo era uno de los motivos por los que había llegado a Toledo antes de lo esperado.

La distracción no era algo que le sucediera normalmente a un Gangrel. Eran un clan de cazadores acostumbrados a la naturaleza, conocidos por su percepción del entorno, por detectar cada hierba extraña, cada mínima depresión del terreno bajo sus pies. Pero la mente de Nicholas estaba concentrada en pensamientos de venganza; no, era algo más que venganza, era una pura furia animal. Una rabia mucho más salvaje de lo que Plumanegra podía comprender ardía en su pecho. El Gangrel cherokee le había hablado de controlar la furia interior, de aprender las lecciones que tenía que enseñarle, pero no era posible domar lo que el ruso sentía. Intentarlo siquiera era negar su propia naturaleza, vivir como un mentiroso dentro de los confines de la sociedad mortal. Podía hacerlo cuando no tenía más opción, pero cada vez le resultaba más difícil.

El viaje en barco a través del Atlántico había sido menos arduo de lo que recordaba. Había cruzado el océano varias veces durante su existencia, pero la última vez lo había hecho por el aire. Aunque se sentía vagamente incómodo con la idea de volar en un artefacto creado por el hombre, le había seducido la velocidad del transporte. Sin embargo, aquella travesía sobre la superficie de las aguas no le había resultado molesta. Durante el día descansaba en lo más profundo de la bodega, y de noche salía a la cubierta mecida por las olas para contemplar las estrellas, cuya visión le traía recuerdos de noches muy lejanas en las que las había visto a bordo de otras naves. Podía recordar el golpe rítmico de los remos y el constante tambor, mientras los silenciosos vikingos propulsaban el barco hacia delante. Después habían viajado hacia el oeste, no hacia el este, y la ruta había terminado muy al norte. Podía notar fácilmente la posición cambiada de las constelaciones familiares. *Ragnar*. Nicholas era un Gangrel, errante del mundo, narrador de historias. Conocía bien los relatos de su antepasado, pero aquellos eran algo más que cuentos que recordara. Veía las mismas estrellas que vio Ragnar, sintió del mismo modo cómo el océano mecía la nave. Era feliz viajando, moviéndose. Durante una breves noches encontró la serenidad de su antepasado. La soledad de las llanuras abiertas fue reemplazada por la inabarcable calma del océano, por el cielo púrpura y negro que se extendía infinito de horizonte a horizonte.

Casi fue capaz de olvidar lo que le motivaba, aunque también la sangre de Ragnar clamaba venganza. Mientras el barco llegaba a la bahía de Lisboa, el mundo moderno volvió a caer sobre él. Muelles y otros barcos comenzaron a constreñirle, y los olores y sonidos de la humanidad le robaron la paz del océano nocturno. Las luces de la ciudad en el horizonte lo engulleron rápidamente, volviendo a encender su resentimiento, su odio, su furia.

Bajó del barco sin dirigir una sola palabra al capitán, amigo de Plumanegra, no por ingratitud, sino porque la rabia volvía a adueñarse de él y no podía contenerla. Rodeado de nuevo por aquel hedor de humanidad, Nicholas cazó y se alimentó feroz, salvaje. Dejó a un hombre en la cuneta, quizá vivo, quizá no. Ya no podía preocuparse por el respeto de la Mascarada, una concesión a los mortales que habían asolado la naturaleza. Partió rápidamente hacia el este, y aquella misma noche se encontró muy lejos de Lisboa.

Plumanegra le había dicho que Evans había aterrizado en Madrid, pero podía sentir que su destino había cambiado. No era a la capital

de España, sino a Toledo a donde la sangre lo llevaba. La calma del viaje oceánico se fue haciendo cada vez más lejana mientras cruzaba el árido interior de la Península Ibérica. Era una tierra de pobreza humana, de pequeños pueblos enclaustrados entre tierras baldías y arbustos tenaces. Una decidida robustez impregnaba todo lo que sobrevivía allí, y la naturaleza salvaje encendía la rabia que crecía dentro de Nicholas. *Owain. Destructor de los Gangrel. Reclamar su sangre.* Aquel se convirtió en su mudo mantra. El sentimiento, si no las palabras, medía cada uno de sus pasos. Podía sentir las garras destrozando la carne, saboreando el calor de la vitae reclamada. En ello pensaba cuando coronó un despeñadero y estuvo a punto de pasar de largo, a lo lejos, la silueta de Toledo.

Aún podía sentir la energía del ritual que había realizado con Plumanegra. No era posible silenciar el poder de la sangre que guiaba al Gangrel a través de los kilómetros. En algún lugar en aquella ciudad se encontraba el violador de su clan. Nicholas estaba muy cerca.

## \_\_\_\_\_ 8 \_\_\_\_\_

Nunca antes Eleanor había puesto el pie en el despacho privado de Hannah, y la esposa del príncipe no podía sino sospechar que aquel desorden era resultado de la crisis que atenazaba al mundo vampírico. Para muchos el caos podía no haber sido evidente (notas y papeles por la mesa, libros abiertos uno encima de otro en todos los rincones de la estancia, frascos dispersos llenos de un residuo sanguíneo oscuro), pero Eleanor estaba totalmente familiarizada con el estado prístino en el que Hannah solía tener la capilla. Si había algo más asombroso que el desorden del despacho era que a ella se le permitiera verlo. Uno de los neonatos la había llevado allí para esperar a Hannah.

Tras algunos minutos, la Tremere entró rápidamente en el cuarto cargada de viejos tomos encuadernados en cuero, que casi tiró al suelo al ver a su visitante.

–¿Eleanor? –Recuperó rápidamente la compostura—. Qué sorpresa más agradable. –La Ventrue sospechaba que era más sorpresa que *agradable*—. ¿Te ha hecho pasar Kathleen?

–Sí, es un encanto. –Eleanor sabía lo embarazoso que era ser sorprendido de aquel modo. El que se le hubiera permitido ver aquel



lugar privado no había sido intencionado. Sin duda, se suponía que Kathleen debía conducir a los invitados a una de las salas más cómodas y ordenadas. Estaba segura de que Hannah no permitiría que aquel desliz quedara sin castigo—. He recibido un mensaje que dice que has completado los experimentos.

La Tremere depositó los libros que llevaba en una de las pilas más bajas que pudo encontrar.

—Ya veo —dijo—. No esperaba que aparecieras tan pronto.

—Es un asunto importante —explicó Eleanor con suavidad.

—Ya veo —repitió la Tremere. Abrió un armario tras su escritorio y sacó un almohadón cubierto con un paño de seda blanca. Lo depositó en la mesa frente a Eleanor y retiró la tela. Sobre el terciopelo rojo del almohadón se encontraba el acero y el oro resplandecientes de la daga que Pierre había encontrado mientras seguía al Gangrel. Con el Toreador retirado del trabajo y el Gangrel ilocalizable para interrogarlo, Eleanor había llevado el arma a la capilla Tremere. Si alguien podía ayudarla, sin duda era la regente de Atlanta. Además, aunque la tarea fuera excesiva para Hannah, al menos hubiera tenido un motivo para reunirse con su amiga.

—¿Ha habido suerte? —preguntó con inocencia.

El cansancio de la Tremere era evidente, pues tenía demasiado trabajo y no disponía de la ayuda necesaria. Antes de la maldición se había visto a varios neonatos alrededor de la gran capilla en la Avenida Ponce de León. Ahora, Eleanor solo había visto brevemente a Kathleen, y todo parecía en silencio. No había duda de que Hannah pasaba casi todo su tiempo estudiando la terrible maldición. Intentaba satisfacer a Benison, su príncipe, así como a sus superiores en el clan alrededor del mundo, que también trataban de descubrir el secreto de aquel mal. Por si eso fuera poco, Eleanor le había pedido un favor personal. *Examina la daga. Dime lo que puedas sobre ella.*

No había dado más detalles. Sabía que a Hannah le hubiera ayudado disponer de algo más de información, pero la posibilidad de que el puñal resultara ser importante era minúscula. Que Pierre hubiera seguido a un extraño Gangrel hasta la iglesia quemada y hubiera encontrado la hoja no significaba que fuera útil. El que estuviera relacionada con Owain era una mero sueño, como tantos otros que había visto convertidos en nada. Siempre existía la posibilidad de que Pierre, intentando conservar un retazo de dignidad, no hubiera explicado cómo se había hecho con el arma. Con tantas posibilidades de error Eleanor no iba a revelar su deseo de

desacreditar a Owain o, lo que era más importante, la verdadera razón de su búsqueda de justicia.

Hannah dejó la daga descansando sobre el almohadón entre ellas durante un tiempo antes de empezar. Se frotó los ojos con la mano izquierda y se masajeó el puente de la nariz.

–Lo que he hecho –explicó al fin– es trazar las auras con las que la daga ha estado asociada. Normalmente hubiera sido capaz de adivinar información general sobre cualquier propietario del objeto. –Alzó la mirada para asegurarse de que Eleanor lo había comprendido todo hasta ahora–. Cuanto más fuerte es la conexión con el objeto, o más intensa es la experiencia emocional, más clara es la imagen que soy capaz de lograr del poseedor.

Eleanor asintió. Tenía esperanzas, pero al mismo tiempo se preparaba para la decepción.

–El paso del tiempo –siguió Hannah– debilita los lazos con los objetos y oscurece las auras asociadas. Por tanto, salvo en las situaciones más recientes y emocionalmente intensas, el proceso suele ser estéril.

Eleanor seguía asintiendo educada, pero su paciencia se estaba agotando. No necesitaba un discurso sobre las prácticas místicas de los Tremere.

–Comprendo.

Hannah se detuvo y observó la daga durante largo rato. Al final, la cogió del almohadón y sostuvo la hoja y la empuñadura entre sus dedos.

–En mis investigaciones he encontrado varias auras conectadas con la daga. –Eleanor se acercó al borde del asiento–. La primera, aunque era la más reciente, era muy débil. Sentí miedo, poco más. Se trata sin duda de un Cainita; yo diría que un Toreador, pero es más que incierto.

Eleanor asintió satisfecha. *Fierre, sin duda.*

–Antes que esa hay un aura más fuerte –siguió la Tremere–. No necesariamente muy asociada con la hoja, pero totalmente salvaje, depredadora.

Eleanor sabía que la descripción concordaba con miles de Vástagos, pero encajaba con la historia del Gangrel que Pierre le había contado. De momento Hannah parecía estar atinada con sus trapicheos mágicos, pero no le había dicho nada que no supiera ya.

La Tremere hizo una nueva pausa y prosiguió a regañadientes.

–Antes de seguir, Eleanor, tengo que pedirte que recuerdes que,

aunque descubra información que pueda desagradarte a ti o al príncipe, no estoy asociada con ella salvo como mensajera. No deseo que se me haga responsable de cualquier conocimiento desgraciado que mis investigaciones pueda sacar a la luz.

–Sí, sí –replicó Eleanor alejando las preocupaciones de Hannah–. Es totalmente comprensible. En ocasiones el príncipe puede ser muy... brusco en sus juicios, pero al hacerme este favor te has ganado mi apoyo, y no permitiré que crítica alguna recaiga sobre ti. –Hannah parecía más tranquila, pero aún dudaba–. Tienes mi palabra –siguió Eleanor. Sabía que, para Hannah, seguir protestando sería cuestionar la palabra de una antigua arconte del clan Ventrue y esposa del príncipe.

La Tremere, sin más opciones, siguió.

–La tercera aura que he observado es la más intensa que he visto jamás.

Eleanor absorbió cada palabra, cada detalle e implicación de la descripción de Hannah. Dejó que la dirigente de la capilla Tremere terminara su glosa sin interrupciones, y luego le pidió que la repitiera. Solo entonces, tras oír la información dos veces, comenzó a hacer preguntas. Pidió que le ampliara un punto detrás de otro, tanto en lo que Hannah sabía como en la precisión de sus aseveraciones. Las dos mujeres hablaron durante casi toda la noche, y por primera vez desde que Eleanor dejara de sentir el roce amable de Benjamín su corazón se calentó. Volverían a estar juntos. Lo conseguiría.

Y Owain Evans tendría su merecido.

\* \* \*

Owain esperaba quieto en las sombras cercanas a la Iglesia de San Nicolás. Quizá estuviera demasiado cerca de la zona de la ciudad en la que vivía el Greco, pero su presa le había guiado hasta allí, y considerando el trato que había recibido no se sentía con ganas de esforzarse demasiado por proteger a su antiguo amigo. De no haber sido por la misteriosa mención del nombre de Angharad era posible que nunca hubiera aceptado aquella misión, con traición o sin ella. Pero el nombre había vuelto a aparecer. No había modo de que una mujer mortal, muerta hacía más de ochocientos años, estuviera relacionada con el caos que azotaba al mundo Cainita. Owain no dejaba de repetírselo, pero sentía que allí había algo más que coincidencias.

Desde su escondite podía ver la tienda de cerámica que Miguel había mencionado como punto de contacto si necesitaba ayuda. Bufó. *¿Cree de verdad Miguel que voy a seguir jugando a sus jueguecitos?*

En realidad no era su presa la que le había guiado hasta allí. Era más preciso decir que Owain estaba aguardando. Durante muchos años había rehuido el contacto con otros Cainitas, especialmente con los inferiores, los de Abrazo más reciente y cuya sangre vampírica estaba diluida por la distancia con el Padre Oscuro. A lo largo de las últimas noches le había sorprendido lo fácilmente que había evadido a los cachorros. Tres noches seguidas, como la primera, había tenido contactos con los vampiros de la ciudad. Siempre se ocultaba de ellos, y siempre los encontraba orgullosos y bravucones. Eran Sabbat. Eran seguidores de Carlos. No se había cruzado con ninguno que jurara lealtad al Greco. Aquellos jóvenes insensatos no hablaban con la precaución de los intrusos que invadieran el territorio rival, sino con la actitud de los vencedores. *Carlos. Ésta es su ciudad.* Había oído variaciones del mismo tema de cada neonato que encontraba, y siempre se trataba de algo más que una bravata: no era más que un hecho.

No se había encontrado con ningún hombre del Greco. *Al viejo Toreador no se le hubiera olvidado mencionar algo como que ha perdido el control de la ciudad.* ¿Cómo podía no haberle comentado algo así si quería que completara con bien su misión? Sí, sabía que el Greco era arrogante, pero también un estratega aceptable. Debía haber alguna explicación, aunque no se le ocurría ninguna. Había recorrido diferentes zonas de la ciudad por si cada barrio apoyaba a señores distintos, pero solo había encontrado influencia de Carlos, no del Greco.

El sonido de pasos atrajo su atención, unos pasos que un mortal nunca hubiera podido escuchar. Sin embargo, en muchos aspectos Owain era tan superior a los soldados del Sabbat como un vampiro comparado con un humano.

*–Buenas noches, señor Brillitos.* –Así era como Owain había terminado llamando a aquel vampiro medio calvo que encontrara hacía cuatro noches.

Brillitos se detuvo en seco y dejó escapar un siseo mientras escudriñaba los alrededores. Aquella noche vestía por completo de negro: camisa, corbata, chaqueta, pantalones. Incapaz de localizar a Owain, estiró el cuello y echó los hombros hacia atrás.

*–Así que aún sigue aquí, señor Morgan.* –El veneno de su voz

traicionaba su intento de poner una sonrisa amable—. Lo he oído. Debe saber que hasta las calles tienen oídos en Toledo.

—¿Y Carlos?

Brillitos se tensó ligeramente e inclinó la cabeza. Owain sabía que de nuevo intentaba localizar la voz en la oscuridad.

—Tiene oídos, señor. Y también garras y colmillos.

El Ventrue no respondió, ya que no tenía intención de revelar prematuramente su paradero. Cada palabra que decía acercaba un poco más al lacayo del Sabbat a su escondite. Lo único que le ocultaba eran las sombras de la noche y la desorientación que proyectaba en la mente del joven vampiro.

—¡Sal aquí! —gritó Brillitos, aunque su tono se suavizó de inmediato—. Salga para que podamos hablar. Frente a frente. —Era un reto sin poder alguno. Owain recordó cómo la orden sobrenatural, que hubiera sido ley para un mortal, ya había sido ineficaz—. O puede que sea usted un Nosferatu y me esté haciendo un favor ocultando su rostro.

Extrañamente, Owain encontró el puro desafío de aquel Cainita en la calle más atrayente que cualquier poder vampírico. La total seguridad de Brillitos en que podría encargarse de él, su confianza absoluta, le provocó. Durante las últimas noches Owain había acosado a sus inferiores desde las sombras, y aunque era una criatura acostumbrada a años de tedio y a planes que tardaban décadas en dar fruto, se descubrió impaciente, una virtud pasajera al tratar con aquella ralea. Impulsivamente dio un paso al frente, después otro. Ni siquiera aquel movimiento deshizo por completo su poder. Hasta que no estuvo a pocos metros de Brillitos el Sabbat no comenzó a darse cuenta de su repentina aparición.

—Para que podamos hablar. Frente a frente.

La sorpresa de Brillitos desapareció rápidamente. Sonrió de nuevo.

—Mucho mejor. Ahora podremos hablar como Dios manda. —Sin previo aviso, atacó con las garras que surgieron inmediatamente de sus dedos.

Owain detuvo el golpe a centímetros de su rostro. No liberó la muñeca de Brillitos, sino que sostuvo en alto la mano llena de garras.

—¿Así es como querías hablar? —Su enemigo trató de zafarse, pero no se lo permitió. Sentía su fuerza, pero no era nada que no pudiera manejar. Mirando con desprecio a su atacante, se aseguró de no oír a nadie más acercándose. Los Sabbat solían vagar en

manadas, y no había duda de que cuatro o cinco de aquellos cachorros hubieran sido un reto mucho mayor—. ¿Le diste a Carlos mi mensaje? —preguntó.

Brillitos dejó de luchar por recuperar su mano.

—No eres nada para Carlos.

Owain apretó su presa hasta que supo que Brillitos lo estaba pasando mal, pero ni siquiera protestó.

—Así que se lo has dicho —dijo burlón—. Y los otros también.

—Sabía que provocar a aquellos violentos Cainitas era peligroso, pero también que eran muy fáciles de engañar—. Dile de nuevo que le ofrezco un trato, y también que le hablaría de Angharad.

Brillitos no reaccionó ante el nombre. No significaba nada para él, o quizá estuviera demasiado concentrado en el dolor de su muñeca o en el odio hacia Owain, que aumentaba con cada segundo de humillación. El pulgar del Ventrue, terminado en una larga garra, se estaba clavando en la carne de Brillitos, haciendo que la sangre comenzara a caer por el brazo alzado.

—Se lo diré —dijo el Sabbat, aún desafiante—. Se lo diré, señor Morgan. ¿O prefiere Owain Evans?

Owain apretó aún más su presa, pero por lo demás ocultó su sorpresa.

—No es el único extranjero en la ciudad. Alguien está preguntando por usted. —Brillitos hablaba con clara satisfacción.

—¿Quién?

El vampiro se encogió de hombros.

—Un Gangrel. Uno de mis hermanos me contó que había hablado con el invisible Morgan, como yo, y que entonces aquel extraño Gangrel con el pelo lleno de polvo apareció, preguntando dónde estaba Owain Evans.

El Ventrue trataba de recordar a los Gangrel que conocía (no eran muchos), y cuál de ellos podía haber descubierto que se encontraba en Toledo.

—No tiene que decirme que es usted Owain Evans si prefiere que le siga llamando Morgan. Creí extraño que tuviéramos tantos visitantes en nuestra tranquila ciudad. Dos por el precio de uno, ¿eh?

Owain liberó la mano de Brillitos y dio un paso atrás.

—Habla con Carlos.

—Se lo diré —dijo el joven vampiro, doblando la mano herida mientras el Ventrue desaparecía por la esquina de San Nicolás—. Y también le hablaré del amigo Gangrel que quiere dar con usted. No

parecía tenerle en muy buena estima.

Una vez desapareció de la vista, Owain hizo algunos giros rápidos por si Brillitos le seguía, escalando luego a un tejado bajo para esperar y observar. *Alguien me está buscando*, pensó. *Un Gangrel*. En aquel momento no recordaba a ninguno que pudiera querer o necesitar dar con él. Tenía que investigar aquello. *Se acabó el mantener en secreto mi identidad*. No era el fin del mundo que se supiera quién era, pero hubiera preferido el anonimato.

Los minutos pasaron sin señal alguna de persecución. Al parecer Brillitos no tenía estómago para seguirle. Quizá estuviera atendiendo su mano herida. Sabía que la garra había atravesado la carne y el tendón, quizá llegando al hueso. Debía haber sido enormemente doloroso. Al menos así lo esperaba.

\* \* \*

Nen se detuvo antes de hacerse sangre. Dejó de frotarse las manos, las secó suavemente con una toalla blanca limpia y se aseguró de que su alianza quedaba totalmente seca. *Debería irme a casa*, pensó mirando el reloj. Pero al fin estaba preparado para empezar el informe. Leigh lo entendería.

Había llegado otro cuerpo, esta vez del forense de Chicago. De nuevo sangre fresca y muestras de tejido que indicaban que el sujeto llevaba muerto varias semanas. Ya había visto suficiente en las semanas pasadas como para estar seguro de que no se trataba de la actividad localizada de un culto. Nadie se dedicaba a echar sangre encima de cadáveres. En cualquier caso, los órganos internos y muchos de los músculos estaban atrofiados, pero la sangre apenas tenía horas. Si se sumaba a eso la repetida presencia de múltiples tipos sanguíneos en un mismo cuerpo...

Durante semanas Nen prácticamente no había trabajado en otra cosa. Había repetido y revisado todos sus análisis de laboratorio, había investigado los historiales, había visitado los lugares donde se encontraron los cuerpos. También había ignorado los consejos de su superiora, la Dra. Blake, de que dejara el caso, llegando incluso a solicitar la ayuda de su amigo patólogo, Martin Raimés. Nen tenía el informe que Raimés le había enviado tras examinar las muestras de sangre de los casos JKL 14337 y JKL 14338. Probablemente por vigésima vez, hojeó el documento.

No entendía por qué la Dra. Blake se oponía tanto a aquella

investigación. A él la situación le parecía bastante seria. Incluso al comienzo, antes de que el caso disparara su alarma, había sentido que la mera *posibilidad* de la presencia de un nuevo y extraño contagio era razón suficiente para que los Centros de Control y Prevención de Enfermedades dedicaran una cierta atención a los enigmáticos casos que estaban apareciendo.

Las misteriosas muertes seguían dándose, y cada vez con mayor frecuencia, aunque quizá se debiera a que ahora Nen sabía lo que buscaba. Investigando informes de autopsias recientes había descubierto una nueva e inquietante conexión: aun en los casos en los que la extraña mezcla de sangre y el deterioro de los tejidos estaba ausente, había habido un aumento de las muertes por hemorragias masivas sin explicar. *Como si hubiera suelta una fiebre hemorrágica contagiosa*, pensó. Aquella era la pieza que faltaba en el rompecabezas que Martin Raimés le había enviado. *Con Maureen Blake o sin ella, es necesario que esto salga a la luz. Si no es capaz de verlo, tendré que pasar por encima de ella.*

Abrió el documento informático en el que había estado trabajando y comenzó a teclear. No podía saber que había ojos vigilándolo, que había una figura pegada a su ventana que comprobaba cada una de las palabras que escribía.

\* \* \*

Owain no abandonó pronto la casa que ocupaba. No quena caer en un patrón demasiado previsible. Sin duda, Brillitos y sus amigos se estarían cansando de tener a un extraño entre ellos, y ahora que Owain se había revelado tendría que ser más cuidadoso todavía en las calles para que no le reconocieran.

En las noches pasadas no se había encontrado con un solo seguidor del Greco. Le resultaba sorprendente. Nadie del Sabbat al que se hubiera enfrentado lo había siquiera mencionado. Ninguno le había acusado de estar aliado con su rival. Parecían ignorar la presencia de otro jugador en la partida, como si el Greco ni siquiera fuera un factor en la ecuación. No le encontraba sentido.

*Quizá sea la maldición*, pensaba. *Quizá los seguidores del Greco se hayan llevado la peor parte, o puede que les haya ordenado que abandonen las calles.* Había muchas posibilidades, pero ninguna le parecía plausible. Observó el reloj sobre la estantería. En unos instantes tendría que salir para reunirse con Kendall. Quizá ella



pudiera darle alguna información valiosa.

Paseaba nervioso por la pequeña casa que el Greco le había proporcionado. Aquella inquietud, la sensación de una agitación caótica, había ido creciendo poco a poco en su interior. Durante las décadas pasadas en Atlanta había estado insensibilizado ante el paso del tiempo, dejando atrás los años como si fueran meros segundos que desperdiciar, pero ahora un retraso de solo quince minutos le distraía. Habían pasado muchas cosas desde que la sirena llegara a su vida y se la arrancaran de los brazos. ¿O eran las visiones lo que le había cambiado? ¿La maldición? No lo sabía.

El mobiliario y la decoración de la casa no hacían mucho por calmarle. Eran similares a los que había encontrado en casa del Greco: vagamente impersonales, incapaces de molestar y sin más objetivo que pasar desapercibidos. Tanto, quizá, como era ahora el Greco en la ciudad que antaño había gobernado. Mientras paseaba por la cocina derribó una silla, que dejó en el suelo. Al menos aquello era una señal de que alguien, quien fuera, vivía allí.

Era el momento. Owain dejó la casa y se dirigió hacia el norte-noreste, caminando por las sombras que le daban la bienvenida. Las calles estaban silenciosas. Aparte de los turistas en una plaza cercana y el motorista o caminante ocasional, no se veía a nadie, algo que hubiera facilitado la detección de Owain de no haber tomado precauciones. Se mantuvo alejado de las avenidas principales (comparadas con el resto de las callejuelas), prefiriendo los pasos estrechos y mal iluminados entre las fachadas austeras. Owain recordaba de los años pasados en Toledo la sensación de que allí ocurría algo más de lo que podía ver; de que, tras aquellas paredes indistintas, se tramaban planes que poco a poco tomaban forma. Quizá fuera ahora aún más sensible a aquella sensación. Entonces había sido bravucón y confiado, demasiado seguro de que el destino le había tocado, de que era el escritor que decidía la trama de la historia.

Ya no lo tenía tan claro. En años recientes no había deseado más que le dejaran en paz. Se había alejado de su relativa reclusión para saborear algunos recuerdos inspirados por tiempos mejores, una época quizá no plácida, ni siquiera feliz, pero en la que había sentido, en la que había tenido capacidad para sentir emociones, para *vivir*. Pero le habían arrebatado la canción que le había traído aquellos recuerdos. No deseaba más que escuchar, pero la maldición había logrado que Benison superara el límite que, como Malkavian, recorría

asiduamente. Y ahora Owain era llamado de vuelta a España por un amigo convertido en tirano, engañado para participar en una misión mortal atraído por el nombre de su amor, muerta hacía tiempo. Observando el capitel triplemente coronado de la catedral de Toledo, supo que un Dios desdeñoso lo miraba y se reía de él. *No bastaba con arrancarla de mi lado*, dijo volviendo el rostro hacia los cielos oscuros, *con expulsarme de la tierra que tanto amaba. Eran todo lo que me importaba, y no me dejaste nada. Y ahora te burlas de mí con ella*. A menudo había deseado que, cuando la Muerte Definitiva al fin lo reclamara, pudiera al menos vislumbrar el paraíso, aunque fuera desde lejos, pues no había duda de que las calles de oro le estarían vedadas, solo para poder escupir en la dirección del Todopoderoso. Quizá tuviera suerte y su saliva llegara a manchar la túnica de San Pedro, pero no aspiraba a un éxito tal.

A medida que se acercaba a la Puerta del Sol vio a Kendall alerta entre las sombras, con el pelo oscuro y las ropas negras haciéndola prácticamente invisible para ojos menores. Se aseguró cuidadosamente de que nadie le seguía y atravesó los metros que los separaban.

–¿Qué has descubierto? –preguntó sin más preámbulos. Conocía lo suficiente a su ghoul como para pensar que había estado ociosa todos aquellos días; pero también quería información sin filtrar, de modo que no le dio a entender lo que consideraba importante para no alterar su informe. Ya habría tiempo después para preguntas específicas.

–No he visto al Greco desde la noche de su aparición –comenzó Kendall–. Puede haber estado yendo y viniendo sin mi conocimiento –dijo con una mueca, quizá recordando cómo el viejo vampiro la había sorprendido aquella vez–, pero no he vuelto a verlo.

Owain no la detuvo, de modo que prosiguió.

–Nuestro amigo Miguel, sin embargo, sigue pasándose de vez en cuando, una vez al anochecer y otra por la mañana. A veces llega con su conductor ghoul, otras no.

–¿Con quién habla? ¿Qué hace? –preguntó el vampiro.

–A mí me ignora, o eso intenta.

Era previsible. Miguel había mostrado muy poco entusiasmo ante la insistencia de Owain para que Kendall permaneciera en la casa, pero tenía asuntos más urgentes que atender en aquellos momentos, por lo que Owain no había transigido.

–Normalmente se dedica a dar órdenes a María y a Fernando

--siguió--. A los dos les gustaría librarse de él, aunque no hablan mucho. Por lo demás, solo ha habido un visitante, un Cainita, Javier. Tiene todo el aspecto de ser chiquillo de Miguel. Intenté escucharlos, pero Miguel es cuidadoso. Solo he oído algo sobre un Gangrel.

*Y también le hablaré del amigo Gangrel que quiere hablar con usted. No parecía tenerle en muy buena estima.* Owain recordaba las palabras de Brillitos de la noche anterior. Fuera quien fuese aquel Gangrel, estaba interfiriendo en sus planes. Ya había desvelado su identidad. ¿Quién sabía de qué otros modos podía complicar la situación?

--¿Alguien más? --preguntó.

Kendall negó con la cabeza.

--No. Eso fue todo lo que oí, y no ha pasado nada más.

--¿Hay algo en esta ciudad que te resulte extraño? --insistió.

--Es demasiado silenciosa --dijo Kendall, pensando unos instantes--. Es decir, para ser un territorio del Sabbat esperaba algo más de actividad. Nueva York, Miami... eso es caos; las manadas de vampiros corren salvajes. Desde el punto de vista de los mortales, el tejido social se hace pedazos. Aquí... --dijo señalando los alrededores--, nada.

Owain sonrió.

--Tu nuevo mundo es joven y salvaje, señorita Jackson, así como su Sabbat. En esta zona del mundo mi especie es más calmada. Aquí persiste el recuerdo de la Inquisición, de los mortales alzándose temerosos e iracundos. --Trató de no pensar en su primer ghoul y compañero, Gwilym, que había sobrevivido tanto tiempo solo para caer en manos de los inquisidores en aquella misma ciudad--. Pero no confundas precaución con inactividad. Toledo ha cambiado de manos muchas veces a lo largo de los siglos. El señor de hoy es el paria de mañana. Es más seguro mantener en secreto las propias alianzas. No te dejes engañar por ello.

Kendall absorbía aquellas palabras. Owain ya había notado que aprendía muy deprisa. *Quizá sea merecedora del Abrazo.* Sería aún más útil si le confiara un mayor poder, pero ¿podía someter a otro a aquella maldición? A lo largo de los años había creado a numerosos ghouls, pero nunca había tenido progenie.

--¿Has visto u oído de algún seguidor del Greco? --preguntó.

Kendall pensó unos instantes.

--Solo Miguel y el conductor, María Fernando, y ahora Javier. Nadie más.

–Ya veo. –Kendall se quedó esperando cualquier otra pregunta mientras Owain meditaba en lo que había visto y en lo que la mujer le había dicho—. No me he encontrado con nadie leal al Greco. No sé si han sido destruidos, si se ocultan o si simplemente no existen, pero todos los Cainitas con los que he hablado son fieles a Carlos. –El Greco tampoco había ofrecido ayuda alguna a Owain en su tarea. Quizá el viejo Toreador no tuviera ninguna que ofrecer—. Mantente atenta. Debe haber más vampiros que los de Carlos, y si damos con ellos es posible que tengamos que pedir su ayuda.

*Puede que estén tan ansiosos como yo por librarse del Greco, pensó, si es que existen.* Cada vez más comenzaba a cortejar la idea de eliminar a su antiguo amigo, de terminar con su contacto secreto con el Sabbat y de regresar a su no-vida en Atlanta. ¿Por qué, se preguntaba, cumplía con aquellos viejos y agotados juramentos? Si el Greco no tenía poder sobre otros, era concebible que Owain le retara.

Pero eso no respondería a sus preguntas sobre Angharad, a cómo su nombre se había visto involucrado en la maldición de la sangre, de modo que aún existía un motivo para proceder con su plan. Y había otras consideraciones inmediatas.

–¿Cuánto hace que no te alimentas? –preguntó.

–Algún tiempo. –Kendall no parecía desesperada, y Owain sospechaba que moriría estoica si su maestro decidiera prescindir con sus servicios. No era dada a hacer exigencias, a confundir su posición como ghoull como un derecho más que como un privilegio.

*¿Privilegio o maldición?* Owain no estaba seguro. En muchos aspectos, la existencia de un ghoull era más sutil, más insidiosa que la de un vampiro, y más tenue. Sin embargo, de momento necesitaba sus servicios, y con un movimiento de la muñeca el estilete del antebrazo apareció en su mano. Pasó rápidamente la hoja por su palma y se la ofreció a Kendall cuando la sangre empezó a manar. La mujer bebió.

No tomó mucho, pero Owain pudo sentir cómo le transmitía su poder, notó los músculos y la piel de su guardaespaldas vigorizarse, fortalecerse. Para algunos, aquel acto podía tener asociados elementos emocionales. No había sido así para Owain desde hacía muchos siglos, y nunca había conseguido determinar si la pérdida era un alivio o una carga. Mientras Kendall bebía observó sus labios contra la piel, sintió la lengua acariciando la herida. Con tiempo, ¿podría llegar a significar para él más que cualquiera de los muchos sirvientes que habían ido y pasado a lo largo de los años, ahora que la

sirena había despertado ciertos impulsos, ciertas capacidades emocionales en su interior? Mientras Kendall se retiraba de la mano, Owain olvidó tales pensamientos. Como siempre, el tiempo sena el arbitro definitivo.

*La sombra del Tiempo no es lo bastante larga como para cobijarse debajo.*

Las palabras de su visión le llegaron claramente. También las apartó. No podía darles realidad dedicándose a ellas. Ahora no.

Sin más comentarios, Owain dejó a su sirvienta.

No podía permitirse el lujo de la introspección. Ya había perdido demasiados años lamentándose y pensando, y ahora el péndulo había oscilado hacia el otro lado. Había llegado la hora de actuar. Aún tenía que encontrar a Carlos, y el asunto se había complicado con la aparición de un Gangrel. Decidió que aquello sena lo primero en su agenda. Había algunos Gangrel cómodos en las ciudades, pero eran muy escasos. Casi todos los miembros del clan preferían vagar por la naturaleza, y solo se aventuraban en zonas urbanas cuando era imprescindible, quizá para esquivar a los lupinos hostiles.

Comenzó su búsqueda por la zona norte de la ciudad. Se acercó hasta el Puente de Alcántara y giró hacia el oeste, manteniéndose en las sombras. No era lo bastante tarde como para que las calles estuvieran desiertas, pero aquel barrio estaba en calma. Los edificios de ladrillo ocultaban sus secretos con el mismo silencio de siempre. No había muchos mortales, y tampoco Cainitas. Para cuando Owain llegó a la familiar Puerta de Cambrón había visto a dos vampiros buscando por las calles, ya fuera alimento o al propio Ventrue. La primera pertenecía al Sabbat; ya se la había encontrado hacía varias noches y le había dado su mensaje para Carlos. El segundo le resultaba desconocido, pero no era un Gangrel. Los evitó a ambos. La Sabbat, si no el propio Carlos, serían fáciles de encontrar después de encargarse de su misterioso perseguidor.

Siguió las murallas de la ciudad vieja hasta el puente de San Martín. Observando desde allí el campo que se extendía ante él, quedó asombrado por la paz de aquella tierra, al mismo tiempo consoladora y desolada, ajena a la civilización, a los secretos y a la intriga. Se obligó a seguir en marcha y volvió a girar hacia el este. Sabía que, aun con aquel recorrido sistemático de la ciudad, podía tardar varias noches. Además, aunque recorriera cada centímetro de Toledo, no podía esperar necesariamente estar en el mismo lugar al mismo tiempo que el Gangrel. Estaba considerando la arriesgada

opción de seguir con sus intentos de encontrar a Carlos e ignorar al intruso, cuando se vio asaltado por un extraño impulso.

Sin pretenderlo había girado hacia el sur, y cada zancada le hacía avanzar inexorable. Aceleró el paso; se movía muy rápido, pero aún se ocultaba de cualquier observador casual. Allí había algo importante. No sabía de qué se trataba ni qué era lo que le dominaba, pero había *algo*. Estaba convencido de ello.

Dobló una esquina y se quedó congelado. El movimiento le llamó la atención en cuanto entró en una plaza abierta y alargada. En el otro extremo había alguien, un mortal, un agente de policía por su uniforme. Estaba caminando entre las tiendas, comprobando que todas las puertas estuvieran cerradas y apuntando con la linterna las callejuelas entre los edificios. Observándolo, Owain comenzó a cuestionarse el impulso que le había llevado allí, pero entonces un movimiento en otra dirección le llamó la atención.

Varias decenas de metros detrás del policía vio a otra figura. Caminaba agazapada, moviéndose sigilosa un paso o dos cada vez; el cazador tenía forma humana, pero sus gestos eran más instintivos, procedentes de la astucia de un animal depredador. Ahora que lo había detectado podía distinguir el pelo largo y enmarañado, las ropas raídas. Cuanto más observaba, más le recordaban sus gestos a los de un lobo: *Gangrel*.

El vampiro, moviéndose a velocidad engañosa, cerraba poco a poco la distancia que le separaba del policía. Owain era consciente de que, en la naturaleza, era probable que nunca hubiera visto al cazador hasta que hubiera saltado sobre su presa, pero en la ciudad cometía el mismo error que muchos Cainitas: se concentraba tanto en la caza que no tenía una consciencia completa de sus alrededores, ni de la presencia de otros depredadores.

Podía haber esperado a que el Gangrel atacara, pero decidió intervenir.

--¡Tú! --dijo a través de la plaza. Su voz resonó contra la piedra fría, convirtiéndose en un sonido mayor, más ominoso.

El policía saltó y se llevó la mano a la cartuchera en el cinturón. Owain se complació al ver saltar también al Gangrel, pero el policía aún no era consciente del peligro. El Ventrue comenzó a moverse, marcando cada uno de sus pasos con el *staccato* de sus tacones contra los adoquines. De momento ignoró al Gangrel, aunque no dejaba de controlar su situación. Al llegar al centro de la plaza se detuvo y observó al policía hasta estar seguro de que había capturado

su mirada. Señaló una calle que se dirigía hacia el este.

–Vete.

El oficial dejó caer la mano, se enderezó y se alejó rápidamente del lugar.

Owain se giró hacia el Gangrel.

–Espero que no tuvieras demasiada hambre. Tenemos que hablar.

El intruso, que no se había movido mucho desde que Owain interviniera, comenzó a acercarse lentamente. Un rugido grave surgía de lo más profundo de su garganta. Owain esperó firme y trató de situar a aquel vampiro vagamente familiar, que ya estaba a la distancia de un salto. *Lo he visto antes*, comprendió. *¿Pero dónde? ¿y cuándo?*

El vampiro se acercó aún más, haciendo más claro todavía el gruñido.

El Ventrue era consciente de que se estaba exponiendo, pero sabía que se había encontrado antes con aquel vampiro. *No desde que dejé Atlanta...* Y entonces recordó.

–El correo. –El Gangrel le había traído el último movimiento de la partida de ajedrez. Era aquel tipo extraño que casi había sufrido un ataque de histeria en su estudio–. No recuerdo tu nombre –ofreció casi como disculpa. Aún no daba por hecho que fuera a tratarse de un enfrentamiento violento.

–No llegaste a preguntármelo –gruñó el Gangrel. Estaba prácticamente junto a Owain, preparado para atacar–. Como nunca preguntaste el nombre de mi antepasado.

A Owain aquello le sonó como una acusación, pero no estaba seguro del motivo. Se le podía acusar justamente de incontables pecados.

–Te lo pregunto ahora.

El Gangrel se quedó totalmente quieto, dispuesto para saltar. Tensó las garras.

–Me llamo Nicholas –dijo con un brillo animal en la mirada–. El nombre de mi antepasado era Blaid.

*Blaid. Lobo.* El sonido de su galés nativo lanzó inmediatamente a Owain varios siglos atrás en el pasado, hasta los días anteriores a la transformación en ghoul de su sobrino Morgan. Owain acababa de regresar de Inglaterra, cuarenta años después de su Abrazo, con el corazón lleno de odio y la cabeza de planes grandiosos, algunos de los cuáles habían visto la luz.

*Blaid. Lobo.*

Nicholas saltó. Owain volvió al presente justo a tiempo para apartarse de su camino. Las garras del salvaje cortaron el aire donde un instante antes había estado la garganta de su enemigo.

Owain cayó al suelo, pero rodó y se incorporó inmediatamente. Solo los reflejos de un Cainita de su edad le habían salvado. Nicholas también se recuperó al instante, fintando y saltando de nuevo.

Ni siquiera la velocidad de Owain pudo resguardarlo de toda la fuerza del ataque del Gangrel. Pudo dar un paso a un lado y bloquear el ataque, pero las garras de su rival se hundieron en su gabardina y se clavaron en el antebrazo, llegando hasta el hueso. El Ventrue trastabilló hacia atrás, con el cuerpo sacudido por el dolor. No pudo evitar un grito.

Nicholas frenó su ataque y se llevó la mano a la cara. Olfateó las garras y lamió la vitae fragante. Una mezcla de suspiro y rugido escapó de sus labios, y mientras Owain observaba su mirada se hizo vidriosa. Aún tenía los ojos clavados en él, pero eran distantes, como si mirara a través de la bruma. Cuando habló, las palabras fueron profundas y guturales, claramente distintas a las que había pronunciado antes.

*–Intruso. Destructor. Asesino.*

Mientras Owain se cubría el brazo izquierdo, vio los ojos del Gangrel empalado hacía tantos años. Vio el odio, la rabia incontenible. Sacudió la cabeza violentamente. No tenía tiempo para aquellos recuerdos que trataban de imponerse a su conciencia. *El dolor. Aférrate al dolor*, se dijo. Le mantendría en el ahora. Hizo un giro con su muñeca derecha y empuñó el estilete con el que hacía poco había extraído su propia sangre. Ya no volvería a ser un objetivo para aquella bestia. Acabaría con ella y dejaría sus restos para las ratas.

Nicholas volvió a cargar. Ignorando tácticas más sutiles, se lanzó a toda velocidad y se encontró con el puñal de Owain, que se clavó profundamente en su hombro. Trató de barrer las piernas de su odiado enemigo para derribarlo, pero el Ventrue era demasiado rápido. Saltó a un lado, tirando del estilete hacia arriba y hacia un lado, cortando músculo y tendón y abriendo una profunda herida.

La sangre del Gangrel y del Ventrue se mezclaron en la calle, haciendo resbaladizos los adoquines irregulares. Nicholas flexionó el brazo y la mano para determinar la gravedad de los daños. Owain estaba seguro de que sentía la herida, pero en modo alguno estaba debilitado. El Ventrue deseó tener a mano su espada.

Antes de que Nicholas pudiera volver a atacar, un disparo sonó en



la plaza. El Ventrue desvió la mirada hacia un lado, pero antes de que pudiera comprender nada se encontraba en el suelo. Lo único que sentía era un terrible dolor en la cabeza. Había caído y se había golpeado. Había resbalado en la sangre. No. Más que eso. Le habían disparado. Levantó el brazo y sintió la mezcla del pelo y los trozos de cráneo en su sien. Más sangre. La olió, la probó.

Se sentía débil, agotado, y por primera vez en siglos, hambriento. Giró a un lado y comenzó a lamer su propia sangre de los adoquines. Su vista bailó y el pelo le cayó sobre la cara, empapándose en la sangre que manaba de la herida abierta.

*El Gangrel.* Se había olvidado de él. ¿Dónde había conseguido una pistola? No, no era él quien había disparado. No podía pensar con claridad. Le habían acertado en la cabeza. Estaba perdiendo tanta sangre... tan rápidamente...

Más disparos. Sonaban muy lejanos, pero era consciente de que tenía que ponerse a cubierto. Quería moverse, pero su cuerpo no le obedecía. Estaba tendido sobre un charco de sangre cada vez mayor. Su propia sangre.

De repente sintió que se movía, pero no por propia iniciativa. Notaba manos que lo alzaban sin demasiado cuidado, y entonces oyó una voz apagada y familiar.

–Es él. Es el señor Morgan, u Owain Evans, o como quiera que se llame.

No estaba seguro de si tenía los ojos cerrados o cubiertos de sangre. Creyó poder distinguir formas, pero quizá no fueran más que las piedras de la plaza bajo sus pies. Levantó la cabeza, o puede que alguien le tirara del pelo. Por un instante vio una figura sobre él, un rostro duro lleno de aretes metálicos. Lo miraba, se inclinaba sobre él, pero la visión le fallaba. Una enfermiza niebla gris caía sobre sus ojos, aferrándolo. *Carlos, pensó. Lo he encontrado. Carlos. Ésta es su ciudad.* Todo se volvió negro.

El primer disparo acertó a Owain Evans en la cabeza y lo derribó. Blaidd, sangrando por la herida en el hombro, se acercó a su presa caída, pero aquel sonido era una extraña incongruencia. La plaza comenzó a dar vueltas y los adoquines parecieron fluir y unirse,

formando el muro interior de una cueva, después la cara de un acantilado azotado por las olas. Pero aquello no era ni la tierra ni la era de Blaidd, y las piedras no se adaptaban a sus recuerdos. Quedó atrapado en las brumas del tiempo; se retiró, dejando solo a Nicholas, desorientado, sobre su enemigo vencido.

Confuso o no, Nicholas sabía lo que eran las balas, y varias más volaban hacia él. Se arrojó hacia el suelo, sin tiempo para pensar en el dolor de su hombro. Aún tenía el brazo funcional. Aquella era su preocupación inmediata. Se lanzó hacia el extremo de la plaza, hacia la cobertura de los edificios, cambiando instintivamente de dirección cada dos o tres pasos. Las balas rebotaban en la piedra a su alrededor.

Cuando estuvo más cerca de las casas que rodeaban la plaza saltó, aferrándose a una fachada. Los ladrillos cocidos se pulverizaron por la fuerza de sus garras, pero las clavó más profundamente y escaló hasta el tejado.

Dos Cainitas armados le esperaban. Dispararon sus pistolas, pero Nicholas ya había saltado por los aires, aterrizando sobre el de la derecha, derribándolo del tejado después de cortarle el cuello y la cara. La pistola cayó rebotando por el tejado hasta la calle.

El segundo vampiro se repuso rápidamente de la sorpresa y realizó varios disparos contra Nicholas, que, sin perder un paso, saltaba hacia otro edificio. Un proyectil le alcanzó en el omoplato del mismo hombro que Owain había herido. La fuerza del impacto hizo que el Gangrel perdiera el equilibrio, estrellándose contra el suelo.

Otros Sabbat se acercaban hacia la plaza, pero no contaron con la velocidad con la que Nicholas podía levantarse después de una caída así. Antes de que ninguno pudiera disparar, su presa ya corría calle abajo. Nicholas se perdió por una estrecha callejuela a la derecha, y no dejó de girar por calles serpenteantes cuyos nombres no significaban nada para él.

Al principio oyó gritos y algunos disparos más, pero los sonidos murieron rápidamente a medida que su velocidad le alejaba de los perseguidores. Cuando dejó de oír ruidos se detuvo un mero instante. Cogió una toalla colgada de un tendedero e intentó detener la hemorragia que podía delatar su ruta. ¿Quién sino un vampiro podía detectar un rastro de vitae?

Tras unos instantes estaba otra vez en marcha. Ahora se movía con mayor cautela, confiando en haber perdido a los Sabbat y sin deseo alguno de encontrarse con ellos de nuevo. Mientras corría los

maldijo por haberle privado de su premio. Había buscado a Evans durante muchas noches, preguntando a los Cainitas que había visto. Nicholas sabía que el Sabbat no asumía inmediatamente que un Gangrel era un enemigo, ya que los miembros del clan iban y venían, y no solían unirse a grandes estructuras políticas. Casi todos los miembros de la secta que había encontrado habían hablado con él, aunque no habían resultado ser de mucha ayuda.

Pero al parecer él sí les había ayudado a ellos. Lo habían seguido, *lo habían rastreado*, algo muy embarazoso para un Gangrel, aunque no inconcebible en una ciudad. Nicholas había estado ocupado en su tarea y en sus visiones, en el ímpetu de sus antepasados, que cada vez querían exponerse más en el mundo moderno. Ragnar y Blaidh estaban ahora muy cerca de la superficie, y a veces no conseguía mantenerlos a raya. A veces ni lo intentaba.

El balazo en el hombro y la herida del cuchillo comenzaban a doler en serio. Aunque eran heridas serias, en absoluto significaban su fin. El peligro de una infección no significaba mucho para un vampiro. Solo necesitaba sangre para curarse.

Había estado muy cerca, pero no había cruzado el Atlántico para quedarse cerca. Quizá cuando vengara la vieja deuda de sangre sus antepasados durmieran por fin. Esa era la esperanza de Nicholas; era lo que quería creer, aunque Plumanegra le hubiera advertido contra la bestia naciente.

Aún estaba muy cerca, y la próxima vez no fallaría.

\* \* \*

—Lo que sospechaba. Gustav. —Wilhelm se frotó la cara en la oscuridad. Sus ojos aún estaban especialmente sensibles. Casi dos semanas más tarde, no todas las cicatrices del ataque de la muchedumbre se habían repuesto por completo. El cóctel Molotov le había producido graves quemaduras. Se había quedado ciego, ya que los párpados se le habían fundido mientras las llamas engullían su cuerpo. De no ser por la determinación de Henriette y una inmensa suerte, hubiera encontrado la muerte definitiva en las calles.

El estallido inicial del explosivo casero también había acabado con muchos de los atacantes de Wilhelm. Henriette lo había sacado aún ardiendo de la carnicería, llegando a un lugar relativamente seguro. Que hubiera logrado escabullirse sin que prácticamente nadie se diera cuenta era algo milagroso. También había tenido suerte de

que la persecución no prosiguiera, pues el príncipe ciego y su chiquilla herida hubieran sido presa fácil. El caos de la turbamulta que debía ser su destrucción le había permitido escapar.

Cerrando los ojos, aún podía sentir los golpes mientras Henriette trataba de apagar las llamas que lo envolvían, quemándole como el fuego del mismo sol. Podía oírla susurrándole dulcemente al oído: *Calla, calla. Silencio, mi amor.*

–Gustav –dijo de nuevo, saboreando el odio que evocaba aquel nombre.

Ellison esperaba en silencio, aguardando, observando, como siempre hacían los Nosferatu. En las sombras del estacionamiento en el que Ellison había pedido el encuentro, Wilhelm casi podía ignorar la piel azulada y llena de ampollas de su informador, las orejas deformes, el brazo retorcido, el modo doloroso en que se movía. Casi. ¿Pero qué importaba aquel espantoso aspecto? Durante años le había proporcionado informes precisos que le habían ayudado a mantenerse un paso o dos por delante de su rival. No pasaban muchas cosas en Berlín de las que Ellison no estuviera enterado. Además, desde el ataque el rostro del propio Wilhelm estaba terriblemente desfigurado.

–Así que Dieter Kotlar y el Reich Definitivo fueron los soldados –dijo el príncipe reuniendo la información del Nosferatu–, pero era Gustav el general que daba las órdenes. –No le sorprendía–. ¿Tienes pruebas de ello? –preguntó.

Ellison se alejó de Wilhelm de forma casi imperceptible.

–Comercio con información –dijo el vampiro con un susurro–, no con pruebas.

El príncipe sabía que así era. No necesitaba pruebas para creer las noticias, ya que encajaban perfectamente, y Ellison nunca le había proporcionado datos cuestionables. Creía absolutamente que Gustav había orquestado aquella manifestación, el caos, pero aparte de la venganza personal Wilhelm trataba de conseguir pruebas contra él, en caso de que los dirigentes de la Camarilla decidieran que era necesario recurrir a un arbitraje para mantener la Mascarada. Querrían pruebas. Aunque si Karl Schrekt, el justicar Tremere con el que Gustav había tenido tantos problemas en el pasado, se sentaba en el juicio, sin duda decidiría en contra del príncipe oriental. Pero eso no significaba que votara a su favor. Wilhelm prefería encargarse por su cuenta del problema, de una vez para siempre.

–Proporciono información –añadió Ellison, apenas audible–. La credibilidad que quieras darle depende por completo de ti.

--Siempre has demostrado tu fiabilidad --le aseguró. El príncipe no tenía la menor intención de enfrentarse al más valioso de sus aliados--. Estoy en deuda contigo.

Pudo haber sido un efecto de las sombras, pero Wilhelm creyó ver la más leve de las sonrisas asomar al rostro grotesco del Nosferatu. *Claro que estoy en deuda con él, pensó. Recuerda cada favor, cada servicio, cada mínimo dato que alguna vez me ha entregado.* El príncipe sabía que nada era gratis, y Ellison no tenía problemas en pedir que le devolvieran favores cuando lo necesitaba. *Y siempre se asegura de que la balanza de las deudas esté inclinada en su favor. Siempre.*

--Siempre me complace servir al príncipe --susurró el Nosferatu. Con esto, desapareció.

\* \* \*

El letargo se aferraba a Owain mientras abría los ojos confuso, un letargo provocado por la debilidad de su cuerpo, no por la aún más terrible debilidad espiritual que le había llevado a dormir durante más de dos siglos. Solo poco a poco, cuando la bruma comenzó a retirarse, fue consciente de lo que le rodeaba. Se encontraba bajo las mantas de una cama con dosel, con el velo echado. A su lado se encontraba un hombre inconsciente, desnudo de cintura para arriba. Era joven, quizá de unos veinte años, muy cerca de la misma edad que él aparentaba. La piel del joven era oscura y suave. El sonido de la sangre latiendo en sus venas le resultaba una tortura. No era frecuente que sintiera sed, que deseara la sangre. Había asumido que era otra pasión que había muerto a lo largo de los siglos, un placer que había sido arrollado por el hastío devorador. Pero recordó su sangre en la plaza y sintió la debilidad de su cuerpo no-muerto. Para curarse necesitaba la vitae, de modo que por un instinto de preservación, más que por la emoción, se volvió hacia el cuerpo.

Alargó el brazo y tocó la arteria carótida del joven. La vitae fluía bajo la superficie que acariciaba con los dedos. Incluyó el cuello del hombre y bebió. Estaba preparado para los terribles dolores de cabeza y las náuseas que le asaltaban en las raras ocasiones en las que se alimentaba de aquellos que no eran de linaje noble. Todos los miembros de su clan tenían limitaciones similares, de un tipo u otro. Owain creía que se trataba de una señal inherente del sentido del orden y la forma de los Ventrue, y no era más que una indicación de

por qué su clan era el más adecuado para guiar los destinos de la raza Cainita. Para su sorpresa, la vitae de aquel español fluyó sin problemas. Bebió profundamente y pudo sentir cómo su cuerpo comenzaba a repararse. El corte en el antebrazo necesitaría tiempo para sanar. Las garras de los Cainitas tenían una cierta cualidad destructiva que provocaba heridas mucho más duraderas, incluso en los demás vampiros. Sin embargo, el disparo en la cabeza, aunque en potencia era más peligroso, comenzó a curarse. Cráneo, venas, piel, todo se reconstruía lentamente.

Siguió bebiendo, y la sangre que era su maldición le dio vida. A medida que proseguía la recuperación comprendió lo cerca que había estado de la muerte definitiva. Un disparo en la cabeza desde más cerca o en un ángulo ligeramente distinto podía terminar para siempre con la existencia de un vampiro. Deseó un regreso a las noches en las que la espada era el arma de los nobles y los plebeyos. Un enfrentamiento entre hombres y Cainitas era más completo cuando tenía lugar frente a frente. No se necesitaba carácter para disparar desde lo lejos, pero medirse con un oponente cruzando el acero... así era como los hombres debían resolver sus diferencias.

Extrañamente, aun cuando se alimentaba sus pensamientos siguieron siendo bastante racionales. Examinaba con interés la recuperación de su cuerpo, tanteando hasta qué punto se había cerrado la herida de la cabeza, notando que la fatiga sólo desaparecería con mucha más sangre de la que aquel único mortal podía proporcionar. Recordó la frenética pasión de la alimentación cuando era un joven Cainita. En aquellos días el Beso era arrollador, y proporcionaba un éxtasis glorioso que compensaba de sobra el desinterés vampírico en otros placeres mortales, como el sexo o la gula. Pero ahora bebía desapasionado, solo porque sabía que era necesario. ¿Dónde se encontraban los placeres, por débiles que fueran, de aquella no-vida tan extensa? ¿Por qué, se preguntó, se molestaba en restañar su cuerpo maltrecho?

*Angharad.* Solo sus sentimientos hacia ella habían sobrevivido de verdad a la prueba del tiempo, aunque a lo largo del milenio de vida no hubieran reaparecido más que algunas veces. Su nombre había sido arrastrado hasta aquel asunto, y Owain había dejado de creer hacía mucho en las coincidencias. Con un Dios desdeñoso decidido a torturarlo durante toda la eternidad, nada quedaba al azar.

–No demasiado –dijo una voz detrás del velo.

Owain retiró los colmillos de la comida. Se sentía mucho mejor,

pero necesitaría tiempo y más sangre antes de recobrar toda su fuerza, ya que había perdido mucha vitae. Satisfechas sus necesidades inmediatas, miró a través de la tela, pero solo pudo distinguir la figura de quien se había dirigido a él. Retirando el velo, se incorporó y se sentó desnudo en el borde de la cama.

Ante él estaba Carlos, con el cabello oscuro muy corto, la mandíbula cuadrada echada hacia delante, las orejas, la nariz y las cejas con al menos una decena de aretes y otras piezas metálicas. Señaló al hombre dormido.

–Es hijo de una de las primeras familias de Toledo. Drogas, prostitutas... –Sacudió la cabeza desaprobatorio—. Es una triste historia. No cuidan de él y no lo sentirían demasiado si apareciera muerto, pero a mí me es más útil con vida.

Owain echó una mirada al recipiente que había estado a punto de vaciar.

–Asumí que serías del clan Ventrue –dijo Carlos—. Toda mi gente me informaba de que eras terriblemente arrogante, de modo que no fue muy complicado. –Se encogió de hombros—. Cuando te pregunté por tu alimentación farfullaste algo sobre la nobleza, así que me arriesgué.

En una silla junto a la cama había ropas limpias: una camisa blanca, pantalones negros, los zapatos de Owain, limpios y relucientes. No veía por ninguna parte su gabardina y las demás prendas ensangrentadas. También notó que habían desaparecido el estilete y su funda. Mientras se vestía, se sorprendió por la familiaridad de la estancia. La piedra toscamente tallada de las paredes y el techo eran inconfundibles. Se encontraba en las cámaras bajo el Alcázar que el Greco había ocupado la última vez que Owain había estado en Toledo. Su amigo había exigido a sus ghouls canteros que alzaran los techos hasta los cinco metros, una altura exorbitante teniendo en cuenta el trabajo necesario. El pequeño equipo de cinco trabajadores había excavado diligente durante más de tres años y medio para que cada estancia se conformara exactamente con las expectativas del Greco, un capataz tan exigente como despiadado. En la decoración había empleado piezas de arte de su elección, grandes pinturas propias y de diversos mortales que a lo largo de los años habían caído bajo su influencia. La textura de las paredes y techos, el reflejo de la luz en las superficies, tenía que adecuarse a sus deseos exactos. No le importaban la inestabilidad política o el conflicto mortal del mundo Cainita: supervisó la transformación de aquellas habitaciones en una

capilla de las aspiraciones más elevadas.

Las obras de arte habían desaparecido, y Owain solo veía piedra desnuda. La firma del Greco había desaparecido por completo de aquel lugar, su antiguo palacio, como del pequeño edificio anónimo en el que ahora residía. La sala cavernosa era demasiado grande para la cama y las dos sillas que tenía como único mobiliario. Carlos estaba sentado en una de ellas y observaba en silencio cómo Owain terminaba de vestirse y se sentaba cerca del obispo del Sabbat.

El aspecto de su anfitrión era el de un provocador callejero, y cuando hablaba se veía una pieza metálica en la lengua. Parecía ser del mismo molde que Brillitos y los otros Sabbat con los que se había encontrado. Sin embargo, sus modales y su forma de hablar eran más refinados, casi aristocráticos. Por su acento supuso que el español era su lengua nativa, aunque su inglés fuera también perfecto. Parecía estar cerca de los cuarenta años, pero como Owain podía atestiguar, aquello no significaba nada.

–He oído que has venido a Toledo a ofrecirme un trato –dijo Carlos.

Owain no respondió inmediatamente.

–Eres difícil de encontrar.

–Me alegra oírlo. –Esperaba paciente. Había hecho una pregunta y deseaba una respuesta.

–Tus amigos no son especialmente hospitalarios –dijo el Ventrue después de una pausa.

–¿Santiago? –dijo el obispo haciendo la forma de una pistola con los dedos y bajando el pulgar a modo de martillo—. Podríamos decir que es de gatillo fácil.

–Santiago. –Owain se frotó la frente para indicar al Cainita medio calvo y con mal humor—. Brillitos.

Carlos sonrió.

–*Brillitos*. ¿Así lo llamabas? No me extraña que te disparara. O puede que fuera algo menos importante –dijo ausente—. En cualquier caso, no es amigo mío. Es un socio, y aquí estás. Querías verme.

–Puso las manos abiertas frente a él. *Aquí me tienes*.

–Tengo una oferta que hacerte –comenzó Owain. Había planeado aquella conversación decenas de veces, pero prefirió hacerlo lentamente. Se estaba aventurando demasiado en territorio desconocido, asumiendo hechos por el fragmento de carta que había leído en casa del Greco, hechos que, de ser incorrectos, podían significar su destrucción. *Angharad*. Todo volvía a ella, y aquel era el



único modo de descubrir por qué. Si se movía con cuidado. Si sobrevivía--. Sé de Angharad --mintió.

Carlos no respondió al oír mencionar el nombre. No iba a revelar nada. Owain se preguntó si sería una coincidencia que, después de cuatro noches sin fruto acosando a vampiros del Sabbat en la calle, justo después de mencionar a Angharad se encontrara frente al propio Carlos.

--Sé sobre la maldición de la sangre --siguió--. Sé cómo comenzó. Sé cómo se extendió.

Carlos asintió pensativo.

--Muy interesante. Dime a qué te refieres.

Igual que el obispo tenía cuidado de no revelar nada, Owain tenía que asegurarse de no exponer su plan. Tenía que ocultar el hecho de que todo lo que decía era pura conjetura, pues si la carta misteriosa no era correcta, revelar detalles pondría de manifiesto su engaño. Pero, al mismo tiempo, si no decía lo bastante como para convencerle, Carlos podía acabar con él. Tendría que asumir ciertos riesgos.

--¿Significa algo para ti el nombre Grimsdale?

Carlos no dijo nada y no movió un solo músculo.

--Llegó a los Estados Unidos, a Atlanta. --Sabía que estaba forzando su suerte, pero no creyó que tuviera muchas más opciones--. Se llevó la sangre contaminada para vendérsela al mejor postor, pero nunca tuvo tiempo de deshacerse de ella...

Carlos se inclinó hacia delante.

--Encuentro tu historia fascinante. Dime más, por favor, señor Owain Evans de Atlanta --comentó, recordándole que ya no estaba protegido por el anonimato, que no había ningún sitio a donde huir donde el Sabbat no pudiera encontrarlo.

Sentía la trampa en la que Carlos trataba de hacerle caer. No quería más que el propio Owain se delatara. En ese momento, y a pesar de sus modales refinados, se deleitaría recompensando a Owain por su impertinencia.

--¿Por qué debo perder nuestro tiempo contándote cosas que ya sabes? --dijo--. Nunca recuperaste la sangre y Grimsdale se las apañó para liberar la maldición. Y con efectos devastadores, debo añadir. Debes estar orgulloso. --Se detuvo. Necesitaba conseguir alguna reacción de Carlos, alguna indicación de que la verdad se encaminaba en esa dirección.

--¿Y qué tiene que ver ese tal Grimsdale conmigo? --preguntó el obispo.

–Tomó la sangre de laboratorios bajo tu control, probablemente sin tu permiso. Pero eso no tiene demasiada importancia, ¿no? No me gustaría ser el vampiro responsable de destruir a prácticamente todos mis hermanos del Sabbat. No haría ningún bien a mis relaciones sociales.

Carlos se reclinó en la silla y cruzó las piernas. Su rostro no mostraba nada.

–Esa historia tuya, de ser verdad, por supuesto, no me muestra de forma demasiado favorable. ¿De quién has oído esas cosas?

Owain sonrió incrédulo.

–No esperarás que te lo diga.

–Son acusaciones muy graves --explicó Carlos--. ¿No debería saber quién intenta mancillar mi buen nombre?

–Imagino que simplemente les pedirías que dejaran de extender esos rumores, ¿no? --respondió el Ventrue negando con la cabeza--. No puedo decirte sus nombres, como no puedo decirte a quién le he contado esta "historia", como la llamas. Porque claro, en ese caso no estaría a salvo, y no me serviría de nada decirte que he dado instrucciones a al menos media decena de mis *asociados* para que se encarguen de hacer pública esta "historia" si no regreso de España.

El obispo se acomodó en la silla y miró a Owain sin pestañear. Para él, la cama y el mortal inconsciente podían no haber existido. El único sonido fue el crujido de la silla cuando se movió. Algo en su expresión había cambiado; le miraba de forma diferente, con una mezcla de respeto y furia, pensó Owain.

–Aún no me has hecho ninguna oferta --señaló Carlos--, pero déjame advertirte de que prefiero ver mi reputación manchada por acusaciones sin fundamento que someterme a un chantaje.

–¿Sin fundamento? --Owain sabía que era peligroso seguir provocándole. Debería encontrar algún punto de acuerdo con el obispo, un trato que le permitiera espiar aquel conjunto de pasillos y cámaras subterráneas que tan bien había conocido. Aquella sería su mejor oportunidad para descubrir la localización del laboratorio. Podía encontrarse allí mismo, bajo el propio Alcázar. Lo más probable era que estuviera oculto en Madrid. Si encontraba el lugar y se hacía con la sangre mágicamente alterada, conseguiría las pruebas que el Greco necesitaba.

Eso era lo que debería hacer.

Pero la amenaza velada de Carlos no le había gustado. La consideraba un reto; le molestaba que aquel Cainita, probablemente

más joven, se atreviera a imponerle su posición como uno de los principales oficiales del Sabbat europeo. Primero Benison, después el Greco y ahora Carlos intentaban ejercer su control sobre él. Ya había aguantado más que suficiente, de modo que alzó las apuestas de su farol.

—¿Acusaciones sin fundamento? —repitió—. ¿Me consideras tan estúpido como para venir aquí con solo un puñado de rumores sin confirmar? —Se puso en pie, se situó detrás de su silla y se dirigió a Carlos desde arriba—. Puede que Grimsdale liberara la maldición antes de su muerte, pero no dispuso de *toda* la sangre contaminada. He conseguido una parte, y no, no pienso decirte cómo. Pero eso me lleva a mi oferta. —Carlos seguía sentado, de nuevo con una expresión neutra. Atendía, pero no parecía molesto por el modo condescendiente que Owain había empleado para dirigirse a él. Pero las apariencias, como bien sabía el Ventrue, a menudo engañaban.

»Todos los Tremere alrededor del mundo —dijo— están haciendo los máximos esfuerzos por comprender la maldición, por dar con un modo de contrarrestarla y convertirse así en salvadores de la raza Cainita. Dado el número de muertes que se produce cada noche, este descubrimiento bien podría significar un cambio del equilibrio en el conflicto entre la Camarilla y el Sabbat. Quien resuelva el enigma de la maldición vencerá esta guerra. No solo su secta sobrevivirá, sino que triunfará. ¡Verá a su enemigo derrotado y totalmente destruido!

Carlos no mostró su desacuerdo ni le interrumpió.

—Creo que tus hechiceros, sean o no Tremere, como creadores de la maldición, serán los primeros en descubrir una solución contra ella —dijo Owain golpeando el respaldo de la silla con el puño—. Si me he equivocado al predecir el resultado, ya pertenezco a la Camarilla: sobreviviré. Si estoy en lo cierto quiero tu protección. Protección contra la maldición, sea lo que sea lo que ha descubierto tu gente, y protección contra las hordas del Sabbat que barrerán los territorios antiguamente en manos de la Camarilla.

—Tus lealtades son profundas, Owain Evans —dijo Carlos secamente.

—Mi primera lealtad es la supervivencia.

Se produjo un largo silencio. Owain seguía aferrando el respaldo de la silla mientras Carlos le observaba pensativo.

—Ya me has dicho lo que querías, pero todo trato tiene dos partes. ¿Qué recibiré yo?

Owain dio lentamente la vuelta alrededor de la silla y se sentó de

nuevo.

–Me comprometeré a no presentar la sangre al Arzobispo Moneada y revelar a todo el Sabbat que eres el responsable de la plaga que ha estado a punto de acabar con él.

–Crees saber mucho sobre el Sabbat --dijo Carlos.

–Tengo mis fuentes --respondió Owain. Quiso dejarlo ahí, pero su curiosidad le venció--. Aunque creó que me equivocaba en algo. Se me hizo creer que tenías un rival poderoso en Toledo. ¿No es así? --Sabía que era una peligrosa admisión de ignorancia, pero no creía que la situación fuera, como parecía, tan completamente desastrosa para el Greco.

Carlos rió en voz baja.

–Te han informado mal, salvo que tus amigos no hayan estado aquí desde hace cincuenta años. No tengo rivales. --A Owain le pareció que aquellas palabras retumbaban en la sala cavernosa. *No tengo rivales*. No estaba presumiendo. Era un simple hecho--. Pero respecto a tu oferta --añadió--, ¿cómo puedo estar seguro de que cumplirás tu parte?

–Tendrás mi palabra --respondió Owain.

–Ya veo --dijo el Obispo acariciándose el mentón--. Si al menos me presentaras la supuesta sangre contaminada...

–Me quedaría sin la garantía de mi seguridad.

–Tendrías mi palabra --imitó Carlos.

Los dos Cainitas volvieron a quedarse mirándose en silencio. Carlos estaba tranquilo, sumido en sus pensamientos. Owain mantenía la calma (¿qué otra cosa podía hacer?), preguntándose si había llevado el juego más allá de una frontera invisible, si había insultado al obispo del Sabbat más allá de cualquier acuerdo.

Carlos apoyó los dos pies en el suelo y se enderezó en la silla.

–No creo que tengas la sangre de la que hablas, Owain Evans.

--El Ventrue observó las dos gruesas puertas de madera a ambos lados de la estancia, esperando que los lacayos de Carlos entraran en cualquier momento con las pistolas preparadas. El obispo vio la reacción, pero le tranquilizó--. Si quisiera matarte ya lo hubiera hecho --dijo--. Que no te crea no significa que el coste de lo que pides no merezca la garantía de tu silencio. Los muertos no hablan, es cierto, pero existe la posibilidad de que digas la verdad.

–¿Por qué iba a molestarme en venir aquí de estar mintiendo?

--preguntó Owain.

–¿Por qué?

La reciente comida del Ventrue gimió desde la cama y Carlos desvió la mirada. Owain pensó en correr hacia la puerta, tratando de escapar del Alcázar antes de que las tropas se alertaran, pero eso le condenaba al fracaso... y nunca descubriría más sobre Angharad.

Aquel titubeó le costó la oportunidad. Carlos devolvió la atención a su invitado.

–Pensaré en tu oferta. Vuelve aquí mañana a medianoche y te daré mi respuesta. –Respondiendo a aquellas palabras, la puerta a la derecha de Owain se abrió y Santiago y la vampira a la que Owain había visto hacía algunas noches entraron–. Como muestra de buena voluntad, te concedo libertad de movimientos esta noche y la de mañana. En esto, Owain, *tienes mi palabra*. –Una sonrisa perversa brilló en sus ojos; era la mirada juguetona del vencedor, la de quien podía permitirse ser magnánimo.

Santiago y la mujer escoltaron a Owain por los túneles tallados que una vez habían pertenecido al Greco. Mientras avanzaban, el Ventrue se sorprendió por los muchos giros y señales apenas discernibles que recordaba. Cada paso que daba aumentaba su confianza en que podría recorrer aquel laberinto, tanto que tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no adelantar a sus escoltas y desvelar su secreto.

El túnel por el que salieron a la superficie terminaba más allá de la Iglesia de San Miguel, como Owain esperaba. Recordaba una decena de entradas a las catacumbas bajo el Alcázar, y era incluso posible, comprendió, que no todos aquellos pasadizos fueran conocidos por los residentes más recientes. No intentaría entrar aquella misma noche, pues aún podía hacer progresos con Carlos. Sin embargo, si eso fallaba no se rendiría. Encontraría el laboratorio, ya estuviera en Madrid o en cualquier otra parte. Encontraría la cuna del Proyecto Angharad.

## \_\_\_\_\_ 10 \_\_\_\_\_

–Por el amor de Dios, Bill, es sábado. Fin de semana. ¿Recuerdas ese pequeño concepto, esos dos días que separan una semana de trabajo de la otra? –Leigh estaba un poco preocupada. Había hecho reservas en el Dante's Down the Hatch: una *fondue* en el viejo barco en medio del restaurante, una sorpresa para su marido.

Pero Nen estaba a meras horas de completar la tarea que últimamente se había apoderado de todo su tiempo, incluso de parte de sus sueños.

Leigh había puesto los brazos en jarras mientras él cogía el abrigo por la tarde.

–Tenemos que salir de aquí a las siete y cuarto –era todo lo que le había dicho. William había asentido.

En cada semáforo en rojo camino al trabajo Nen se fijaba en los conductores de los coches que le rodeaban. Aunque la gente era blanca, negra y de todas las tonalidades intermedias, sobre ellos veía sobreimpuesta la imagen de uno de los cientos de sudaneses que había visto hacía más de veinte años: la piel ruborizada y los ojos hundidos poco antes de que llegaran las hemorragias. La muerte no tardaba, y era la única parte misericordiosa del proceso.

Decidió que solo trabajaría hasta las seis y media. Eso le daría tiempo de sobra para llegar a casa y cambiarse. Solo tenía que terminar el sumario de su informe, y siempre le quedaba la tarde y la noche del domingo si quería entregar los resultados a Maureen y al superior de ésta, el Dr. Andrew McArthur, Director de Investigación, a primera hora del lunes. Hacía más preguntas de las que respondía, sí, pero la administración del CCPE no podía negar que el asunto que había estado investigando merecía más atención, quizá incluso la prioridad. La información pública era el arma más poderosa en la lucha contra una epidemia, y en una sociedad tan saturada por los medios escritos y radiados no había excusas para que la población ignorara un peligro potencial. Ciertamente, había que presentar la situación de forma que no causara el pánico, pero la información era vital, y un susto de vez en cuando tampoco tenía por qué ser malo.

Para su desgracia, tuvo numerosos problemas con la conclusión del informe. Lo que debían haber sido dos horas se convirtieron en tres, momento en que decidió que estaba tomando una dirección equivocada y comenzó de nuevo. ¿Ya eran las cinco? ¿Por qué no había empezado un poco antes? ¿Por qué había perdido todas aquellas horas intentando agradar a Leigh estando más tiempo en casa? Ya hubiera terminado.

Al final, las palabras comenzaron a fluir, y una idea dio paso a la siguiente de forma natural. Los detalles apropiados se revelaban solos para ilustrar sus ideas, pero aún había asuntos que controlar. En sus notas, Nen había transpuesto por error el número de dos casos, una equivocación que había llegado al informe y que había corrompido

varios cálculos. En aquel tipo de casos la precisión era imprescindible. Un superior poco receptivo podía tirarlo todo a la basura ante la primera señal de datos imprecisos, aunque la hipótesis original fuera intachable.

Cuando volvió a mirar el reloj se quedó estupefacto al comprobar que había excedido su hora de salida de las seis y media en media hora. Pero estaba tan cerca... No pasaría nada si llegaban un poco tarde a la cena. De ese modo podría terminar y pasar todo el domingo con ella. Decidió que era mejor no llamar. La explicación sería más larga que el tiempo que necesitaba, y se retrasaría más todavía. Además, después de establecer un ritmo productivo no le apetecía abandonar el momento. Era mejor terminar rápido.

Pero *rápido* Nen descubrió que su idea no se correspondía exactamente con la realidad. Mientras imprimía triunfante el informe definitivo, se horrorizó al comprobar que eran las ocho y cuarto. Llamó a casa mientras la impresora láser zumbaba al fondo.

–¿Nos encontramos allí?

–He cancelado la reserva --dijo Leigh.

Nen trató de descubrir su humor, algo para lo que nunca había tenido demasiada habilidad.

–Mañana. Te lo compensaré mañana.

–Bien. --Colgó.

*Bien.* William sabía que la palabra había sido empleada con el sentido opuesto al real. Una vez, hacía mucho, al poco tiempo de casarse, había creído que Leigh, siendo psicóloga, sería más directa y abierta a la hora de decirle lo que pensaba. Desde entonces había comprendido que sus estudios meramente le hacían consciente del tortuoso camino que le obligaba a recorrer por el laberinto de la mente femenina.

La impresora había recuperado su estoico silencio. Nen tomó el informe y lo engrosó con los documentos de los casos. Simplemente hojeando descubrió algunos errores de formato que debería cambiar. Puede que leyera el informe aquella noche e hiciera los cambios el domingo por la mañana. Leigh no estaría molesta con él por la mañana, o eso esperaba. Metió el informe en una carpeta y en su maletín.

En el exterior el aire era fresco. El calor de la tarde ya había pasado, y Nen se abotonó el abrigo. Atlanta tenía sus días fríos, pero probablemente la semana que viene hiciera buen tiempo de nuevo. El estacionamiento del CCPE estaba relativamente vacío, pero al

principio no reparó en el hombre que se le acercaba.

–¿Doctor Nen?

William miró sorprendido al individuo, vestido de forma elegante. La chaqueta de *tweed* no ofrecía demasiada protección contra el frío, pero no parecía incómodo. Nen se preguntó si debía recordarlo de otro encuentro (no sería la primera vez), pero no situaba su cara.

–¿Doctor William Nen?

–¿Sí? –Estaba convencido de que no lo conocía de nada.

–Es un gran honor hablar con usted, Dr. Nen. Me llamo Thelonious. He leído sobre su trabajo en Zaire --dijo extendiendo la mano.

Nen se sintió aliviado al confirmar que no lo conocía. Además, no recordaba que nunca nadie le hubiera detenido por la calle para alabar su trabajo. Era una situación a la que no sabía cómo responder.

–Yo... gracias --tartamudeó mientras su aliento se convertía en vaho entre los dos. Se dieron la mano.

Thelonious sonrió cálido.

–*Consideraría un honor tener la oportunidad de ver el informe en el que ha estado trabajando.*

Nen inclinó la cabeza durante un momento antes de mirar su maletín.

–Por supuesto, no hay problema. Tenga en cuenta que todavía no está terminado. Algunos problemas de formato que hay que arreglar, pero el contenido está completo.

Thelonious tomó el informe y lo introdujo bajo su chaqueta.

–Estoy seguro de que sus agudos análisis compensarán cualquier defecto cosmético, Dr. Nen.

William se sonrojó ante aquel cumplido. *Qué joven tan entendido y educado*, pensó.

–Y otra cosa, Dr. Nen --añadió Thelonious--. *Ha decidido tomarse el resto de la noche libre, y mañana. A su mujer le gustaría pasar más tiempo con usted.*

–Por supuesto --admitió Nen--. Creo que debo marcharme.

–Sí --asintió Thelonious--. Y muchas gracias de nuevo, doctor. Ha sido de gran ayuda.

–No hay de qué --dijo Nen mientras se dirigía hacia su coche para pasar el resto del fin de semana con su mujer.

\* \* \*



Owain abrió de un golpe la puerta de la pequeña casa del Greco, decidido a conseguir respuestas. Sorprendida por la violenta entrada, María huyó del vestíbulo. Al mismo tiempo apareció Miguel, apuntándole con una pistola. Un segundo Cainita armado, bajo y fornido, corría detrás. Viendo que el intruso era Owain, Miguel bajó la mano.

–No dispaes, Javier. –El español parecía muy molesto– ¡Owain! ¡En nombre de Dios...!

El Ventrue soltó un revés que golpeó a Miguel directamente en la cara, lanzándolo contra la pared. Tres poderosas zancadas le hicieron pasar por delante de los dos atónitos vampiros y llegar a las escaleras. Un segundo después estaba frente a la puerta del estudio del Greco. Sin detenerse un instante, la derribó de una poderosa patada. El gozne superior saltó del marco y las astillas de madera volaron por todas partes.

Entró en la sala vacía. Frente a él estaba el escritorio con la carta que no había escrito. Gritó.

–¿Dónde estás, Greco? ¡Maldito seas!

Pocos pasos detrás de Owain apareció Miguel entre los restos de la puerta, apuntando de nuevo al Ventrue con el arma.

–¿Dónde estás? –gritó éste de nuevo. Se burló de Miguel y de su pistola–. Me han disparado niñas con pistolas más grandes. Ten cuidado, no te vayas a hacer daño. ¿Dónde está el Greco?

Miguel no bajó el arma.

–¿Qué significa esto? ¿Estás loco?

–Lo lamento –se burló Owain–. ¿Se suponía que debía ir a la tienda de regalos a preguntar por ti?

–Tienda de *cerámica* –corrigió secamente el español.

–A la mierda tú y tu tienda, Miguel. ¿Dónde está el Greco?

–¡Idiota! –escupió Miguel a sus pies–. ¿A cuántos enemigos has atraído hasta nosotros?

–¿Crees que no saben dónde estáis? ¿crees que les importa?

–preguntó Owain–. No hay *nadie* en Toledo excepto enemigos vuestros. Os hubieran matado ya si hubierais merecido la pena.

–Propinó una patada a la silla, lanzándola contra el escritorio–. ¡Sal a hablar conmigo. Greco, mentiroso, loco hijo de puta!

–Debes irte –siseó Miguel–, ¡ahora mismo! ¡Y deja de gritar! Si no te callas la mitad de la ciudad...

Se detuvieron cuando tanto él como Owain vieron una franja de luz surgir en el techo. Mientras observaban, una trampilla que había

estado totalmente escondida se abrió, apareciendo unos peldaños que subían hasta el ático oculto. El Greco no tardó en asomar por la abertura y bajar. Primero pudieron ver sus botas, después las piernas. Llevaba una capa oscura ceñida al cuerpo. Llegó hasta abajo y la puerta de la trampilla se cerró en silencio.

–Hola, Owain. No esperaba verte tan pronto.

Miguel comenzó a tartamudear.

–Ignoró totalmente mis instrucciones... –pero se detuvo cuando el Greco alzó un dedo.

–Déjanos --dijo el viejo Toreador, calmado frente a la consternación de su sirviente y la furia de Owain.

Estupefacto, Miguel bajó el arma y se escabulló de la habitación. Con suma lentitud, el Greco enderezó la silla que Owain había derribado y se sentó. Señaló a su visitante para que hiciera lo mismo, pero éste se negó.

–¿Qué te ha pasado? --preguntó el Ventrue con voz llena de disgusto.

–Nada que no te haya sucedido a ti, Owain --dijo el Greco rascándose la barbilla puntiaguda.

Aquello no era lo que Owain quería escuchar. No se parecía en nada a la criatura patética que tenía delante.

–Deliras --le acusó--. Eres un demente balbuciente. Me enviaste en esta persecución detrás de Carlos como si fuera tu rival, como si fuerais iguales. ¡Pero no eres nada! No me has dado información alguna que pudiera haberme ayudado. Estabas dispuesto a arriesgar mi destrucción porque eras incapaz de enfrentarte a la verdad.

–¿Qué verdad es esa? --preguntó tranquilamente el Greco.

Owain comenzó a pasear por la sala.

–La verdad es que Toledo ya no es tu ciudad, y por lo que sé no lo ha sido desde hace muchos años. La verdad es que Carlos no está invadiendo tu territorio, sino que es el dueño de todo. --Mientras hablaba podía ver cómo la piel del Greco ganaba color, así como la tensión que se acumulaba en sus puños apretados--. ¿Por qué te convocó realmente Moncada a Madrid? No para exigirte la paz con Carlos, pues la guerra ya había terminado con tu derrota. ¿Le pidió a Carlos que tolerara tu presencia? ¿Era ese el modo de pagarte viejas deudas, como el fiel lacayo que fuiste hace siglos?

Con un terrible grito, el español se puso en pie, tomó la silla y la destrozó contra el escritorio. El asiento se desintegró en incontables astillas, y el golpe aplastó parte de la cubierta circular de la mesa.

–¡Ésta es mi ciudad!

Los dos viejos amigos se quedaron mirándose. La locura, la desesperación habían aparecido en la mirada del Greco. Aunque su cuerpo se había marchitado, aún conservaba una gran fuerza. Seguía sosteniendo el respaldo de la silla rota. Owain reparó en las puntas de madera.

Comprendió hasta dónde había caído su antiguo camarada. El Toreador había sido en su tiempo el Cainita más influyente de la ciudad. Aunque las riendas del poder mortal habían cambiado de mano una y otra vez, había sobrevivido aceptando a cada nueva fuerza de ocupación, bebiendo cualquier belleza que tuviera que ofrecer. Quizá ese fuera su mayor legado: que había trabado amistad con el artista humano más ampliamente asociado con Toledo, Domenicos Theotocoulos. El pintor, que por casualidad procedía de un lugar cercano a la tierra natal del Toreador, había adoptado afectuoso el *nom de guerre* de su mentor, el Greco.

Aquel legado perviviría, pero en aquel momento no significaba mucho para el tocayo vampírico del famoso artista. Owain podía ver su desesperación mientras se enfrentaba a la verdad de la situación. Todas las preguntas del Ventrue quedaron contestadas en aquel momento.

–Sí –dijo Owain tranquilamente–. Ésta es tu ciudad. –No le había ocultado nada por pura perversidad, como había sospechado. Simplemente no podía enfrentarse a la verdad, no la comprendía. No había modo de que se la expusiera a otro. Era una reliquia de días pasados, como Owain podía haberse convertido si la sirena no le hubiera devuelto al presente reuniéndolo con sus antiguos sentimientos. ¿Qué le había sucedido al Greco? *Nada que no te haya sucedido a ti.*

–Los sueños, Owain –dijo el Toreador con ojos tristes y preocupados. El Ventrue quería ver un destello de lucidez tras aquella mirada–. Los sueños son lo peor. Veo cómo sucedió. –Dejó caer al suelo los restos de la silla y observó horrorizado sus propias manos, volviéndolas una y otra vez para estudiar cada hueso, cada vena–. Es la maldición. Trae sueños. Me lleva al pasado. –Ahora contemplaba a Owain en silencio, con ojos suplicantes.

Éste se miró las manos. *La maldición trae sueños.* Él había sufrido lo mismo. Se había preguntado si la maldición tendría algo que ver con todo, pero cada vez que pensaba en ello apartaba la idea de su mente. *La maldición trae sueños.* Podía ser perfectamente posible.

¿Qué era la locura sino un sueño en la vigilia? No podía desdeñar las ideas de la patética criatura que tenía delante. El Greco había demostrado demasiado a menudo la fuerza de su intuición.

*Los sueños.*

*La maldición.*

*El Proyecto Angharad.*

Descubriría de un modo u otro si estaban relacionados o moriría en el intento.

–Encontraré un modo de detener la maldición –dijo, y un pequeño alivio asomó a la mirada del Greco–. Pero escúchame –añadió desafiante–: no lo hago por ningún sentido de la obligación o del deber hacia ti. Tengo mis propios motivos. –*Por Angharad*, estuvo a punto de decir. *Y por la vieja amistad de un patético despojo.*

Resistió el impulso de tocar al Greco, de ponerle una mano en el hombro. Era un gesto que no era capaz de realizar, un rasgo demasiado... humano. Dejó que sus sentimientos desaparecieran. Sabía que podía destruir a aquella criatura en caso de necesidad. No había que preocuparse demasiado por lo que el Greco intentara.

–Tienes obligaciones hacia mí –protestó débilmente el Toreador. Señaló el tablero de ajedrez sobre la mesita junto al escritorio. Las piezas seguían en la misma posición que Owain había visto hacía varias noches–. Sí, me has vencido en ese campo de batalla, Owain.

El Ventrue no comprendía lo que quería decir. El Toreador parecía pensar que aquella era la partida que habían estado jugando, y que Owain había sido el ganador. *Más delirios*, pensó. *La demencia es profunda.*

Dolorosamente, el Greco estiró el brazo y tomó al prácticamente indefenso rey blanco entre sus dedos retorcidos. Apretó la figura fuertemente en el puño y el plástico fundido comenzó a fluir entre sus dedos sobre su regazo, sobre el suelo.

–Esto no es más que un juego –dijo–. Sin embargo, tú me has hecho juramentos, y también al Sabbat.

–Mis juramentos tienen siglos –respondió Owain–. Ninguna promesa sobrevive tanto tiempo. No son eternas.

El Greco frunció el ceño.

–*Todas las promesas deberían durar eternamente. De otro modo, solo son palabras.*

Owain se volvió y dejó a su viejo amigo. Abajo, Miguel esperaba en el salón con Javier. Entró en el cuarto y los dos vampiros alzaron la mirada.

--Miguel --dijo--, crúzate una vez más en mi camino y te mataré.  
--Dejó la casa.

\* \* \*

Kli Kodesh liberó su control sobre la hebra retorcida de la profecía, que se soltó de él marcando con su fricción una línea rosada en la palma blanca como el mármol. Una única gota roja surgió en la copa que formaba con la mano, como el agua bendita en su fuente.

La cola de la profecía parpadeó desdeñosa antes de desaparecer restallando como una serpiente.

Kli Kodesh la observó impasible. Dejó que su mano cayera a un lado y apretó el puño. Cuando la volvió a abrir, estaba intacta. La sangre había desaparecido. Podía haber sido una escultura en vez de un ser de carne y hueso.

Si notó el milagroso cambio, no dio muestra alguna de ello. Su atención estaba fija en el horizonte urbano que se desvelaba poco a poco. Con ansiedad creciente observó cómo la urbe se enfocaba. Algo en su interior se agitó al ver la primera muestra de arquitectura árabe. A medida que el complejo laberinto de la Ciudad Antigua se extendía ante él, se vio corriendo, recorriendo rutas que apenas recordaba en aquella maraña de callejones y mercados. La ciudad le golpeó como algo físico. No había duda de que muchas cosas habían cambiado desde su última visita, pero eso era casi inevitable. Hacía que no venía... demasiado.

Toda la urbe se extendía ya bajo sus pies. Bebió profundamente de ella. Mostraba abiertamente los recuerdos de su sangrienta historia.

Toledo, la Ciudad de la Espada.

Se trataba de una península asediada por el agua por tres de sus esquinas. Sin embargo, pensó, lo que la hacía única no era que formara una península en el espacio, sino que también lo fuera en el tiempo. A lo largo de su turbulenta historia Toledo había estado rodeada por tres culturas en conflicto, cambiando de manos repetidamente en la Edad Media a medida que los árabes, los cruzados y los judíos trataban de hacerse con el poder. Owain se había visto regresando a sus familiares confines una y otra vez.

El ojo atento aún podía vislumbrar el patrón de la ciudad que aguardaba agazapada bajo la moderna urbe. Le pareció que había vuelto a casa.

No esperaba que la profecía le llevara tan lejos tan rápidamente.

Parecía que solo habían pasado unas noches desde que surgiera de las aguas del fulgor de neón de la Ciudad de los Ángeles. Fue allí donde comprendió las primeras señales sutiles de lo que sin duda era el Patrón Definitivo.

Desde ese momento ya no podía evitar la sensación creciente de que sus actos estaban, hasta cierto punto, prescritos por una fuerza superior, casi predeterminados. Había seguido rastreando aquel patrón, por supuesto, hasta llegar a la telaraña negra de profecías que era la Ciudad de la Cicatriz.

En el corazón de aquella red, en lo más profundo de las calles de la ciudad, había sentido una oscura presencia esperando. Un poder alienígena moraba allí, una viuda negra tanteando las delicadas hebras de la profecía. Kli Kodesh podía sentir su mensaje repicando. Estaba llamando a casa a los suyos.

No era difícil seguir el curso de aquella línea vibrante. Le había dejado allí, en la Ciudad de la Espada. En algún lugar de aquel antiguo laberinto, entre la presión de tres creencias al acecho, sabía que encontraría a aquel que debía recibir su mensaje, su profecía.

Sabía poco de aquel a quien buscaba. Su única ventaja era un antiguo nombre, un título que había sobrevivido al paso de los siglos sellado en las palabras de viejos presagios, como un pergamino marchito encerrado en un tubo de hueso.

Descendió con decisión hacia la ciudad para encontrar a aquel a quien las canciones llamaban el Asesino de la Estirpe.

## \_\_\_\_\_ 11 \_\_\_\_\_

J. Benison Hodge, príncipe de Atlanta, se sentaba inmóvil en la sala de conferencias en Rhodes Hall. Su sable de oficial estaba profundamente clavado en la madera, atravesando por la mitad el grueso periódico dominical. Cada tic tac del péndulo tras él le resultaba como un trueno. Cada gramo de su energía estaba dedicado a mantener el control. Solo un supremo esfuerzo de voluntad le impedía destrozar por completo la estancia, recorriendo toda la casa en una furia destructora; un supremo esfuerzo de voluntad y el pensar en la reacción de Eleanor si descargaba su enojo otra vez sobre los muebles.

*Un príncipe debe ser de temperamento moderado, se decía una y*

otra vez.

*Debo demostrar que soy digno de dirigir la resplandeciente ciudad de Primus, y ésta no es más que una de mis pruebas.* Su mano tembló mientras trataba de no arrancar la espada de la mesa para convertir la estantería en astillas. Quería derruir hasta los cimientos de aquel edificio.

*Un príncipe debe ser de temperamento moderado.*

*Un príncipe debe ser de temperamento moderado.*

Incapaz de resistirse, como al arañar una costra que hay que dejar en paz para que sane, volvió a mirar los titulares que le habían saludado al despertar aquella noche: EL CCPE TEME UNA EPIDEMIA MUNDIAL. Su mano tembló aún más. Cerró los ojos e inspiró profundamente para calmarse.

Desde que la maldición de la sangre apareciera hacía semanas, Benison había trabajado sin descanso para preservar la Mascarada, para asegurar que la muerte y el caos en el mundo de los Vástagos permanecieran ocultos a los ojos mortales. La historia era similar en toda la nación, en todo el mundo. Los Cainitas eran abatidos por un Dios furioso, y a medida que las estructuras vampíricas existentes se debilitaban, los supervivientes pugnaban violentamente por la supremacía. Los mortales habían sentido los temblores, pero estaban acostumbrados al gobierno del miedo y la incertidumbre. Mirarían hacia otro lado mientras pudieran.

Benison abrió los ojos y observó de nuevo el titular. *Aquello* no les permitiría mirar hacia otra parte. Por el aspecto de los hechos del artículo, la contaminación sanguínea se había extendido hasta cierto punto al ganado, cobrándose vidas entre ancianos y los débiles. Lo que los periódicos mencionaban solo de pasada, el enigma de la sangre fresca encontrada en cuerpos al parecer muertos hacía semanas, era el mayor peligro para los Vástagos. Si los investigadores seguían aquellas pesquisas...

Las noticias (en todos los medios parecían similares) eran una catástrofe, pero igualmente inquietante era el hecho de que los informes comenzaran en el *Atlanta Journal-Constitution*, extendiéndose a otros servicios de información. No solo los Cainitas de todo el mundo podían ser buscados y cazados hasta su exterminio, ¡sino que parecería culpa de Benison! El golpe definitivo a la Mascarada había procedido de la misma ciudad de la que él se hacía cargo, y Benison no tenía duda de cómo había sucedido.

*Thelonious.*

Una llamada a la puerta interrumpió los sombríos pensamientos del príncipe.

–Entra.

Vermeil abrió la puerta y dejó pasar a Xavier Kline, el gigantesco Brujah. Mientras el ghoul de Benison cerraba, Kline avanzó de forma sumisa, algo divertido si Benison hubiera estado de humor para ello.

–¿Bien? –preguntó el príncipe, conocedor de la respuesta.

–¿Perdón? –Kline inclinó la cabeza a un lado. No había recuperado totalmente el oído desde el ataque de aquella maldita Hija de la Cacofonía.

–¿Qué ha sucedido? –preguntó Benison más alto.

–No hay señal de Thelonious ni en su despacho ni en su refugio conocido –informó Kline–. Parece que se ha marchado apresuradamente.

Benison asintió. No le sorprendía. En cuanto había visto los periódicos por la mañana había enviado a Vermeil a buscar a Kline, con instrucciones para que éste localizara al antiguo Brujah y lo llevara ante el príncipe, quisiera o no. Benison no esperaba que Kline pudiera dar con el primogénito. Sin duda alguna había logrado los informes del CCPE, había puesto la historia en marcha y después había huido de la ciudad o se había ocultado. Kline no era lo bastante listo como para dar con él si no quería ser encontrado.

–¿Significa esto que soy el primogénito Brujah? –preguntó.

Benison alzó la mirada hacia el vampiro, tan alto como ambicioso.

–Esto significa –dijo– que los Brujah ya no disponen de un asiento en la primogenitura. Thelonious ha demostrado que vuestro clan es indigno. Tú has sido leal al príncipe, pero cualquier otro miembro de tu línea de sangre que no me jure lealtad personalmente será exiliado o destruido. Haz correr la voz.

Kline dio un paso atrás, como si hubiera sido golpeado físicamente por aquel pronunciamiento contra su clan.

–Pero atiéndeme, Xavier –añadió el príncipe–. Encuentra a Thelonious. Trámelo y su antiguo puesto en el consejo de la primogenitura es tuyo.

Los ojos del gigante se iluminaron al oír aquello, como Benison había esperado. *Tiene tantas posibilidades como de encontrar una paloma de cien kilogramos*, pensó el príncipe. Kline se excusó y salió de la habitación. Benison, que aún no había decidido los siguientes pasos a tomar, regresó a la contemplación de su espada, hundida en la mesa.



\* \* \*

Eleanor desapareció cuando oyó a Xavier Kline bajar por las escaleras y salir por la puerta principal. Quizá aquel fuera el momento de presentarle sus descubrimientos a Benison. Antes, Vermeil le había señalado que quizá el príncipe no estuviera en el más receptivo de los humores, pero habían pasado horas y no había oído gritos durante el encuentro con el Brujah. *Si J. Benison puede hablar con ese asesino a sueldo, no hay duda de que puede soportar a su mujer*, decidió.

Se volvió hacia Hannah y Tía Bedelía, que habían consumido todos salvo el último de los bollos de sangre. Ninguna tomaba nunca lo último de nada.

–Es la hora, señoras. –Eleanor y Hannah habían pasado el tiempo de su partida de bridge explicando su plan a Bedelía. Había sido una conversación larga e inconexa, recurriendo a numerosas repeticiones para asegurarse de que la anciana fuera capaz de comprender los hechos básicos con su mente senil. Nunca se podía saber lo que Bedelía diría, pero Eleanor estaba segura de que el príncipe podría escucharla a ella, que era su sire. Además, Benison nunca rechazaba los deseos de la vieja vampira.

Hannah se levantó y empujó la silla de ruedas de Bedelía hasta el vestíbulo. Eleanor tomó el paquete que descansaba sobre el sofá. Envuelta en un paño de terciopelo había una daga dorada. Con la ayuda de su esposo recuperaría a Benjamín, y Owain Evans tendría su merecido.

\* \* \*

*¡Debería haber funcionado, maldición! Dieter es un idiota, un bufón.* Aun después de dos semanas, Gustav seguía furioso por que la algarada que había ayudado a preparar no hubiera logrado cobrarse a su víctima principal. Wilhelm aún paseaba por las calles de Berlín. *Cojo al patético Reich Definitivo de Dieter, le doy dirección, fuerza... ¡y sigue comportándose como un incompetente!* Los disturbios eran un fenómeno lo bastante indirecto como para que Wilhelm no lo hubiera previsto y no pudiera prepararse contra él. Según todos los informes, el príncipe occidental, su chiquilla y su guardaespaldas Kleist habían sido arrollados e inmovilizados por una numerosa legión de cabezas rapadas, pero los tres Vástagos habían escapado.

*¡Traición!*, fue el primer pensamiento de Gustav. ¿Cómo si no había fracasado un plan tan exquisito? Había pasado gran parte de las dos últimas semanas interrogando a muchos de los participantes, tratando de descubrir a un culpable, intentado dar con el agente doble. Nada. No había encontrado señales de traición, meramente incompetencia. Pero, a pesar de todo, las sospechas persistían y no dejaban de acecharle. Su mente tendía a fijarse en las posibilidades más extremas, de darles vueltas una y otra vez durante toda la noche. Había vivido lo suficiente como para pensar que la paranoia no tenía un lugar adecuado. No rechazaba de entrada la idea de haber sido traicionado, y mientras recorría los sótanos más bajos del Palacio de Berlín supo que aquella noche descubriría la verdad.

El lugar era un laberinto de escaleras y túneles, de tuberías expulsando vapor o goteando por empalmes sellados con décadas de antigüedad. El sonido del agua goteando y el vago olor a alcantarillado eran inconfundibles. Al menos una de las cañerías que recorría el palacio estaba vacía, sabía Gustav, porque cada vez que necesitaba reunirse con cierta persona colocaba un mensaje en ella. Después solo era cuestión de tiempo.

*¡Sabré quién me ha traicionado y le haré pagar!*, se prometió mientras bajaba por otra escalera. La vieja bombilla parpadeaba errática, y su luz quedaba oscurecida por una densa nube de vapor.

–Gustav.

El príncipe oriental oyó el susurro y se volvió para ver una forma confusa en las sombras.

–¿Tienes noticias para mí?

–Como me pediste –dijo Ellison dando un paso adelante. Sin embargo, en vez de aparecer en la luz las sombras parecían seguirlo. El Ventrue apenas podía distinguir la figura retorcida del Nosferatu–. Buscas a los que se volvieron contra ti, a los que sabotearon tu plan para liberar a Berlín de Wilhelm.

–Sí –respondió el príncipe secamente. Odiaba el exagerado melodramatismo que a Ellison le gustaba emplear (*¡Dime lo que quiero saber, repugnante defecto!*), pero la precisión de la información del Nosferatu estaba más allá de toda duda.

–Fuiste traicionado –dijo Ellison.

–Lo *sabía* –respondió Gustav golpeando la palma de una mano con el puño, imaginando que estaba aplastando al responsable.

–Fuiste traicionado por la ineptitud de aquellos a los que elegiste –explicó el Nosferatu. Pronunció las palabras con suavidad, casi

inaudibles, pero resonaron en los oídos de Gustav como un martillo golpeando las cañerías—. No hubo traidor, nadie que bloqueara voluntariamente tus planes.

Gustav no podía creer lo que estaba oyendo. No quería creerlo. Necesitaba el nombre de alguien a quien poder aplastar, de alguien a quien pudiera señalar personalmente y dejar empalado al sol. Pero Ellison le decía que se le iba a negar aquella justa satisfacción.

—¿Estás seguro de ello? —El Nosferatu respondió con un ofendido silencio, hasta que Gustav comprendió lo que había dicho—. ¿Qué estoy diciendo? Proporcionas información... —dijo burlándose de la respuesta que siempre daba el Nosferatu cada vez que se le cuestionaba. Después rió—. Me dices lo que sabes, no lo que quiero oír. No eres como los demás.

Pero Gustav comprendió de repente que estaba hablándole a la oscuridad y al vapor. Ellison había desaparecido. *Un día te propasarás, palurdo deforme, y entonces te aplastaré y expulsaré a toda tu maldita línea de sangre de mi ciudad. Algún día.*

\* \* \*

Antes de que Gustav comprendiera siquiera que había desaparecido, Ellison se escabullía por el nivel inferior del Palacio de Berlín para desaparecer por la red de alcantarillado pluvial que recorría toda la ciudad, por los pasadizos que borraban las distinciones entre oriente y occidente para los Nosferatu, más que para cualquier otro clan.

Comprendió que quizá no era muy inteligente desairar a Gustav desapareciendo de aquel modo, pero el príncipe oriental necesitaba que se le recordara constantemente que los Nosferatu no tolerarían que se abusara o se dudara de ellos. Ellison proporcionaba un servicio. Nada le obligaba a entregar información a ningún príncipe, y mientras siguieran las hostilidades entre Gustav y Wilhelm los dos le necesitarían más de lo que él les necesitaba a ellos. Mientras siguieran las hostilidades... Si un príncipe resultaba victorioso, o si alguno de los dos descubría que sus servicios no eran exclusivos, su posición se haría de repente mucho más precaria.

Avanzó por las alcantarillas con más precisión y velocidad de las que ningún Vástago hubiera creído posible. Sus deformidades físicas le servían para desarmar las preocupaciones de los demás, y no eran una tara que le impidiera desenvolverse con facilidad. Podía carecer

de la elegancia a la que estaban acostumbrados los habitantes de la superficie, pero su brazo retorcido y sus piernas desiguales no reducían su velocidad.

Mientras se introducía cada vez más en los túneles que eran su refugio, apretó contra su pecho el medallón que colgaba de su cuello. Estaba elaborado de oro, y lo pulía todas las noches sin falta. Nunca lo abandonaba, y siempre lo llevaba oculto bajo sus ropas desastradas. De ser necesario, era capaz de comerciar con el favor de ambos príncipes para salvaguardar aquella pieza, su mayor tesoro.

Al fin se arrastró hasta un pequeño compartimento, poco mayor que un tonel, que era uno de los diversos lugares repartidos por las alcantarillas que había convertido en su refugio. Acomodado entre los harapos y papeles, abrió el medallón con sumo cuidado para que el dibujo que había en el interior no se soltara, algo que no había pasado durante los muchos años que había poseído la joya. Se trataba de un único trazo con tinta negra, pero de algún modo lograba capturar la misma esencia de su objeto: el amor perdido de Ellison, Melitta.

*Perdido solo de momento*, se recordó. Durante los últimos días de la Segunda Guerra Mundial, cuando las fuerzas Aliadas avanzaron y ocuparon la ciudad, una bomba detonó y uno de los túneles se colapso sobre ella. Melitta había logrado salir a rastras de los escombros, pero había entrado en un letargo del que aún no había despertado.

Ellison apretó el medallón contra su pecho, su corazón, y al hacerlo sintió su presencia. Sabía que la sangre de la no-vida, una cantidad mínima, aún fluía por las venas dormidas de su amada. El calor inundó su cuerpo, como si se acabara de alimentar de tres mortales. La recuperaría. Lo único que necesitaba era paciencia. Su cuerpo estaba oculto muy por debajo del nivel de la ciudad, lejos de donde él se encontraba ahora. La había llevado a un lugar seguro, y solo se permitía una visita cada año. Aunque era increíblemente improbable, existía el riesgo de que alguien lograra dar con ella, y no era un peligro que estuviera dispuesto a tolerar solo por satisfacer sus deseos personales.

Tendría que esperar y conformarse con aquel medallón. Rezaría a aquel dibujo como si fuera un icono oriental, y daría gracias a los dioses por que Isabella se lo hubiera entregado. El precio que le había pedido había sido muy pequeño, y hubiera estado dispuesto a pagar mucho más. Al principio había pensado que el medallón no significaba nada, que el dibujo no era más que una representación sentimental de

su imagen, pero había descubierto rápidamente que se trataba de algo mucho más importante.

Cerró los ojos y pudo imaginar a su amada Melitta tumbada a su lado, estirando el brazo para acariciarle la mejilla... pero fue su propia mano la que rozó su cara. A pesar de todo podía tocar su mente, *casi* podía sentir sus pensamientos. El medallón le acercaba tanto a ella que a veces era insoportable.

*Unos minutos más.* Podía permitirse un poco de tiempo más con su amada, regresando después a otros asuntos. *Vuelve a mí, amor.* Eran aquellos breves respiros lo que daba sentido a las noches de Ellison. Por lo demás, estaba absolutamente solo en el mundo. Otros Nosferatu podrían ser primos lejanos, pero era por Melitta por la que intentaba hacerse con un hogar seguro. *Vuelve.*

\* \* \*

Owain salió de la casa del Greco y el mundo se derrumbó sobre él. La que había comenzado como una noche clara era ahora lóbrega. Nubes tormentosas habían llegado desde el oeste, tan bajas que amenazaban con engullir a toda la ciudad. Los edificios indistintos de Toledo se juntaban, se inclinaban hacia delante dispuestos a derrumbarse y aplastar a Owain si el viento cambiaba de dirección. Las grietas se abrían bajo sus pies para sabotear su paso y determinados adoquines se alzaban para hacerle tropezar.

Había perdido de nuevo la certidumbre. Hacía meras horas había estado seguro de su odio hacia el Greco, un aborrecimiento que había estado cultivando desde que pusiera el pie en España. ¿Cómo se había atrevido su viejo amigo a hacerle cruzar el Atlántico para intentar imponerle su voluntad? No había peor crimen. Owain había pasado casi mil años asegurándose de que nadie le controlara, tratando de convertirse en dueño de su propio destino. El Greco había roto la muralla de aislamiento que contenía la furia dentro de su alma, y al ver designios tiránicos en las demandas del Toreador había estado dispuesto a destruirlo. Lo que había detenido el avance de esta animadversión había sido la sorpresa, la incredulidad al comprobar que ninguno de los vampiros a los que había acosado sabía nada de la existencia del Greco.

Al entrar en la morada de su antiguo amigo aquella noche el Ventrue había estado dispuesto incluso a sentenciarlo a muerte. No lo hubiera atacado directamente, pero había estado preparado para

decidir que el Greco debía ser retirado de la escena de una vez para siempre. Hubiera matado primero a Miguel, disfrutando del acto, y después hubiera descubierto a los demás seguidores, si es que quedaba alguno, encargándose de ellos. Al Greco lo hubiera dejado para el final. No más cabos sueltos. Pero tendría que haber seguido con su charada con Carlos, pues tenía que descubrir el motivo de la aparición del nombre de Angharad, una improbable coincidencia. Al menos estaría actuando por propia voluntad.

*Pero siempre hay complicaciones* pensó mientras el terrible trueno invernal resonaba a lo lejos. Las nubes parecían aún más próximas, tanto que casi tocaban las torres más altas del cercano Alcázar. Había más gente de lo habitual en las calles. Quizá también el ganado sintiera la fuerza apenas contenida de los cielos tormentosos. Owain hubiera preferido menos gentío. Estaba distraído por el reciente encuentro, y con tantos mortales alrededor era muy fácil para los espías del Sabbat esconderse. Era posible que no todos supieran que Owain y Carlos estaban negociando y que algún advenedizo tratara de deshacerse de aquel invitado no deseado en la ciudad. También estaba el Gangrel Nicholas, que podría estar rastreándolo por la calles. Había olvidado preguntarle a Carlos qué había pasado con él en la plaza, pero éste no tendría por qué haberle respondido. Era mejor no sacar el tema a tener que admitir que no sabía algo.

*Complicaciones.* Hubiera sido mucho más sencillo haber ignorado al Greco, haber hecho planes y destruirlo antes o después. Pero, igual que los cielos conspiraban ahora contra él, sus emociones le habían traicionado. Había visto cómo los años habían convertido a su viejo amigo en algo marchito e irrelevante, y se había sorprendido ante su propia misericordia. Prácticamente era una novedad para él, como mortal y como vampiro. Estaba seguro de poder influir fácilmente en el Greco. Tras ver la caída del Toreador, su tenue asidero con la realidad, Owain no se sintió amenazado, y donde normalmente hubiera sentido repulsión hacia aquel Cainita un débil espectro del que conoció, solo sentía pena.

Los relámpagos jugaban entre las nubes negras. El reloj de un campanario lejano marcó la medianoche, pero a pesar de la hora los mortales llenaban las calles. Algunos admiraban curiosos el cielo. Sin embargo, cuando Owain se fijó en ellos notó que muchos llevaban hatillos de ropa y enseres domésticos, viejas ollas, un espejo, un pollo. Aquella gente no vestía las prendas modernas, sino los vestidos y

pantalones hasta la rodilla que Owain había visto quinientos años antes... cuando residió en Toledo y vio a los judíos expulsados de España.

Siguió su camino, pues ya llegaba tarde a su reunión con Carlos, y vio a más y más de aquellos moradores del pasado. Eran sombríos, de pelo oscuro, y llevaban todo lo que podían cargar a sus espaldas, ajenos al clima tormentoso. Owain se detuvo y miró a su alrededor. Por un momento no pudo señalar quiénes estaban fuera de lugar, si los judíos del siglo XV huyendo de sus hogares o los modernos jóvenes, con sus ropas elegantes y sus botellas de vino. A medida que la lluvia rompió y la tormenta descargó toda su furia, las calles quedaron para los sombríos que se encogían ante el aguacero. Los habitantes modernos se dispersaron, buscando un refugio que ahora se le negaba a los demás.

Owain caminó sumido en un sueño. Podía sentir la llegada de la visión, era consciente de estar entrando en ella, pero se resistió. *No hay tiempo*, se dijo. Como no hubo tiempo para lamentarse por su viejo amigo, no podía detenerse a investigar a aquellos desdichados exiliados, ya fueran apariciones de su propia mente o de la misma ciudad.

Se acercó a la Iglesia de San Miguel y al túnel oculto por el que le habían guiado la noche anterior. Allí fue saludado por alguien que, sin duda, no era una aparición. Santiago surgió de las sombras seguido por una Cainita, también española por su aspecto. Owain, confuso por lo que había visto y sentido en la última hora, no ofreció comentarios ingeniosos, algo que Santiago no pareció lamentar en absoluto. Se volvió y guió al Ventrue hacia las entrañas de la tierra, seguidos por la mujer.

El túnel, iluminado por la antorcha ocasional en las paredes pero oscuro en su mayoría, le resultó a Owain aún más familiar aquella vez. Durante gran parte de sus años en Toledo había residido allí con el Greco. Antes de que él y su escolta doblaran una esquina ya sabía que habría un pasadizo que conducía abajo y a la izquierda, y otro a la derecha unos cuantos metros más adelante. Solo dos veces no recordó un giro o predijo incorrectamente la disposición del siguiente pasadizo. Las apariciones no le siguieron bajo la superficie de la tierra; no había seres del pasado que le recibieran. Sin embargo, de las sombras apareció inesperadamente Carlos. Los aretes de plata que atravesaban sus cejas y su nariz brillaban a la luz de las antorchas.

—Llegas tarde, Owain Evans —dijo—. Temía que hubieras

rescindido tu oferta. --Hablabas casi juguetón, ocultando que hubiera ordenar cazar al Ventrue de no haber regresado aquella noche--. Ven, acompáñame. --Le pasó el brazo por encima del hombro y lo guió por el túnel. Santiago y la mujer les seguían detrás--. Eres una persona intrigante. Tienes tu residencia en Atlanta, en los Estados Unidos, desde hace poco más de setenta y cinco años. Nunca has causado problema alguno allí, portándote como un responsable antiguo de la Camarilla, y ahora apareces de repente en Toledo tratando de chantajear a un obispo del Sabbat. --Dio unas palmadas alegres en el hombro a su invitado.

--Chantajear es una palabra muy fea --señaló Owain--. Prefiero pensar que estamos llegando a un acuerdo mutuamente beneficioso.

--Llámalo como desees. Lo que agrade más a tu conciencia.

Siguieron caminando en silencio, con Carlos abrazando a Owain durante un tiempo más bajo los túneles. El obispo no habló ni indicó que esperara información alguna del Ventrue. Owain trataba de recordar aquellos pasadizos, pero estaban demasiado profundos y eran corredores que habían sido usados principalmente por el Greco. No dejaban de descender.

--Fue insensato por tu parte comunicarte conmigo del modo en que lo hiciste --dijo al fin Carlos--. Todos los jóvenes reclutas de la ciudad saben que exigías una audiencia. Lo ven como una afrenta a mi autoridad. Además --dijo apretando de nuevo el hombro de Owain--, un antiguo de la Camarilla reuniéndose con un obispo del Sabbat... ¿Qué dirá la gente?

El Ventrue no podía replicar. No había sido especialmente discreto. Quizá fuera una reacción a las precauciones extremas que Miguel había tomado para llevarlo hasta Toledo. Owain había empleado la sutileza de un toro en los Sanfermines de Pamplona. O, quizá, la torpeza con la que había amenazado a su camarada Ventrue, Benjamín, hacía varios meses. Parecía que se estaba haciendo descuidado. Podía pasar después de novecientos años o un milenio: un viejo Cainita se cansa de la elaborada cautela y de los trucos que le han permitido llegar a su edad, o simplemente no le preocupan las consecuencias de sus deslices, ya sea por hastío o por convencimiento en la propia invulnerabilidad.

--Ah, pero te da igual --dijo Carlos, dándole unas palmadas en el hombro y dejándolo ir al fin--. Siempre haces lo que quieres, y si mueres en el proceso... que así sea. ¿Tanto temes a la maldición?

--Las palabras de Carlos seguían los pensamientos de Owain, pero



divergían para llegar a una conclusión diferente—. Así que decides: si la maldición me va a llevar como un águila gigante descendiendo desde los cielos, ¿por qué temer a la muerte? ¿Por qué contenerse?

Mientras Carlos guiaba a Owain por el último recodo, el Ventrue quedó estupefacto al comprender de repente dónde se encontraban, en qué zona del laberinto bajo el Alcázar. La inquietud lo invadió. Descendían por un largo pasillo recto y el suelo se hundía a medida que el techo se nivelaba, formando un corredor que podía tener el doble de la altura de los pequeños túneles que habían atravesado. El pasillo terminaba en una gran puerta de piedra, con protecciones talladas más antiguas que el Alcázar, más que el propio Sabbat. Owain había sentido una vez la energía de aquellas salvaguardas, aunque no conocía los ritos arcanos que daban poder a los símbolos.

Carlos tocó ligeramente la puerta, que se abrió con una sorprendente suavidad.

—Estos pasadizos son muy antiguos —dijo con un tono reverente extraño en un miembro del Sabbat, que por lo general disfrutaban con la violencia y la destrucción—. Más viejos que España. Quizá tanto como el mundo.

Una arena fina cubría el suelo de la pequeña estancia que había al otro lado. Los muros estaban cubiertos con más runas, así como el sarcófago de piedra que ocupaba la mayor parte de la cámara. Las rodillas de Owain temblaron al ser asaltado de nuevo por la sensación de tiempo yuxtapuesto que había sufrido en la calles. Allí no. No en aquel instante, en presencia de Carlos. Owain vio las protecciones talladas brillar con luz y poder, como habían hecho al ser activadas por un Tremere (Tanzani, ése era su nombre) que había servido al Greco. La tapa del elaborado sarcófago estaba abierta, pero Owain no tenía fuerzas para mirar dentro. Sintió un repentino miedo a encontrarse en aquel tiempo lejano, a observar aquel ataúd y verse a sí mismo, pues allí había entrado una noche para no emerger hasta más de doscientos años después.

—¿No crees? —Carlos le estaba preguntando algo. Owain no logró captar todas las palabras, pero los dos estaban en el allí y el ahora, en el presente. Se aferró a la presencia del obispo y se obligó a asentir. Se asomó con cautela al borde del sarcófago y comprobó que estaba vacío. Las visiones retrocedieron. Las protecciones eran grises, inertes, vacías de poder.

Miró a Carlos, cuya expresión revelaba muy poco. Parecía contento, casi como había estado desde que Owain lo conociera. ¿Por

qué le había llevado allí? ¿Había descubierto su relación con el antiguo dueño de aquel lugar? ¿Sabía Carlos que Owain había pasado siglos en letargo en aquella misma cámara?

El obispo sonrió.

–Me gusta este lugar. –Paseó alrededor del sarcófago acariciando la piedra fría, pasando la punta de los dedos por las runas talladas–. Me gusta porque es silencioso como la muerte. –Se detuvo y levantó la cabeza para escuchar la vacuidad–. Muchos de mis seguidores no saben nada del silencio, Owain. Esta quietud funeraria... –Se detuvo un instante–. Es el sonido del vencedor después de que tus enemigos sean derrotados, cuando aguardan empalados a tus pies, con la sangre en tus labios, antes de que el sol consuma su carne. ¿Puedes oírlo? –dijo alzando la mirada–. Piel, músculo, grasa, cociéndose como si estuvieran en una parrilla.

Carlos quedó en silencio y Owain pudo sentir el peso de la quietud, mayor que todas las toneladas de tierra que los separaban de la tormenta. Una vez Owain había deseado la muerte en aquel lugar, pero había sido demasiado cobarde y solo logró ocultarse del mundo. Quizá su deseo fuera a ser cumplido ahora. Quizá Carlos no pensara dejarle abandonar jamás aquel lugar. En la era de las espadas, del acero contra el acero, Owain no hubiera sentido inquietud por su huida. Un espadachín superior, especialmente un Cainita, podía vérselas contra enemigos imposibles, pero las armas de fuego nivelaban la balanza a favor de las torpes masas. Un disparo desde lejos, una ráfaga de ametralladora, podía reventarle la cabeza al más adepto espadachín.

–Has hablado –dijo Carlos, rompiendo el silencio e inclinándose, apoyando los dos brazos en el sarcófago– de cosas que nadie debería saber. Has hablado de secretos y has amenazado con sacarlos a la luz del día. También hablas de tratos mutuamente beneficiosos. Te ofrezco un acuerdo.

Owain atendió con cuidado. Parecía que Carlos desconocía la importancia que aquel lugar tenía para él. Se reunían allí por motivos puramente simbólicos. De un modo extraño, a Owain le gustaba aquel depredador que se inclinaba sobre su antiguo lugar de descanso. Como una serpiente al sol, Carlos parecía encantador, aunque estaba seguro de que podía enroscarse y matar en un instante.

–Como mencionaste antes –dijo el obispo–, chantaje es una palabra muy fea. Me gusta pensar en esto como en una oportunidad para intercambiarnos favores, y posiblemente para tender los

cimientos de una relación mutuamente beneficiosa. ¿Te molesta este acercamiento a nuestra... situación?

Owain negó con la cabeza. Estaba intentando medir las palabras de Carlos, leer bajo ellas. ¿Estaba hablando en serio, o no era más que una treta para descubrir lo que Owain sabía y destruirlo?

–Bien –dijo el obispo juntando las manos–. Ésta es mi oferta: primero, no te mataré. Segundo, te extenderé mi protección, como pediste, cuando el Sabbat reine supremo. A cambio te pido dos favores: primero, que me entregues la sangre que dices tener. Aún hay ciertas personas a las que le has dicho lo que sabes. Me será más fácil comprar tu silencio y el suyo que torturarte y descubrir quiénes son y matarlos a todos. Sabes que es cierto. Tu seguridad asegura su silencio, pues con tu muerte extenderían el secreto. Segundo, estarás dispuesto a proporcionarme cierta información cuando te lo solicite.

El acuerdo parecía sorprendentemente justo, aunque Owain reparó en dos detalles. A pesar de lo que decía, sin duda Carlos intentaba descubrir la identidad de aquellos a los que supuestamente Owain había confiado el secreto del origen de la maldición. Sería un proceso lento y arduo, pero el obispo haría todos los intentos por descubrirlos para matarlos a todos, incluyendo al Ventrue, su nuevo aliado. Lo que era más importante, aunque Owain se sentía inclinado a aceptar, no disponía de la sangre que Carlos quería. Su mente corría a toda velocidad. Necesitaba acceso a laboratorios mágicos, descubrirlo todo sobre el Proyecto Angharad, pero no podía entregar la sangre.

–Suenas muy caritativo –dijo– y podría acceder a tus términos, excepto en que conservaré la sangre.

Carlos rió con fuerza.

–Ah, no te sientes seguro. –El tono amistoso que había mostrado desapareció rápidamente–. Vienes aquí –dijo señalando la cámara–, a mi guarida, porque crees que la posesión del vial te protege. –Dio un paso atrás y rodeó el sarcófago, acercándose a Owain, que no había pasado del umbral–. No sobrestimes el poder de tu escudo. Sí, podría serme... inconveniente ser vinculado directamente con la maldición, e incluso algunas pruebas de mi culpabilidad podrían ser problemáticas. Preferiría evitar esa situación. Sería incómoda... pero no insalvable. El vial no te hace inmune. Podría haberte matado anoche... igual que podría hacerlo hoy. No me plegaré hasta que te plazca. Que te permitiera marcharte anoche debería demostrarte que estoy más que dispuesto a ser razonable. El anonimato de tus confidentes te

protegerá tanto como cualquier vial. Para mí --dijo regresando a su actitud jovial-- es un cabo suelto que no quiero dejar en el aire. No está abierto a negociación.

Owain asintió pensativo. Su traducción: *Dame la sangre o muere*. Aquello le dejaba en una precaria posición. Sonrió.

--Eres muy persuasivo. --Carlos parecía satisfecho consigo mismo--. Acepto tus términos --dijo Owain-- con una estipulación adicional.

La sonrisa del obispo se hizo escéptica.

--¿Y es...?

--Te entregaré el vial, pero primero debo ver el laboratorio de donde procede. Debo hablar con los hechiceros que liberaron esta maldición sobre nosotros. --Era un débil gambito, sí, pero necesitaba dar con el laboratorio si quería descubrir algo. Ya se preocuparía más tarde por solventar el pequeño detalle de que no tenía el vial.

--Eso no serviría para nada --dijo Carlos considerando absurda la petición.

--Estoy negociando que *tus* seguidores descubran los misterios de la maldición --señaló el Ventrue--. Merezco conocerlos personalmente, hablar con ellos.

--¿Mereces? --repitió incrédulo el obispo. Inspiró profundamente y sus manos se convirtieron en puños--. Por favor, elige tus palabras con cuidado ¡porque no mereces *nada*! Podrías encontrarte rápidamente sin trato.

La paciencia de Carlos se había agotado sin previo aviso. Owain sentía cómo la negociación se le escapaba de las manos, pero sin aquella concesión los peligros a los que había sobrevivido no hubieran servido de nada. Intentó rápidamente un nuevo acercamiento, encogiéndose de hombros con aire inocente.

--¿Qué mal puede hacerte? A mí me satisfará... y tú tendrás tu sangre.

--¿Te crees lo bastante sabio como para juzgarlos a ellos y a su trabajo? --se burló Carlos.

--Te sorprendería lo que sé --replicó Owain.

El obispo dio un paso atrás ante aquel comentario. La sonrisa regresó a su rostro.

--Dios mío. --Se acercó a él y le quitó el polvo del hombro--. Me gusta tu audacia, Owain Evans. No sé si eres increíblemente directo... o la persona más estúpida que he conocido jamás. --Tomó las solapas del Ventrue en sus dedos y se inclinó, hasta que sus caras estuvieron

separadas meros centímetros—. Te concedo tu última petición.

*Última petición.* Owain no quiso pensar en aquel giro particular de la frase.

—Pero no confundas mi magnanimidad con debilidad —añadió—. No habrá más favores. Niégame lo que pido, sugiere una nueva limitación en nuestro acuerdo, y morirás. Con vial o sin él. Aceptaré las consecuencias. —Dio un paso atrás y arregló la chaqueta de Owain—. Nuestro acuerdo está sellado.

Owain asintió, pero cualquier comentario que fuera a hacer quedó postergado por el sonido de pasos por el pasillo. Carlos enarcó una ceja y miró en esa dirección.

—Tenemos invitados.

Santiago se detuvo en el umbral.

—Mis perdones —dijo al obispo—, pero hay noticias importantes.

—Ya veo. —Se volvió hacia Owain—. Discúlpame un instante. —Sin esperar respuesta siguió a Santiago, que solo se detuvo para dirigir una breve mirada al Ventrue.

Tras un momento Owain pudo oír susurros en el pasillo. No tenía modo de saber que se hablaba sobre él, salvo la paranoia que le había ayudado a alcanzar su edad. Miró el pasillo y se alivió al notar que la entrada no había sido modificada a lo largo de los años. No podían encerrarle en aquella cámara. La cancela de madera y los refuerzos de hierro estaban diseñados para impedir a los demás que *entraran*, como bien recordaba. Cuando las protecciones se activaban la cámara era impenetrable, pero aquello no le servía de nada, ya que carecía del conocimiento para alimentar su poder.

Sospechando las intenciones siniestras de Santiago, se acercó a la puerta. Aún estaba medio abierta y podía ver a Carlos, al recién llegado y a un tercer Cainita a varios metros de distancia. Estaban conferenciando en voz baja, y la acústica de los túneles ayudaba a hacer incomprensible su conversación. Mientras el extraño hablaba, Santiago atendía malévolo y Carlos mostraba interés.

Fue el tercer vampiro el que llamó la atención de Owain. Su rostro le era familiar. Lo había visto antes... y no era uno de los Sabbat con los que había intentado encontrar al obispo.

Se dio cuenta.

Justo cuando recordaba dónde lo había conocido, Javier levantó la mirada. Sus ojos se encontraron con los suyos y sonrió. Señaló hacia el Ventrue, que se encontraba en la puerta entornada, y dijo en voz lo bastante alta como para que lo comprendiera:

–Sí, es él.

De repente, la puerta se abrió de un golpe contra el Ventrue. La mujer que había acompañado a Santiago le apuntaba a la cara con una pistola. Por encima de su hombro, Owain podía ver a los otros corriendo por el pasillo.

Con una velocidad sobrenatural aferró la muñeca de la vampira y apartó el arma de su rostro. Para que Owain no le partiera el brazo la mujer tuvo que girar y darle la espalda a su enemigo, que ahora sostenía la muñeca y el revólver apuntando a los tres Sabbat.

Luchó, pero la sangre no era fuerte en ella, ni tan vieja ni tan rica como la de Owain. Éste puso su dedo en el gatillo, sosteniéndola como escudo contra el arma que Santiago había desenfundado. Efectuó dos disparos atronadores hacia el pasillo, obligando a los tres rivales a saltar buscando cobertura.

La española trató de liberarse, pero Owain tenía el brazo izquierdo alrededor de su garganta. La arrastró hacia la cámara y le dio un empujón a la puerta, aunque Santiago ya estaba de nuevo en pie y corría a toda velocidad. Golpeó la losa antes de que se cerrara por completo, antes de que Owain pudiera empujarla y atrancarla con la viga de madera.

El Ventrue no podía hacer más que sujetar a la mujer y apoyarse contra la piedra que Santiago golpeaba con furia. En un instante, Carlos y Javier sumarían su fuerza y la losa se abriría. El bloque pesaba varias toneladas, pero estaba perfectamente equilibrado en su pivote. Una vez comenzaba a moverse, nada podía detenerlo. El tiempo se acababa.

## \_\_\_\_\_ 12 \_\_\_\_\_

Owain no podía hacer mucho por mantener la presión contra la losa de piedra y no liberar a su prisionera. La Sabbat no estaba dispuesta a soltar el revólver, y lanzó la mano izquierda por encima de su hombro, tratando de clavarle las garras en los ojos, hundiéndolas en su carne. El Ventrue echó hacia atrás la cabeza y la vampira inclinó la suya a un lado, siseando.

Owain oyó y sintió el impacto de un cuerpo contra la puerta a su espalda. Carlos o Javier se habían unido a Santiago empujando, y no

había duda de que el otro no tardaría. Volvió a retorcer la muñeca de la mujer, que aulló de dolor y rabia, aunque sin poder hacer más que retardar los movimientos que su enemigo le obligaba a realizar. La presión contra la puerta comenzaba a ser insostenible, y Owain no podía hacer más que ganar unos pocos segundos.

Lenta, muy lentamente, dobló la mano de la vampira. Ahora el revólver apuntaba al hombro de su prisionera, pero siguió apretando. La mujer gritó rabiosa cuando sus últimas fuerzas le abandonaron. Su rostro se retorció por el esfuerzo y Owain le metió en cañón del arma en la boca. Sé apartó a un lado y apretó el gatillo.

Trató de ignorar el rugido ensordecedor, los fragmentos de cráneo, cabello y seso que cubrieron su cara. Necesitaba concentrar todas sus energías en la puerta, que comenzaba a inclinarse en su contra. El cuerpo de la mujer cayó a sus pies.

Libre de distracciones, tensando todos sus músculos y haciendo uso de la potente y vieja vitae en sus venas, comenzó a hacer progresos. El movimiento de la losa se detuvo y se invirtió. Nunca había llegado a abrirse lo bastante como para que Santiago o los otros consiguieran introducir un brazo para detenerla, y considerando la masa de la losa no hubiera sido más que la receta perfecta para la amputación.

Owain alzó la mano derecha y trató de bajar la cancela de madera, pero a la puerta aún le faltaba cerrarse varios centímetros. Ya estaba empujando con todas sus fuerzas y no tenía nada más que sumar.

Entonces sintió cómo sus pies cedían. Estaba resbalando en la sangre del suelo. Mientras caía, su peso sobre la viga de madera bastó para lograr que ésta se encajara en su alojamiento metálico. Se cerró con un crujido mientras Owain aterrizaba sobre un charco de sangre.

Apenas podía oír las voces y golpes al otro lado. La losa era tan sólida que romperla y partir la viga sería todo un problema, aunque no imposible. Y Owain no sabía de qué recursos podrían disponer Carlos y sus secuaces del Sabbat. Las artes negras de un Tremere bastarían donde la fuerza de veinte Cainitas podía fracasar; Owain no sabía de cuánto tiempo disponía.

Revisó rápidamente la estancia en la que había permanecido tanto tiempo en el pasado. De no ser por el cuerpo en el suelo, podía haberse imaginado emergiendo de nuevo del letargo. También los golpes contra la puerta le recordaban sus actuales problemas, y entre

ellos Javier, uno de los agentes del Greco y de Miguel, al parecer un espía para Carlos. Pero no tenía tiempo para aquellos asuntos. Los alejó cuanto pudo de su mente.

Revisó rápidamente la pequeña sala, su tumba. Aparte del sarcófago, la puerta atrancada y las runas talladas en los muros, no había nada. La cámara solo era un poco mayor que el ataúd. Lo palpó en busca de una runa en particular que aún recordaba. Tras unos instantes dio con ella, y cuando pulsó con los dedos la muesca más profunda, el sonido de la piedra chirriando inundó el lugar. Una parte de la pared se abrió, revelando un pasadizo que ascendía desde la tumba.

No había antorchas en el corredor. Owain esperaba que eso significara que Carlos y sus seguidores nunca habían descubierto aquel lugar, lo que era posible porque le habían arrebatado las catacumbas al Greco por la fuerza, probablemente sin visita turística incluida.

Antes de comenzar el ascenso volvió a atender a los ruidos y gritos en la puerta, pero no oyó nada. Era posible que los disparos del revólver le hubieran dejado los oídos zumbando un tiempo, y la losa era lo bastante gruesa como para bloquear la mayoría de los sonidos.

*El revólver.*

Lo recogió del suelo junto al cuerpo de la vampira española. No era un experto con las armas de fuego modernas, pero podía demostrarse útil. Miró una vez más alrededor de la estancia. Se sentía raro al estar allí de nuevo, esta vez huyendo de lo que antes había sido un refugio seguro.

Mientras cerraba la puerta oculta tras él, la luz de la cámara quedó bloqueada y Owain se encontró en una oscuridad más completa que la que había invocado para ocultarse. Incluso sus ojos sobrenaturales se esforzaron para discernir formas en la negrura absoluta. Solo el tacto de la piedra tosca sobre sus dedos traicionaba la existencia de un mundo a su alrededor. Por lo demás, podía haber estado flotando en la nada del letargo que una vez le había reclamado.

Mientras se abría paso por el corredor atendía a cualquier sonido de persecución. No solo no se materializaban, sino que cuando se detuvo, eliminando incluso el ruido de sus propios pasos, el silencio le resultó inquietante. *Si estuviera dispuesto a rendirme, pensó, podría tumbarme aquí y nunca me molestaría nadie.* Pensó en ello. Después de todo, había fracasado. Carlos había estado dispuesto a mostrarle los laboratorios, aunque no tenía idea de lo que hubiera hecho



entonces. Tampoco sabía cómo falsificar el vial de sangre contaminada que había asegurado tener, pero estaba seguro de que hubiera pensado en algo. Ahora el camino estaba bloqueado, ¿Cómo podía esperar descubrir algo más sobre cómo se relacionaba el nombre de Angharad con la maldición?

Carlos estaba dispuesto a negociar, incluso, al parecer, a aceptar a Owain entre los suyos, pero Javier había terminado con aquella esperanza. El único Cainita en Toledo que había trabajado para el Greco y para Miguel, aparte de Owain, claro, era en realidad un espía del obispo. *Qué irónico*. Carlos había sustituido por completo al Greco como amo de Toledo. Solo en la mente del viejo Toreador aún no era así.

*Maldito Javier*. ¿Pero no había tratado Owain con Carlos con falsas premisas? No culpaba a Javier por su falsedad, sino por lo bien que había mentido. Quizá Owain hubiera sido más cuidadoso si el Greco y Miguel le hubieran explicado de forma directa la situación real de la ciudad, pero ellos tampoco hacían más que interpretar su papel. Al parecer, el Greco era incapaz de ver la realidad de la situación. Miguel compartía el delirio de su maestro o seguía órdenes de las que no se atrevía a desviarse. Ya no importaba demasiado.

*Sigue moviéndote*, se dijo Owain. Sus pasos comenzaron a resonar de nuevo en la oscuridad, afirmando su presencia en aquella nada. Imaginaba que Carlos y sus seguidores no conocían aquel túnel en particular. Probablemente ya hubieran logrado derribar la losa. Hubiera tenido más sentido que Carlos eligiera esa cámara para encontrarse de no haber conocido aquella ruta secreta. Owain no había necesitado huir cuando despertó de su letargo de dos siglos y medio, pero las precauciones, aquel túnel en particular, habían demostrado ser afortunadamente útiles.

El camino estaba peor tallado que los demás túneles bajo el Alcázar. El suelo no era regular, y ni siquiera estaba limpio en algunas zonas. Los muros y el techo se curvaban y caían, como si los mineros ya muertos hubieran intentado mantener una cierta regularidad sin atravesar cada filón de roca sólida que encontraron. Owain comenzó a dudar de sus recuerdos de la ruta cuando llegó a los pasadizos laterales. No se acordaba de ningún túnel que se bifurcara hacia los lados. Al principio los pasó de largo, pero cuando la cuenta de los nuevos pasadizos superó la media decena se preguntó si sería posible que la ruta original siguiera una de aquellas sendas, siendo el camino recto una adición posterior.

Mientras pensaba en aquello comenzó a oír voces. De haber sido el ruido de gritos y los gruñidos de los sabuesos de sangre hubiera corrido directamente en la dirección contraria, pero lo que oyó era... El sonido era tan ajeno a aquel lugar que dudó unos instantes, pero tras un rato se convenció. Oía risas, risas mezcladas con una débil música.

Owain trastabilló en la oscuridad huyendo de los sonidos extraños, pero éstos parecían acompañarle, tanto la conversación como las risas de una reunión social, las notas suaves de un instrumento de cuerda, quizá una mandolina, iguales a las que el Greco había usado para inundar sus salones.

Un terror inexplicable comenzó a adueñarse de él. Temía a la música más que a los disparos del Sabbat. La risa y las notas no pertenecían a aquel lugar: procedían de otra época. Como los espectros de los judíos huyendo de sus hogares, aquellos sonidos eran reales para él, pero no podían ser ciertos. El mundo de su memoria se estaba mezclando con el de los sentidos, y en aquellos túneles ciegos y mudos los recuerdos tomaban el control.

Se apresuró en la oscuridad, tratando de pensar una ruta que le alejara de aquellos fantasmas, pero éstos le perseguían. Tropezó en el suelo irregular y se chocó contra las paredes cuando los túneles cambiaban de dirección. Si acaso, la risa se hacía cada vez más fuerte. Comenzó a correr a ciegas, golpeándose contra la piedra, chocando contra un muro tras otro. El pasado corría para capturarlo, para arrastrarlo al letargo, y por primera vez en muchos años aquella idea le provocó pánico. Podía ver pálidas conexiones entre su pasado y el presente, uniones que aún tenía que descubrir, que se ocultaban más allá de su alcance. No soportaba la idea de permanecer prisionero dentro de aquellos túneles oscuros, no tan cerca de haber escapado de la prisión de hastío que él mismo se había construido. La risa aumentó su intensidad, burlándose de su miedo. El suelo tallado e irregular se aprovechó de la distracción de Owain y un obstáculo invisible apresó su pie. El vampiro trastabilló y cayó, golpeándose contra el suelo y quedándose inmóvil. A su alrededor no había más que oscuridad y calma. Solo tras unos instantes de silencio comprendió que las voces habían desaparecido. La risa había parado. Se puso en pie. Ante él se encontraba una figura de pura sombra sosteniendo un tablero de ajedrez de madera, con las piezas dispuestas en la fase final de una partida. Se preguntó ausente por unos instantes cómo era capaz de ver, pero la sombra movió un brazo para tomar una pieza. La mano oscura y la manga de la túnica eran

difíciles de seguir, pero Owain vio cómo cogía un caballo y lo movía una casilla a un lado, y después una hacia delante, otra. Al tercer golpe de la figura contra el tablero la sombra desapareció, y en su lugar surgió un caballero real, un hombre vestido con una armadura medieval y una espada colgando a un costado. Aunque estaba muy cerca de Owain, su rostro quedaba oculto por las sombras.

El vampiro no había oído su acercamiento, ni la marcha de la sombra anterior. El recién llegado estaba equipado como una figura sacada de los primeros años de no-vida del Ventrue.

De repente, Owain notó en las manos del caballero un libro que no había estado allí antes, o en el que no había reparado. Mientras la figura lo abría y pasaba las páginas de rígido pergamino, reconoció el libro personal al que tanto quería, pero la cubierta no era la de cuero liso sin adornos que había añadido años después. Era la encuadernación original, incluyendo la cresta de la Casa Rhufoniog con el urogallo galés atado; estaba igual que el día en que Angharad se lo había dado.

Aquella comprensión dejó estupefacto a Owain, pero entonces el caballero comenzó a hablar con una voz grave que emanaba de sus labios ocultos.

*–Atesora las noches que caen sobre ti. Te advierto de que no te servirán de nada.*

Owain trastabilló ante aquellas palabras. Eran las de sus visiones, las palabras que le acosaban y que tan bien conocía.

*–Es el fin de los tiempos. Es la muerte de la Sangre. Es el día del juicio.*

Aquellas frases eran como mazazos. Owain cayó de rodillas. Quería arrancarle el libro al caballero, detener aquellas palabras, pero estaba indefenso frente a la profecía. No era capaz de obligar a su cuerpo a hablar o a moverse.

*–La sombra del Tiempo no es lo bastante larga como para cobijarse debajo.*

Igual que el libro había aparecido de la nada, el caballero sostenía ahora una espada frente a él, y mientras Owain observaba horrorizado, el guerrero la llevó hacia atrás para asestar un poderoso golpe.

*–Que sea así. Que así sea.*

El caballero descargó el mandoble. Owain se arrojó al suelo en un intento desesperado de esquivar el tajo, pero sabía que estaba demasiado cerca. Se quedó con el rostro y el cuerpo apretados contra

la piedra fría, pero la espada no llegó a alcanzarle. Alzó la mirada desde el punto en que había tenido que ser partido en dos, pero fue saludado por la oscuridad total. No había señal del caballero, de la espada, del libro o del jugador de ajedrez formado por sombras. El silencio era absoluto, y la iluminación que le había permitido ver a sus visitantes había desaparecido.

*Es el fin de los tiempos.*

*Es la muerte de la Sangre.*

*Es el Día del Juicio.*

Se puso en pie con las palabras de sus visiones resonando en los oídos. Sacudió la cabeza. Ya habría tiempo más tarde para comprender lo que le acababa de suceder. Sus piernas eran menos que estables y siguió hacia delante, sin saber si había elegido la dirección correcta.

Ya no oía más sonidos de voces y risas, y por lo que sabía nadie le perseguía. Dos veces más tropezó con pasadizos que se desviaban a la derecha, pero continuó hacia delante. El túnel no tardó mucho en elevarse. Owain se inclinó hacia delante mientras ascendía, ayudándose con las manos. El pasadizo terminó haciéndose prácticamente vertical. En la oscuridad tanteó asideros tallados: una tosca escalera. Vio un punto de luz. Aunque no era más que la débil iluminación que la noche proporcionaba, tras la completa y probablemente sobrenatural oscuridad que había atravesado le parecía el fulgor de la mañana.

Llegó a lo alto de la escalera y, lentamente, abrió una puerta ante él. Apareció en la misma muralla de la Puerta del Sol. Las nubes amenazadoras habían descendido con toda su fuerza. Owain no recordaba haber visto jamás una tormenta tan baja. Los relámpagos que restallaban en el cielo parecían encontrarse a meros metros por encima de los edificios. A medida que la puerta del túnel se cerraba a su espalda, pudo ver su contorno solo porque sabía exactamente lo que estaba buscando. ¿Cuántos años, se preguntó, había escapado aquel pasadizo y aquella entrada a la atención de Carlos y los suyos?

Ahora que Owain había huido del peligro inmediato, volvió sus pensamientos hacia lo que tenía por delante. Había fracasado en su intento de buscar los orígenes de la maldición a través de Carlos, de descubrir cómo el nombre de Angharad se había involucrado en aquel asunto. Gracias a Javier, el obispo sabía ahora algo de su relación con el Greco. No parecía que pudiera conseguir mucho más en Toledo. Sus vínculos con el Sabbat, a todos los efectos prácticos, parecían

destruidos. El Greco ya no era un jugador activo y Owain no tendría que responder a sus llamadas en el futuro. El único peligro, comprendió, era que el viejo Toreador poseyera alguna prueba de su relación con la secta. La posibilidad era muy débil. Las pocas veces que había empleado sus contactos, como cuando dispuso una partida de guerra para atacar a Benison y a sí mismo en el exterior del Cyclorama, de modo que pudiera parecer leal protegiendo al príncipe, se había comunicado de forma anónima. Quizá hubiera cartas de los primeros días, ya que en su entusiasmo inicial Owain había escrito al Greco. No era probable, pero sí posible.

Ponderó el asunto durante unos instantes. La medianoche había quedado atrás hacía ya horas, y si quería dejar la ciudad aquella noche y llegar a Madrid, quizá entrando en contacto con el clan Giovanni, necesitaba hacerlo pronto. Sin embargo, para borrar por completo su pasado era necesario asegurarse de que el Greco no poseyera nada que pudiera usar más tarde contra él. También estaba Kendall Jackson. Era evidente que habría dejado hacía horas su punto de encuentro.

Tomó su decisión y comenzó su camino hacia el sur a través de las calles desiertas, al tiempo que el viento de la tormenta azotaba su cabello y sus ropas. Encontraría rápidamente a Jackson y abandonaría Toledo con ella, llegando hasta Madrid antes del amanecer. Descubrir cualquier prueba existente, si es que la había, y destruirla sería más complicado, especialmente considerando que el Greco no se mostraría cooperativo. No, no haría más que dejar a su viejo e inestable amigo a balbucir en la oscuridad, asumiendo que sería incapaz de preparar acciones coordinadas para cobrarse venganza. Y si Miguel volvía a aparecer en su portal en Atlanta, lo mataría.

Siguió hacia el sur, moviéndose por las calles más estrechas, abrazando las sombras en caso de que Carlos hubiera enviado a sus hombres a buscar al invitado fugado por toda la ciudad. Los relámpagos que cruzaban constantemente el cielo dificultaban sus intentos de pasar inadvertido. Sabía que su huida había sido extraordinariamente afortunada. Si seguía conservando su suerte, recuperaría a Jackson sin tener que enfrentarse a Miguel o al Greco. Después podrían apropiarse un vehículo y abandonar aquella ciudad, que Owain esperaba no volver a ver nunca jamás.

Sin embargo, la suerte nunca había sido una compañera constante para él, por lo que había terminado confiando en la

sospecha. Ya estaba muy cerca de la casa del Greco, lo que le hizo sentirse intranquilo. Acababa de abandonar el refugio de un callejón oscuro cuando el destello de un relámpago reveló a una figura solitaria de pie, a pocos metros de él.

Antes de que la luz desapareciera Owain había vuelto a las sombras del callejón y estaba en guardia. Sus ojos estaban concentrados en el punto donde, instantes antes, había visto al otro. La figura no se había movido.

El Ventrue esperó paciente, escudriñando la calle en busca de señales de actividad, pero no vio ninguna. El relámpago regresó al poco tiempo, muy cercano.

La figura no se había movido. Estaba convencido.

En aquel breve instante de claridad pudo distinguir poco de aquel ser escultórico. La cabeza estaba erguida ante el aguacero. Sus rasgos eran pálidos y parecían cincelados, aunque podía haberse tratado de un truco de la luz que diera relieve a las líneas del rostro. El personaje parecía observarlo directamente.

Los minutos se arrastraron, pero Owain no lograba discernir el menor rastro de movimiento. Aquella figura podía haber sido una estatua en una plaza, pero se encontraba en el centro de una calle oscura, y aguardaba entre Owain y la casa del Greco.

–Yo no entraría –dijo el extraño–. Los otros ya han llegado.

Todo su cuerpo parecía atrapado en el instante en que comenzaba a fluir líquido hacia el pavimento. El agua resbalaba libre sobre sus ojos abiertos. El largo cabello blanco caía en manojos empapados y goteantes. La túnica estaba pegada al cuerpo y se derramaba sobre los charcos.

La sorpresa inicial de Owain dio paso rápidamente a la furia. De nuevo sus planes eran alterados por complicaciones inesperadas. Siempre que intentaba tomar el control de una situación parecía que era frustrado por algún intruso, y las piezas se alejaban de él como la lluvia entre los dedos.

–Sigo mis propios consejos. Voy a donde me place –dijo.

Aquello hizo que el extraño sonriera. Sin embargo, sus pensamientos estaban mucho mejor guardados.

–Los hay que piensan de otro modo, *Asesino de la Estirpe*.

La cabeza de Owain saltó ante aquellas palabras, aquel reproche familiar. Había oído ese reto noches atrás, en el viaje de avión desde Atlanta. En aquella ocasión se encontraba en un sueño y el acusador había hablado con la voz de su hermano. El extraño que venía a él

esa noche le llamaba del mismo modo. *Asesino de la Estirpe.*

Sintió de nuevo cómo el control de la situación se le iba de las manos.

–¿Quién eres? –preguntó en voz alta, reflejando la pregunta muda de aquella otra noche en el aeroplano. Podía recordar que estuvo sentado en un tablero de ajedrez frente a la misma figura de sombras que había visto hacía poco, tratando de obligarle a revelar la identidad de su rey.

Sin embargo, antes de poder lograr la respuesta, un tercer jugador había invadido la partida. Las críticas casillas centrales del tablero se habían visto asediadas de repente por tres facciones en guerra, formando una península que se adentraba peligrosamente en lo desconocido.

–Solo quería verte por mí mismo –dijo el extraño de alabastro–. Quería posar mis ojos en ti antes del fin predicho. No puedes imaginar cuántos años he esperado.

–Habla claramente –saltó Owain–. ¿Has venido solo para acosarme con amenazas veladas? Dile a tu señor que no estoy impresionado.

El extraño sonrió ante el comentario.

–Me malinterpretas. No soy yo quien representa una amenaza, sino tú; tu mera existencia pone en peligro a toda nuestra raza. *Es el fin de los Tiempos. Es la muerte de la Sangre.*

Mientras pronunciaba aquellas palabras, una violenta ráfaga de viento golpeó a Owain en la cara. Las palabras de sus visiones, las mismas que el caballero había pronunciado apenas hacía una hora, eran repetidas de nuevo por ese extraño al que no había visto jamás, ni en la vigilia ni en los sueños. Pero eran las mismas.

–¿Quién eres? –insistió.

El misterioso personaje alzó los ojos negros hacia el cielo encapotado.

–Soy quien permanecerá cuando el mundo se desplome alrededor de nuestros oídos, asesino de la estirpe. Soy quien testificará que la muerte que provocarás sobre nuestro pueblo es la que se predijo desde el tiempo anterior al tiempo. ¿Quién si no yo mantiene vivas las palabras sagradas? ¿Quién si no yo traza el curso de las viejas profecías? *Es el Día del Juicio, Asesino de la Estirpe. La sombra del Tiempo no es lo bastante larga como para cobijarse debajo.*

–Hablas sin sentido –dijo Owain, aunque el temblor en su voz

delataba su incertidumbre.

–Debes vivir para luchar otro día –dijo el extraño–. Debes recorrer esta carretera incierta hasta el final, por maldito que éste se revele. La senda que se abre a tus pies te llevará hasta el centro de la telaraña, hasta el mismo espinoso sagrado. Te llevará a la presencia oculta del santo recipiente. Allí es donde deberás pronunciar las palabras de la destrucción para los hijos de Caín. Ésta es la responsabilidad que recae sobre tus hombros. *Que sea así. Que así sea.*

–Yo no... –comenzó a protestar Owain, pero las palabras resonaron en la calle vacía. El extraño y su molesta sonrisa ya no estaban allí, desvanecidos como si nunca hubieran llegado. ¿Había sido durante un relámpago? ¿Había parpadeado Owain?

Solo quedaron las palabras inundando su mente.

*Es el Día del Juicio.*

Se quedó completamente solo, ajeno al torrencial aguacero. ¿Cuántas veces se había aparecido él ante un mortal de forma tan misteriosa, desvaneciéndose luego sin dejar rastro? Pero él era un vampiro, y con varios siglos de experiencia, además. No era alguien a quien se pudiera engañar con aquellos trucos... pero el extraño se había volatilizado.

La lluvia comenzó a caer con más fuerza todavía, y Owain quedó totalmente calado. El agua resbalaba por su nariz y era arrojada a la noche por las ráfagas de viento. *Yo no entraría. Los otros ya han llegado.* ¿De qué otros hablaba? ¿Podía saber el extraño adonde se dirigía?, se preguntó. *Imposible. Tanto como que le repitiera las palabras de sus propias visiones.* Comenzó a andar de nuevo hacia el sur. *¡Maldito sea! ¡Malditos sean él y sus palabras!* Un intruso canoso que podía ser tanto una aparición como un ser real no le iba a disuadir de sus objetivos.

Mientras se acercaba a casa del Greco, con la catedral al oeste y el Alcázar alzándose al este, estaba decidido a ignorar lo que el extraño le había dicho. A pesar de todo, optó por escalar hasta el tejado de las casas apretadas para poder ver mejor el panorama antes de entrar. Allí, Owain se vio azotado por toda la furia de la tormenta. La electricidad estática restallaba a su alrededor y la lluvia le golpeaba inmisericorde. El viento se aferraba a él, tratando de empujarlo hacia el borde del tejado, hacia la calle. Owain se resistió a la tormenta. Avanzó como pudo, y mezclado con el fragor de los cielos oyó disparos.



Al otro lado de la calle tres coches negros se detenían apresuradamente en ángulos extraños frente a la casa del Greco. Owain volvió a escuchar disparos, esta vez mezclados con gritos. Pudo ver a Santiago aparecer por la puerta principal con una pistola en la mano. El teniente del Sabbath echó un rápido vistazo a la calle, pero no vio a nadie respondiendo a los sonidos de muerte y caos dentro de la casa. Los habitantes cercanos no habían oído nada con la tormenta, o se aferraban a su ignorancia como niños asustados.

La mirada de Santiago se detuvo un instante al otear en la dirección de Owain, que se apretó contra el tejado. Al parecer el vampiro no le había visto, pues un momento después volvió a la casa. Más disparos. Owain podía imaginarse al Greco y a Miguel superados por la pura potencia de fuego que Carlos había concentrado. Serían torturados y destruidos. El descubrimiento del engaño de Owain había cancelado cualquier tregua que pudiera existir. El Greco, al haber interferido en los asuntos de su rival, ya no estaba protegido. Que esta paz fuera producto de la buena voluntad de Carlos o de la protección del Arzobispo Moneada no importaba demasiado. Los ghouls de la casa sufrirían un destino igual, o peor aún. Y Kendall... Owain la había abandonado.

Mientras observaba, alcanzó a ver una luz parpadeante brillar a través de las ventanas de la casa, y después las lenguas de las llamas comenzaron a lamer los cristales destrozados por las balas. Owain se vio de nuevo movido por una emoción desconocida. Sentía pena por su viejo amigo, por el fin que estaba sufriendo, pero aquel era el destino de un Cainita: ser combatido y destruido por su propia especie. Esperaba que la muerte fuera rápida, menos por misericordia que por evitar que el obispo descubriera más sobre su propio pasado. A pesar de aquellos sentimientos, aún se sentía enojado con el Toreador. Le había obligado a pelear con Carlos, y aunque el Greco fuera destruido al obispo no le costaría dar con él, ya que el maldito Gangrel había revelado su identidad.

El Greco merecía lo que le iba a suceder, decidió Owain. No existía una Providencia amable y compasiva. Los poderes del cielo habían abandonado por completo a la raza Cainita. La sangre y la muerte eran sus únicos derechos de nacimiento, y todos los encontraban antes o después.

Aun por encima de la tormenta, Owain oyó a alguien acercándose por la espalda. Al instante sacó el revólver capturado del cinturón y lo apuntó directamente hacia la cara de la agazapada Kendall Jackson.

La mujer se congeló al ver el cañón hasta que Owain, reconociéndola a pesar de estar totalmente empapada y desastrada, bajó el arma.

Kendall señaló hacia la casa con la cabeza.

–¿Lo ha visto?

El vampiro asintió.

La mujer se arrastró hacia él. Tenía que gritar para hacerse oír por encima del estruendo del viento y de la lluvia torrencial.

–Apenas logré salir cuando entraron en la casa.

–¿El Greco?

Kendall asintió.

–Adentro. Como Miguel.

El fuego comenzaba a aumentar en la planta superior. Varios lacayos del Sabbat aguardaban en la calle frente a la puerta principal para contemplar cómo ardía el edificio. No parecían preocupados por las autoridades mortales. Quizá el fuego pasara por un accidente, o por un ataque del terrorismo vasco. Owain solo... esperaba. La única esperanza del Ventrue era que el Greco y Miguel murieran rápido, de modo que no pudieran revelar ninguno de sus secretos.

Aparte de esperar, poco más quedaba por hacer. No iba a aparecer disparando su revólver entre los numerosos vampiros del Sabbat bien armados. Probablemente aquel fuera el mejor momento para escapar, cuando todavía estaban concentrados en el Greco.

–Tengo un coche –dijo Kendall, como si le leyera la mente.

A Owain no le importaba dónde lo había conseguido, a quién se lo había robado. Le bastaba con saber que debían dejar Toledo. A su alrededor la tormenta arreciaba, pero a pesar de las espesas nubes negras la mañana llegaría engañosamente pronto. Volvió a contemplar la casa en llamas. El fuego se extendía a pesar de la lluvia y el ático, el refugio secreto del Greco, estaba totalmente prendido. Creyó por un momento poder oír los gemidos de su viejo amigo mientras las llamas consumían su cuerpo, pero ya había visto y oído demasiado en el curso de una sola noche. Ya no estaba seguro de lo que era real y lo que se filtraba desde sus visiones y sueños para acosarle en la vigilia.

\* \* \*

Nicholas llevaba horas resguardándose de la tormenta. Le resultaba extraña. No era incómoda, pero tampoco natural. Aquellas nubes bajas habían llegado desde el oeste, trayendo con ellas los vientos fríos, el aguacero y los peligrosos rayos que ya habían

golpeado en varias ocasiones las viejas murallas de la ciudad. La tormenta, una fuerza del caos y la destrucción, barría Toledo.

La noche anterior se había alimentado de una joven pareja que disfrutaba de una romántica velada bajo las estrellas. Los había dejado vivos pero inconscientes sobre su manta, y probablemente lo superarán. Luego descansó el resto de la noche, sintiendo cómo el poder de la sangre aceleraba la restauración de sus heridas. Para cuando se hundió de nuevo en la tierra al despuntar el alba se había recuperado de la cuchillada y de los balazos de la noche anterior. Había despertado para encontrarse con la tormenta, lo que le obligó a buscar refugio en un edificio abandonado.

Owain Evans estaba ahí fuera, en alguna parte, pero ¿dónde? Durante mucho tiempo se había guiado por lo que solo podía denominar la llamada de la sangre. La vitae de sus ancestros le llamaba desde las venas de un asesino, o al menos así había sido hasta ahora. Sus antepasados también habían estado callados durante las dos últimas noches, sin pelear por salir a la superficie y sin imponerle sus recuerdos. Suponía que debía sentirse agradecido, pero se había acostumbrado a la guía de Ragnar y a la de Blaid. Su furia alimentaba su propia rabia, llevándolo hacia delante.

Mientras el viento golpeaba su refugio, se consoló con el convencimiento de que sus antepasados no le abandonarían. Los lazos con el pasado eran fuertes en el clan Gangrel, y podía sentir en su interior agitarse fuerzas aún más viejas y bestiales que Blaid. En una noche así Plumanegra lo había encontrado y había tratado de instruirle en las sendas del Velo y la tierra que había más allá. Pero Nicholas sentía más que comprendía. Le guiaba el instinto, y aunque de momento había perdido a Owain Evans, tendría su venganza. Quizá fuera la maldición lo que había debilitado a sus antepasados en su interior; quizá la enfermedad consumiera su misma alma y pronto lo reclamara. Aquello solo sirvió para aumentar la urgencia de su cacería. Sabía que no era un cazador de seres espirituales como Plumanegra, pero en aquella persecución de una criatura de carne y sangre robada... lograría su premio.

Roma, el trono de los Césares. La ciudad era tanto la corona de la civilización occidental como la mitra de la Iglesia Universal de Cristo.

Otro visitante podía haberse sorprendido por la desagradable incongruencia de la extensión urbana, la incesante presión de cuerpos y autobuses, el Babel de hormigón y cristal que se alzaba hacia los cielos.

Sin embargo, para Kli Kodesh aquellas corrupciones no eran sino las más recientes manifestaciones de la Ciudad Intemporal.

Recordaba claramente las turbas enfurecidas en el Foro intercambiando insultos, empujones, chantajes y cuchilladas. Recordó la marcha de las legiones para extender los beneficios de la civilización e imponerlos con la punta de la espada, siempre en nombre de la República.

En Palestina, Kli Kodesh había aprendido a despreciar la mera visión del águila dorada. Había sido fácilmente atraído a la compleja telaraña de conspiraciones que bullía bajo la superficie de la ocupación romana. Quizá fuera esta naturaleza rebelde lo que primero le había llevado hasta el Maestro y sus peligrosas enseñanzas.

Tras el paso de tantos siglos, ciertamente ya no había hombre alguno que tuviera mejor causa para odiar a los romanos y a lo que llamaban "justicia".

Deseaba poder mirar el corazón de la Ciudad Maldita y ver la herida purulenta que era en realidad. Trató en vano de invocar la imagen de un cadáver descompuesto abandonado en la encrucijada del tiempo. Quería obligar a Roma a mostrar abiertamente su corrupción, a revelarse como una abominación para la visión de Dios y del hombre.

Pero sabía, como siempre había sabido, que cuando al fin regresara a la Ciudad de la Iniquidad sería saludado con una escena muy diferente. *Así se dice que no hay justicia dentro de las murallas de Roma.*

Sin embargo, mantendría su promesa. Tenía una importante cita allí, en las criptas bajo los silenciosos pasillos del Vaticano. Algo antiguo aguardaba en aquellas catacumbas, una determinada caja indistinguible de las demás, intacta desde que fuera enterrada durante la cima del poder de la Iglesia. Aquello debía ser liberado para que el fin anunciado llegara rápidamente.

A regañadientes, Kli Kodesh se preparó y se encaró con la ciudad, el objeto de su eterno odio.

En cada una de las siete colinas aguardaba un ángel de aspecto

severo y terrible. Los siete ardían con el fulgor de un horno y portaban una trompeta dorada y una espada llameante.

Y, mientras Kli Kodesh observaba, el primer ángel alzó la trompeta y sopló una poderosa nota que sacudió los cielos y la tierra. Y se oyó el sonido de una gran compañía de hombres y ángeles gritando.

*Gloria a Dios en las Alturas. Que sea así. Que así sea.*

Kli Kodesh ocultó su rostro y lloró. *Después de tantos años, ¿ha llegado de verdad?*

Tendría que esperar mucho antes de poder abandonar la luz poderosa y ardiente y dar la bienvenida a las sombras de la Ciudad de la Iniquidad.

{Final vol.2}